

A person with long hair is riding a motorcycle, seen from behind, with their arms outstretched. They are positioned in the upper half of the frame against a dramatic, cloudy sky at sunset or sunrise. The background shows a cityscape with a prominent tower and other buildings. In the foreground, there is a grassy area with some colorful, patterned objects and a keyboard.

- Mario, despierta

Sebastián E. Luna

—Mario, despierta.

Sebastián E. Luna

Capítulo 1: El maquillaje del láser y el halcón sobre el barranco.

Capítulo 2: Los Fernández de Júpiter, el gato calvo, y la reina de Egipto.

Capítulo 3: Las botellas del buzo y el paseante anónimo.

Capítulo 4: El viejo oso y la amazona sin caballo.

Capítulo 5: Elena.

Capítulo 6: Basalto negro y sol de piscina.

Capítulo 7: El abominable esguince y el desinfectante etílico.

Capítulo 8: La salvación de las vacas y el taxi hacia ninguna parte.

Capítulo 9: La bañera caliente y la manifestación de la extraña adivina.

Capítulo 10: El tinto de verano y la innecesaria desnudez cohibida.

Capítulo 11: El hambre del falso vampiro y el loro de circo.

Capítulo 12: El azul de la fosa marina y el jefe de seguridad.

Capítulo 13: El cóctel de la resurrección y el efímero insecto.

Capítulo 14: La ironía del navegante y el rincón de Garcilaso.

Capítulo 15: Lo esencial y la petición prohibida.

Capítulo 16: Jamón o Pachinko.

Capítulo 17: Elena.

Capítulo 18: El destartado Ford rojo y la salvación del tabaco.

Capítulo 19: El pajarillo enjaulado y la primera vez que desobedecí.

Capítulo 20: El macarrón fallido y el moreno mentolado.

Capítulo 21: La cobra solar y la salvación del mundo.

Capítulo 22: Mario “El Japo”.

Capítulo 23: El trato y el misterio del mensaje Baskerville.

Capítulo 24: La trilogía de las tilas y el macho derrotado.

Capítulo 25: La cadera danzarina y el despectivo Bitter Kas.

Capítulo 26: La leyenda del ninja y la pesadilla monocromática.

Capítulo 27: Mayca.

Capítulo 28: Las 170 pulsaciones y el alzamiento de mi ejército.

Capítulo 29: La reina del aquelarre y la princesa prometida.

Capítulo 30: El verdadero poder de La Reina Efímera.

Capítulo 1

El maquillaje del láser y el halcón sobre el barranco.

A pesar de la entrada en vigor de la ley antitabaco, aquel antro apestaba a humo. Miré a mi alrededor sorprendido, como un yonqui pasado de dosis que despierta milagrosamente contra el pronóstico del servicio de emergencias. No podía creer que hubiera acabado allí, otra vez. Busqué entre la multitud, incapaz de saber dónde se habían metido aquellas dos. La neblina del tabaco, el gentío de siempre, la condensación del sudor impregnando la superficie de los bafles. Todo me hacía revivir las cosas de la misma manera. A ambos lados de mí, la misma masa informe de gente. Atrapado entre aquellos rostros en mi particular día de la marmota. Podría haber sido un ejército de zombis o de pequeños querubines rubios con un arco colgado entre sus diminutas alas, que yo no me habría dado cuenta. Como en otras veces, con otras personas; parece que los patrones de comportamiento no son algo exclusivo de los rebaños de ovejas. Las encontré en donde había imaginado.

Bajé las escaleras despacio, como un halcón planeando sobre la superficie de un barranco. Sujetaba mi copa con una sola mano. Cualquiera que me hubiera visto hacerlo, habría jurado que el vaso de tubo estaba a punto de escurrirse de entre mis dedos, y estrellarse sigiloso contra el suelo. No había bebido ni un trago. Si sujetaba aquel objeto de cristal era porque se supone que debía hacerlo. Dejé que aquella horrible música violase lentamente mis oídos. Desde hacía años todas las canciones me parecían iguales. Pensé que si la industria de la música seguía por ese camino, tendría que ir a comisaría a denunciar los hechos. Muy lejos quedaban ya los tiempos

de grupos como AC/DC, Nirvana, o Guns N' Roses. Guitarras con personalidad propia. Sonidos auténticos que navegan sin hundirse sobre la superficie de un embravecido mar de tiempo.

En medio de la pista Ginger&Strawberry se contoneaban al son de ritmos latinos, como si hubieran nacido en el mismo Santo Domingo. La luz de un láser multicolor maquillaba sus gestos, mientras algún cuarentón salido de un precipitado final de una reunión de negocios, con la tenue marca de un anillo en el dedo, intentaba acercarse a ellas. Strawberry era la más alta de las dos. Claro que era como comparar una lata de treinta y tres centilitros de refresco con una botella de medio. Es lo que más me extrañó de ellas cuando nos conocimos, al fin, en la boca de metro de Callao. Para ser extranjeras, criadas con un inagotable sustento a base de té y pastas, eran muy bajitas. Pero me dio completamente igual, como casi siempre. Strawberry era terriblemente pálida, y digo terrible porque tenía claro que en algún momento de su vida, el sol haría un daño así adjetivado, sobre la blanca piel de aquella chica. Tenía los pómulos altos, el pelo largo, lacio, teñido de color naranja. Parecía la hija de un vikingo llegada tras muchos meses en la bodega de un barco. Se dejaba el pelo caer como un torrente sobre su ojo izquierdo, concentrando toda la fuerza, maquillaje y gestos, sobre el derecho. Unas cuantas pecas aquí y allá salpicando su cara le conferían ese toque exótico que siempre me gustaba en las tías. Vestía atrevida, al menos para no ejercer la prostitución directa, con una falda negra obscenamente corta, y medias de rejilla hasta la mitad del muslo. Calzaba unas botas militares minúsculas, llenas de hebillas y de sonoros adornos metálicos. Andar con ella producía el mismo sonido que un pelotón militar en plena fase de maniobras. Si yo hubiera sido el portero de la discoteca no la habría dejado pasar, aunque también es cierto que le habría facilitado mi tarjeta con la excusa de poder vernos más tarde. Aquella chica apeataba a buen generador de problemas. Creo que eso fue lo que me enganchó

de ella desde el primer momento. De Ginger puedo decir poco, salvo que como complemento de Strawberry, no aportaba mucho. Su padre era un gallego emigrado a Londres. Tan inseparable era el binomio Ginger&Strawberry que empezaba a preguntarme qué tal funcionaría yo en la cama, con una pequeña inglesa haciendo las veces de público.

— ¡Aquí, Mauro! ¡Aquí! Come here, Mauro!

Fue la voz de Ginger la que me arrancó de algún sitio muy profundo donde me encontraba. Levantaba la copa como un guía capitaneando las paradas dentro del museo del Prado. Vi caer un hielo y algo de líquido desde el vaso al suelo.

— ¡Mauro tío, no te enteras! —rio Strawberry.

Tenía razón. No me enteraba. En realidad me llamo Mario, me hubiese gustado decir. Pero era una de las reglas de oro para cualquier contacto salido de un mundo tan confuso como era el chat. Nada de mi verdadero nombre. Mi nombre es mi identidad y es lo máspreciado que tengo. No es que tuviera delirios paranoicos y pensara que podían hacer algo malo conmigo solo por saber mi nombre. Tampoco es que estuviera jugando al rol del agente X. Era más una cuestión de respeto. Mario respeta los deslices de Mauro y a cambio Mauro no se mete en la vida de Mario. No hay mezclas, cada uno en su sillón espalda contra espalda. Tampoco daba mi edad exacta, tan solo aproximada. A veces cinco años por encima, dependiendo de mi interlocutor. Y por supuesto, nada sobre mi profesión, estudios, ni ponzoñas de ese tipo. Cada vez que abría un diálogo en el chat, era como hacerlo en un folio en blanco en el que empezar a escribir. Ayer fui médico pues hoy enfermero. La gente se traga todo si eres lo suficientemente bueno como para sostener el papel que estás interpretando. Si acabas por creerte la mentira, se convierte en una verdad de mayor peso que la verdad que estás evitando.

Los tres sabíamos perfectamente a qué habíamos ido allí. Éramos viejos moldes de arcilla adolescente negándose a secar del todo al sol. Estábamos en la antesala del verdadero motivo de la noche. Renegando a terminar de crecer de una vez por todas. Por el chat solo les había hecho saber lo que verdaderamente era importante; moreno, ojos verdes, mido 185 cm, tengo unos labios que parecen sacados de un anuncio de afeitado, y desde hace dos años corro como una bestia sin rumbo aparente. Solo por correr y olvidar. Correr y perder recuerdos entre zancada y zancada como gotas de sudor salado cayendo anónimamente sobre la tierra. Soltaba toda la parrafada de un tirón. Un exceso de información innecesario que a la mayoría dejaba en blanco. Funcionaba, vaya que si funcionaba. Después de esto las cosas solían venir bastante rodadas. Aunque sospecho que para aquellas dos, estos detalles, habían sido del todo indiferentes. Todo lo que oliese a Marca España era bien recibido, y si hubiese aparecido esa noche con la camiseta de la selección española de fútbol, lo mismo me habría ahorrado cincuenta euros de alcohol del malo, y aquel estruendo al que por hacerle un favor, llamaba música.

—Mauro, ¿cuántas copas te has bebido?

—Seis —mentí.

—Oh, my God, Mauro! —dijo Strawberry al agarrarme del paquete que yacía dormido en su prisión de pantalones vaqueros. Palpó su forma, y con acento inglés, borracha, y una voz que se confundía entre lo obsceno y lo, a medias, insinuante, dijo:

—Mauro, no la eches más de beber, quiero que esta noche me vuelva completamente loca.

—Tú ya estás completamente loca—. Dije usando mi mejor sonrisa. Aflojé la rigidez de mis músculos, y me dejé llevar por el sonido de algún ritmo que no

detestaba del todo. Me erguí sobre mí mismo, estirando el cuello como un cisne asomándose entre los juncos. Pude ver a Laura por encima de todas esas cabezas desconocidas. Estaba sola, arrinconada en un extremo de la pista de baile. Se movía lentamente. No parecía bailar al mismo son de la música que el resto. Sus movimientos dulces se acompañaban más a alguna canción de Cher, o puede que de David Bowie y su “Mayor Tom” cruzando por siempre las estrellas. Cerré los ojos y bebí un primer trago de aquella mierda aguada. Sonreí ante la idea de lo volátil de la vida de una copa de whisky. Menos que una efímera mariposa. Al menos el insecto tenía un día en el mundo. Aquella copa llevaba unos cuarenta minutos conmigo y había cruzado el punto de no retorno. Era hielo fundido. Pensé que quizá la maldición estaba en mí. Quizá a todo lo que toco le da por irse demasiado deprisa. Deseché la idea y me centré en el momento como habían intentado enseñarme. Contar hasta diez y mirar alrededor. Lo primero que vi fue a las inglesas. Lo cierto es que desde que había tomado contacto con ellas, me habían parecido de lo más normal, casi ordinarias, pero eran echadas para adelante. De ellas salió la idea de conocernos aquella noche de jueves. A mí me habría sido del todo indiferente, solo tendría que haber abierto otro cuadro de diálogo en el chat y derramar mi estrategia. Pero con ellas no hizo falta a pesar de que no llevábamos mucho tiempo chateando. Casi siempre sucedía de la misma manera; yo lo llamaba “El Teorema del Chat”: dame cinco minutos de conversación con cualquier cateta y te diré cómo de dura me va a poner la hipotenusa. Con ellas fue igual. Apenas tres semanas de conversaciones sin mucho sentido. Más risas y emoticonos que verdaderas frases llenas de significado. Lo único que podría destacar es que cuando nos conocimos, ellas aún estaban en UK. Lo habían tenido muy claro, accediendo a un chat de habla hispana y entrando directamente en la sala Madrid. Querían gente de la que poder fiarse y conocer sin malos rollos cuando vinieran aquí unos días en unas casi improvisadas

vacaciones. Los chats están llenos de gente habitual. Yo los llamo “los habitantes”. Te conectas por la mañana y te desean los buenos días. Si lo haces a mediodía, te cuentan sobre el rico guiso de estofado que están preparando en su nueva placa de inducción. Si lo haces por la noche te darán las buenas noches, puede que incluso te aconsejen una leche caliente con galletas, como remedio indiscutible para los problemas de sueño. A veces me imagino a esta gente con la piel pegada a la silla, incapaces de moverse del sitio, y manteniendo la vida gracias a un gotero que les inyecta la dosis exacta de suero, que mantiene a punto su hidratación. Cuando Ginger&Strawberry accedieron al chat con ese mismo *nick*, armaron un gran revuelo entre los habitantes. Eran enérgicas y hablaban entremezclando el castellano con el inglés. Esto no gustó a los habitantes, les hacía sentir violada su normalidad. Eran como el inquilino ruidoso que ha llegado nuevo a la comunidad de vecinos. Eso me dio ventaja. Siempre se me ha dado muy bien hacerme el simpático. Quizás es que una vez lo fui. Congeniamos muy bien desde el principio, prueba de ello es que me mandaban *emails* a todas horas con la excusa de querer practicar nuestro idioma. Aunque lo cierto, es que el idioma pronto quedó en segundo plano, relegado a conocer mi cuerpo a través de fotografías, para finalmente querer conocer partes muy concretas de mi anatomía. Era un juego que daba el pistoletazo de salida ingresando un *nick* en una página enmarcada de anuncios, con una ventanita central en la que cientos de personas escriben lo más cerdo que llevan dentro, arropados en el anonimato que da un lugar así. Casi siempre empezaba las conversaciones de la misma manera, con un *nick* impactante y cuatro absurdos juegos psicológicos que a la inmensa mayoría dejaba a las puertas de la verdadera conversación que quería tener. Sexo. Todo se reducía a eso. Era mi vía de escape, y casi al mismo tiempo mi único contacto con la vida.

Apuré el semifrío de caldo Gallina Blanca que en tiempos mejores

había sido mi copa, y dejé el vaso sobre un enorme bafle. Agarré a ambas de la cintura y besé frenéticamente a Ginger. En realidad, ella no me gustaba, pero quería ver la reacción que ese gesto tenía en su amiga. Strawberry se acercó y me susurró al oído que nos largáramos de allí.

— ¿Qué hacemos con esta? —pregunté señalando con un movimiento de cabeza hacia Ginger, la cual se había alejado tres pasos, dejando a su amiga que mediara conmigo.

—Nos la llevamos. Es la que guarda la llave de casa y la que paga las facturas.

—No se hable más— sentenció, reconociendo que aquello era una razón de peso.

En la calle el aire era fresco. Respiré profundamente intentando limpiar de mi interior ese regusto a tugurio que aún se paseaba en mis pulmones. Miré hacia el cielo en varias direcciones. Me hubiese gustado poder citar a Neruda y afirmar que la noche estaba estrellada y tiritaban, azules, los astros a lo lejos. Pero lo cierto es que la polución y la luz artificial no dejaban un solo resquicio abierto por el que poder ver el otro lado de la cúpula nocturna. Me sentí un poco como un pirata con dos parches. Me acerqué hasta un coche aparcado. El omnipresente ruido de un descomunal *subwoofer* parecía querer adornar mis pasos. No sé cómo podría dormir la gente en ese vecindario. Era un solitario Ford Probe de color rojo. Tenía las líneas y el color de un delicado Ferrari, pero solo era otra grasienta hamburguesa americana. El espejo del conductor estaba roto. Decenas de líneas negras como raíces cruzaban su superficie, así que tuve que mirar mi reflejo en la ventanilla. Qué mala suerte, pensé. Había decenas de coches calle arriba, pero el tipejo que había decidido aparcar en prohibido, lo hizo con el espejo roto. La imagen que me devolvió la ventanilla, aunque oscura y

transparente, fue suficiente para darme cuenta de la enormes bolsas que tenía dibujadas bajo mis ojos. Mi cara parecía mamá canguro saliendo a pasear con su retoño. Estaba cansado o más bien cansado de aquellas situaciones. Tampoco tenía intención de excavar profundo en aquella verdad a medias. Caminamos durante cuarenta minutos hacia Ibiza, sin más compañía que el sonido de la risa y el pisar rotundo de unas botas contra el pavimento. Paramos en un chino de los que están siempre abiertos, y de los que tienen la prohibición de vender alcohol más allá de las diez de la noche. Cogí una botella de Chivas 12 años, un paquete de preservativos, y una cajetilla de tabaco. No fumaba salvo en contadas ocasiones. Una de ellas era cuando quería morirme, cosa que me sucedía bastante a menudo, y otra cuando encontraba a una persona con la que mereciera la pena emplear el tiempo que se tarda en fumar un cigarrillo. Supongo que aquella noche, como cualquier otra, también tuve ganas de irme rápido al hoyo. Dejé mi particular cesta de la compra encima del mostrador, mientras el tendero, un chino enjuto de los que por más pericia que tengas es imposible calcularle la edad, hacía la cuenta. Sumaba los números en una libreta que se había sacado del interior de la chaqueta, lo hizo como si la propia libreta tuviera algún valor en sí. Tenía casi todas las hojas escritas y tardó un pequeño rato en encontrar un hueco en el que plantear la suma de las tres cifras. Las esquinas estaban dobladas y el borde del papel que una vez fue blanco, relucía de oscura mierda. Saqué un fajo enorme de billetes de veinte. A Strawberry casi se le salieron los ojos de las órbitas al ver todos aquellos papeles azules. Se abrazó fuerte a mi cintura. Pagué la cuenta. A la salida de la tienda me arrancó la botella de las manos, e hizo lo imposible por girar aquel tapón de rosca que no debía de estar tan duro. Pegó un trago largo y profundo. Conté los segundos mientras ella bebía. Hubiese dado para más de media piscina olímpica buceando. Acto seguido, Ginger hizo lo mismo. Observé de reojo cómo hizo lo imposible por no

vomitarse. Reí en mis adentros; no todo el mundo tiene el estómago preparado para aguantar una de las delicias que más gustaba a Jim Morrison. Tienen huevos estas dos, pensé. Quité el precinto que envolvía la cajetilla de tabaco y en un gesto más que ensayado lancé un cigarrillo para atraparlo entre mis labios. Lo encendí y pegué un par de bocanadas con ganas. Seguimos caminando cada vez más borrachos y riendo más fuerte. Llegamos a su casa. Era una torre de edificios situada en plena zona de Ibiza. Era alta, casi como un pequeño rascacielos. Calculé que podrían haber al menos ciento veinte pisos allí dentro, no aptos para cualquier bolsillo. Recordé que en las primeras conversaciones que tuvimos a través del chat, Ginger me dijo que sus padres trabajaban en las más altas esferas de la industria farmacéutica, lo que les hacía poseedores de una pequeña fortuna, y de una red de pisos distribuida por las principales capitales de Europa. Por supuesto, me tomé aquella información igual que si me hubiera dicho que su abuelo era Neil Armstrong, y que en esos momentos cenaba una fritura de pescado sentado en el borde de un cráter en la luna. Pero el caso es que allí estaban a las puertas de uno de los frutos del sudor de sus padres, la buena de su hija, y la más buena todavía de su amiga, dispuestas a quemarlo todo durante el tiempo (no sabía cuánto) que aún les quedaba de vacaciones. Nos abrió el portero. Llevaba uniforme completo, parecía sacado de una película neoyorquina. Los botones de su chaqueta reflejaban la luz de un modo anormal, como si cada noche antes de empezar la guardia, los sacara brillo uno por uno. Ginger y Strawberry caminaban agarradas a ambos lados de mí, debíamos de dar la sensación de haber arrasado en algún casino. Me miró con cara de ser capaz de firmar un pacto con el diablo, con tal de intercambiarse por mí en ese momento. Pasamos de largo dirección al ascensor. Sentí su mirada clavada en nosotros. Bajé mis manos desde sus cinturas hasta sus respectivos traseros. Les agarré bien fuerte del culo y giré mi cabeza lo justo para guiñarle un ojo al portero.

La casa estaba casi vacía. Parecía que hacía mucho tiempo que alguien no llevaba una vida de verdad en ese lugar, tan solo salpicaduras a través del tiempo. Ginger encendió el televisor. Supongo que pretendiendo generar algo de ambiente. Sintonzó un canal de música de los que no dejan de pasar videos en todo momento. Reconocí enseguida el rostro alargado de Mikel Erentxun. Por algún motivo solo llegaba la imagen. Le quité el mando de entre las manos y subí el volumen. Problema resuelto. Era un concierto *live* de los años ochenta, la canción que sonaba era “En algún lugar”. Strawberry pidió que cambiara de canal pero no hice caso. Subí el volumen y me guardé el mando a distancia en el interior de los pantalones. Strawberry rio como una loca.

—Así que ¿esas tenemos? —dijo maliciosamente. En realidad no sé si dijo eso con las mismas palabras. Hablaba en inglés, borracha, y yo ya solo oía la música de fondo. Pero lo que sí que puedo asegurar, es que se acercaba a mí con los mismos movimientos felinos de un gato, que ha descubierto un ratón devorando una bola de queso.

—Sí, esas tenemos —contesté—, pero antes escucha la canción. Te va a gustar.

Pronto se dejaron llevar por la guitarra y el fluctuante influjo de la luna llena en la pantalla de aquella lejana noche de concierto. Empezaron a sobarse, a besarse, a sacar a relucir sus lenguas. Dos lesbianas no habrían actuado tan descaradamente. Al verlas tuve la sensación de estar en medio del rodaje de una película porno de bajo coste. Me deshice del incómodo bulto que me había guardado en el interior del pantalón, y lo deposité sobre la mesa. Bailé con ellas, esta vez casi quieto, insinuando solo los movimientos. Para cuando me acerqué lentamente a Strawberry, ya había perdido por completo el hilo de la música que escuchábamos. Tan solo era capaz de oír a mi espalda el sonido de una lengua arrastrándose a través de mi cuerpo. Sujeté entre mis

dedos sus pezones, como lo haces con una colilla apagada. Sus pechos eran blancos y pequeños. Tenía un *piercing* en forma de aguja traspasando su pezón izquierdo. Ginger me miraba lasciva, se mordía el labio y se ofrecía desnuda. Su venenosa mirada parecía querer hacerme daño. Casi sin darme cuenta me metí en el interior de ella, o de la otra. En serio, no sabría decir. Debería ser el momento en el que te dices a ti mismo: vale, una vez más lo has conseguido. Ya no había distancia física entre nuestros cuerpos. Su interior era cálido y profundo, sin nada de especial, como podría haberlo sido cualquier otro. Nada debería unir más dos cuerpos que esa mínima distancia entre ellos. Sin embargo estaba muy lejos. Desubicado, desahuciado. Era un náufrago ciego en un mar de sexo que ve siempre el mismo horizonte negro. Si algo seguía empujando esa parte de mí hacia el interior de ella, sin duda era el orgullo al recordar lo que una vez fui. El tiempo se escurrió sobre el frío suelo del salón, más tarde, entre las sábanas de una cama con olor a jabón para el pelo. La batalla cesó con la misma indiferencia con la que había empezado, y al fin pude bajar la guardia.

Fui incapaz de dormir, así que me incorporé despacio de la cama y crucé de puntillas el pasillo que me separaba de la cocina. Sentí la tarima del suelo suave y sin imperfecciones a través de mis pies descalzos. Cada vez tenía más claro que nunca había vivido nadie en ese piso. Abrí el frigorífico tanteando en la oscuridad. No quería encender ninguna luz para no tener que recordar nada que no fuera el abrazo silencioso de aquel mundo en penumbra. Busqué en estanterías y cajones. Casi todo eran productos light, yogures desnatados, y un preparado de tofu en forma de queso fresco. Habría muerto de sufrir una lipotimia en ese momento. Al fondo había un *pack* de seis cervezas de marca blanca que podrían haber llevado un millón de años ahí dentro. Agarré dos latas, aunque no tenía intención de invitar a nadie. Miré bajo el culo de las mismas, llevaban seis meses caducadas. La primera la bebí

de un trago, y la otra hasta la mitad, dando pequeños sorbos, con la luz del interior del frigorífico iluminando aquel inútil acto. Regresé de nuevo a la habitación, me detuve un instante en el marco de la puerta. Paladeé de nuevo el sabor amargo de la cebada, y el regusto caliente del alcohol bajando ligero a través de mi garganta. Crucé la habitación sin mirar una sola vez a la cama. Las inglesas dormían. Una de las dos roncaba pero no quise saber cuál de ellas lo hacía. Desenterré una silla de una maraña de ropa que tenía encima, la coloqué frente a un gran ventanal a los pies de la cama, y me quedé mirando la noche y los momentos que se revelaban del otro lado del cristal. Las luces danzarinas de los coches que cruzaron la calle, jugaron a iluminarme el cuerpo. Me dejé envolver por el ruido de los vehículos que como hormigas entraban y salían de algún agujero. Pequeñas motocicletas chirriaron como cigarras. El bramido bronco de un viejo motor diésel, risas, e incluso el sonido de un último beso, antes de que se cerrara un portal. Pensé en ella y en que el mundo parecía no querer pararse nunca. Me quedé dormido sentado en la silla como un rey viejo sobre su trono. La cerveza medio vacía cayó de mis manos al suelo, formando un charco en el que se dibujaron las ondas del sonido de un camión de la basura.

—Mario... Mario, despierta.

La voz de Laura me arrancó de lo profundo de un sueño que no dejó recuerdos. Aún era de noche, aunque la explosión purpúrea del amanecer se dejaba entrever a lo lejos. Siempre me despertaba su voz cuando me acostaba con otras chicas. Pensé que tendría que ir a preguntarle por eso. Me vestí rápido, con posturas imposibles para no caerme, para no hacer ruido, para no dejar ningún testigo. Recogí las pocas cosas que había dejado desordenadas y miré una última vez hacia la enorme cama de matrimonio antes de abandonar aquella casa para siempre. El recuerdo de sus cuerpos desnudos se disipó tan rápido en mi memoria, que cuando abrí la puerta del portal y el sol me cegó

con su luz de buenos días, apenas recordaba nada de las personas que había dejado tiradas sobre el enredo de sábanas blancas y arrugadas.

Fuera el aire era fresco. Carecía del olor viciado de una habitación en donde se ha practicado sexo. Según caminaba me iba sintiendo más lleno de energía, más libre de mis últimos actos. Observé mis pies. La tarde anterior había escogido unas viejas zapatillas Air Pegasus a las que aún podía sacar algún kilómetro. Saqué mi teléfono móvil y los cascos para escuchar música del bolsillo de mi pantalón vaquero. Abrí la lista de reproducción y pulsé sobre “Maldito Duende” de Héroe del Silencio. Comencé a trotar en dirección a casa. Entre bocanada y bocanada de aire, canturreaba para mí aquella vieja gloria, “Amanece tan pronto... Y yo estoy tan solo”.

Capítulo 2

Los Fernández de Júpiter, el gato calvo, y la reina de

Egipto.

Era una fachada de edificio solemne. Castiza como cualquier otra de los barrios históricos de Madrid. Al observarla de lejos parecía mezclar en sus cuatro líneas de horizontalidad, elementos barrocos y victorianos, pero al acercarme como un viandante cualquiera, me di cuenta de que había sido engañado por el juego de las primeras luces y sombras de la mañana. La fachada no era tan complicada, ni mucho menos parecía la tapa de un joyero fabricado por algún orfebre judío medieval. Estaba más que acostumbrado a verla con sus grandes balcones sobresaliendo hacia la calle. Intrincados elementos forjados en retorcido hierro, servían de protección para sus inquilinos. Si hubiera tenido que decir una fecha de construcción, habría dicho entre el 1700 o el 1800. Aunque lo cierto es que no tenía ni idea de ello. Laura era la estudiante de arquitectura y yo solo un chalado por la ciencia. Lo único que puedo asegurar, es que el edificio producía el mismo hedor histórico que la familia dueña del mismo. Les conocía bien, porque eran los mismos dueños del mío. Ahora eran una familia menos adinerada que en otros tiempos, cuando la única labor de un marqués era ir pegando tiros por el Pardo, escopeta de caza en mano. Tenían un apellido compuesto, de esos formados por un primero bastante común, tipo Pérez o Fernández, sumado a un segundo completamente desconocido. Formándose rarezas como Pérez-de Marte o Fernández-del Puto Júpiter. Eran los tíos de Laura, aunque ella no compartía apellido con ellos. Más bien, creo que eran lo que se dice parientes de aquello de lo que me cuelga por ahí abajo. Pero lo cierto, es que me hicieron el favor de alquilarme el piso cuando lo tenían apalabrado. Mi edificio era un poco más pequeño, menos solemne, y de alquiler más bajo que ese. Entre uno y otro solo cruzaba una pequeña calle de un único sentido. El sol casi nunca pegaba de lleno en ese espacio, porque las fachadas de ambos edificios hacían de visera

extendiendo durante el día su particular reino de sombras. En mi casa no había balcones pero sí grandes ventanales, por los que de vez en cuando me asomaba a fumar un cigarrillo mientras me quedaba absorto apoyado en el antepecho de metal. El interior de mi edificio parecía sacado de alguna obra de teatro decimonónica. Los buzones para las cartas colgaban a la derecha nada más pasar la entrada. Refulgían con el color de una tubería de latón. Desde hacía años, mis únicos remitentes se habían reducido a la compañía de aguas, luz y teléfono. Luego consideraba que con coger el correo una vez cada quince días, era más que suficiente. Hoy tampoco iba a hacerlo. Estaba sudado por venir corriendo hasta aquí y solo me apetecía meterme bajo el agua caliente de la ducha. Había un ascensor en el centro de las escaleras que subían serpenteando alrededor del hueco del mismo. El ascensor era muy antiguo. Tenía una reja negra con la pintura descascarillada que tenías que echar, si querías, antes de accionarlo. El recorrido era visto y sus estructuras laterales, obviamente, de transparente cristal. Carecía en su interior de espejos, lo que lo hacía un aparato inservible para mí, ¿quién no ha sacado la lengua frente al espejo de un ascensor, o se ha echado un último vistazo a la nariz para acabar con inquilinos innecesarios? Además, el ascensor estaba roto desde hacía un año y a los Marqueses de Júpiter no les daba la gana, o el dinero, para arreglarlo. Los escalones crujían como una barra de pan recién hecho y aunque ya no estaba en el interior del círculo de las horas intempestivas, preferí subir la escalera despacio intentando hacer el menor ruido posible. No fue una tarea difícil. Apenas pesaba setenta y cinco kilos y llevaba unas perfectas cámaras de aire en los pies. No ocurrió así con la puerta de entrada a mi casa. El chirriante ruido de bisagras oxidadas al abrirse esta, alertó al gato de que estaba allí. Era un precioso ejemplar de gato esfinge que me regaló Laura por mi veinte cumpleaños. No le fue fácil de conseguir. Ese tipo de gatos no los venden en las pajarerías, ni puedes

encontrarlos en medio de un aquelarre gatuno, hurgando entre negras bolsas de basura en el interior de un contenedor cualquiera. Sé que sacrificó los regalos de reyes a cambio de que la dieran dinero para comprármelo. Le llamamos Mortadelo porque era esmirriado, largo, y en apariencia completamente calvo. Un nombre cariñoso aunque para nada justo. Tenía los ojos azules como topacios, con la pupila pequeña y romboidal, negra como una perla de carbón marina rescatada del interior de un cofre hundido. Era tan hipnótico el azul de sus ojos, que si no se hubiera tratado de un gato, seguramente me habría prometido con él en matrimonio. Los ojos de Laura también eran azules, casi de la misma intensidad que los de mi compañero egipcio, pero carecían de la esencia felina que tenía Mortadelo, solo por haber nacido gato. Ahora que Laura y yo ya no estábamos juntos, me sorprendía a mí mismo nadando en las azules aguas de la mirada del animal, como si en realidad fuera a ella a quien estuviera mirando. A veces tenía la sensación de que Laura me observaba a través de sus ojos, como si se tratase de un dispositivo comprado en una tienda para espías. Descubrí aquella raza por internet, muchos años atrás navegando con una conexión de 56k. Eran tiempos en los que las imágenes se cargaban en cuatro o cinco barridos de página, teniendo que esperar a veces minutos, para cargar una web completa. Recuerdo que mientras la imagen del primer gato esfinge que vería en mi vida se cargaba en una sucesión de líneas horizontales, leí algo sobre una mutación genética reciente que había convertido una raza de gatos corrientes, en aparentes imitaciones de los que aparecían en representaciones egipcias. Me pareció una historia injusta, al menos para mi gato. Yo prefería creer que había un plan oculto tras ello, que un solo individuo no pudo dar lugar a una raza entera. Me gustaba ver algo premeditado, como si su estancia en el mundo no fuera fruto del azar de una tirada de dados. A veces me imaginaba a un dios barbudo aleccionando al primero de estos ejemplares: “vas a ir al mundo con una misión, pero he de

distinguirte de perros y gatos, y para que puedas ser un compañero más elevado de espíritu, voy a mandarte sin un solo pelo”. Y eso es lo que era para mí Mortadelo. Sin duda un compañero más elevado que un chucho al que tienes la obligación de sacar tres veces al día, o un gato del que te encuentras pelos nada más destapar un yogur. A Laura le costó una buena temporada deshacerse de la grima que le producía aquella piel completamente a la vista, fina como un pellejo rosado y gris, y suave como el tacto de un cachorro de oso panda.

—Pero si tiene los colores del amanecer—. Le decía con el minúsculo minino a tan solo a unos centímetros de su cara. Entonces Laura corría a esconderse tras el sofá con la repulsión de quien ha visto una serpiente comiéndose un conejo. Decía que había tantas estatuillas de reproducciones egipcias de gatos calcados a ese en el despacho de su padre, que verle ahí sentado sobre el sofá sin moverse, parpadeando solo cada treinta y ocho segundos, le producía una extraña sensación de desconcierto. Como si me hubiera contagiado de las locuras de este y hubiera decidido iniciar mi particular colección de objetos esotéricos.

—Bueno —decía yo entre risas—, era eso o adoptar un chupacabras, y por lo que me han dicho de este último, no lleva bien lo de hacer sus cosas en el interior de una caja de arena.

Mortadelo se acercó hasta mis piernas y se frotó contra ellas, dándome su particular gesto de bienvenida. Me olisqueó sin acercarse demasiado su nariz, como si temiera absorber algún tipo de vapor corrosivo, dándome la idea de que necesitaba una ducha urgente. Abrí la llave del grifo. Puse el dedo índice bajo el chorro de agua, y esperé pacientemente a que la temperatura se fuera templando. Esperé un minuto, dos... Aquel agua no la querría para ducharse ni un cazador de focas. La caldera debía haberse

estropeado, otra vez. Maldije mi suerte, y con la toalla alrededor de la cintura me senté en el sofá del salón. Quizá si esperaba unos minutos algún vecino reiniciaría la caldera, o el fantasma de un fontanero errante se bendeciría con una última reparación terrenal, antes de acceder al sendero luminoso. Decidí encender mis dos ordenadores portátiles. Parece un gesto derrochador y compulsivo, y eso es justamente lo que era. Tenía un ordenador, siempre de color blanco, que cambiaba cada pocos meses por una versión más reciente y potente del mismo. En él no hacía ninguna gestión que no tuviera que ver con las largas sesiones de póquer *online* que me servían de fuente de ingresos. Era un jugador maniático como cualquier otro, y aquel ordenador era mi singular baraja de la suerte. Con el tiempo había aprendido que el azar en una partida virtual, no funciona de la misma manera que alrededor de una mesa de cartas. Utilizaba una IP estática solo para aquel ordenador, con la intención de que en el servidor de seguridad en donde se alojaban las partidas, reconociera la mía, y quedara asociada a mi perfil de jugador. Mi IP, mi persona. Era como decir, vale chicos, ha llegado Mario, no vayáis a situarlo en una mesa con otros tíos que no saben la historia que esconde un jodido as de picas. Mi perfil contaba con seis mil quince seguidores hasta ese día. En él quedaba reflejado un histórico de cada partida, en donde podías comprobar desde la apuesta más alta a la más baja que había realizado, además de una emulación a tiempo real, de todas las partidas que había ganado. Si mis números hubiesen sido los de un boxeador, habría sido uno capaz de tumbar a la mejor versión de Mike Tyson. Aunque he de reconocer que no tenía demasiada responsabilidad sobre mi éxito. Yo solo apostaba fuerte. Era metódico y puntual en la cantidad de partidas que jugaba semanalmente. Siempre a las mismas horas, siempre el mismo número de ellas. Cada vez que estrenaba ordenador nuevo, el servidor reconocía que yo seguía flotando en medio de las aguas turbulentas. Darme un premio para hoy, significaba llevarse un pellizco de comisión mañana. Todo

casino *online* tenía su élite cuyo perfil podía ser comprobado por otros jugadores. La gente moría de ilusiones viendo esos números. Soñando con que les rozara la misma suerte de nuestras estadísticas, y lo único que había que hacer es demostrarle a la máquina, que estás dispuesto a dejarte la pasta en su web, durante mucho tiempo. Miré mi perfil. Estaba el tercero del ranking. Card-Machine había vuelto a pasarme en el día de ayer. En el número uno, ubicado a una distancia que no podría cubrir en una sola vida, se situaba *American_Dream*. Card-Machine y yo sospechábamos que aquel era un perfil falso creado por la propia web del casino para reflejar los datos de la banca. Todo teórico, por supuesto. Pero a ver quién coño presume de ganancias en nueve cifras.

El ordenador negro era un portátil más simple. Llevaba conmigo desde antes de que me dejara Laura, y era el que utilizaba para todo lo demás. Desde *googlear* el tiempo que iba a hacer al día siguiente, a entrar compulsivamente en cuatro o seis salas de un chat. Eso es lo que hice mientras esperaba el milagro de la caldera, al acceder solo a tres de ellas: #Castigos, #Sexo y #30. Esperé pacientemente a que alguien conocido, o lo suficientemente incauto, se fijara en mi *nick*. Como no ocurrió ni una cosa ni la otra, decidí dejar ambos portátiles abiertos, e ir a comprobar el agua. Aunque seguía helada como un témpano a la deriva, me quité la toalla de la cintura, y me metí en el interior de la ducha resignado a mi glacial destino. Mientras el agua fría resbalaba por mi cuerpo, mi cabeza intentó ordenar las imágenes de la noche anterior. Recordé su voz clara pidiéndome que despertara, casi rogándome que abriera los ojos y abandonara aquel sitio y a aquella gente que poco o nada tenían que ver conmigo. Cerré el grifo incapaz de soportar un minuto más ese agua y salí de la ducha temblando. Esta vez me envolví en un albornoz bordado con mis iniciales, que mi madre me había regalado como el primer objeto a ubicar dentro de mi piso de estudiante. Hacía un año que no

pisaba la universidad, y al menos otro más que no lograba la concentración suficiente como para hacer algo parecido a estudiar. Al principio la gente aún te llama. Cuando todavía no te has sumergido del todo en la profundidad del pantano, y aún no has acabado con el monstruo para ser tú el que termine ocupando su lugar. Pero cuando esto ocurre, ni siquiera los más cercanos, tienen la fuerza suficiente para vivir sosteniendo la tensión de esa cuerda. No les culpo. Entiendo que llega un momento en que es mejor soltar, y dejarle al unguento del tiempo lo que solo puede hacer este. A pesar de todo, ellos aún me ingresaban en el banco el pago para mi sustento. Dinero que por cierto, les habría venido mejor a ellos. Hablo de mis padres, por supuesto. No creo que se dejaran engañar a sí mismos con la misma facilidad que yo lo hacía conmigo. De sobra tenían que conocer que hacía algo más que tiempo que no iba a la universidad. Después de mi jugada final la discusión había sido demasiado fuerte. Compraron una casa en un pequeño pueblo costero de Málaga. Me vendieron la idea como si fuera el rótulo de una inmobiliaria: “la cercanía del mar, el olor a costa, y trescientos días de sol al año”, fue la imbatible promesa para hacer mejorar las cosas. Al principio, cuando me mostré de acuerdo con la idea, mi padre pidió el traslado al sur de Andalucía. En el sector en el que trabajaba era considerado como un arma de venta masiva. Era director comercial de una multinacional dedicada al vino. Desconozco los palos que tuvo que tocar para conseguir el traslado, supongo que muchos, pero como resultado final solo tuvo que cambiar el morado de un tinto por la palidez del jerez o de un blanco fino de Córdoba. Él nunca me lo echó en cara. Simplemente no pude subirme a aquel coche cargado de maletas que tomaría camino por la de Andalucía. Llevaba tanto equipaje que parecía uno de esos coches que van a cruzar el estrecho, para seguir al moro hacia Marruecos. Al ver a mi madre con el cinturón puesto, y a mi padre sujetando la puerta para que el viento no la cerrara de un golpe, me negué en rotundo.

Ellos solo querían que cambiara de aires una temporada hasta que el recuerdo de Laura se fuera disipando en mi memoria. Pero el problema era que yo no tenía intención de olvidar nada. Necesitaba la cercanía de las personas conocidas, la familiaridad de los lugares que iba a dejar atrás al marcharme, y por encima de todo necesitaba la cercanía de Laura. Cerré la puerta del coche y tuve una larga y tensa conversación con mi padre. Mi madre gritaba desde el interior del vehículo, mientras no le daban las manos para sacar pañuelos del interior de un paquete y secarse las lágrimas. Vi alejarse el coche como el que mira el horizonte viendo cómo se aleja el último ser humano en el desierto.

El día transcurrió con la misma pesadez que cualquier otro. En esa época del año el sol ya se mostraba perezoso para acostarse. Después de trastear un rato en YouTube viendo videos musicales, pedí una pizza familiar de cuatro quesos. Cuando llegó el motorista el sol acababa de ponerse y yo ya llevaba media hora de andanzas por mis habituales salas del chat. La pizza humeaba aún caliente empañando en parte la pantalla del portátil. Había destrozado literalmente las conversaciones que otras personas habían intentado entablar conmigo. Estaba ahí, conectado sin motivo para hacerlo, pero sin querer desconectar al mismo tiempo. Era como quedarse mirando la cuenta atrás del detonador de una bomba sin la intención de querer cortar ningún cable. Cerré la ventana del chat y la tapa del portátil. Entrelacé mis manos tras la nunca, y mi mirada se perdió en las múltiples manchas de pintura del techo. Permanecí así una hora. Creo que incluso llegué a quedarme dormido. Volví a abrir el ordenador y me conecté de nuevo. Saludé en las tres salas en las que entré, y esperé a que alguien me hablara. Antes saludaba sistemáticamente a todos los *nicks* femeninos que me encontraba, pero con el tiempo descubrí que para llevar a cabo el teatrillo que podía formarse con mi *nick*, era mejor el factor sorpresa que daba el modo inverso, y esperar yo a que alguien me sorprendiera con un mensaje privado. Durante los primeros

cinco minutos no ocurrió nada. Los cinco siguientes me vi bombardeado para que diera explicaciones a las personas que por la tarde sin más, había cerrado. Como contestación me serví tres dedos de whisky en un vaso ancho, y añadí un único hielo. Bebí e ignoré sus preguntas. Me serví otro vaso, esta vez cuatro dedos. La luz de la pantalla iluminaba mi rostro y escupía mi solitaria sombra sobre la pared de fondo. Empecé a tener problemas para enfocar bien. Estaba bebiendo tanto y tan deprisa, que no tardé en ver doble, teniendo que cerrar un ojo para poder enfocar la pantalla. Cuando de nuevo mi mano iba a posarse sobre la tapa del PC para cerrarlo, el ordenador reprodujo el inconfundible ruido de campana que te avisa de la entrada de una nueva conversación. Leí el *nick* y comprobé las salas a las que se conectaba, usando una sencilla instrucción de código.

Queen_Aremife.

Salas: #30

Nick sin registrar.

¿Qué coño de *nick* es ese? Me sonó como si desatara la misma musicalidad que se supone sucede tras pronunciar los nombres de las grandes reinas del antiguo Egipto: Cleopatra, Eti, Nefertiti, Arsínoe y Aremife. Repetí al menos seis veces cada uno de los nombres, formando un trabalenguas que el alcohol no me ayudó a pronunciar. Me sonó de ese modo, aunque lo más probable es que ni siquiera tuviera nada que ver con eso. Tras mirar el cuadro de diálogo en blanco en donde aquel *nick* solo se había arriesgado con un simple hola, contesté:

MegaMind: Hola

Queen_Aremife: Mmmm, me huele a nick de chico listo, no?

Era la eterna pregunta. Una losa a veces demasiado pesada, que debía

cargar sobre la espalda por llevar un *nick* como ese. Las cosas habrían sido más fáciles, de haber escogido un *nick* como Bombero_Moreno, o CirujanoAticoCentro. La gente tendía a imaginar que detrás de ese nombre se escondía la versión española de El Indomable Will Hunting. Claro que yo mismo me dejaba caer demasiadas veces en mi propia trampa, ya que aquello era exactamente lo que pretendía.

MegaMind: Llevo al menos dos años usando este nick.

MegaMind: Ya debería tener una respuesta muy elaborada para esa pregunta ¿no crees?

Queen_Aremife: ¿Y la tienes?

Obviamente no la tenía. Bebí otro sorbo de whisky y decidí estirar el juego tanto como me fuera posible.

MegaMind: te daré tres opciones:

- a) *Podría tratarse, después de todo, de un simple nick, válido como cualquier otro.*
- b) *Aunque también podría habérselo robado de la cartera a su anterior dueño, tras haberlo encontrado muerto en un callejón oscuro.*
- c) *El nick podría ser solo el telón de fondo de un escenario en el que ejecutar mi particular número de ilusionismo, con la particularidad de que solamente yo, sé cuándo estoy actuando.*

Queen_Aremife: ¿Y lo estás haciendo ahora?

MegaMind: Yo me habría quedado con la opción en la que al menos no soy el asesino del callejón.

Queen_Aremife: jajajaja! ¿Siempre das tantas vueltas para contestar una pregunta?

MegaMind: A veces... Si puedo, doy alguna más.

Queen_Aremife: jjjjj Por cierto, me llamo Alicia.

MegaMind: Un placer, Alicia.

Queen_Aremife: ¿No vas a decirme tu nombre?

MegaMind: ¿Necesitas saberlo?

Queen_Aremife: Me gustaría... Sí.

MegaMind: ¿Podrías llamarme “M”?

“M” de Mario, de Mauro, de Mega, y de Mind... Obviamente, no se lo dije.

Queen_Aremife: M de Mario?

MegaMind: Joder!

MegaMind: Me has estropeado el truco.

MegaMind: No, en serio, en realidad me llamo Mauro.

Queen_Aremife: No es un nombre muy común.

MegaMind: Yo tampoco lo soy.

Queen_Aremife: Ya... Algo me he dado cuenta.

Queen_Aremife: Y... ¿Cómo estás Mauro?

MegaMind: He tenido días mejores.

Queen_Aremife: ¿Te pasa algo?

MegaMind: Creo que estoy en medio de uno de mis ciclos autodestructivos.

MegaMind: Pero tranquila, aún no hace falta que llames al 112.

MegaMind: No creo que el planeta corra peligro... Todavía.

Queen_Aremife: jjjjjjjjj

MegaMind: Es solo que antes he cerrado al menos a cinco personas...

MegaMind: y aún no sé por qué.

Queen_Aremife: Un mal día lo tiene cualquiera.

MegaMind: ¿Y muchos malos días?

Queen_Aremife: También.

Queen_Aremife: ¿Qué buscas por aquí?

MegaMind: Eres nueva en el chat ¿verdad?

Queen_Aremife: ¿Tanto se nota?

Queen_Aremife: ¿Lo hueles o algo así?

MegaMind: He visto que no tienes el nick registrado, y me estoy dando cuenta de que no has tenido la precaución de mirar las salas en las que estoy conectado, antes de decidirte a saludarme.

Queen_Aremife: ¿En qué salas estás conectado?

MegaMind: Miralo tú.

Queen_Aremife: No sé hacerlo.

MegaMind: Mejor.

MegaMind: Déjalo estar.

MegaMind: Pero si lo hubieras hecho, no tendrías que haber hecho esa pregunta.

Queen_Aremife: Ok.

Queen_Aremife: Me están entrando muchos privados. La gente es muy pesada.

Queen_Aremife: Todo el mundo quiere hablar de sexo.

MegaMind: Es la hora. La noche... Con nocturnidad y alevosía, ya sabes.

Queen_Aremife: jajajajajaja

MegaMind: Poca gente viene aquí a hablar de política o de mecánica del automóvil.

Queen_Aremife: y de qué te gusta hablar a ti?

MegaMind: ¿A mí? De mecánica...

MegaMind: pero de la de deportivos rojos con asientos de cuero.

Queen_Aremife: Te gusta lo bueno, ¿no?

MegaMind: ¿Existe alguien que disfrute de los segundos platos?

Queen_Aremife: ¿Siempre contestas a una pregunta con otra pregunta?

MegaMind: Solo cuando puedo.

Queen_Aremife: ¡Oye! y... ¿En tus conversaciones siempre hay tanta tensión?

MegaMind: No. Luego voy normalizando. Sería agotador, ¿no crees?

Queen_Aremife: ¿Puedo hacerte una pregunta?

MegaMind: Claro, dime.

Queen_Aremife: ¿Eres superdotado o algo así?

MegaMind: Yo prefiero llamarlo “persona con altas capacidades”. Ya que desde la aparición del porno, el término “superdotado” ha adquirido otros matices.

Queen_Aremife: Y... ¿Lo eres?

MegaMind: ¿Superdotado o persona con altas capacidades?

Queen_Aremife: Jajajaja Lo segundo.

MegaMind: Contestar a eso sería hacerlo también a tu primera pregunta, y si lo hago... Quizá se nos acabe el número de ilusionismo.

Queen_Aremife: Entonces... A), B), Y C) ¿son correctas?

MegaMind: La verdad es que podría ser que ninguna lo fuera. Esto es un chat. Cualquier cosa puede ser válida. Podría ser incluso que yo fuera un bot.

Queen_Aremife: ¿Qué es un bot?

MegaMind: La aféresis de un robot.

Queen_Aremife: En cristiano...

MegaMind: Un programa diseñado para interactuar como un humano, pero que en el fondo, solo son líneas de código.

Queen_Aremife: ¡Guau! Me estás dejando loca.

MegaMind: No ladres, que está feo □ (esto jamás podría decirlo un bot).

Queen_Aremife: jajajaja Oye... Me está gustando mucho la conversación, pero es tarde y estoy cansada.

MegaMind: Ya.

Queen_Aremife: ¿Tienes Skype?

MegaMind: No. A los Bot no nos hace falta.

Queen_Aremife: jjjjjjjj ¿Te gustaría que habláramos en otra ocasión?

MegaMind: No estaría mal.

Queen_Aremife: ¿Me das tu número?

MegaMind: No funciono de ese modo.

Queen_Aremife: ¿? Ahora sí que te ha salido el robot que llevas dentro.

MegaMind: Si quieres hablar conmigo... Tendrás que buscarme. Creo que sabes dónde puedes encontrarme, ¿no?

Y cerré la pestaña del chat sin darle oportunidad a decir nada más. La próxima línea de texto que quisiera enviarme sería rechazada con un mensaje automático que diría: no conectado. Había creado la necesidad en ella de volver a buscarme. Estaba seguro. Bebí un último trago de whisky y me fui a la cama dando tumbos por el pasillo. Al fin pude abrir el otro ojo. Mi visión no había mejorado. Dos gatos idénticos me miraron al caer rendido sobre la cama desde la misma esquina en donde Mortadelo lo hacía siempre.

Capítulo 3

Las botellas del buzo y el paseante anónimo.

El sonido de pasos en la escalera llamó mi atención. Por un segundo hizo que dejara de dar vueltas en ese laberinto de sábanas. Los pasos carecían de ritmo. No era la primera vez que los escuchaba y me sacaban de la monotonía de los sonidos de la noche, convertidos en un incómodo misterio

para mí. Uno más fuerte, otro ligero, uno débil y otra vez más fuerte. Quien quiera que fuera venía borracho. Algunas veces espaciaba las salidas uno o dos días, pero al tercero, como si del resultado de una ecuación irrefutable se tratase, allí estaban otra vez, pasos anónimos trasladando a un cuerpo borracho y bamboleante. Por el crujido de la madera hubiese dicho que se trataba de un hombre, o si no de una mujer de excesiva envergadura. No había mujeres así en el edificio. A menos que se pudiese engordar veinte kilos en setenta y dos horas, o que la señora Martínez, septuagenaria de noventa y tres kilos, tuviera una doble vida. Sabía que el gato me miraba desde la esquina inferior izquierda de la habitación. No veía nada, todo estaba oscuro como el interior de la tumba de un cementerio en las afueras de la ciudad. Pero intuía su mirada penetrante ahí abajo. Busqué el móvil en la mesilla, dando varios manotazos ciegos. Hubieran podido ser las manos del borracho de la escalera. Pulsé sobre la pantalla para que se iluminara. Eran las tres de la mañana. Justo en el límite que me imponía para que una noche cualquiera se convirtiera en otra noche sin dormir. Me levanté de la cama y fui al cuarto de baño. Los pasos del beodo se habían diluido tras el estruendo de una puerta al ser cerrada sin tener cuidado. El espejo del lavabo solo me reflejó como una silueta ceniza, como si estuviera cansado de tener que trabajar para mí siempre de noche. Abrí el armario de las medicinas. No quería hacerlo pero tenía que hacerlo. El psiquiatra había dicho que esas cosas no se tomaban así. Debía hacer un tratamiento sostenido en el tiempo, y no usar los fármacos cuando me saliera de los cojones. Así solo iría poniendo parches al problema. Escuché un ruido pesado, como si King Kong hubiera caído desde el Empire State. Probablemente el borracho calculó mal la trayectoria y acabó al lado de la cama, en vez de dentro de esta. Debía de ser alguien que vivía tan solo como yo, ya que nadie en su sano juicio aguantaría una batería de noches como aquella. Si estaba lo suficientemente sobrio se habría quitado las zapatillas

antes de caer dormido. Si no, lo hizo con ellas puestas. A mí también solía ocurrirme eso a veces. Cuando tenía amigos y salía con ellos, y con Laura, mi chica, la que no estaba conmigo. Escuché otro ruido. Mortadelo asomó su cabeza pelada por el marco de la puerta. Me miró con cara de que yo fuese un ratón demasiado grande. —Vete a dormir —pareció decirme. Me deslumbró la bombilla sobre el espejo al encenderla. Parecía el escenario de un interrogatorio en el que se me juzgaba por seguir despierto. Cogí mis pastillas. Las había rojas y blancas, y azules con una raya en medio. La azul era un antidepresivo, luego no me serviría. Añadiría insomnio al que ya tenía, si es que esto era posible, y mis pensamientos se convertirían en fragmentos de una mala novela de Stephen King, un circo de terror pasado de maquillaje blanco. Me quedé con las rojas y blancas: las benzodiazepinas. Eran tres dosis al día, o al menos eso recordaba. Tampoco tenía intención de ponerme a leer el prospecto. Me quedé con dos por la simpleza de escoger la decisión de en medio. Aguardaron en mi mano a ser engullidas. Al juntarse ambas pastillas me parecieron los depósitos de oxígeno de un buzo. Era un buen símil. Yo era un submarinista que se quedaba sin aire en lo profundo del mar, y aquella mierda rojiblanca iba a dármele de nuevo. Catapulté las píldoras hacia mi garganta. Lo hice como el que da un trago de tequila rodeado de amigos vitoreándole. Bebí agua del grifo y mi lengua trabajó para hacer el resto. Volví a la cama e intenté averiguar cuál era la parte de arriba de las sábanas. Establecí un orden en ese caos. Almohada, sábana, pijama, yo. Me tumbé sobre la cama. El gato se había subido en ella. No lo molesté y él a mí tampoco. A los veinte minutos me invadió una pesadez química. No era sueño, tan solo era un aumento en el peso normal de mis párpados. Mis pensamientos se ralentizaron. El mundo se cubrió con una fina película granulada. La oscuridad se volvió nieve y los copos caían aun a pesar de tener los ojos cerrados. Nieve blanca, a veces ligeramente amarilla. Donde quiera que

mirase veía ese patrón repitiéndose. Mis oídos silbaban la canción de un electrodoméstico rumiando a baja frecuencia. Por un momento creí estar observando el funcionamiento de mi propio cerebro. No sabía si estaba despierto o durmiendo. Caí hacia alguna parte menos oscura que la propia oscuridad que me rodeaba y concluí, por extraño que parezca, que al fin estaba dormido.

Capítulo 4

El viejo oso y la amazona sin caballo.

Eran las nueve de la mañana de un sábado. Duchado y casi recuperado de la turbulenta noche, decidí desayunar algo. La imagen del interior del frigorífico no me resultó apetecible. Había barritas energéticas de chocolate y cereales haciendo bulto, ya que ni siquiera necesitaban frío, refrescos para deportistas, y cinco paquetes de salchichas de Frankfurt que seguro no habían pasado por Alemania. Sin duda aquel electrodoméstico había vivido tiempos mejores, y su blanca silueta parecía adelgazar al mismo tiempo que la mía. Cerré la puerta de la nevera con el convencimiento del que ha visto un tigre paseado por una anciana, y bajé a la cafetería de la esquina a que me sirvieran mi desayuno de siempre. Nada más entrar por la puerta, el viejo oso, puso café en el porta, y accionó la cafetera. Lo llamaba así porque me hubiese sido imposible dar un hachazo a ese nombre, y escoger cuál de aquellas cualidades destacaban más en él. Era un hombre mayor de semblante serio, sin carisma para ser camarero, o con el saco del mismo agotado después de tantos años de profesión. Llevaba pantalón negro y camisa blanca, el uniforme de la vieja escuela. Se remangaba la camisa hasta el codo, con lo que dejaba ver una fina película de pelo que le llegaba hasta la primera falange de los dedos. Un tipo escrupuloso con derecho a ganarse el pan como cualquier otro. Cortó dos rebanadas y las chamuscó en el tostador. No desplazó su cuerpo más de quince centímetros durante todo el proceso. Me sirvió el desayuno mientras yo ojeaba varios periódicos. Desayuné rápido. Tenía la cabeza en otro sitio. Estaba convencido. Iba a subir a la sierra a ver a Laura. Quería preguntarle acerca de lo sucedido la otra noche, y de un montón de

otras similares a esa. Apuré el café solo, pagué la cuenta, y subí de nuevo a casa.

Abrí las puertas de un armario que acostumbro a abrir al menos una vez por semana. Saqué mi mochila de excursionista, un saco de dormir con parches de los que ponían a los niños en las rodillas, y una tienda de campaña de montaje ultra rápido, apta para dos personas. Tengo que añadir que en las instrucciones de recogida de la misma, ya no aparecía la palabra ultra. Mortadelo me miraba desde un rincón, con la expresión del que sabe que va a pasar un par de días solo. Latas de comida de la despensa, un par de botellas de agua, y media docena de plátanos entre otras cosas, completaron el equipaje. Los plátanos son la fruta del excursionista. Dios los inventó para poder pelarlos con la mano por si los domingueros perdían sus cuchillos. Eran tan socorridos y comía tantos, que a veces creía que iba a involucionar hacia algún tipo de mono. Me probé al menos tres pantalones de *trekking* llenos de bolsillos por todas partes, pero ninguno me convenció demasiado. Era veintidós de marzo, la primavera acababa de comenzar y la temperatura a veces podía darte sorpresas durmiendo a la intemperie. Seguí cavando en el armario hasta que di con mis viejos desmontables marrones. Tenía aquellos pantalones al menos desde los quince años, cuando aún era Boy Scout, y hacía de monitor de tiempo libre para chavales más pequeños. Los compramos Laura y yo en una mañana lluviosa en el rastro. Limpié el barro de las botas, seco desde la última vez, y me puse una camiseta negra de Deep Purple. En menos de treinta minutos había conseguido salir de casa con una mochila llena de útiles para pasar un día o dos al raso, un ejemplar de “Hojas de Hierba” de Walt Whitman impreso en 1964, y un cuaderno en el que últimamente había garabateado algo de poesía. Siempre había ido por la rama de ciencias pero desde que empecé a salir con Laura, ella me había picado mandándome cartas. Eran los típicos escritos de amor entre adolescentes, en los que se podían leer

las palabras “te quiero” al menos quince o dieciséis veces. No recordaba qué había sido lo último que había ido a leer a Laura. Quizás una de mis empalagosas poesías, o puede que alguna carta describiendo lo que sentía desde que se había marchado. Pensé que ya que iba a verla para preguntarle acerca de un tema que podía ser por lo poco, espinoso, estaría bien llevarme el cuaderno y ponerla al día para suavizar las cosas. Siempre le había encantado todo lo que escribía. No era especialmente bueno. No sabía usar recursos de estilo y me repetía, a veces, más que una madre dando de cenar a sus gemelos. Pero eran letras sinceras, y cuando solo tienes quince años, pocas cosas importan más que eso.

El sol refulgía contra las paredes de la Estación de Atocha. Los pasajeros se agolpaban como hormigas en el andén. Parecían tener el equilibrio de una ficha de dominó y el mismo peligro de caer todos al mismo tiempo. Me quedé apartado en las escaleras un par de peldaños por encima de la antesala del andén, para no tener que meterme en el interior de la marabunta. Saqué los cascos y los enchufé al teléfono móvil. Pulsé sobre Knights of Cydonia y me dejé llevar muy lejos por el extraño sonido de la guitarra eléctrica. Recuerdo cómo Laura fue capaz de reproducir en su piano los acordes de esta canción. La primera vez que le vi tocar el piano me sentí impactado, casi conmocionado por el baile frente a las teclas, tan rígido y a la vez tan flexible. Su espalda recta y su cuello permitiendo pequeños cabeceos. El subir y bajar de su mentón mientras sus manos volaban por el piano como una nave evitando chocar entre ochenta y ocho asteroides. Me pareció simple y llanamente increíble que un cuerpo humano pudiera alcanzar tal grado de precisión.

La salida de mi tren se anunció en un panel digital en letras verdes sobre fondo negro. Algunos viajeros se pusieron en marcha despacio como robots despertando tras siglos de letargo. Caminé hasta él y me metí en el

primer vagón. Apoyé la cabeza contra el cristal y cerré los ojos durante la siguiente hora y cuarto. La familiar voz que anuncia las paradas del tren de cercanías, informó de que la próxima parada sería El Escorial. Recogí mi mochila, me la eché sobre el hombro, y fui hacia las puertas del vagón a esperar su apertura. El tren frenaba poco a poco la inercia del peso de las miles de toneladas de metal y plástico. Los frenos, quejicosos, chirriaban intermitentemente al capricho del maquinista. Una mujer se situó a mi lado. Tendría cuarenta años de edad. Parecía sacada de un anuncio de Decathlon y de una canción de Lola Flores. Con pinta de trotamundos por su larga melena rizada envuelta en un pañuelo multicolor. Vestía ropa de montaña y calzaba un modelo de botas que seguramente costaban más que toda mi vestimenta junta. Su piel era morena y lucía ese aspecto parecido al cuero del que ha pasado más horas en la altitud de la montaña, que bajo la temblorosa luz fluorescente de una oficina. Una gran mochila colgaba entre sus hombros, con un bastón de fibra de carbono cruzado a media espalda. El conjunto de su aspecto era soberbio. Parecía una amazona sin caballo sacada de la delirante imaginación de un explorador enfermo. Observé sus piernas delgadas y fuertes, mostrándose orgullosas bajo el pantalón ajustado. Podía ver la cabeza del cuádriceps bien perfilada, hundiéndose profunda en sus rodillas. Su camiseta Mizuno entallada moldeando una cintura minúscula. Su cuello delgado, perfecto, bello sin ningún colgante ni adorno innecesario. Un poco más arriba sus ojos achinados, brillantes, vivos, y mirándome sin dar crédito por el repaso que le estaba dando.

—Hola —dijo más bien a modo de pregunta que como un saludo. Me quedé un poco cortado. Sabía que en realidad había querido decir ¿qué coño estás mirando? No me había dado cuenta hasta qué punto me había perdido en los contrastes de su imagen. Las puertas del tren se abrieron con el inconfundible pitido, y me salvaron de tener que dar explicaciones

innecesarias.

Capítulo 5

Elena

La luz del sol se fragmentaba entre los pinos en un horizonte de columnas doradas. No eran árboles viejos. Seguramente fruto de un plan de reforestación llevado a cabo durante los años de la posguerra. El bosque olía a otoño aunque era primavera, a setas, aunque estábamos fuera de temporada,

y a la humedad de algún lejano arroyo corriendo joven por la montaña. La estación acababa de despertarse. Pronto los pájaros serían tan numerosos como los miembros de una coral, y las ardillas correteando entre las ramas se convertirían en lo habitual y no en la excepción del día. Solo por observar la vida en silencio de estas acróbatas del aire había merecido la pena venir. Y eso que aún no podía apoyar bien del todo. El dolor a lo largo del muslo hasta el pie era lacerante y me acompañaba como un cilicio a un pecador benedictino. Mi pecado había sido una sonrisa juzgada como demasiado intensa, o usar un pantalón ajustado, sin duda, para ir provocando. El médico había dicho que los golpes (patadas) habían dañado el nervio y con suerte el dolor remitiría en unos meses. Hacía cuatro desde el “accidente” como había preferido llamarlo, y la incómoda sensación parecía no querer abandonarme nunca. A pesar de ello, la rehabilitación me había hecho mucho bien. La daba con una joven recién salida de la universidad, a la que sin duda no había terminado de convencer con mi versión de los hechos. Cosa que a mí me daba igual. Cada día que pasaba era un día más lejos de él. El porqué no denuncia una mujer maltratada es algo que solo la propia mujer llega a saber. Yo no quería causarle ningún problema. Sabía que se volvía incontrolable cuando los celos le quemaban como lava en el estómago. Pero cuando la tempestad cesaba, y él conseguía calmarse, era un hombre cariñoso y atento con mis necesidades. En cualquier caso él era el pasado. Un tiempo verbal demasiado imperfecto después de la última paliza. Había venido rumiando aquellos pensamientos durante la hora de viaje en el cercanías. Me había puesto muy triste, incluso nostálgica pensando en sus brazos fuertes, o en el hoyuelo que le partía en dos la mandíbula. Por un momento había pensado en llamarle mientras miraba fijamente el teléfono para ver cómo estaba él, su taller, y sus cosas. Había sido solo un momento durante el cual el tren había parado para hacer un intercambio de viajeros. Rostros desconocidos bajaron para que

otros igual de anónimos ocuparan sus puestos. Eso era lo peor de todo. La soledad con la que tienes que lidiar en algunos momentos. Parece que no estés viviendo la misma realidad que ellos, y los amigos acaban por dejarte poco a poco. Pero es que ellos no sabían lo que se siente. Yo le quería, y él a mí también.

Subida en aquella roca con la señal de cobertura sin ninguna raya, aquellos pensamientos se diluían ante el fulgor de las sensaciones que solo puedes experimentar en una montaña. La suave brisa acariciando mi rostro descubierto, mimando cada centímetro de mi piel como infinitas manos de algodón. El olor a tomillo y lavanda, y muchos otros que el viento se llevaba tan rápido que no conseguía llegar a identificar. A lo lejos veía el gran monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Grande y magnífico al pie de la montaña. En su lonja se agolpaban los turistas, algunos formando filas que se arrastraban como diminutas orugas hacia el interior del edificio. Su gran cúpula, a la que los paisanos llamaban cimborrio, presidía el horizonte, omnipresente en el centro de aquel paisaje pintado en acuarela. Era imposible no verla, a pesar de que en aquel momento clavaba los ojos en la lejanía de mi amada Madrid. El perfil de los edificios se dibujaba como una postal turística en la que la luz de la mañana jugaba con la paleta de color y vida. Me sentía bien. Respiré varias veces un oxígeno que parecía saciar más que cualquier otro. Había ido a caminar. A subir cumbres que podía vencer, y llenarme de la experiencia de la victoria. La aplicación de mapas me había dejado colgada, pero siempre llevaba una guía en papel en uno de los bolsillos de la mochila. Según ella el GR-10 discurría a unos cuarenta metros de allí. Era un sendero de gran recorrido por el que podía caminar hasta el corazón de Europa si quisiera. Hacía años que lo había transitado más al norte con algunas amigas. Hoy solo iría dirección noreste algunos kilómetros, hasta poder ver el sinuoso perfil de La Maliciosa o la picuda cumbre del Montón de Trigo. Caminar era

un bálsamo tan bueno como el incesante paso del tiempo. Recogí mi mochila del suelo, descansé mi mirada una última vez sobre el horizonte, y me dirigí hacia el GR-10 bajo un cielo limpio de nubes.

Capítulo 6

Basalto negro y sol de piscina.

San Lorenzo de El Escorial es un lugar magnífico. Cargado de rincones en donde la historia se ha enquistado y una ojeada en el horizonte puede revelarte paisajes de un siglo lejano. A un paso de Madrid y a media pulgada entre un pinar y un robledal a gusto de cualquier excursionista. No solo era uno de mis rincones favoritos de la sierra de Madrid, sino que era en donde Laura y yo hicimos el amor por vez primera, y en donde iba a reunirme con ella. El que su padre hubiera escogido aquel lugar obedecía sin duda a intrincados motivos que solo él salvaguardaba en su cabeza. Siempre había soñado con una casa en la sierra. Periodista en horas bajas por voluntad propia, se definía ahora como amante de la naturaleza, y explorador en constante práctica. Se jactaba de ser un gran recolector de setas y de pegarse verdaderas palizas caminando durante los meses de septiembre y octubre. Incluso llegué a acompañarle en algunas ocasiones. Su norma era clara: recoger todo lo que levantase dos centímetros del suelo. Lo hacíamos en un canasto de mimbre como exige la norma, y una vez en casa con la ayuda de un vecino, separábamos lo comestible de lo indigesto y de lo claramente venenoso. El hombre le echaba una abundante dosis de cariño y constancia, pero en comparación, era poco lo que conseguía llegar a la mesa. La mayor parte de sus ahorros habían ido a parar al enorme caserón en el que pasaban los fines de semana y las vacaciones. Era una antigua casa de piedra cuyas

paredes de granito se levantaban solemnes en el centro de su propio pinar, como si alguien al dar forma al jardín, simplemente hubiera acotado el bosque. Pero el verdadero motivo por el que se había pulido los ahorros de toda una vida en la casa, no era la propia construcción en sí, sino que era un secreto inconfesable en boca de toda la familia. Bastaba con echar un vistazo a sus lecturas habituales, o a los artículos que escribía para revistas de las que se sitúan en las tiendas en las últimas baldas. Era un loco del ocultismo. Un creyente que de haber vivido en los EE. UU., hubiera comprado una parcela con piscina al lado del Área 51, o una cabaña en Las Rocosas en cuya pared de la chimenea luciría el molde grande y deforme de la huella de un Bigfoot. Según mis propias conclusiones, sacadas de los ratos que pasaba desinfectando su ordenador de virus y troyanos, para él, durante la época de Felipe II, se había cocido algo muy gordo en ese entorno. Bocas del infierno, triángulos de lo oculto, y un extraño manuscrito en el que el rey de España gastó una indecente cantidad de dinero, para llevar a cabo algún tipo de promesa alquímica. Lo cierto es que debido a su insistencia y a la contagiosa energía con la que hablaba de estos temas, empecé a simpatizar con los mismos, pero una vez que perdí el contacto con la familia de Laura, nunca más volví a interesarme por ello.

Subí desde la estación de tren rodeado de una gran arboleda. Fascinado por el diámetro de sus troncos y la serenidad que respiraba bajo sus ramas. La primera vez que recorrí aquel camino de gigantes gemelos también lo hice con una mochila al hombro. Tenía quince años y tiraba de la mano de Laura como se hace con un niño que se niega a subir una cuesta. Nunca le había gustado andar, y recorriamos aquel camino escribiendo un soneto de puras risas. Bromeaba sobre lo floja que era cuando se trataba de hacer ejercicio. Estaba enamorado como solo el que ha pasado la frontera de los quince años sabe que puede enamorarse a esa edad.

— ¿Estás segura de que tus padres no aparecerán por aquí en todo el fin de semana? —pregunté.

—Deja de agobiarte, Mario. Ahora mismo están camino de Soria para pasar el “fin de” con mis tíos —contestó Laura apretando mi mano para enfatizar y dar seguridad a sus palabras—. De lo único que hay que preocuparse es de no hacer demasiado ruido. Ya sabes cómo es la vecina.

— ¿La petarda?

—Esa —contestó Laura con esfuerzo, por respirar y hablar a la vez—. Baja el ritmo. Me matan estas cuestas.

— ¡Floja!

—En serio, ¡grábatelo bien! No quiero que cuando empiece el verano y se junte con mi madre de cacareo, salga la conversación sobre su hija y el chico moreno que no paraba de dar por saco tirándose a la piscina.

—Querrás decir el atractivo chico moreno —corregí guiñándole un ojo. Laura hacía como si no soportara mi arrogancia y chulería, pero sé que esas pequeñas cosas soltadas en su justa medida, le volvían loca—. De todos modos ¿el plan era hacer mucho ruido en la piscina? Y por cierto, ¿cuándo ibas a decirme que tu padre ya la había abierto?

—Lleva más de un mes viniendo los sábados y solo nos faltan dos semanas para que acaben las clases. Digo yo que algo habrá estado haciendo, ¿no?

—Ya, pero no me has dicho nada y no he traído bañador.

—No creo que necesites un bañador para meterte conmigo en la piscina.

— ¿Y tú? —pregunté intrigado—. ¿Has traído bañador?

—Bikini, Mario. Las chicas usamos bikini.

—Ya pero... ¿Lo has traído?

Laura sonrió como solo ella sabía. Torciendo levemente los labios y sumida en cuatro segundos de intrigante silencio. Sus ojos reflejaban los míos y en estos a su vez nadaba la respuesta que quería oír:

—Dos —dijo levantando el mismo número de dedos—. He traído dos.

— ¡Tienes un morro! Mis padres nunca me dejarán pasar un fin de semana solo, y verás esta noche cuando no vaya a dormir. Mañana soy portada de todos los periódicos, y pasado, aparecerá mi jeta en los briks de leche, en plan americano.

—Eso es porque no confían en ti, Mario.

—No veo por qué no deberían hacerlo.

—Si al menos fueras un poquito más constante con los estudios...

—Imposible. Estoy en una etapa de mi vida que solo puedo definir como distraída.

—Ah, ¿sí? —Preguntó Laura buscando la misma complicidad en mí que yo había buscado en ella al preguntarle por su bikini—. ¿Quieres contarme por qué estás tan distraído?

—No sé si debería —dije jugando a hacerme el tímido.

— ¿Es un secreto?

Asentí en silencio mientras descansábamos en un lado del camino. Un pájaro gorjeaba un extraño canto tres o cuatro árboles más arriba. Su mano acarició mi mejilla.

—Puedes estar tranquilo. Soy la mejor guardando secretos.

Se acercó aún más a mí y me besó tiernamente el cuello. Su boca quedó muy cerca de mi oído y como un pequeño torrente de agua dulce, susurró:

—No hay nadie que pueda superarme en este aspecto.

—Ya lo sé Laura. Pero no te parece el sitio, y la hora, poco adecuados

para...

— ¡Eres idiota tío! Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.

Se retiró unos centímetros de mí y me besó en los labios.

—Venga —me animó—. ¿Por qué estás tan distraído?

Aún tenía el vello de la nuca erizado y la sensibilidad de algunas partes de mi cuerpo por encima de lo normal.

— ¡Joder! —dije soltando aire—. Si me lo pides así no me va a quedar más remedio que creerte y confiar en que de verdad eres la mejor en..., eso.

—En guardar secretos —puntualizó ella.

—Está bien Laura, te lo contaré. Pero no quiero que te mosquees—. Mis manos estaban ahora en su cintura y bajaban muy lentamente sobre su anatomía. —He conocido a alguien. Alguien..., especial —añadí.

— ¿Especial? —Preguntó haciéndose la sorprendida—. Entiendo, ¿debo preocuparme?

—Eso depende de ti. Yo en tu lugar estaría preocupado. Ya sabes cómo somos los chicos como yo.

— ¿Chulos y arrogantes?

Le agarré del culo y le di un ligero beso en los labios.

—No. Seguros y comprometidos.

—Ya —dijo chascando la lengua.

—Me he dicho a mí mismo que no pienso apartarme un minuto de esa persona durante estos días, y siempre cumplo mis propias promesas.

—La verdad es que ese aspecto no me preocupa, pero sin embargo, no me sirve —dijo moviendo negativamente la cabeza.

— ¿Cómo que no te sirve?

—Has dicho que no puedes estudiar porque estás distraído y más o menos has dejado entrever que yo puedo ser el motivo de esa distracción.

—Chica lista —añadí.

— ¡Calla! Que aún no he acabado. Cuando tú y yo nos conocimos ya eras el rey del suspenso, luego una de dos, o bien siempre has tenido “muchos motivos” para distraerte, o me estás intentando colar un excusa barata con tal de reconocer que eres incluso más vago estudiando, que yo para subir esta cuesta. Por cierto, vamos a sentarnos en ese banco de ahí. No puedo andar un minuto más.

—Es difícil ser más vago que tú en lo que a andar se refiere —repliqué.

— ¿Y de qué piensas vivir el día de mañana?

—Iré improvisando.

— ¿No pensarás que voy a mantenerte, verdad? El futuro de la arquitectura no va a dar para tanto.

—Al menos no has dicho que no me quieres lo suficiente para ello.

—Sabes precisamente, que porque te quiero es por lo que te digo estas cosas. ¿Crees que me gusta actuar como si fuera tu madre? Podrías ser cualquier cosa, Mario. No he conocido a ningún tío más listo que tú. No desperdicies tu vida acabando de rebote en un taller de coches.

— ¿Y si me gustan los talleres de coches?

—Pues acaba en uno, pero que sea siempre porque haya salido de aquí, y de aquí, —dijo tocando en primer lugar mi frente, y después el punto en mi pecho en donde latía tranquilo mi corazón—. No acabes como el efecto secundario de una mala decisión.

—Laura —dije interrumpiendo sus palabras—. Estoy justo donde quiero estar.

—Tienes que prometérmelo ¿vale?

Me vi de nuevo en sus ojos, y sellé con mis labios aquella promesa. Al revivirlo de nuevo, me parece como si ella, en aquel momento, hubiese sabido algo. Como si hubiese visto venir el torcido destino que como una mano corrupta me había llevado hasta allí, a la visión del mismo banco vacío y de nuestros fantasmas, condenados a repetir eternamente la promesa que no había podido cumplir.

Laura era así: siempre llevaba la iniciativa yendo al menos dos pasos por delante del mundo. Su aspecto frágil era el maquillaje que veían en ella quienes no la conocían. Medía poco más de uno sesenta. Era delgada y de rasgos finos, casi difuminados. Su pelo lacio y negro azabache caía como una cascada sobre sus hombros. Vista de espaldas parecía una atractiva japonesa escapada de un manga para adultos. Rara vez vestía con minifalda u otra cosa que no fuera un pantalón vaquero, pero cuando me ponía pesado y tremendamente persuasivo, lo hacía, más por tenerme contento que por haber sucumbido a mis tretas. Y cuando lo conseguía, sentía las miradas de la gente clavadas en nuestros rostros indiferentes. Como si el mundo entero nos envidiase por caminar así de la mano. Juntos, perfectos en nuestro mundo de quince años.

Me puse algo nervioso minutos antes de llegar a la altura de su casa. Y eso que de antemano sabía que iba a pasar de largo. Sus padres la habían vendido un año antes, y tan solo un millar de recuerdos de los que no estaba seguro querer revivir, me hubieran retrasado allí. La primera vez que entré en la casa lo hice bajo el influjo de una insolación. La cabeza me daba vueltas y el pulso me martilleaba como un pico machacando una roca. Fue después de la escena del banco. El tiempo se nos había escurrido de entre las manos como solo a dos adolescentes puede pasarles, besándonos durante largas horas bajo un sol

primaveral, que en principio no había juzgado como tan abrasador. Laura me condujo de la mano hasta la piscina, me sentó en el borde y me refrescó la nuca. El agua estaba limpia y fresca. La depuradora, encendida por el programador automático, disparaba tranquilos chorros de agua sobre la superficie. El conjunto de sonidos recordaba a un paraje en donde un pequeño arroyo hipnotizase a un viajero inesperado. Laura hizo que me quitase la camiseta, la mojase en el agua, y me la pusiera en la cabeza enrollada como un turbante. Charlamos con los pies sumergidos hasta que la risa se instaló en nosotros con mayor énfasis que las palabras, y en un forcejeo acabamos ambos, dentro del agua. Yo solo llevaba un pantalón que Laura desabrochó sin prisa mientras mi mirada no podía despegarse de las transparencias de su camiseta mojada. Fue un momento mágico. El agua irradiando la luz del sol de mediodía, y el sonido de las ramas de los pinos entrechocando al imitar nuestras caricias, y Laura y yo dentro del agua, consumando sin ningún pudor nuestro amor.

Sin darme cuenta pasé la casa de largo. Como si el subconsciente hubiese jugado su baza y me hubiera anulado los sentidos como un padre a su hijo pequeño ante una escena subida de tono en la televisión. Lo siguiente que recuerdo fue parar en un supermercado. Compré pan, dos paquetes de fiambre, y una botella de Four Roses. Seguí caminando sin volver la vista atrás mientras abría uno de los paquetes y lo devoraba hasta la mitad. Era mediodía y no había comido nada desde el desayuno, pero tenía claras mis intenciones y no descansaría hasta haber hablado con Laura. Mi destino me esperaba en las afueras, al final de una tapia de piedra salpicada de musgo. No había sobre ella cuervos ni urracas blanquinegras, ni ningún otro tipo de ave graznando en el solitario lugar. Las manos me sudaban como a un novel actor antes de su primer espectáculo, y el estómago se me retorció en el interior del cuerpo. Me sobrevinieron arcadas y tuve que serenarme apoyando una mano en la tapia

para no caerme. Debía de ser tan vieja y haber sufrido tantos sabotajes del clima, que cuando aparté la mano descubrí en ella restos de piedra y arenilla. La puerta verde oscura eran dos rejas metálicas (curioso para un sitio del que nadie puede escapar) abiertas de par en par, daba la sensación de que llevaban muchos años sin cerrarse. Al echar un vistazo más allá del arco de entrada me asaltó en la cabeza un verso de William Blake: “Y vi lápidas donde antes había flores, (...) Y en zarzas enredados mi alegría, mis amores”. Laura me lo había leído insistentemente en una noche de luna clara, tirados sobre una tumbona con su cuerpo menudo descansando contra el mío. —Pero ¿no ves la fuerza que hay en estas palabras? —Me decía. Y lo cierto es que yo no veía una mierda más allá del milagro que era el contacto de su pelo negro en mi mejilla.

Puse un pie dentro del recinto tanteando el suelo como si fuese un puente a punto de hundirse. Una vez me convencí del propósito que me había llevado allí, caminé resuelto dirección a Laura. Recordaba perfectamente el camino: primer pasillo a la izquierda, primera a la derecha y todo recto. Al final del horizonte de granito y piedra una pequeña cruz negra resaltaba sobre el resto por su sencillez. Parecía tallada en basalto como la estela del Código de Hammurabi, o la estatuilla de un poderoso dios. Me gustaba verlo así. Pensar que aquella cruz estaba modelada en un material noble que se comportaría como un faro alumbrando la oscura infinitud del tiempo. Sin duda fue al verla de nuevo, cuando me convencí de que su padre había tenido mucho que ver en la elección de aquel material.

—Hola Laura —saludé a ella y a las alargadas sombras de unos cipreses que como trémulos dedos se estiraban para tocarnos. —Sé que llevo mucho tiempo sin venir a verte —continué. Pero mi voz se perdió en la amplitud del recinto y lo único que me devolvió aquella tumba, fue el negro reflejo de mi figura diluido en la superficie de basalto. Miré alrededor a sus vecinos de

suelo. Todos eran personas que al menos habían cumplido los sesenta años. Dos saladas lágrimas recorrieron mis mejillas andando el mismo camino que en otros días habían hecho otras. Me senté sobre la tumba y limpié su nombre. Algo de polen y de seca hojarasca lo ocultaba haciéndolo ininteligible. La última vez que vine aún no lo habían puesto. O sí. La verdad es que no conservaba bien los recuerdos de aquel lugar. Los antidepresivos tampoco me habían ayudado a establecer una línea temporal adecuada. Cualquier cosa podría haber sucedido ayer o hacía diez años.

—24-10-2014. —Leí. El tacto de aquellos números era frío y rugoso.

El cáncer me la quitó en solo seis meses, dejando la mitad de mi alma inerte, gangrenada, y completamente apagada. La otra mitad murió junto a Laura aquel veinticuatro de octubre, entre las sábanas blancas de una cama de hospital. Saqué mi cuaderno de poesía y recorté con los dedos un fragmento en donde había escrito algo. Era una mierda de poema sobre hojas de otoño y la luz del ocaso al caer el día. Arrugué el papel y lo convertí en una prensada bolita. Cogí un florero que descansaba sobre la superficie de la tumba, lo vacié y limpié de restos de flores secas. De su interior extraje una pequeña bolsa de fieltro azul marino. La abrí y deposité la bolita de papel junto a muchas otras amarillentas por el constante paso del tiempo. Coloqué el jarrón en su sitio y lo adorné con flores frescas que robé, literalmente, de otra tumba situada por debajo. Besé con ternura el nombre de Laura, deteniendo mis labios sobre las aristas e imperfecciones del metal anclado con vulgares tornillos, y salí de allí como un fantasma, arrastrando mis propias cadenas, con cada nuevo paso.

Capítulo 7

El abominable esguince y el desinfectante étlico.

Para cuando salí del cementerio y abandoné la compañía de los cipreses y el horizonte de campo de cruces, se me habían secado las lágrimas. Al lado del cementerio arrancaba un sendero empedrado y surcado de gruesas raíces, que culebreaba entre los árboles hacia la empinada subida de la montaña. A los cinco minutos de recorrer el camino, desapareció la sensación de haber estado rodeado alguna vez por civilización. Vi varios arroyos en cuyos márgenes crecían, verdes y numerosas, las *berujas*. El curso del agua se perdía entre los árboles, o a veces bajo una roca, para desaparecer del todo en el interior de la tierra. Según iba ganando altura, la corriente era más fuerte y el caudal menos generoso. Las copas de los árboles perdían diámetro, y los troncos crecían en retorcidas formas, modelados por ventiscas y nevadas. Hice cumbre con el sol a mi espalda. La subida había sido suave salvo por el tramo final, en donde se desprendían pequeñas rocas, haciendo que el suelo fuera inestable y traicionero. No me crucé con nadie en todo el camino, salvo por alguna vaca de mirada torcida, que se mantuvo atenta guardando la distancia.

Si bien los días se iban haciendo más largos y aún me quedaban al menos dos horas para que la compañía de los astros me alcanzase de lleno, decidí buscar y habilitar una zona en donde montar mi campamento. Eché un último vistazo al horizonte, en donde el parque empresarial de las Cuatro Torres se alzaba imponente en la distancia, doblando su silueta la altura de las inclinadas Torres KIO de Madrid. A la mitad, como una herida en la llanura, un embalse de aguas tranquilas, reflejaba el cielo como un espejo. En su mansa superficie el sol dibujaba un camino ardiente en rojo y distintos naranjas que se me antojó que apuntaba hacia mí. A mi izquierda el paisaje sufría un corte abrupto. Pasaba del vivo verde de la vegetación a la parda calvicie que servía de vientre para esta. Árboles jóvenes crecían en la tierra al lado de esqueletos negros y muertos, que como muchos otros restos de un pasado incendio, aún podían verse por los caminos.

El crepúsculo me sorprendió cuando aún no había terminado de montar el campamento. Para ello descendí unos ciento cincuenta metros a través de un camino que dibujaba un perfecto semicírculo. La zona era llana, al menos todo lo que puede serlo en la ladera de una montaña. En el suelo, la hierba crecía verde y tupida, gracias a la proximidad de un arroyo que durante la estación de lluvias debía inundar la zona, haciendo que este estuviera húmedo y esponjoso durante el resto del año. Limpié el terreno de piedras y palos, y de misteriosas bolas casi tan negras como el carbón, que resultaron ser boñigas secas de las vacas que venían a pastar a aquel oasis de hierba. Me ajusté en la cabeza la cinta elástica de una linterna de espeleología, y lancé al aire la tienda de campaña doblada tras sacarla de la funda, que como Houdini, apareció de la nada en medio de la explanada. Solo tuve que fijarla con piquetas al suelo y tensar los cortavientos. Nada que ver con las antiguas tiendas canadienses que yo mismo había sufrido en mis carnes, durante mis años de Boy Scout.

Las primeras estrellas salpicaron el cielo como el negativo de

pequeños lunares salpicando una espalda blanca. La oscuridad me rodeó y disfrazó el paisaje de un monótono negro, en el que el sonido de las ardillas correteando y el canto de pequeños pájaros, se esfumó dando paso a la característica sinfonía de la noche, ranas debatiendo animadas antes de zambullirse en una charca, y el multitudinario “*crik crik*” que como uno solo, emiten a la vez decenas de insectos. Bebí un cuarto de botella de bourbon hipnotizado por la falsa quietud, cuando escuché un ruido a lo lejos que no supe identificar. Guardé silencio y apagué la linterna que llevaba en la frente. Podría tratarse solo de una vaca o un caballo extraviado, buscando agua o refugio donde pasar la noche. Pero también podría ser un toro, o un jabalí, y la idea de salir corriendo ladera abajo medio borracho, no se me antojaba del todo viable. Me concentré en afinar el oído y escuché claramente la femenina voz de una mujer pidiendo ayuda. Un escalofrío me recorrió la espalda. A veces, cuando buceaba en las negras aguas de la depresión, mezclando medicamentos con noches de alcohol y sexo, me parecía oír voces en mitad de la noche al otro lado del pasillo que unía el salón con mi habitación. Pero esa voz me llamaba de forma insistente y clara, y al contrario que las otras voces, se repetía una y otra vez rompiendo la quietud de la montaña. Saqué de mi mochila un machete y me lo guardé en el bolsillo lateral del pantalón. Identifiqué la dirección del grito, encendí de nuevo mi linterna, y me encaminé hacia la voz.

— ¡Hola! —Grité para hacerla entender que había escuchado y que, aunque despacio, acudía en su dirección. No sabía lo que iba a encontrarme, y en mi cerebro remojado en cuarto de litro de salvamento etílico, no hervían, precisamente, buenas ideas. La acampada libre en la sierra estaba prohibida y se castigaba con fuertes multas. Aunque lo cierto es que lo de utilizar el grito de una mujer como el genuino cebo con el que atrapar campistas, me parecía un método muy elaborado, incluso para los cerebros de la Guardia Civil del

SEPRONA.

A unos cien metros de mí, campo a través, los cuales recorrí tropezando constantemente, mareado por el pequeño bamboleo al que el alcohol había sometido mi equilibrio, encontré la figura de una mujer camuflada en el juego de luces y sombras que producía una linterna colgada en una rama. Estaba sentada en el suelo, tenía un pie descalzo, la cara embarrada, y el interior de su mochila desparramada como la colada sucia en la habitación de una adolescente. No había tienda de campaña por ninguna parte, pero sí una esterilla en el suelo y sobre ella desplegado, un saco de dormir que a su lado, haría parecer al mío el pellejo de un chucho famélico.

—Hola —me dijo—. ¡Por fin! Temía que no pudieras oírme.

—Lo siento, tenía los auriculares puestos. —Mentí. No sabía por qué hacía esas cosas. Por qué la mayoría de las veces, después de lo de Laura, soltaba una mentira automática que justificaba, parcialmente, lo que hacía. Señalé hacia la linterna colgada en la rama del árbol, que como una bombilla en el techo de un barco a la deriva, oscilaba ligeramente. —Podrías haber hecho señas con eso.

—Podría si me pudiera poner en pie y coger la linterna —contestó como si le hubiera molestado la idea— pero entonces no necesitaría tu ayuda.

Se tapó la cara con las manos y resopló entre ellas.

—Lo siento, estoy hecha un desastre. Parezco una novata —dijo, creo, para sí misma—. Y encima estoy pagando mi frustración contigo.

—No pasa nada, tranquilízate. Dime, ¿qué te ha pasado?

—El tobillo —dijo como si aquello le diera sentido a todo—. Se está hinchando mucho y no puedo apoyar el pie.

— ¿Te lo has torcido?

—Sí.

—¿Hace cuánto?

—Una hora y media, dos como máximo. Ha sido bajando, he metido la bota entre dos piedras y me he caído de lado.

Eso tiene que doler, pensé para mí.

—Creí que iba a poder continuar, pero al perder ritmo y enfriarme, ha empezado a dolerme.

—Entiendo. Pero bajar ahora a oscuras va a ser complicado.

—Eso mismo he pensado yo: complicado, cuando no, peligroso.

—Cierto.

—Ha sido una suerte verte a lo lejos. Hiciste cumbre sobre las siete, ¿no?

—Sí.

—No quería molestarte de noche, pero luego he pensado que quizá mañana podrías madrugar o bajar por la otra cara, y en fin, me ha entrado el pánico.

—Tranquila, no pasa nada.

—Ya, es que pensar que podía quedarme aquí atrapada... *Ufff*.

—¿No tienes cobertura?

—No —respondió.

—¿Tú sí? —Preguntó con la voz llena de esperanza.

—Pues no lo sé —dije al tiempo que sacaba el móvil y comprobaba la pantalla—. No, no tengo —añadí.

—Me sorprendes, pensé que los chicos de tu edad estaban constantemente colgados del móvil.

—Ya ves —dije—. Una leyenda urbana como cualquier otra.

Su risa sonó franca como un eco claro entre los árboles, y por primera vez entre ambos, se redujo parte de la tensión.

—¿Y qué ha pasado aquí? — Pregunté señalando el desastre que formaba la mochila abierta y la ropa revuelta por el suelo.

—Pues eso es un buen ejemplo de la Ley de Murphy.

—¿Cómo?

—Me he caído en un arroyo.

—No —dije sin poder creérmelo.

—Ya cojeaba algo, y me ha fallado el pie al intentar saltarlo. Así que he acabado dentro.

—¿Te has puesto ropa seca?

—Sí, me cambié nada más caerme ¡y menos mal!, si hubiese tenido que hacerlo ahora, no habría podido. El tobillo me duele con solo rozarlo, no creo que pudiera sacar siquiera el pie del pantalón.

—¿Me dejas verlo?

—Claro —dijo mientras me acuclillaba a su lado, y apuntaba al pie con mi linterna. Examiné en silencio la parte inferior de su pierna desde la rodilla hacia abajo. Lo hice como si llevara años dedicándome a ello, obligando a la hinchada articulación a moverse en una y otra dirección, para ver en qué punto aparecía el dolor. Tenía el pie húmedo y frío, y la cara algo crispada, como si temiera que llegara un súbito pinchazo en cualquier momento.

—Te has hecho un buen esguince. Yo diría que de primer o segundo grado.

—¿Crees que voy a poder apoyar el pie mañana?

Negué con la cabeza

—Mañana solo va a estar peor, quizá pasado mejore un poco.

—¿Estudias medicina?

—No, pero me gusta salir a correr, y mis tobillos... Ya sabes, son flojos.

—Ya —pareció que el mundo se le precipitaba encima.

—Vamos a vendarlo ¿vale?, —dije intentando animarla—. El calor hará que no te duela tanto y que el esguince se repare antes.

—Vale, está bien, pero no tengo vendas.

—No importa. ¿Tienes una camiseta elástica o un calcetín alto tipo media?

—Sí, creo que sí, en la mochila.

—¿Dónde lo tienes?

—En el bolsillo de arriba, ahí —dijo señalando.

Hurgué en donde me dijo y volví con un par de calcetines elásticos. Estaban limpios y olían a suavizante de ropa. Vendé lo mejor que pude su pie, apoyándolo en mi pierna doblada. Me tomé mi tiempo e hice y deshice varias veces el improvisado vendaje, hasta que di con el mejor modo de hacerlo. Al acabar me pareció que había hecho un buen trabajo. Devolví con mis manos su pie al suelo, depositándolo sobre los restos secos de pinocha con sumo cuidado.

—Gracias —me dijo.

—No hay de qué.

Se instaló un silencio incómodo entre ambos, que decidió romper con una

pregunta inevitable, que como un mazazo golpeó de lleno en el mismo centro de mi realidad.

—Espero que no te moleste, pero... ¿Hueles a alcohol?

—No. O sea, sí, pero no porque haya estado bebiendo. Compré una botella de bourbon como desinfectante y se ha abierto en la mochila. —Mentí—. Llevo el olor impregnado por todas partes.

—Ya —respondió como si no hubiera escuchado nada.

—¿Tienes analgésicos?

—Me temo que no.

—¿Y cuánto de ese “desinfectante” dices que te queda?

Sonreí, aunque estoy seguro de que con la creciente oscuridad que nos rodeaba, no pudo verlo.

—Haber empezado por ahí.

—Es que o me echo algo para el cuerpo, o me temo que el dolor no me va a dejar dormir en toda la noche.

—Si quieres voy a buscarlo.

—Espera, primero tienes que ayudarme con algo ¿me alcanzas la mochila?

—Toma —dije al pasarla. Pesaba como un quintal, e incluso cogiéndola por una de las cintas más anchas, noté cómo momentáneamente me cortaba la circulación. —¿A quién has metido ahí dentro?

—Lo siento, se ha mojado toda la ropa cuando me he caído, por eso pesa tanto.

—Dame la ropa y la extiendo aquí sobre las ramas.

—Muchísimas gracias, de verdad.

—No te preocupes.

Me pasó una húmeda bola de tela multicolor, que se deshizo en cuatro prendas distintas. Una de ellas era la camiseta Mizuno que llevaba puesta la mujer del tren. No pude evitar mirar de nuevo en su dirección, ya no tenía el pelo envuelto en el pañuelo de colores, y los rizos, fuertes y brillantes como los bucles de un muelle, caían amplios hasta casi el final de su espalda. Se había cambiado de ropa, por eso y por la falta de luz, no había podido reconocerla. Su aspecto seguía siendo imponente, pero había perdido la magia de lo que parece inalcanzable, allí tirada entre ropa sucia y la visión de su pie hinchado. No tenía modo de saber si ella me había reconocido, quizá ni siquiera me recordase después del susto que se había llevado, pero para no dejarlo en el aire, y dar pie a juicios equivocados, decidí abordar el tema directamente:

—¿Sabes? —Pregunté—. Hemos venido juntos en el tren. No sé si en el mismo vagón, pero estoy seguro de que te he visto antes de bajarme —dije mientras estiraba sobre una rama un par de pantalones mojados.

—Ya lo sé. Me he dado cuenta mientras me diagnosticabas el tobillo con la misma intensidad en la mirada que esta mañana.

Me sonrojé, pero ella no pudo verlo. La escasa luz que había de ese lado del árbol, hacía que todo pareciera estar dibujado en blanco y negro.

—Lo siento —dije—. Creo que me quedé ahí parado pensando en algo y te cruzaste en la dirección en la que miraba. Además —mentí otra vez—, pensé que te había visto en algún sitio.

—¿Ah sí? ¿Y has conseguido recordar ya en dónde nos hemos visto?

Había una nota de humor en su voz, como si no creyese del todo mis palabras.

—No sé —dije pasándome la mano por la incipiente barba—. ¿De un anuncio de Decathlon?

Su risa sonó de nuevo solitaria y forastera en medio del paraje.

—Hay que reconocer que lo haces bien.

—¿El qué? —Pregunté.

—Romper el hielo.

—Eso sí que te vendría bien para el tobillo.

—Bueno —dijo resignada—, no contaba con esto, de hecho, es la primera vez que me pasa.

—Bienvenida al club.

—¡Oye! ¿A qué distancia has acampado?

—Donde me has visto. Calculo que a unos cien metros aunque no sé decirte exactamente. He tenido que parar varias veces para orientar tu voz, hasta que he visto la luz entre los árboles.

—¿Tienes buen equipo?

—No es el tuyo —dije señalando sus cosas— pero me vale para pasar la noche. ¿Por qué?

Esquivó por completo darme una respuesta directa y dijo:

—¿Cómo te llamas?

Casi vomité el nombre de Mauro sin pensarlo, pero algo me dijo que no había necesidad de ello. Ella era una mujer adulta a la que se le habían torcido los planes, y el tobillo, y no creía que fuera a meter las narices en mi vida, más allá de la ayuda que yo quisiera prestarle.

—Me llamo Mario —contesté al fin.

—¿Es el verdadero?

Esta vez fui yo el que con mi risa espantó algún ave de entre los árboles.

—Sí, es el verdadero.

—Al final va a ser verdad lo de que te quedas ensimismado.

—Ya te lo dije.

—Verás Mario —su tono de voz sonó como el de una maestra aleccionando por primera vez la asignatura de matemáticas—, te preguntaba lo de tu equipo, porque la verdad, no me apetece estar sola con el tobillo así, ¿y si me pica un bicho, o tengo hambre, o sed? Me parece que el rollo de aventurera se me ha acabado por un tiempo.

No había pensado en ello de esa forma y aunque con toda la historia me había despejado un poco, aún me sentía algo aturdido por el alcohol. Cargar con ella hasta mi campamento no me pareció la mejor opción. Por mucho que se apoyara en mí y en una improvisada muleta, podía caerse en cualquier momento, apoyar el pie, y agravar aún más la situación. Decidí posponer la opción del número de la equilibrista para mañana, cuando sin más remedio, tuviéramos que descender la montaña.

—Voy a ir a por mis cosas y me vengo contigo. No tardo ¿vale? —dije dándome la vuelta y echando a andar.

—Mario —llamó.

—Dime.

—Me llamo Elena.

Consulté el reloj. Era la una de la madrugada del domingo. El cielo salpicado de estrellas se intuía entre las copas de los árboles. Marte brillaba con la viveza de un ojo cuyo dueño esconde su rostro tras una máscara. La

primavera marcaba su sosegado ritmo y firmaba las noches con su característico sello. Las heladas pasaban a ser algo infrecuente y el viento silbaba una melodía tranquila que podría haber servido para arrullar a un bebé. Deshacer el camino hasta mi campamento apenas me llevó tiempo. Guardé las desperdigadas cosas en el interior de la mochila y arrastré la tienda durante los metros de vuelta, ya que doblarla de nuevo en medio de la oscuridad, seguro podía alargarse hasta el alba.

Elena estaba tal y como la había dejado.

—Veo que no has aprovechado para huir —dije para romper de nuevo ese extraño silencio.

—Pensé en hacerlo, pero con este pie no llegaría muy lejos.

—Vamos a ver cómo está —dije tras colocar mis cosas y aparcar la tienda en el único espacio lo suficientemente apto para ello. Tenía el pie aún más hinchado, y en la piel bajo la luz de la linterna se veía como el boceto de un mal tatuaje, una mancha negra y amoratada. —Tiene mal aspecto. Se está hinchando mucho. —Saqué mi saco de dormir de la mochila, y lo coloqué enrollado debajo de su pie—. Tienes que mantener el pie en alto para que baje la hinchazón. —Después extendí el suyo sobre ella como si fuera una manta, y me di de nuevo a la falsa morfina de la rubia botella de bourbon. La miré a contraluz, quedaba suficiente cantidad para ambos. Elena dio un trago largo y desvergonzado, demasiado intenso para una primera vez. Sin duda esos labios ya se habían perdido antes en el pulido beso de cristal de la boca de una botella. Pensé que quizá esa mujer también estaba huyendo de algo.

—Siéntate anda —me animó—. Pareces un indio Arapahoe ahí de pie en silencio. —Sonreí a medias. En parte por la gracia que me había hecho y en parte por la triste verdad de sus palabras. —Toma, dale un trago —dijo pasándome la botella. Hice lo que me dijo, me apoyé sobre los codos y me

dejé caer con la cabeza hacia atrás, tomando conciencia de lo cansado que estaba. Había sido un día duro, con una carga emocional a la que ya no estaba tan acostumbrado, y un casi constante esfuerzo físico. Un mal cóctel para seguir despierto.

—¿Siempre planeas tus salidas para hacerlas tú sola? —Conseguí preguntar aún sin bostezar.

—No siempre, pero hoy ha sido uno de esos días en los que a nadie les venían bien mis planes.

—Entiendo.

—La idea era sacar unas fotos durante el crepúsculo, en la cumbre, justo antes del amanecer.

—Espera, no me digas ¿te has comprado un objetivo nuevo?

Elena abrió mucho la boca y los ojos.

—¿Cómo lo has sabido? —Preguntó sin creérselo.

—Me ha sonado tan típico, que he pensado que irremediamente tenía que ser real.

—¿Te gusta la fotografía? —Me preguntó.

—Me gusta verla pero no tengo la paciencia suficiente para hacerla. Creo que en este caso no soy un buen Arapahoe. La cumbre está ahí al lado. Créeme, si hubiese una remota posibilidad de que yo pudiera sacar unas buenas fotos, te las haría yo mismo.

—Gracias, pero creo que ya me has ayudado lo suficiente. No podría pedirte nada más en los próximos diez años.

—Tonterías, cualquiera hubiera hecho lo mismo. Y oye, ¿eres fotógrafa o lo haces por afición?

—No, pero reconozco que es mi espina clavada. Me he mudado hace poco, y pensé que nada mejor para decorar mi nueva casa, que hacerlo con mis

propias fotos bien ampliadas. Quería capturar el cielo rojo y naranja del amanecer, y colgarlo en el salón frente al sofá.

—Seguro que quedaría muy bien —no se me ocurrió nada mejor que añadir.

—Bueno —suspiró— ahora no podrá ser.

—No te preocupes, en dos semanas estarás perfecta para volver aquí y llevarte esa fotografía a casa.

—Eso espero, soy un culo inquieto.

—Pero no vuelvas tú sola. Hoy has tenido suerte, pero no suele haber mucha gente por aquí.

—Lo sé, pero hoy ha tenido que ser así.

—¿No tienes un perro?

—¿Un perro? ¿Para qué?

—Pues para hacerte compañía, minimizar problemas, e incluso llegado el caso, ayudar a solucionarlos.

—Yo diría que para eso necesitaría un súper perro.

—No sé, supongo que siempre es mejor que venir sola a pasar la noche.

—Podría decirte lo mismo.

—Cierto, pero en mi vida no cabe un perro.

—¿No te gustan los animales?

—Sí, pero tengo un gato, territorial y acomodado. No creo que pudieran llevarse bien.

—¿Cómo se llama? —Preguntó.

—Si solo te digo el nombre, no voy a hacerle justicia.

—No lo entiendo —dijo.

—Es un gato especial. Sé que al decirte esto parezco una de esas viejas enamoradas de su aburrida mascota, pero él lo es de verdad. De hecho es tan especial que estoy convencido de que nunca has visto un ejemplar como

él en carne y hueso.

Me recosté en el suelo y me llevé las manos detrás de la cabeza. Me pasó su esterilla, la extendí, y me tumbé de lado mirándole a ella. La luz de la linterna había perdido fuerza y la bombilla emitía un fulgor apagado como una luciérnaga a punto de sucumbir.

—Háblame del gato ¿por qué es tan especial?

—A ver... —Me dije a mí mismo—. ¿Por dónde empiezo? Para que lo entiendas bien, debería contarte una leyenda.

—¿Una leyenda? —repitió—. Esto es surrealista, pero me gusta.

—Tú tómatelo como una historia de campamento.

—Nos falta una fogata.

—Si hacemos un fuego nos sacará de aquí un helicóptero y no creo que sea el de emergencias. —Bebí mi último trago de la noche. El líquido dorado ardió en mi garganta como una endoscopia realizada con alambre de espino. Pasé la botella a Elena para desentenderme por completo de ella. Había bebido lo suficiente para estar a oscuras en la loma de una montaña. —Es estrictamente necesario que te cuente esa leyenda para conocer la originalidad de Mortadelo.

—¿Se llama así? El título es apasionante desde luego, “La leyenda de Mortadelo” —ironizó—. ¡Venga! No me hagas esperar.

—No te vas a arrepentir —le dije. Me aclaré la garganta como el alcalde de un pueblo pequeño antes de dar comienzo al pregón de sus fiestas, y comencé: —cuenta la leyenda que el gran Ra, dios del Sol, la Luz y la Creación, también tenía su cara oscura.

—Parece verídica —interrumpió Elena—. En todas las culturas el dios

supremo tiene una variopinta mezcla entre luz y oscuridad. Un poco de yin y un poco de yang.

—¿Sigo? —Pregunté haciéndome el ofendido por la interrupción.

—Claro, el escenario es todo tuyo.

—Bien —continué—. Cuando Apofis, la serpiente, vagaba por el mundo engañando y tentando a los humanos —miré a Elena por si quería añadir algo, pero sus labios estaban casi tan prietos y cerrados como la oscuridad que nos rodeaba. Sin duda estaba borracha y había empezado a sentirse cómoda y dicharachera en medio de la extraña situación—. Ra, en venganza, adoptaba la forma de Miu.

—Espera, ¿el panteón egipcio tiene algo que ver con tu gato?

—Sé paciente, pronto entenderás.

—Reconozco que eso que me has dado ha hecho que me olvide por completo del dolor, pero creo que si soy demasiado paciente voy a empezar a sentirme muy a gusto, y de ahí a quedarme dormida, no irán más de treinta segundos. Pero está bien —se animó ella sola—, seguro que el esfuerzo merece la pena.—Dijo estas últimas palabras con la pastosidad en la lengua de alguien que ha estado jugando a mezclar chupitos en la barra de un bar—. ¿Qué le pasó a Miau?

—Miu —corregí sin saber si había sido otra de sus ironías.

—Cierto ¿qué hizo Ra al adoptar la forma de Miu? Porque algo hizo ¿no? Cuando a un hombre o dios se le concede poder, lo normal es que haga un uso abusivo de él.

—Tienes toda la razón. Ra ya era un dios muy poderoso. Era el señor de la creación —dije abriendo los brazos y señalando en todas las direcciones posibles que permitieron mis articulaciones—. Brillante y abrasador como el

sol, pero al adoptar la forma de Miu añadió sigilo y agilidad a sus movimientos.

—¿Algo así como la versión egipcia de un súper agente del CNI?

—Más poderoso aún.

—¿Más?

Elena abría mucho los ojos y reía como una adolescente que pasa su primera noche en vela en el parque.

—Nadie veía venir el castigo del dios, hasta que ya era demasiado tarde.

—Dije esto entrechocando secamente mi palma contra el puño—. ¿Sabes a qué se parecía Ra cuando adoptaba la forma de Miu?

—A un gato —contestó Elena.

—Exacto. Un felino de color oscuro, de cuerpo y formas estilizadas, con las largas patas de un galgo y las enjutas costillas marcadas sobre una piel sin pelaje.

Elena puso cara de asco, como el que descubre un millón de bichos reptando bajo una piedra.

—¡Qué asco!

—Pues en aquella época las personas no tenían tanta grima de un animal así. De hecho, quisieron aprovecharse de este poder, y algunos, sobre todo los ricos, pedían ser enterrados junto a estatuillas del poderoso Miu. O yendo aún más lejos, momificaron a sus propios gatos para que en el paso de Osiris, este se sintiera intimidado por la presencia de Miu, y evitaran así el juicio que el dios de la resurrección debía llevar a cabo con sus almas. Fin del momento leyenda —añadí.

—Creo que lo entiendo —dijo Elena atrapada en su mirada soñolienta—,

pero ¿cómo encaja Mortadelo en esto?

—Es un gato esfinge.

—Nunca he oído hablar de nada parecido.

—Ya te lo dije. Es una raza que carece por completo de pelaje, y si lo tiene, es una capa muy fina y casi inapreciable. Eso hace que tengan un aspecto muy parecido a las estatuillas de Miu que se han encontrado en algunos enterramientos.

—¡Vaya! —dijo sorprendida.

—Pero en realidad es una falsa. Un estudio genético ha concluido que la mutación que les hace tener ese aspecto, no tiene más de sesenta o setenta años. Lo que ocurre es que los materiales que empleaban los egipcios para sus estatuillas, no daban lugar a poder reproducir el pelaje del animal. Ponte a modelar cobre o piedra para que parezca un tupido vello, y pronto lo entenderás.

—¿Tú lo has hecho?

—No —solté riéndome—, bastante castigo tengo con mi particular Miu, como para que me dé encima por la alfarería egipcia.

—¿De dónde salió tu gato? No creo que sean muy fáciles de conseguir ¿no?

Mis ojos dejaron de mirar hacia ninguna parte, mi cerebro salió eyectado de un cuerpo demasiado cansado para seguir prestando atención, y de pronto me vi sumergido en el recuerdo en el que Laura me sorprendía con el pequeño gatito dentro de una caja de zapatos. Aquel momento me pareció tan lejano, que podría habérselo contado con la misma majestuosidad de otra leyenda.

Capítulo 8

La salvación de las vacas y el taxi hacia ninguna parte.

La humedad del rocío acumulada sobre la esterilla, junto a diminutas hojas de tomillo apelmazadas sin saber cómo sobre la punta de mi lengua, fue lo que me despertó en la mañana. Abrí los ojos temiendo el primer golpe de luz. La tenue claridad del sol al despuntar el alba, y el suave gorjeo de un pájaro, me pareció un estruendo insoportable después de aquella noche negra, vacía, y silenciada de sueños. La migraña que me sorprendió al intentar incorporarme me dejó sumido en una completa quietud a cambio de poder mitigar el dolor. Poco a poco fui dominando, versado ya en demasiadas batallas contra la resaca, el martilleo interno que como el eco en una profunda caverna, se repetía en el interior de mi cabeza y sus estructuras vasculares. Conseguí sentarme sobre la misma esterilla que había hecho las veces de cómodo colchón, y abrir los ojos sin miedo a que ningún rayo láser llegado del profundo espacio me cegase en el intento. Es sorprendente lo que la oscuridad en despiadada alianza con el alcohol, puede hacer con la percepción de los sitios, y lo que la luz y varias horas de ininterrumpido trabajo hepático, puede revelar sobre los mismos. El lugar era más amplio de lo que en un principio me había parecido. La ladera por la que había descendido en la noche anterior hasta encontrarme con Elena, no era tan escarpada, ni accidentada como para haberme tropezado casi constantemente. Todo me pareció de pronto bastante confuso, a excepción, claro, de que anoche me había cogido un buen pedo. Me agarré las rodillas rodeándolas con

mis brazos, y enterré la cabeza en ellas como hace un avestruz cuando no quiere ver la que se le viene encima.

—Mario —llamó Elena desde algún punto cercano.

Incorporé la cabeza. Elena estaba exactamente en el mismo sitio en donde la había dejado anoche. Por su expresión debía llevar despierta algo más que un buen rato. Me miró directamente a los ojos y con una gran sonrisa me dijo:

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—He dormido. Punto.

—¡Vaya! —Exclamó—, sin duda eres del club del café cortado.

—¿Cortado? Con eso no podría abrir ni un párpado. Doble, solo y sin azúcar —me jacté—. Si no, no hay forma de empezar bien el día.

—¿Y te acuerdas de decirle todo eso al camarero?

Me encogí de hombros.

—Supongo que por eso voy siempre al mismo sitio —dije convencido de mis palabras—. Ese hombre y yo estamos en un estadio más avanzado que la comunicación verbal. —Elena rio y se tapó con el dorso de la mano la sonrisa que hasta esa hora no había podido constatar como blanca y encantadora. Realmente era una mujer muy atractiva. Pude confirmar también el color verde de sus ojos que aquella primera vez en el tren, y más tarde en las tinieblas que rodean la luz que emiten tres pilas de 1'5 voltios, su color me había parecido una vaga intuición.

—Pues me temo que aquí no hay café que ofrecerte.

Volví al socorrido gesto de encogerme de hombros capaz de contestar lo que las palabras no pueden.

—¿Cómo vamos de agua?

Elena abrió su cantimplora y la dio la vuelta. Unas pocas gotas, ridículas entre la humedad del suelo, se estrellaron contra el mismo. Intenté hacer lo mismo con la propia, pero ni siquiera conservaba el tapón. En algún momento de la noche aquel pedazo de plástico a rosca había pasado a formar parte de los descubrimientos de un futuro arqueólogo. Elena, al leer mi expresión, dijo:

—Ahí detrás hay un arroyo, a unos doscientos o trescientos metros.

—¿El mismo en el que te caíste?

—Ese es —afirmó sin dejar de sonreír.

—No sé yo —bromeé—. Parece que ese arroyo es algo traicionero.

—No soy yo la que tiene sed.

—Cierto —contesté—, me siento como un pingüino arrastrando la lengua por la arena del desierto —dije incorporándome— pero antes, veamos cómo sigue ese pie, ¿te duele? —pregunté acercándome a ella y repitiendo la operación de comprobación, que como un ritual de un fervoroso creyente, había realizado varias veces en menos de un día.

No le hizo falta contestar. Gruñó y gimió como un recién nacido en cuanto saqué el apoyo sobre el que mantenía el pie en alto. Pensándolo fríamente, no creí que pudiera arrastrar a aquella mujer y su lesionado pie ladera abajo. Pero ya pensaría en ello. Lo primero era conseguir agua suficiente como para hacer zozobrar el barco de mi resaca. Ni siquiera desvendé su pie. Directamente lo devolví al cómodo podio del saco doblado.

—No tiene buena pinta Elena, pero pensaremos en algo. Quizá sea buena idea que me acerque al pueblo y pida ayuda. Debe de haber una oficina de guardas forestales no muy lejos de aquí, en alguna parte —añadí esto último dando a entender que la suposición podía ser tan cierta como una inminente

invasión alienígena.

—No me apetece quedarme aquí sola, Mario —replicó—. Yo creo que apoyándome en ti y yendo con cuidado, podemos bajar hasta algún punto en donde recuperemos la cobertura.

—Ya, y ¿qué hago con nuestras mochilas y el resto del material?

—Por mí puedes dejar aquí mismo mis cosas.

—¿Estás de coña? —contesté—. ¿Y la cámara? ¿Y los objetivos? Eso vale mucha pasta, y sabes tan bien como yo que no podemos cargar con ello.

—Elena se llevó las manos a la cara y derrumbó, literalmente, su rostro entre ellas—. Lo siento tanto —dijo sollozando.

—No, no, para. No es culpa de nadie. Todo el mundo se tuerce un pie. Mira —dije intentado tranquilizarla—. Voy a acercarme a ese arroyo. Pondré todas mis neuronas a remojo en el agua, y pensaré en algo que nos saque de aquí sin que nos precipite a ambos ladera abajo.

Elena apoyó la frente en la palma de la mano y sonrió mientras una sola lágrima se derramaba desde sus ojos. Se limpió alrededor de los mismos con el dorso del dedo índice, con el inconfundible acto que busca impedir que se corra el rímel de unos ojos perfilados.

—¡Qué tonta! Hoy no estoy maquillada.

—La costumbre, supongo.

—Debe —contestó con cierta tristeza en la voz.

Hubo unos segundos de silencio rotos por alguna pequeña alimaña que brincaba entre los arbustos.

—¿En qué trabajas? —Pregunté.

—En la Biblioteca Nacional.

—No pareces una rata de biblioteca.

—Odio ese término —dijo sin sentir verdaderamente las palabras—. Mi padre me llamaba así siempre.

—¡Oye!, —añadí—. Voy a ir por esa agua. No te muevas de aquí.

—No, tranquilo —aseguró—. No tardes ¿vale?

—Descuida.

Regresé veinte minutos después con la cara lavada y descongestionada en las cristalinas aguas de la montaña. Aliviado tras regar con la primera micción de la mañana la base de un tronco ancho, y ambas cantimploras llenas de agua fresca. Las manos bien lavadas, por supuesto.

A unos ciento cincuenta metros de la pequeña cascada en donde había recogido el agua, al menos dos docenas de vacas lecheras se congregaban entre restos de paja, investigando las inmediaciones de un terreno acotado, a priori, por un rústico murete de piedra. Solo son restos —pensé. Le transmití esto a Elena y lo que a mí me pareció evidente a ella no le resultó tanto.

—Yo creo que esas vacas están ahí esperando a que alguien venga y las echen de comer.

—Pero eso podría ser mañana o pasado ¿no crees?

—No —dije convencido—. Los animales son listos. Si están ahí es porque saben que es la hora. Seguro que hay un camino cerca y el ganadero viene en un Land Rover a reventar de fardos de paja. No es la primera vez que me cruzo con algo así en esta zona.

—¿Estás seguro? —preguntó Elena—. Es dirección contraria al pueblo. Podemos meternos en un buen aprieto si no aparece nadie durante el día de hoy.

—Seguro no puedo estar, quizá sea un Toyota o una mierda pequeña como un Suzuki.

Elena rio despreocupadamente.

—Eres único.

—Venga, recojamos esto —animé.

Enseguida, metido en faena, me di cuenta de que la conjugación del verbo recoger en su forma plural había sido del todo errónea. Elena no podía moverse y en consecuencia tuve que hacer todo el trabajo por ambos. Sin quejas, sin reproches, hasta que me di cuenta de cierto objeto personal que descansaba sobre la pinocha seca a escasos centímetros de ella. Un sabor amargo a víscera trepó a través del esternón hasta mis papilas gustativas. Mi cuaderno no tenía que estar ahí. En algún momento de la noche, o la mañana, Elena debió cogerlo para entretenerse, como si se tratase de una vulgar revista de peluquería, diseñada para amenizar la espera hasta que se secase un maloliente tinte. Ella debió de percibir la intensidad de mi mirada, clavada en aquel pequeño rectángulo de cartón y papel, que tantos secretos míos escondía.

—Lo siento —dijo como si pudiera entender lo que sentía—. Estabas dormido y yo no podía hacerlo. Si hubiera estado en una cama me habría hartado de dar vueltas, pero aquí, ni siquiera podía hacerlo. Entonces vi el cuaderno sobresaliendo en uno de los bolsillos de tu mochila y, simplemente, lo cogí.

—No pasa nada —contesté devolviendo aquel objeto al interior del bolsillo del que no debía haber salido nunca. Respiré. Conseguí incluso hacer desaparecer el regusto amargo de la bilis, y actué como si no hubiera sucedido nada.

La bajada hasta el murete de piedra en donde estaban cercadas las vacas

fue una auténtica odisea. Improvisé una muleta arrancando la quebradiza rama de un pino, y cubrí con ropa usada una de las puntas para que le sirviera de apoyo bajo la axila. La técnica que usé para atar la ropa, poco o nada tenían que ver con los métodos que durante las numerosas horas de visionado de “El Último Superviviente” creía haber aprendido. El resultado fue decepcionante, y en veinte metros o menos, perdimos una de las camisetas que habían servido de protección en la cercenada punta, para acabar tirando el palo, y casi las esperanzas de que aquello funcionara realmente.

—Voy a tener que cogerte en brazos —le dije.

—Ni hablar —contestó—. Lo más fácil es que nos caigamos y empeoremos la situación.

—Entonces vas a tener que dejar que te meta mano sin miramientos —bromeé—. O eso, o me adelanto yo a esperar solo donde las vacas.

—Ayúdame —dijo pasando su brazo sobre mi cuello. Le sujeté todo lo firme que mi timidez me permitió al no llevar dos copas de más de la cintura, y con la otra mano sostuve su pierna mala para que en ningún momento llegara a tocar el suelo.

Y así, con el andar pesado de un Igor lesionado, aquella masa entremezclada de cuerpos se desplazó ladera abajo durante los últimos metros, entre soplidos, jadeos, y extrañas onomatopeyas de difícil transcripción. Al llegar, al fin, al que se suponía iba a ser nuestro oasis de salvación, las vacas nos recibieron con la natural indiferencia del mamífero rumiante. Ayudé a Elena a que se sentara apoyada contra el muro, y regresé de nuevo hasta el campamento para trasladar nuestras cosas. Tiré las mochilas, trastos y tienda a los pies de ella, y me tumbé sobre la hierba a recobrar el aliento. Elena hurgó en su mochila y me dijo:

—Toma, te lo has ganado.

—¿Qué es? —pregunté entornando los párpados a contraluz del sol.

—Tu desayuno.

Tomé el paquete entre las manos. Era una barrita energética de chocolate y plátano. Leí el envoltorio, lo abrí, y partí la barrita en dos. Le ofrecí la mitad de la misma.

—Son cuatrocientas calorías. Hay de sobra para ambos.

—¿Seguro que no te vas a quedar con hambre? —preguntó—. Los chicos a tu edad coméis mucho.

—Estoy bien, además, tú también tienes que comer, y si vemos que la cosa se pone fea, siempre podemos sacarnos unos filetes de ahí mismo —dije señalando los cuartos traseros de uno de los animales más cercanos. Elena puso cara de desagrado.

—Soy de carne muy hecha, de las que siempre devuelven el plato una o dos veces para que se lo pasen.

—Tú te has empeñado en quemar el campo —bromeé—. Espera, escucha. No puedo creerlo.

El sonido de un motor ronco y constipado sonó en alguna parte. Las primeras en reaccionar fueron las vacas, que acostumbradas a las implicaciones de aquel estímulo, se desplazaron nerviosas en dirección al mismo. En la lejanía, entre una humareda de contaminación y arena, apareció un Land Rover cargado con varios fardos de paja. Tras de sí dejaba una estela de polvo, y un rastro de tallos secos, que volaban desde la superficie abierta de la *pick-up*. El todoterreno avanzaba despacio, sorteando continuos baches y balanceándose hacia todas partes como un barco en medio de la tormenta. Cuando al fin llegó hasta nosotros, Elena y yo esperábamos en pie con nuestros macutos y aperos dispuestos, como viajeros en un aeropuerto que no quieren perder un minuto para embarcar.

José, que así se llamaba el paisano, resultó un tipo abierto a pesar de las apariencias. Era un hombre muy mayor para manejar con tanta facilidad los fardos de paja y sacos de pienso. Vestía un mono de color azul de los que antiguamente se usaban para llevar a cabo cualquier tipo de trabajo manual, y que muy probablemente usaba desde aquella misma antigüedad. Llevaba una boina enroscada casi hasta el cuello, y la barba blanca en corte afilado, con patillas a juego, estilo “chúpame la punta”. Un ser auténtico de la España profunda, que supo entender la emergencia de la situación, casi con la misma presteza que yo capté, lo indeclinable que era dar de comer antes a sus vacas.

Aprendí mucho de José, entre otras cosas, el nombre de cada uno de los pequeños terneros, más algunos secretos indispensables, para ordeñar correctamente a una vaca. No me vi en la tesitura de tener que poner en práctica todo aquello. Bastó con cargar junto a él los fardos y sacos y repartirlos adecuadamente. Elena contempló la escena sin creérsela del todo, lanzándome continuas miradas, de las que no sabría decir si eran de súplica, o de agradecimiento irrevocable y eterno, hasta el mismo momento de mi muerte. Cuando al fin, José y yo dejamos aviadas las vacas, ayudamos a Elena a instalarse en la parte trasera de la *pick-up*. Le pedí que comprendiera que yo iba a ir mejor en la parte de atrás junto a ella, por si durante el camino se sentía indispuesta. José miró de soslayo a ambos evaluando la situación, y tras lamer el pegamento de un cigarrillo recién liado, comentó:

—Pues es un poco joven su novio ¿no cree? —Observó dirigiéndose a Elena—. Aunque el chico es fuerte y tiene buen corazón —añadió ya, dejando escapar un denso humo.

Elena se puso roja como un tomate y yo le contesté por ambos, que qué le íbamos a hacer, si a mí me gustaban mayores. Dos horas después de aquello estábamos sentados en la abarrotada sala de emergencias del hospital de El

Escorial. Cubiertos de mierda y paja a partes iguales, y con el culo amoratado de tanto rebotar contra la superficie dura de la *pick-up*. Al llegar ya nos habían avisado de que la espera era de, al menos, entre cuatro y seis horas. Saqué unos sándwiches de pollo de una máquina de *vending* que caducaban en tres días, y unas latas de refresco. Comimos en silencio con el don que proporciona el hambre al convertir cualquier cosa en un manjar, y nos recostamos en nuestros respectivos asientos. Elena apoyó el pie en alto sobre mi pierna.

—Gracias —dijo de nuevo.

—Sabes que no tienes por qué darlas.

Cuando la llamaron a clasificación entré con ella. El médico era un joven andaluz con el MIR recién aprobado, supongo, y con el mismo ojo clínico que yo.

—Es un esguince —dijo el tipo de la bata blanca, pero vamos a hacerte una placa para descartar roturas.

Volvimos a la monotonía de la sala de espera para aguardar a ser llamados. La visión pavorosa de personas aparcadas en los pasillos, con los brazos remangados, y agujas insertadas en la piel suministrando el contenido de bolsas de plástico colgadas de un inerte gotero, consiguió marearme. Me sentí incómodo bajo la luz blanca y el inconfundible aroma a desinfectante de hospital. La ropa me molestó como si ardiera en llamas, y comencé a sudar copiosamente.

—¿Estás bien Mario?

—Sí —dije pasándome la mano por la frente y recogiendo pequeñas perlas de sudor frío—. Son los hospitales que me recuerdan a algo... De hace tiempo.

—Todos los hombres sois iguales. Es el cliché que mejor se cumple en el género masculino.

—Ojalá fuera eso —deseé.

Miré en todas direcciones intentando focalizar la atención en algo, hasta que los verdes ojos de Elena me rescataron como un salvavidas en medio de una tempestad.

—Estar aquí es como trasportarme al pasado y llegar a un lugar al que no puedo volver jamás —dije en voz alta lo que en principio solo era un pensamiento.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó Elena.

—¿Y qué más da? El caso es que ya no estoy allí.

Elena sacó el cuaderno del interior de mi mochila. Esta vez no dije nada ni saboreé excreciones amargas llegadas desde no sabía dónde.

— ¿Tiene algo que ver con esto? —preguntó. Había cierto tono de preocupación en su voz, y una mirada compasiva en sus ojos.

—Solo es un cuaderno en donde garabateo algo de vez en cuando. No tienes que tomarte en serio lo que hayas leído. —Dije conociendo la negrura que había escrita ahí dentro.

Elena abrió el cuaderno y buscó una página, sin duda, leída previamente.

—“Aquí yace un hombre al que le espera un destino incierto, porque ya ha vivido el infierno en esta tierra”. Es un epitafio —concluyó.

—Puede —dije mirando las palmas de mis manos abiertas.

—¿El tuyo? —se atrevió a preguntar.

No contesté a esa pregunta. Ni a la siguiente que ni siquiera recuerdo cuál

fue. Cuando recuperé el hilo de su suave voz, discerní, entre otras muchas palabras:

—No es un tema muy normal sobre el que escribir para un chico de tu edad.

—La verdad es que no lo es —corroboré.

—Tienes talento, y te lo dice alguien que se pasa el día encerrada entre montañas de libros. Podrías sacar algo bueno de esto —dijo sosteniendo el cuaderno en su mano, y mostrándomelo como si yo no lo hubiera visto nunca—, si lo enfocases adecuadamente.

—¿Algo bueno como qué?

—Algo comercial con lo que ayudar a ganarte la vida, o simplemente a construirte un nombre.

—No me interesa ese aspecto —dije sintiéndome cada vez más incómodo.

—Entonces... ¿Qué es esto? —Dijo mostrándome de nuevo el cuaderno—. ¿Solo una afición?

El nombre y apellidos de Elena se anunciaron por megafonía. “Pase a rayos”, repitió dos veces la voz.

Empujé sin apenas esfuerzo la silla de ruedas siguiendo los carteles hasta la salita de espera, en donde se ubicaban las cabinas que daban acceso a la sala de rayos X. Elena no soltó en ningún momento mi cuaderno, manteniéndolo firme en su regazo. Dos celadores tan entrados en kilos como en años, salieron a ayudarla. El proceso completo no tardó más de diez minutos. Y casi sin darme cuenta, empujaba de nuevo la silla, deshaciendo el camino que había hecho.

—No conduces mal del todo. —Bromeó Elena sacándome de mi

ensimismamiento—. ¿Lo haces? —preguntó.

—No, es una asignatura pendiente.

—Hablando de asignaturas... ¿Qué estudias?

—Ahora mismo nada. Hace más de un año que no voy a clase.

—¿Vives con tus padres?

Negué con la cabeza, un gesto que ya empezaba a darme tortícolis.

—Tampoco trabajas —adivinó ella sola.

—No.

—Y ¿cómo lo haces?

—Es largo de explicar, pero tranquila —añadí—, nada que se salga de la legalidad.

—Tenemos mucho tiempo ¿quieres contármelo?

Y entonces, derrotado por el inteligente acorralamiento al que me había sometido, y con las fuerzas mermadas tras soportar las horas de tensión que me traían los recuerdos por el solo hecho de estar en un hospital, le dije:

—Se llamaba Laura.

Y entonces hablé durante mucho tiempo, como si nunca lo hubiera hecho antes, y puede que en muchos aspectos eso mismo fuera cierto. Le hablé de su pelo negro, y de cómo ella odiaba o amaba, según qué casos, mi continuo, por aquel entonces, olor a tabaco. Hablé de los años juntos. De El Escorial y nuestros distintos rincones diseminados por Madrid. De bebernos cañas y partirnos un bocata de calamares. También le hablé del cáncer, y de lo pequeño que se iba haciendo su cuerpo, conforme iba avanzando su enfermedad. Hablé de sus últimos tres meses, cuando ella cortó sin motivo

connmigo, y sus padres y el resto de su familia me pidieron que por favor me fuera de allí, para que no tuviera que verme. Hablé del chat, de las pesadas veladas de póquer, y del nuevo significado que había cobrado para mí la visión de una botella de whisky. Elena no dijo nada. Escuchó atenta sosteniendo mi mirada, mientras perfilaba la historia de los últimos años de mi vida. En algún momento entre las tres y las cuatro de la tarde, debió cogermme de la mano, y no me soltó hasta que ya con el pie vendado y un gran sobre marrón en la mano, cerré la puerta derecha del taxi que nos llevaría de vuelta a nuestras respectivas casas. Cuando di la vuelta al vehículo y me senté junto a ella, eché de menos el tacto caliente de aquella mano, que tan bien me había acompañado durante mi melancólico monólogo.

A Madrid —dije al taxista. Y fue como si el sonido conjugado de las seis letras de la ciudad, hubieran encendido de pronto la maquinaria de cortesía de aquel hombre grueso y agazapado. Ajustó los parámetros del taxímetro y encendió la radio. Sintonizó varias emisoras hasta que dio con una que debió pensar que era de nuestro agrado. Dio varios toquecitos a un ambientador que colgaba casi consumido del espejo retrovisor, y nos endulzó el camino con una cuidada verborrea que no llegó más allá de la curva de Parquelagos.

Mi cabeza cayó contra el asiento y me dormí durante algunos minutos. Al despertar, el horizonte se perfilaba oscuro y la ciudad parecía perdida entre nubes que amenazaban tormenta. Elena aún sopesaba las páginas de mi cuaderno. A diferencia de mí, intuyo, no había podido dormir.

—Toma —dijo entregándome el cuaderno—. Gracias por dejarme leerlo.

Su teléfono sonó por primera vez en mi presencia. Lo sacó de uno de los bolsillos laterales del pantalón y leyó atenta un mensaje de texto. Entonces el teléfono pareció volverse loco, y emitió casi al unísono un montón de sonidos que indicaban mensajes y llamadas que no habían podido ser contestadas.

Miré de reojo la pantalla brillante. El número treinta y ocho acompañaba el fondo de un sobrecito blanco.

—Ayer apagué el teléfono al no haber cobertura, y acabo de acordarme —se justificó.

—¿Ha pasado algo? —quise saber.

Elena entornaba la mirada y movía rápidamente los ojos de lado a lado de la pantalla.

—No, nada—mintió. Y sé que lo hizo porque yo era un auténtico experto en deshacerme de preguntas incómodas con ese tipo de frases.

El teléfono volvió a sonar y Elena colgó la llamada sin darme tiempo a ver el número.

—¿Puede dejarme aquí? —Le preguntó al taxista.

—¿Está de broma? —Contestó este—. Estamos en medio de la autovía.

—¿Qué pasa Elena? —quise saber.

Parecía muy nerviosa. Sudaba y respiraba con esfuerzo, como si no encontrara un ritmo natural para ello.

—No puedo llegar en este taxi, Mario.

—¿Que no puedes llegar a dónde?

—A casa —dijo al borde de un ataque de nervios.

—No te entiendo.

—Mira —me cortó—. Ya te he molestado bastante. Es mejor que este señor pare y me deje aquí.

—Pero... ¿Te estás escuchando? Con la pierna vendada y el peso de tu equipo, no puedes ir a ningún sitio. ¿Podemos llegar juntos, al menos, hasta

Moncloa? —Pregunté.

Y así fue. Me bajé del taxi, del que insistí pagar todo el trayecto, en el intercambiador de la estación. Me despedí de una Elena de mirada fija y expresión nerviosa que ya no reconocía, y me quedé a orillas de una boca de metro, cargado de material de acampada, y de un montón de dudas acerca de lo que acababa, y no comprendía, de suceder. Una cosa cayó sobre mi cabeza mientras me colocaba la mochila sobre los hombros, y luego otra, y otra. Estaba empezando a llover.

Capítulo 9

La bañera caliente y la manifestación de la extraña adivina.

Cuando llegué a casa eran las ocho de la tarde. Había pasado por un supermercado, porque sabía de antemano que en algún momento de las próximas horas, la visión raquílica del interior del frigorífico me condenaría a tener que hacerlo. Estaba cansado y lleno de mierda, como había constatado por la villana mirada que el guarda de seguridad me había dedicado a las puertas del súper. Compré unas pizzas congeladas, cervezas en lata, y media docena de paquetes de comida preparada. Un auténtico banquete para el contenedor de envases. Hasta hacía poco tiempo había disfrutado del placer de cocinar. Me gustaban los retos que yo mismo me imponía entre los tres puntos de calor de mi vitrocerámica. A Laura le encantaba verme hacerlo. Decía que había un componente erótico en todo hombre que cocina para su chica. Ella se encargaba de abrir un vino y servir dos copas, mientras yo me perdía en el uso de las especias, o contaba con exacta precisión las hebras de azafrán que debía añadir a un arroz. Laura se sentaba siempre en la orilla de la fría encimera de piedra, agitando el vino en el interior de la copa redonda. A veces lo hacía con una falda tan corta, o un pantalón roto de un modo tan indecoroso, que me temblaban las manos al intentar enrollar un alga nori. Le gustaba el sushi casi tanto como los burritos, y cualquier plato exótico, cuya receta se hubiera fraguado a miles de kilómetros de aquí. Cuando el vapor de la comida inundaba el aire, y el efecto del vino coloreaba sus mejillas, se desabrochaba dos botones de la camisa y se perdía, consciente, en un círculo vicioso en el que los catorce o quince grados de temperatura de servicio del vino, no conseguían aplacar el calor que el mismo líquido burdeos le provocaba. Era en estos puntos en donde se me solía quemar la carne y agarrar los pescados en la superficie de la plancha, de ahí que siempre que la veía

rebuscando entre las numerosas botellas de vino, que yo metódicamente iba extrayendo del maletero del coche de mi padre, prefiriera cocinar platos fríos.

Mortadelo salió a recibirme. Dejé las pesadas bolsas en la entrada y la mochila, que como un tumor pegado a la espalda había llevado durante todo el fin de semana. La imagen del gato me produjo la recurrente impresión de que era un ser ajeno a este mundo. Sus gráciles movimientos, la musculatura marcada en la piel fina, y su eterna guardia, sentado tras la puerta como si con súper poderes pudiera ver detrás de ella. Me senté en el suelo del pasillo de entrada, y le dediqué unos minutos de caricias y juegos de los que me llevé al menos cuatro arañazos. Quien tenga un gato, sabrá de lo que estoy hablando. Guardé los congelados, abrí una cerveza y me metí en la ducha. Alguien, un profesional, supongo, había arreglado la caldera. El tiempo se escurrió sin contabilizar, al igual que los litros de agua sucia hacia el interior del desagüe, a través del amplio chorro de agua caliente que escupía la vieja alcachofa de ducha. Cuando salí, el vapor no me dejó ver en el espejo. Calenté una de las pizzas en el microondas, y abrí otra cerveza. A los quince minutos me había bebido otra más, y aún quedaba sobre el plato un triángulo del precocinado. Abrí el portátil y me conecté al chat. Di una vuelta por las salas de siempre. No había nada nuevo. Los mismos *nicks* en las mismas salas como inertes estatuas de un museo. ¿Qué coño de vida llevaba esa gente? Me entraron un par de chicas, o al menos, decían serlo. Con el tiempo aprendes a distinguir a los enmascarados: gente que se hace pasar por lo que no es, personas que dicen ser otras personas, y sobre todo, a los que su alter ego virtual, cambia de sexo como de zapatos. También me era fácil detectar a una misma persona que por circunstancias, a veces demasiado enrevesadas, cambiaba sistemáticamente de *nick*. Los desenmascaraba por su forma de escribir, por las abreviaturas de sus palabras, o el uso continuado y repetitivo de algunas expresiones. Tenía un archivo de texto en el ordenador con los *nicks* que había

conseguido relacionar con una misma persona, y con toda la información reunida en torno a ellas. La información es poder, siempre lo he dicho. Y la información está ahí, solo hay que saber cogerla y gestionarla adecuadamente. A una de aquellas chicas le hablé, falsamente, sobre la ducha que me había dado. Le dije que había tenido muy mala suerte y que aún no me habían arreglado la caldera. A los diez minutos me ofreció irme a su casa y sumergirnos, juntos, en un baño de espuma caliente. Entre tanto, Queen_Aremife, la chica de la última vez, apareció en escena. Tal y como predije fue ella quien acudió a mí, y fui yo el que decidió por el momento, no contestar de inmediato. Sus insistentes saludos emitían un desagradable sonido a través de los altavoces del portátil. Uno por cada nueva línea de texto hasta que aquello pareció el apogeo de plena Feria de Abril. La conversación con la chica de la bañera caliente, estaba adquiriendo cotas verdaderamente morbosas como para cortarla sin más en ese momento. Dudé entre si pulsar el botón, y activar la opción ignorar para Queen_Aremife, o desconectar el sonido de los altavoces estéreo. Opté por lo segundo, ya que al menos, esa opción me permitiría seguir leyendo sus mensajes. La casa estaba a oscuras salvo por la iluminación del portátil, y al desconectar el sonido, el espacio se sumió en un tranquilo mutismo roto de cuando en cuando, por la activación del ventilador del ordenador. Decidí echar un vistazo al cuadro de diálogo de Queen_Aremife, antes de sumergirme de lleno en la bañera caliente que me aguardaba en la pestaña de al lado.

Queen_Aremife: Hola

Queen_Aremife: Hola

Queen_Aremife: Hola

Queen_Aremife: Estás?

Queen_Aremife: EEEEEOOOO Hay eco?

Queen_Aremife: Eres un maleducado

Queen_Aremife: Sé que estás ahí

Queen_Aremife: Mira

La siguiente parte del texto era un copia y pega a una instrucción sobre mi *nick*, que revelaba el tiempo que llevaba sin pulsar una tecla:

MegaMind

Nick registrado y protegido por contraseña

Tiempo de inactividad: 0 minutos 8 segundos.

Vaya con Queen_Aremife —pensé. Obviamente me había pillado.

Queen_Aremife: ¿Estás o no?

Otro *nick* entró en escena en ese momento, poniéndose a la cola de pestañas abiertas.

Ginger&Strawberry.

¡Joder! —maldije en alto. Ahora no. Sabía que la maldición de las inglesas iba a caer sobre mí en algún momento, pero no pensé que fuera a hacerlo tan pronto. ¿Y si seguían aún por aquí? No me había preocupado por saber el tiempo que iban a pasar en España, y mucho menos si este se había visto afectado tras el episodio de mi gran escapada nocturna.

Mal hecho, Mario —me dije a mí mismo. Aunque las cosas que vienen torcidas a veces se enderezan solas. Como en ese momento, en el que había pasado de no tener plan, a verme en la posibilidad de desarrollar tres. Por un lado tenía la opción de una conversación caliente en una bañera que, sospecho, comenzaba a enfriarse. Por otro, Queen_Aremife me había sorprendido (y tengo que reconocer que las sorpresas me pierden) con aquel pequeño detalle, dándome a entender que lo que había juzgado de ella por las

formas de la primera conversación, quizá fuera del todo erróneo. Vamos que, a su modo, se había cachondeado de mí montando una ingenua farsa, y probablemente aquel *nick* escondía mucho más de lo que parecía. Y por último, tenía la opción de las inglesas, Strawberry me enloquecía, o habría sido el tipo de chica capaz de hacerlo de haberme prestado a ello. Por eso las descarté las primeras. En cuanto olía un atisbo en alguien capaz de maravillarme y conducirme a las aguas fangosas del enamoramiento, solía salir por patas a refugiarme en mi crisálida.

La pestaña de Queen_Aremife emitió un brillo espejado indicando un nuevo mensaje.

Queen_Aremife: No me vas a dejar más remedio...

Queen_Aremife: Está bien...

Queen_Aremife: Sé en dónde has estado el fin de semana...

Aquello me sorprendió. No porque lo considerara real, sino porque me parecía un buen comienzo de juego. Aunque inestable e incapaz de sostenerse durante mucho tiempo.

MegaMind: Ah, ¿sí?

MegaMind: ¿Lo sabes?

Queen_Aremife: Sí, pero no pienso decírtelo hasta que hayas hablado conmigo.

MegaMind: ¿Por qué?

Queen_Aremife: Porque va a ser el único modo de que me hagas caso.

MegaMind: Y ¿por qué quieres que te haga caso?

Queen_Aremife: No seas estúpido, Mauro. Ya te dije que me había gustado la conversación del otro día.

MegaMind: Algo me dice que en esa ocasión me manejaste como a un títere.

MegaMind: Pero está bien. Aquí me tienes.

MegaMind: Hablaré contigo y después me dirás en dónde he pasado el fin de semana.

MegaMind: Ok?

Queen_Aremife: Ok. Me parece justo.

Obviamente aquello me pareció un juego sin mucho sentido. Pero dado lo repetitivo que aventuraban ser las otras conversaciones, me pareció incluso, divertido.

Queen_Aremife: Primero tienes que cerrar las otras pestañas.

MegaMind: ¿Las otras pestañas?

Queen_Aremife: Las conversaciones. Todas.

MegaMind: Hecho. (Mentí)

Queen_Aremife: Mauro.

Queen_Aremife: No las has cerrado.

Me quedé sorprendido, casi descolocado. No podía ser. Aunque bien pensado, quizá fuera un golpe de suerte sobre un hecho previsible. Yo no tenía por qué cerrar las otras conversaciones para hablar con ella, y ella, se supone, no tenía modo de saberlo. Así que lo fácil era suponer, que yo no lo había hecho. Probé otra vez.

MegaMind: Hecho, ahora sí. (Volví a mentir).

Queen_Aremife: Mauro... Cierra esas pestañas.

Otra vez mis dedos paralizados, la respiración alterada. No podía ser. Tenía que hallar el modo de desenmascararla.

MegaMind: ¿Cuántas conversaciones tengo?

Queen_Aremife: Dos, además de esta.

MegaMind: ¿Cuáles son los otros nicks?

Queen_Aremife: Ginger&Strawberry y Sonia34.

Mis manos temblaron sobre el teclado. Pulsé algunas teclas sin quererlo. No tuve la suerte de que formaran una palabra. Bebí un largo trago de cerveza que empezaba a estar caliente.

MegaMind: ¿Cómo coño sabes eso?

Queen_Aremife: ¿Vas a cerrarlas?

MegaMind: Dime cómo lo sabes.

Queen_Aremife: Mauro... Yo también tengo mis trucos.

MegaMind: Vale, me has dejado alucinado con tu espectáculo de magia. ¿Puedo aplaudir ya?

Queen_Aremife: No pierdas la compostura.

MegaMind: Entonces dame un explicación. Conozco el chat, y eso que has hecho no puede hacerse mediante simple instrucción de código.

Las instrucciones de código eran órdenes sencillas en lenguaje de programación, con las que podías desde cambiar el color del texto, hasta dar una respuesta automática a modo de contestador. También podías averiguar cosas sobre un *nick* concreto. Todo ello de un modo superficial, nada que invadiese la intimidad del otro. Lo que había hecho Queen_Aremife con mi *nick*, no era algo normal.

Queen_Aremife: Si te portas bien, te diré cómo lo hago.

MegaMind: ¿Cómo lo haces o cómo hacerlo?

Queen_Aremife: Cierra de una vez esas pestañas.

MegaMind: Vale, cierro.

Queen_Aremife: Y las salas...

MegaMind: ¿También?

Queen_Aremife: Es necesario.

MegaMind: ¿Quieres que me quede contigo a solas?

Queen_Aremife: Sí.

MegaMind: Parece un secuestro virtual.

Queen_Aremife: Lo es.

Esa respuesta suavizó las cosas, y la tensión primaria de la sorpresa abrió la puerta a una actitud sumisa en mí que no sentía desde hacía tiempo. Me dejé llevar. Hice todo lo que me dijo, cerré las otras conversaciones, me desconecté de todas las salas, y bloqueé el acceso hasta mí a cualquier otro usuario. Me quedé a solas con ella y con Mortadelo a mi lado, mirando fijamente el brillo blanquecino de la pantalla.

MegaMind: Ya está.

MegaMind: He hecho todo lo que me has pedido.

Queen_Aremife: Lo sé.

MegaMind: ¿Vas a decirme ahora en dónde he pasado el fin de semana?

Queen_Aremife: Todavía no.

Queen_Aremife: Primero quiero que sepas algo.

MegaMind: Soy todo oídos (Escribí sabiendo que aquella expresión en un chat carecía de sentido)

Queen_Aremife: Todo este despliegue de... Habilidades que he hecho, es para que te des cuenta de que no eres el único pez gordo de la red.

MegaMind: ¿Pez gordo? ¿Yo? Creo que te confundes de persona.

Queen_Aremife: No. Sé muy bien con quién estoy hablando.

MegaMind: ¿Qué quieres decir?

Queen_Aremife: Lo que digo, es que estoy siguiendo tus pasos.

MegaMind: ¿Los sigues?

Queen_Aremife: Sí.

MegaMind: ¿Por qué?

Queen_Aremife: Tengo mis motivos...

MegaMind: Ya...

MegaMind: Estoy igual que al principio.

Queen_Aremife: No, no lo estás.

MegaMind: ¿Por qué?

Queen_Aremife: Porque ahora vas a saber algo que puede ayudarte a reconducir las cosas.

MegaMind: ¿Reconducir? Hablas cómo si supieras muchas cosas sobre mí.

Queen_Aremife: Mira, Mauro... Me gusta cómo te desenvuelves. Cuanto más veo de ti, más sorprendida me quedo.

Queen_Aremife: Pero creo que estás al filo del punto de no retorno. Tarde o temprano vas a hacer algo de lo que puedes arrepentirte, y si lo haces, yo no podré ayudarte.

MegaMind: ¿Ayudarme?

Queen_Aremife: Es lo que intento hacer en estos momentos.

MegaMind: Me gustaba más el rollo prólogo de best-seller de autoayuda, que te traías hasta ahora.

MegaMind: Cuando has entrado en zona personal, la has cagado.

Queen_Aremife: No tienes por qué hacer las cosas difíciles.

MegaMind: ¿Por qué quieres ayudarme?

Queen_Aremife: Porque me gusta tu rollo... Aprende a leer entre líneas. No siempre voy a ser tan clara como en esta primera vez.

MegaMind: Entonces, ¿habrá más veces?

Queen_Aremife: Estoy segura.

MegaMind: ¿Podemos conocernos?

Queen_Aremife: Aún no.

MegaMind: Y¿una videollamada?

Queen_Aremife: Curioso... Hace poco tiempo me negabas lo que ahora estás pidiendo.

MegaMind: ¿Eso es un no?

Queen_Aremife: Es un ni te lo plantees. No te imaginas lo que he tenido que hacer para que podamos hablar esta noche.

MegaMind: Y si yo hubiese aceptado ese día la videollamada... ¿La habríamos hecho?

Queen_Aremife: Eres listo.

MegaMind: Vale, ya has contestado. ¿Entonces? ¿Cómo sé que esto no es más que un juego?

Queen_Aremife: Tendrás que apostar... Tú acostumbras a hacerlo ¿no?

¡Joder! Sabía lo del juego y las apuestas del casino. Otro punto para la chica misteriosa.

MegaMind: Me da la impresión de que tú ya sabes eso.

Queen_Aremife: Tengo que irme.

Queen_Aremife: Por cierto

Queen_Aremife: lo que me hiciste la otra vez

Queen_Aremife: lo de irte sin despedirte

Queen_Aremife: está muy feo.

MegaMind: Ya.

Queen_Aremife: ¿Ves? Yo me despido.

MegaMind: Espera

Queen_Aremife: Dime, pero date prisa. Me queda poco tiempo.

MegaMind: Poco tiempo para qué?

Queen_Aremife: Para que sea yo la que sobrepase el punto de no retorno.

No entendí nada de aquello.

MegaMind: ¿En dónde he pasado el fin de semana?

Queen_Aremife: En El Escorial.

Eso me cabreó. La verdad duele, y más cuando alguien no tiene por qué saberla.

MegaMind: Y ya de paso... Como parece ser pariente carnal de Dios todopoderoso...

MegaMind: ¿Qué he hecho allí?

##SIN CONEXIÓN##

¡Mierda! Se había largado. Cerré la pantalla de un golpe que hizo que Mortadelo saltara del sofá y desapareciera corriendo por el pasillo.

¡Joder! —pensé.

Capítulo 10

El tinto de verano y la innecesaria desnudez cohibida.

Las siguientes dos semanas las pasé enredado en mis tareas de siempre. Mi vida deambulaba en sus rutinas, feliz como compulsivo, cumpliendo sin objeciones cada uno de los ritos que yo mismo me había impuesto. Solía salir a correr temprano. Antes incluso de que los barrenderos tuvieran la oportunidad de restregar las aceras con sus cepillos, o de que los borrachos de mayor graduación etílica, se hubieran recogido en sus casas. Corría ensimismado en la música sin ser consciente del continuo goteo de kilómetros. A veces, salía de casa con la luz temprana de la mañana, y volvía horas más tarde, para caer desfallecido sobre un sofá que había cubierto de toallas previamente. Aquellas torturas que llevaba a cabo con la complicidad de unas zapatillas de no menos de ciento veinte euros, era el único modo de

asegurarme una noche cercana a las cinco horas de sueño. Después bajaba al bar y tomaba un café seguido de otro, en horas que ya no se consideraban de desayuno, y ojeaba la prensa diaria, desvaneciéndose los titulares tan rápido en el interior de mi mente, como habían llegado hasta ella. Me enzarqué en verdaderos debates en el chat que secuestraron cada una de mis neuronas y el poder de sus conexiones sinápticas. Jugué una partida de póquer en el casino *online*, en la que reventé la banca, y que muchos meses después encontraría colgada en YouTube, bajo el sugerente título de: “Cómo destrozar a tu rival sin cartas”. Después de aquello me situé de nuevo en el puesto número dos del casino durante al menos diez días consecutivos, y no volví a encender el portátil blanco, hasta que mi cuenta de correo electrónico me avisó de que había sido superado, de nuevo, por mi vecino de ranking, “Card-Machine”. Pero a pesar de aquellos patéticos intentos por distraerme, y controlar la dirección de mis pensamientos, lo cierto es que no podía sacarme de la cabeza la semilla de misterio que aquella chica del chat había hecho germinar en mí. ¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo había traspasado el cortafuego y se había colado en mi ordenador para ver las cosas, como si estuviera de este lado de la pantalla? Y lo más inquietante de todo, ¿cómo pudo saber que había pasado el fin de semana en El Escorial? Al lado de aquello, los motivos que habían empujado a Elena a despedirse de un modo tan precipitado, parecían una adivinanza para niños. Me enfrasqué en una búsqueda nada fructuosa, pasando muchísimas horas delante del ordenador. Sumergido en foros de temática hacker de los que iba tomando pequeñas notas en un papel. Las cervezas caían unas tras otras incapaces de controlar al monstruo de la ansiedad, y Mortadelo me miraba angustiado, temiendo perder al único que le echaba de comer. Una tarde de un sábado, lejana ya la hora de despertar de la siesta, leí incrédulo las rápidas anotaciones que había ido tomando: FBI, KGB, CNI, Dios... Nada que no fuera un mal guion de Hollywood o el último milagro de las reliquias

de San Pantaleón, podía explicar aquello. Arrugué el papel y lo tiré al suelo. Estaba harto de no poder resolver lo que, a priori, parecía no tener solución. Aquella chica no había vuelto a aparecer por el chat. Había buscado en todas las franjas posibles de horarios sin obtener resultados. Podía haber cambiado de *nick* y estar escondida en el anonimato de dos mil usuarios activos, o podía haberle caído una teja en la cabeza y no tener modo de saberlo. Así que decidí pasar página, y dar el siguiente paso en una relación que llevaba trabajándome mucho tiempo.

Masqueunarubiadivorciada era uno de esos *nicks* que siempre estaban conectados. Habíamos tenido épocas de mucha actividad entre ambos. Yo siempre había jugado con ella al despiste, fardando con mi actitud arrogante e indiferente, que contra lo que dicta la lógica, tan bien me había funcionado. Una vez me dijo:

Masqueunarubiadivorciada: Sabes? No sé por qué vuelvo siempre

Masqueunarubiadivorciada: Pero no puedo evitarlo.

Aquella tarde fui yo el que volvió a ella. Regalándole una mentira camuflada como si hubiera salido de lo más profundo de mi corazón:

MegaMind: Eres una jodida bombilla y yo una polilla insignificante que no puede parar de revolotear a tu lado. Lo he intentado, pero no puedo, me rindo.

MegaMind: ¿Te apetece que quedemos y nos conozcamos, al fin?

A las once de la noche me encontré bajo la tenue luz de la pista de baile y la inconfundible mezcla de olores de la sala Xcalibur, escenario siempre, de mis más rocambolescas historias. Llevaba al menos cuarenta minutos sosteniendo una sonrisa que amenazaba con provocarme una parálisis facial, de seguir así mucho tiempo. Los espasmos de los láseres del techo

pintarrajeaban su pelo, mientras la aspiración potente y repetitiva de un cigarrillo electrónico iluminaba sus dedos. De vuelta al ambiente que se respira al apoyar un codo de treinta y siete años sobre la barra de una discoteca, había encontrado sus perfectos aliados en el binomio alcohol + electro-tabaco. Nuestra diferencia de edad le importó tan poco como a mí los detalles del lujurioso desliz de su ex marido. El volumen, aún bajo en aquella hora, daba pie a profundizar en la conversación. Parecía disfrutar del modo en cómo se estaba desarrollando la noche. Se veía cómoda. Las piernas sensualmente cruzadas y las manos volando en mil gesticulaciones que por un momento me hicieron pensar que estuviera espantando moscas. Su vaso de tubo sobre la superficie negra de la barra. El cristal sudando gotitas perladas por la diferencia térmica. Un tinto de verano con hielo —había dicho al camarero. Era lo más extraño que había visto pedir en un sitio en el que no asan corderos. A partir del segundo tinto su verborrea aumentó en contra del cálculo matemático, y mi actitud abierta y simpática, la invitó a vomitar sin miramientos los años de rabia contenida hacia el padre de sus hijos. Era el típico caso de una mujer que debía haber exhalado belleza cuando aún los años no habían engrosado sus curvas, y los partos, seguidos de los seguros años del matrimonio, no la habían condenado al inmovilismo. Aun así, se veía bien: pantalón pirata de tela y zapato negro de tacón alto. Las tetas, seguramente operadas, aún no habían sucumbido a la ley de Newton y su inevitable atracción gravitacional. Conoció a su ex marido el mismo día de su decimosexto cumpleaños. Ya se le permitía fumar, en aquellos años. Había salido a la calle con sus amigas del barrio, con la adolescente seguridad que obtienes al fumarte un pitillo sentada en la terraza de un bar. La inocencia de la juventud, según ella, había cegado su juicio ante el porte empresarial del hombre de negocios. La cara correctamente afeitada. El brillante reloj sobre la muñeca huesuda, y el nudo de la corbata ancho y recto presidiendo la

centralidad del cuello. Nimios detalles por los que se había dejado engañar por aquel hombre que le doblaba la edad. Empezó a tirársela cuando ella todavía era menor. Más tarde dejó los estudios y el hogar paterno con la promesa de no tener que trabajar nunca, y se rindió a él uniéndose en matrimonio. Los primeros años fueron bastante felices. El conjunto de empresas funcionaba con la precisión de la maquinaria suiza, y ella tenía libertad para deambular con su tarjeta de crédito. Pero luego llegó la crisis, primero la del 93, de la que todo el mundo salió a flote, y casi nadie aprendió nada para salvaguardarse de los efectos de la segunda. La primera en caer fue la niñera que como una madre se hacía cargo de los tres niños con más empeño que la verdadera. Sistemáticamente, y aun a pesar de haberse abrochado el cinturón, fueron cerrando una tras otra las empresas. La pequeña fábrica de calzado que antaño regentaron los padres de él, se convirtió en los últimos años, en la única fuente de ingresos. Las ganancias no eran las mismas, y las transferencias bancarias ya no daban para sostener los caprichos de ambos. Él era un putero que jugaba en la liga de los locales más caros de la ciudad, comprador compulsivo de Viagra, y bebedor alcohólico, últimamente, no tan anónimo. Cuando el negocio no dio para sus escarceos con las putas, cayó en lo más bajo y acabó por cepillarse a una empleada extranjera, que trabajaba en la fábrica sin contrato. El video de las cámaras de seguridad acabó filtrándose en internet, y en apenas veinte días se convirtió en un fenómeno viral. La mujer reía tragando su orgullo al contarme cómo el muy mamón se había corrido en menos de un minuto. Al viejo ya casi nunca se le levanta —me hizo saber. Aunque lo cierto es que yo mismo había visto ese video, y en contra de la opinión de ella, he de decir que para no levantársele, estuvo un buen rato dándole lo suyo. Me guardé el comentario, obviamente.

Apuré el tercer whisky y pedí un cuarto. El disc-jockey, traicionero, pincho un *mix* remasterizado de una canción de Gloria Gaynor, cuya letra

venía muy a cuento. Dudo que aquella mujer sin estudios supiera traducir el animoso mensaje de la canción, pero algo místico en el sonido del ritmo debió contagiarla, porque tras permanecer, al fin, unos pocos segundos callada, se vino arriba con renovadas fuerzas.

Tú me entiendes Mauro —aseguraba apoyando una de sus manos muy por encima de mi rodilla—. Sabes escuchar. He sentido esa conexión desde la primera vez que me topé con tu *nick*. ¿Sientes lo mismo? ¿Te importa la diferencia de edad?

Lo cierto es que a mí me importaba tan poco la diferencia de edad, como el culebrón por capítulos que me había soltado. Si algo había de bueno en la situación, es que podía evadirme y zambullirme de lleno en cualquiera de las nubes negras de mis recuerdos. Al quinto vaso de tinto de verano, quiso salir de allí. Estaba ebria como un pirata al sol de cubierta. Hipaba disimulando en el vaivén de la música. Hizo un amago como de querer invitarme, pero en seguida me di cuenta de que estaba estirando demasiado el gesto. Tardó una eternidad en encontrar un bolso que en realidad nunca había perdido, y cuando sacó la cartera, la visión de un solitario billete de diez en el compartimento de los mismos, me llevó a lucir mi fajo de dinero y pagar la cuenta.

—Manejas mucha pasta, Mauro. —Me dijo incrédula.

—Negocios. —Contesté sin más.

De repente se abalanzó sobre mí, aunque también podría ser que hubiera perdido el equilibrio. Le olía el aliento a las fiestas de un pueblo y tenía los ojos vidriosos. Sujeté su brazo para que no se fuera al suelo. Su tacto me pareció pesado y caliente. Se acercó a mi oído y susurró:

—Te estás portando muy bien conmigo, te lo voy a agradecer.

Se apartó y miró por encima de mí. En ese momento noté una mano

pequeña y huesuda posándose en mi espalda. Me di la vuelta. Un bofetón seguido de un chaparrón de palabras borró el rictus del Joker de mi cara. No me extrañó. Fuera quien fuera seguro que lo tenía merecido. Se hizo el silencio a nuestro alrededor, sin saber aún, quién me había dado aquella hostia. No reconocí a la persona que tenía enfrente. Era una chica blanca como la leche incluso bajo aquella luz mortecina. Llevaba la cabeza rapada y una tela minúscula de cuadros escoceses, que en alguna tienda de disfraces, podrían haber catalogado como una falda. Sus ojos eran profundos y exagerados, perfilados de lápiz negro a juego con el color de sus labios. Reconocí aquella boca pequeña y carnosa, en cuanto dejé que mi vista se perdiera cinco segundos en ella. Era Strawberry, y parecía estar bien cabreada.

—¡Tía! ¿Qué te ha pasado en el pelo? —Dije intentando dominar la emoción que despertó en mí la mejilla caliente.

—Este tío es un fraude —dijo clavándome un dedo en el pecho.

Mi compañera, *ojiplática*, no contestó. Se sujetaba con ambas manos a la barra intentando controlar el mismo vaivén en que le habría metido el hecho de que se le derritieran los tacones.

—Para —advertí—. ¿De qué estás hablando?

—De ti.

— ¿De mí? —pregunté indignado—. ¿Qué crees saber?

—Sé que llevo días llamándote, que te hemos hablado por el chat, y no has querido contestarnos. Nos vamos mañana y solo queríamos despedirnos.

Hablaba un español perfecto, desviado en algunos tramos de palabras, por un sutil acento inglés. Semanas atrás, entre esas mismas paredes, me había parecido muy distinta.

—Aprendes rápido.

—No me queda más remedio. Aquí hay mucho... Aprovechado.

—Tú ya sabías castellano ¿no es cierto? —Dije intentando ganar tiempo.

—Puede.

Le di la espalda un momento, puse cincuenta euros sobre la barra, y le dije a Masqueunarubiadivorciada que era una chica de intercambio que venía por temporadas a casa de mi familia. —Tardaré solo un segundo, ve pidiéndote algo.

—Y dime, Strawberry —dije dirigiéndome a ella.

—En el mundo real al menos podrías llamarme Sheila.

Sheila, pensé. Juraría que era la primera vez que oía aquel nombre.

—Está bien, Sheila y ¿dónde está...? —Tampoco recordaba su nombre.

—¿Ginger? —Me ayudó ella.

—¿A tu amiga sí puedo llamarla como en el chat?

—A ella siempre la llamamos así.

Asentí asimilando aquello.

—¿Y dónde está?

—Se sintió mal y se ha ido a casa.

—¿Está bien? —Quise saber.

—Creo que fue al verte, sin duda ya se habrá recuperado.

Me llevé una mano al corazón haciéndome el ofendido por lo hiriente del comentario.

— ¿Quieres tomar algo? —Le ofrecí.

—He venido a por una explicación, Mauro. Puedes guardarte tu sucio dinero.

—Sheila, relaja la tensión, o no vivirás mucho tiempo.

—¿No estás con esa? —Dijo levantando la barbilla.

—¿Me ves con ella? Mira, yo voy a pedirme un gin-tonic, ¿te apetece uno?

Sheila me miró con los brazos cruzados sobre el pecho. Aquel gesto multiplicaba por mil su poder de atracción. La camiseta blanca de talla minúscula rozando el perfil de su ombligo. No se podía leer ninguna emoción en su rostro, salvo un ligero toque de suficiencia que parecía manar desde lo alto de sus pómulos, haciendo que fuera lo que había de especial en ella, conjugase a la perfección con su enfado.

—Más te vale que me sorprendas.

Llamé a la camarera y señalé una botella de la parte más alta de la barra. Esas marcas las ponen ahí por una cuestión de comodidad: casi nadie suele pedir las nunca. La camarera arrastró una caja de botellines y la usó como un improvisado escalón. Sacó dos vasos anchos, no demasiado altos, y los llenó de hielo y ginebra en justa proporción. Las chapas de los botellines de tónica volaron por encima de ella con un sibilante sonido. Puso frente a nosotros ambos vasos. Entre el hielo flotaban pequeños cortes de regaliz, bayas de enebro, y granos de pimienta.

—Tiene huevos ¿verdad? —Dije—. Venir a España y cascarte un gin-tonic. Es como si me voy a Piccadilly Circus y me pido una paella. —Reí yo solo aquella gracia, mientras Sheila no dejaba de observarme con aquel aire enfadado que produjo con seguridad en mí, el efecto contrario al que pretendía.

Bebió pequeños sorbos del combinado y añadió tónica hasta que consideró que el alcohol y el amargo refresco estaban equilibrados.

—No te lo vas a creer —dije haciéndole aguadillas a uno de los cubitos de hielo.

—¿El qué?

Mi mirada sobre la barra, sin levantarla del contenido del vaso de cristal.

—Lo que me pasó la otra noche y ha causado este malentendido.

—Pues intenta que, al menos, suene convincente.

—Verás, —comencé— recibí un mensaje de un amigo. Un chico del barrio con el que me llevo bien y al que le debo un par de favores.

—¿Del barrio en dónde vives ahora?

Interpreté la pregunta como el prelude a un intento por averiguar mi dirección, y en consecuencia contesté como tal, solapando una mentira a la propia mentira que era la historia.

—No —contesté rápido y cortante—. No sé allí, pero aquí cuando hablamos de nuestro barrio, nos referimos al sitio en donde hemos crecido.

—¿El barrio de tus padres?

—Algo así. El caso —continué tras beber un trago amargo— es que el mensaje me llegó sobre las cinco, y a esas horas o es algo urgente, o no se anda molestando a nadie.

—¿Y lo era?

—Claro —confirmé. Tenía la sensación de que Sheila estaba tan contenta escuchando aquel teatrillo, como yo lo estaba de poder contárselo—. El caso es que le atracaron tres tíos a punta de navaja en el Parque del Oeste.

Me detuve un instante para observar su reacción.

—¿Y qué le robaron?

—El dinero, el reloj, las botas... —Dije señalándome los pies.

—¿No le quitaron el teléfono?

—Es un modelo viejo. Mi colega no es de los que se gasta la pasta en ir siempre a la última con la tecnología. Supongo que ni siquiera se lo

plantearon.

—Vale, eso explica por qué te fuiste en plena noche, pero —continuó— ¿por qué no has contestado al teléfono ni a los mensajes del chat?

—Espera, que aún no he acabado —me detuve un momento, como si me lo estuviera pensando—y que conste que me jode reconocerte esto —añadí.

—¿Por qué?

—Porque voy a quedar como un auténtico pringado y mi reputación se va a desmoronar como un edificio en demolición.

Sonrió por primera vez en la noche.

Notaba mi lengua alegre, derrapando en curvas de alcohol. Me animé yo solo a hacer más grande la mentira.

—Te mereces quedar como tal, pero inténtalo —me animó.

—Verás, cuando llegué al Parque del Oeste, mi colega estaba hecho una furia. Decía que acababa de cruzarse con los dos fulanos paseando tranquilamente delante de sus narices. Así que él y yo, envalentonados, ya sabes que esa noche me bebí lo mío y lo de alguno más..., nos fuimos a por ellos. Y ¿sabes qué pasó?

—No.

—Pues que me robaron a mí también.

Bebí otro trago del vaso. A ese ritmo se acabaría antes que la historia.

—Sacaron una navaja así —hice un gesto delimitando el espacio de lo que podría haber sido un cuchillo jamonero—. Y me lo pusieron en el cuello —dije señalándome por debajo de la nuez—. Y claro, a ellos, sí que les gustó mi móvil. De hecho, eso y la cartera, fue lo que me robaron.

Sheila volvió a observarme unos segundos. Estoy seguro de que no sabía si romper a reír o romperme la cara a hostias. Al final, optó por hablar, algo que ni siquiera había contemplado.

—¿Sabes? Tenías razón y podías haber quedado como un pringado, pero no lo has hecho, porque sencillamente, no te creo Mauro.

—Te avisé de que no lo harías.

—Mi hermana pequeña cuenta mejores historias.

—Pues háblale de mí dentro de unos años.

Hizo como si no hubiera hablado.

Aún no has explicado por qué no contestabas al teléfono ni en el chat.

—¡Joder! Si es muy fácil. El teléfono lo tenían ellos. Era de prepago, no tenía saldo, y no me he molestado en darlo de baja. Y la contraseña del *nick*... Verás, te parecerá absurdo, pero la llevo apuntada en un papel en la cartera. Uso una tan complicada, llena de símbolos y dígitos, que al final tuve que apuntarla. Además llevo tiempo sin entrar al chat, pero por lo que me dices, deben de haberme secuestrado el *nick*. Quizá eso sí debería denunciarlo ¿no crees?

—No, no creo. La verdad es que no creo una sola de tus palabras, nada, ni un punto.

—Pues es lo que pasó.

Me di la vuelta sobre el asiento. Supongo que ante el nuevo panorama, Masqueunarubiadivorciada había optado por irse, con mis cincuenta euros, todo hay que decirlo. Cuando me giré de nuevo hacia Sheila, su cara estaba a cinco centímetros de mí. Podía sentir su aliento caliente, ansioso, y su sensual aroma de mujer. Deslizó una mano por detrás de mi cabeza y lamió dulcemente

mis labios cerrados.

—Eres un cabrón de mierda —dijo distanciando cada palabra.

—Te juro que estoy súper sorprendido del nuevo manejo que tienes de mi idioma.

—Eres bobo —dijo antes de arrastrar mi cabeza hasta la perdición de su boca caliente.

Me agarró de la mano y me llevó hasta el mismo centro de la pista de baile. Los altavoces ensordecían cada centímetro natural de espacio de aire. No había lugar para las palabras, y el único diálogo entendible, fue al que se dejó arrastrar sin ofrecer resistencia, mi arrítmico cuerpo. Me invadió una sensación egocéntrica que quiso convencerme de que era el mejor bailarín en la pista de baile, pero lo cierto, es que mientras las caderas de Sheila oscilaban al límite de la luxación, mis pies, alcoholizados, parecían no acertar nunca de dirección. Agradecí enormemente cuando el ritmo general de las canciones bajó un par de tempos. En la melodía de aquellos ritmos me sentía bien, menos torpe, e incluso capaz de guiar a mi compañera de baile. Sheila sonreía divertida. Contenta de verme desenvolviéndome, al fin, en el que sin duda era su ambiente. Con la cabeza rapada me recordó a Sinéad O'Connor en sus buenos años. Una mezcla indecente y consabida de inocencia y fatal magnetismo sexual. Me dio la espalda y se pegó a mí, al empezar a sonar una canción demasiado lenta para aquella hora de la noche. Atrapó mi cuerpo contra el suyo que como una castigada sombra de Peter Pan, empezaba a pugnar por escapar de allí corriendo. Mis manos, presas en las suyas, acariciaron lentamente sus caderas, al capricho siempre, de sus movimientos. Su baile se convirtió en algo más obsceno, una danza interpretada para no ser vista, y que no debería salir de la intimidad de una habitación sumida en penumbra. Su cabeza rapada me hizo cosquillas en el cuello y acabamos chocando contra una columna. Metí mi mano, liberada, bajo su minúscula

falda. Mis dedos se perdieron en el calor y la humedad que manaba de su pequeño cuerpo. Adelanté mis caderas hacia ella. Mi sexo, erecto, a través de capas de pantalón y tela, chocó en esa parte sin concilio, entre lo puramente anatómico y lo expresamente sexual. Abrió sus piernas con la espalda pegada a la columna, y yo seguí empujando en la única dirección que generaciones de evolución sexual me permitieron discernir.

—Mauro —susurró como si le doliese el hecho de estar allí en ese momento—, vámonos de aquí, por favor.

Salimos de la discoteca abrazados en un *déjà vu* que con el tiempo había perdido a uno de sus miembros. Ella enganchada a mi cinturón y yo rodeando sus menudos hombros. La otra mano guardada en el bolsillo, intentando disimular el indecoroso bulto. No hubo tabaco ni reabastecimiento de botellas de alcohol. Paré un taxi con la urgencia de una parturienta en plena calle, y le dije al taxista que nos llevara a un hotel, caro, y que estuviera cerca.

A los veinticinco minutos estábamos en el hotel Miguel Ángel, en medio de una preciosa habitación en la que habíamos entrado con tal urgencia que no habíamos encendido las luces. La desnudé sin premura, disfrutando cada centímetro de su cuerpo, plenamente consciente de las consecuencias de aquel acto. Podría haber pasado por Hannibal Lecter observando su comida, instantes antes de hincarle el diente. Me arrodillé frente a su falda y besé con ternura sus rodillas, alrededor de los muslos, en su tripa, y en aquel centro perfecto que era la cicatriz de su ombligo. Lamí su cuello, sus pezones pequeños, y cada rincón de piel blanca que encontré en el camino de bajada hasta su sexo. Su sabor salado me inundó y me dejó, por un instante, vacío de recuerdos. Anclado en el insuperable instante que me brindaba el presente. Se abrió para mí y la penetré despacio. Mordí sus labios y bombeé mientras se gestaba en mi interior una sensación confusa parecida al cariño. Algunas

frases recorrieron un camino lento de su boca a mi oído. Palabras que no pude entender porque se empequeñecían entre guturales sonidos de garganta. Algo en inglés, puede que una frase que maldijera aquello. Sellé su boca con la mía. Lo último que se escuchó en aquella habitación durante los siguientes treinta minutos, fue el incesante sonido de dos cuerpos entrechocando.

Nos duchamos juntos antes de acostarnos. Me enjabonó todo el cuerpo con sus manos, entreteniéndose más allá de lo higiénico, en algunos rincones. El maquillaje oscuro se difuminó en su rostro dibujando hilos negros. Parecía un fantasma. Se puso de rodillas en el suelo de la inmensa bañera, y tomó mi pene erecto entre sus labios haciéndolo desaparecer en el interior de su boca. Me sobrevino tal orgasmo que tuve que apoyarme en las paredes para no perder el equilibrio. Nos secamos mutuamente recorriendo de nuevo cada centímetro de piel y nos acostamos desnudos bajo una sola sábana. Dormí profundo el sueño brindado por el exceso de alcohol y sexo.

—Mario, despierta.

Abrí los ojos. La voz de Laura me llamó aún dos veces desde algún rincón oscuro de mi cabeza. Su tono dulce y comprensivo reverberó en el aire, parecía, que desde todas partes. Me sentía dolorido, como si hubiera corrido un maratón demasiado largo. Los ojos llenos de legañas. Miré la hora; eran las siete de la mañana. El cuerpo desnudo de Sheila descansaba sobre su hombro derecho. Su respiración era profunda y tranquila. Su cuello infinito florecía a través de la sábana. El color de su piel era incluso más blanco que esta. Me acerqué a ella y la besé en la nuca. Se estremeció. Me levanté sin hacer ruido, me vestí y abrí la puerta para irme. El pasillo se iluminaba por las luces de emergencia. Al cruzarla se accionaron luces desde todas partes. Quedé como un preso que intenta escapar de la prisión bajo el potente foco de la torre de vigilancia. Miré por última vez el juego de luces y sombras que era el interior

de la habitación. Parecía un sueño.

—¿Te vas? —Preguntó desde la cama. Se había incorporado en ella prácticamente dormida. Tapaba su desnudez haciendo un gurrño con las sábanas. Me pareció un gesto simple, inocente, e innecesario. Sonreí al pensar en la gran cantidad de contrastes que habría podido descubrir en ella. Parecía una buena chica.

—Sí —contesté.

—Anoche mentiste en todo ¿verdad?

—En casi todo —confirmé.

—¿No quieres quedarte?

—Quiero, pero no puedo —dije con la voz quebrada por la maldición de tener que decir la verdad—. Pero no te preocupes, pagaré la habitación antes de irme y pediré que te suban el mejor desayuno que haya en la carta.—Volví a sonreír, aunque no sé si la contraluz del pasillo le permitió verme hacerlo.

—¿Por qué eres así? —Quiso saber.

—Una vez me quedé mucho tiempo y la vida me hizo daño —dije retorcido por el dolor que me provocaba cada palabra.

Me miró fijamente, sin decir nada, y creí ver cierta comprensión en ella.

—Me alegro de haberte conocido.

—Yo también.

—Cuídate Mauro —dijo finalmente.

—Me llamo Mario.

—Mario —repitió ella, como para no olvidarlo.

Cerré la puerta de la habitación y deshice el oscuro pasillo hasta el hall de

recepción. Pagué la cuenta y pedí el mejor desayuno que tenían en carta. Me fui a casa andando, como siempre, bajo la luz de un sol naciente. El susurro de la voz de Laura tardó en desaparecer de mi cabeza. Al llegar a casa me tumbé sobre el maltrecho sofá. Mortadelo se subió sobre mi abdomen y lo rasqué detrás de las orejas. Pensé en Sheila y sentí lástima.

—Pobrecilla —me dije a mí mismo.

Aunque luego pensé en mí desde la posición de ella. Disfrutando de la enorme cama y del aroma de la bollería caliente.

—Pobre Mario —pensaría ella—. Pobre.

Capítulo 11

El hambre del falso vampiro y el loro de circo.

Dormí durante casi todo el día, y desperté como un vampiro, justo, al caer el sol. Tenía la boca pastosa y una sensación repulsiva de resaca de la que solo podría librarme, engullendo las calorías sucias del turco de la esquina. En realidad el chaval que lo atendía era español, de padres iraquíes, que habían tenido la fortuna de poder salir de Irak, mucho antes de que se liara la movida del Hussein. Alexis (así le habían llamado sus padres en aquellos primeros años en España, en los que ser árabe, era asunto para pasar desapercibido) compró el modelo de negocio y los secretos del mismo, a un verdadero turco al que de pronto le hizo falta el

dinero, para salir por patas de vuelta a su país.

El mixto de carne, grasa, y salsa que te servían envuelto en papel de carnicería, tenía un efecto conciliador en el organismo. Capaz de empapar cualquier pequeño vestigio de alcohol y trasladarlo a cotas de digestión más profundas. Compré un kebab de dimensiones planetarias, unas patatas fritas dobles, y una tarrina de helado de chocolate *Fudge Brownie*, Ben & Jerry's. Dejé un *pack* de seis cervezas de marca blanca en el interior del mismo frigorífico de donde las había cogido, al darme cuenta de que estaban calientes, y las cambié por dos botellas de cerveza de litro. Empezó a llover en la calle. Una fina película de agua cubrió rápidamente las aceras y los coches salpicaron a los usuarios de las mismas.

Alexis me invitó a sentarme en una de las mesas. Lo hice, aunque mi idea era atiborrarme en casa sobre el sofá, y esperar a que el azúcar diera con algún vestigio de mí que aún me fuera reconocible. La mesa que elegí estaba pegada al cristal de tal modo, que solo podías usar tres partes de las cuatro naturales, que tenía aquel rectángulo de madera. El cristal que daba a la calle estaba frío, y escrupulosamente limpio. Apoyé mi cabeza en él, y comí en silencio el contenido de las bolsas para llevar. Algunos rayos *flashear*on el cielo seguidos de potentes truenos que hicieron retumbar el interior del pequeño restaurante. Una mujer entró corriendo empapada a refugiarse de la violenta lluvia. De los extremos de su rizado cabello resbalaban pequeñas gotas. Pidió un café caliente y se sentó en otra de las mesas que flanqueaban el cristal de la calle. Pasó el tiempo con la mirada perdida en algún punto lejano del otro lado del cristal, y el toqueteo inconstante de la pantalla de su teléfono móvil. Algo en su conjunto me recordó a Elena, aunque no se parecía para nada a ella. Terminé la comida y compré una tercera cerveza para que fueran dos las que me llevara a casa. Caminé por la acera salvaguardándome de portal en portal, cuando la

llovía era demasiado intensa. Pensé en Elena y en el extraño modo en cómo se había precipitado la despedida. Parecía feliz y de pronto tan asustada en el interior del taxi. Solo eso explicaría sus últimos actos vacilantes. Una vez en casa puse una de las cervezas al frío, y abrí la otra al mismo tiempo que me conectaba a internet, y hacía una búsqueda de las palabras biblioteca nacional y Elena. Los resultados fueron inconsistentes y para nada vinculantes. Si quería volver a verla, iba a tener que presentarme allí mismo. Pero... ¿Quería? Parecía una buena persona. Alguien en apuros, no solo por haberse destrozado el tobillo con la noche amenazando en el cielo. Cerré la pestaña de búsqueda y abrí una nueva para conectarme al chat. No entré en ninguna sala. Simplemente esperé en aquel espacio vacío sin acceso a ninguna parte. Queen_Aremife apareció transcurridos pocos minutos.

Queen_Aremife: Vaya! Al fin has comprendido.

MegaMind: Comprender... ¿Qué?

Queen_Aremife: Vamos Mauro!...

Queen_Aremife: Me refiero a las circunstancias que deben darse para que podamos comunicarnos.

MegaMind: Das por supuesto que quiero hacerlo.

Queen_Aremife: Sé que has estado buscándome.

MegaMind: ¿Lo sabes? O crees que lo lógico después del numerito del otro día es que haya estado haciéndolo?

Queen_Aremife: Tengo absoluta certeza de ello. ¿Quieres que te diga cuándo?

No podía engañarla. Lo cierto es que había estado buscándola durante

mucho tiempo.

MegaMind: No. Déjalo, me da escalofríos saber que puedes seguir con tanta facilidad mis pasos.

Queen_Aremife: Yo no te sigo a ningún sitio. En realidad, si todo va bien, mi relación contigo no saldrá de este lado de la pantalla.

MegaMind: Gracias por la aclaración... Pensar que no tendré que invitarte a una caña en algún momento, me da muchas opciones en las que invertir ese dinero.

Queen_Aremife: Guárdalo para tus conquistas, como la de anoche.

MegaMind: Curioso..., ella también dijo lo mismo antes de convertirse en una de ellas.

MegaMind: Por cierto... ¿Qué sabes de anoche?

Queen_Aremife: Que has vuelto a gastarte, innecesariamente, un montón de dinero.

Aquello no significaba nada. Cualquiera podría gastarse un montón de dinero en una sola noche. Como si me hubiera leído el pensamiento, añadió:

Queen_Aremife: En una habitación de hotel...

Queen_Aremife: ¿Lo pasaste bien?

MegaMind: ¿Cómo puedes saber eso?

Queen_Aremife: Yo he preguntado primero.

Estuve tentado de no contestar y desconectar. Cerrar la tapa de aquel portátil que me unía a aquella situación imposible y no entrar en años al chat. Mis manos se detuvieron de golpe. Las yemas de los dedos levitando en un minúsculo espacio sobre el teclado. Al final, vencido por la necesidad de

encontrar una explicación, escribí:

MegaMind: Estuvo bien, gracias.

Queen_Aremife: ¿Cómo se llamaba la de esta vez?

MegaMind: Sheila.

Queen_Aremife: ¿Era guapa?

Jugaba conmigo como un león con un conejo.

MegaMind: Mucho.

Queen_Aremife: Exótica?

MegaMind: Bastante.

Queen_Aremife: Me alegro.

MegaMind: Te toca a ti contestar... ¿Cómo puedes saber las cosas que sabes?

Queen_Aremife: Lo siento pero no puedo darte detalles concretos.

MegaMind: Y una explicación infantil? Ya sabes... Lluve porque los angelitos hacen pis...

Queen_Aremife: No seas ordinario.

MegaMind: Te haces a la idea de lo estúpido que me haces sentir?

Queen_Aremife: Es mejor así. Cuanto menos sepas, menor será tu grado de implicación en caso de que las cosas se tuerzan.

MegaMind: Dios!

MegaMind: Habla claro, joder!

MegaMind: Al menos una vez...

Queen_Aremife: Mario (me parece del todo innecesario seguir jugando a

que no sé tu verdadero nombre).

Queen_Aremife: Lo que tú conoces como Internet, la World Wide Web, no es la única red que existe. Hay redes dentro de otras redes, y redes que corren en paralelo, solapadas o camufladas dentro del internet convencional. Yo uso una de esas redes. Es un espacio que, por cierto, yo misma he creado para poder comunicarme contigo sin dejar rastro.

MegaMind: Por eso no puedo conectarme a ninguna sala, ni hablar con nadie más mientras estemos los dos conectados?

Queen_Aremife: Exacto.

MegaMind: Pero estás en el chat.

Queen_Aremife: Estoy pero no estoy al mismo tiempo.

MegaMind: El otro día no te importó hablar conmigo en esas circunstancias.

Queen_Aremife: Tuve que hacerlo.

Queen_Aremife: No me hacías caso.

Queen_Aremife: Pero luego tuve que trabajar duro para borrar todas esas huellas.

MegaMind: Entiendo.

MegaMind: ¿Eres una hacker?

Queen_Aremife: Lo fui.

MegaMind: Lo eres.

Queen_Aremife: Te aseguro que ya no.

MegaMind: ¿Qué sentido tiene esto?

MegaMind: ¿Por qué yo?

Queen_Aremife: Ya te lo he dicho antes. Me caes bien.

Queen_Aremife: Lo que he visto de ti hasta ahora, me parece elocuente y simpático.

MegaMind: “Elocuente y simpático” parece la descripción de un loro de circo.

Queen_Aremife: jajajajaja ves? Me gusta esa espontaneidad.

MegaMind: Ya, pero eso sigue sin explicar nada.

Queen_Aremife: Mario, cuando llegue el momento, necesitaré algo de ti.

MegaMind: Se me hace difícil creer que yo pueda ofrecerte algo que tú no puedas conseguir.

Queen_Aremife: Pues es así.

MegaMind: Qué es? Dinero?

Queen_Aremife: jajajaja No.

Queen_Aremife: Tú sigue como hasta ahora. Intenta mejorar tu vida, pero no cambies lo esencial.

MegaMind: Y qué es lo esencial?

Queen_Aremife: Lo que me ha conducido hasta ti. Piénsalo.

##SIN CONEXIÓN##

Cerré la tapa, me eché sobre el sofá, y me puse a llorar.

Capítulo 12

El azul de la fosa marina y el jefe de seguridad.

Dieciocho años, no le habría echado ni uno más. Pero como en tantas otras cosas de aquella época de mi vida, estaba igualmente equivocado. Pantalón negro de pinza y blusa blanca de camarera. Calzaba unas zapatillas planas marca Adidas que un principio pensé que eran falsas, pero que en realidad, se habían deteriorado en exceso, por el uso. Tenían la suela desgastada en la parte externa, símbolo inequívoco de pisada *supinadora*. Parece una estupidez, y lo es... Pero cuando empiezas a considerarte a ti mismo un *runner*, y la mayor suma de dinero que se escapa de tu cuenta con la periodicidad de un recibo bancario es en zapatillas para correr, empiezas a fijarte demasiado en estos detalles. El pelo largo y pelirrojo recogido en una coleta. Tenía la cara, sobre todo alrededor de la nariz, salpicada de pequeñas pecas. Los ojos azul oscuro, profundos como una fosa marina. Era guapa, sorprendentemente, para haberla contratado a ciegas y con tanta urgencia. Aquel era el quinto día en el que sustituía al viejo oso, al que le había fallado la patata en pleno apogeo de desayunos. La ambulancia se lo llevó con pronóstico muy grave y dos costillas rotas debido a las maniobras de resucitación, que un técnico en emergencias que estaba tomando café en el bar en ese momento, le había practicado. Dicen que de otro modo no hubiera salido vivo. Mayca, que así

se llamaba la chica, había levantado las ventas del establecimiento en un tiempo récord. El café y el olor del local seguían siendo los mismos, así que sospecho, que el motivo estaba en cómo le quedaban los pantalones negros, de los que hay que decir; me era muy difícil a mí, como a otros, apartar la vista. La pelirroja tenía un toque tímido, que sumado al mío, elevaba al cuadrado el silencio en aquella zona de la barra. En el chat las cosas son fáciles. Todo corre bajo el telón de la puesta en escena y con poca habilidad que tengas se puede crear una imagen muy diferente de como uno es realmente. En la vida real, las relaciones son... Reales. Poco hay que añadir.

Aquel rinconcito del bar en donde los espejos jugaban con los ángulos, nada tenía que ver con el de enfrente, en donde *yuppies* salidos de bancos y oficinas se agolpaban, jocosos, a comérsela con la mirada. Se daban disimulados codazos unos a otros cada vez que se agachaba a meter platos y tazas al lavavajillas. Se ajustaban la hebilla del cinturón, algunas con iniciales que poco tendrían que ver con su verdadero nombre, e introducían un dedo índice en el interior del cuello de la camisa, para mejorar la transpiración y aplacar el creciente calor. De cuando en cuando emitían sonidos obscenos, como de mandril enjaulado frente a una mona en celo.

—Odio a esos tíos —me dijo mientras secaba un plato con un trapo azul y blanco.

Levanté la vista del periódico que hasta ese momento había estado leyendo.

—Siento decírtelo así, pero eres la nueva atracción del barrio. Se les pasará —añadí encogiéndome de hombros.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

Cerré el periódico y lo dejé a mi lado sobre la barra.

—Cuando se acostumbren a ti o..., —titubeé— te haya engordado lo

suficiente el culo.

Se rio, aunque lo triste, es que era totalmente cierto.

—Tú verás qué te conviene que suceda antes —dije levantando las cejas. Había adquirido ese gesto de un monitor de campamento cuando era pequeño, y desde entonces, se colaba sin permiso en mis conversaciones cuando algo o alguien me ponía nervioso.

—Esperemos que se cansen pronto de mí. ¿Te apetece otro café, Mario?

Cinco días y ya se había aprendido mi nombre. No recordaba habérselo dicho, aunque eso no significaba nada. Ella tampoco me había dicho el suyo, y me lo había aprendido no sé de dónde. Mi cabeza seguía viviendo en el país de las lagunas. Pero, en cualquier caso, o era una profesional de la atención al público, o puede que la cosa pintase muy bien para mí.

El grupo de hombres trajeados salió del establecimiento y ella pareció relajarse. Me sirvió el café y añadió leche agitando la jarra metálica para que formara un dibujo con la espuma. Parecía un pino blanco sobre arena parda.

—A este estás invitado.

—Gracias —dije hundiendo el pequeño pino con la cucharilla—. Cuando vuelva el viejo oso nadie va a querer verlo por aquí. Ese nunca invita a nada.

—¿Quién es el viejo oso? —Preguntó extrañada.

—Tu jefe.

—Ni idea —puso cara de no saber de lo que estaba hablando—. A mí me contrató su mujer. Y ¿por qué le llaman así?

—Es un hombre... —Pospuse continuar la frase tanto como pude—velludo.

—¿Quieres otro sobre de azúcar para el café?

—No, gracias. Ni si quiera he abierto este —dije mostrándole el sobre —lo tomo así, solo.

—Tomas mucho café ¿no crees?

—¿Y vas y me invitas a otro? —Dije en broma.

—Es lo único que te he visto tomar aquí.

—Soy de tensión baja. —Había escuchado aquella chorrada en boca de mi madre y sus amigas al menos un millón de veces, cuando agotaban hasta dos jarras de café en una sola tarde. Y ahora al decirla yo, me parecía aún más absurda.

—Entonces he hecho bien en invitarte.

Me levanté del taburete y me acerqué hasta el lugar en donde habían estado los *yuppies*. Elegí uno de los numerosos diarios de noticias y regresé a mi sitio. Estaba harto de leer sobre el nuevo fichaje del Madrid y las consecutivas derrotas del Atlético. Mayca se fue al otro lado, recogió la vajilla sucia, y pasó una bayeta sobre la barra. Al volver debió verme como el espía de una película de tercera, con el periódico abierto en toda su diagonal y agazapado tras las hojas impresas.

—¡Anda! Si van a empezar las obras de Recoletos —dijo señalando la trasera del diario. Di la vuelta al periódico, la imponente fachada de la Biblioteca Nacional ocupaba un cuarto de página, bajo ella, se desarrollaba la noticia:

“Las obras darán comienzo el próximo lunes y se prolongarán durante al menos dos semanas... Afectarán a los grupos de visitantes de la gran Biblioteca... Tuberías de gas... Tráfico desplazado...”

—Verás mi padre para ir a trabajar —dijo con la mirada clavada en la contraportada del periódico.

De pronto se me encendió la bombilla.

—¿Tu padre trabaja en la Biblioteca Nacional? —Al preguntarlo noté cómo aumentaban al menos en diez mis pulsaciones cardiacas.

—Sí —contestó animada, como si hubiera encontrado por fin, un tema sobre el que poder conversar—. Es el jefe de seguridad. Lleva cuatro años allí y está muy contento.

—Mi tía también trabaja ahí —mentí.

—¿Ah, sí? Pues seguro que se conocen.

—Seguro que sí. Tengo entendido que hay que pasar por un escáner y acreditarte antes de poder entrar —dije intentando reunir información—. Seguro que se ven casi todos los días.

—No lo creo. Hace años que mi padre no hace ese tipo de trabajo. Ahora se dedica más a la gestión administrativa del personal. Quién entra, cuándo, qué grupos van a venir... Ese tipo de cosas.

La puerta del bar se abrió y se coló el ruido de la calle. Un hombre en chándal, con pinta de recién paseado, se sentó y pidió un botellín de cerveza sin alcohol. Mayca volvió conmigo tras servirlo, apoyó los codos sobre la barra, y entrelazó las manos.

—¿Cómo se llama tu tía?

—Elena —contesté.

—Le preguntaré a mi padre. ¿Te imaginas? El mundo es un auténtico pañuelo.

—Pues te lo agradezco. ¿Sabes? Hace años que mi madre y ella no se hablan y me gustaría verla. Si pudieras conseguirme su número, te lo agradecería.

—Cuenta con ello —dijo dándome una palmada en la mano—. ¿Cómo se apellida?

Se los dije, los dos. Fue una suerte haber escuchado su nombre y

apellidos por la megafonía del hospital y que en ese momento mi cabeza no estuviera en off. Si no, habría hecho bastante el ridículo. Intenté pagar el primer café, el que a primera hora de la mañana yo había bajado a tomarme, pero tampoco me dejó. Me pareció bien, porque aunque no quería decírselo, los hacía muy poco cargados. Cuando salí por la puerta del bar, pude ver el reflejo de ella siguiendo mis pasos, mientras terminaba de secar el contenido del lavavajillas. Lo último que escuché antes de cerrarse la puerta, fue el sonido de un vaso de cristal partiéndose en mil pedazos.

El sol lucía con fuerza, y mientras caminaba de regreso a casa, no pude evitar pensar en Elena y en su maltrecho tobillo. Habían pasado los suficientes días como para que hubiese sanado su esguince. Quizá ya habría vuelto al trabajo. Me quedé mirando un instante al infinito, mucho más allá del horizonte de establecimientos de cadenas de comida rápida, recordando las contradicciones de aquel fin de semana. El desconocimiento mutuo en el que interactuamos y sin embargo la gran confianza que se forjó entre ambos. Hasta el momento del taxi, en donde las llamadas y mensajes de su teléfono móvil, lo habían torcido todo. Salvo una o dos veces no había vuelto a pensar en ello desde que me bajé de aquel vehículo y caminé solo bajo la lluvia.

Los siguientes tres días los pasé encerrado en casa. Algo parecido a la gripe se apoderó de mi cuerpo y me dobló literalmente en la cama. La fiebre me subía y bajaba como el perfil de una montaña rusa y los calambres musculares no me dejaban apenas dormir. Las aspirinas parecían no tener capacidad para revertir aquello. En la segunda noche debí tener un pico de fiebre brutal. No sé decir cuánto, porque hacía años

que no veía un termómetro por casa. Ese objeto misterioso había desaparecido, junto a otros, abducido a través de una ventana abierta en alguna noche de ira que el alcohol no había podido apaciguar. La fiebre fue lo suficientemente alta como para verme envuelto en alucinaciones. Vi a Laura junto al cabecero de mi cama, sentada en el suelo con la cabeza enterrada en las rodillas y sus brazos delgados abrazándose las piernas. Habría jurado que era un noventa por ciento real. Vestía el camisón con el logotipo del hospital. El mismo con el que la había visto viva, por última vez, tres meses antes de que falleciera. Su pelo lucía limpio y el camisón olía a ella, a la de siempre, no a la Laura enferma. Minutos u horas después, no sabría decir, la vi comprobando en su muñeca la temperatura a la que caía el chorro de agua que llenaba mi bañera. Manipuló en varias ocasiones la dirección de los grifos y me sumergió en el agua templada. Tenía los ojos con bolsas, negros bajo las cuencas. Acariciaba mi frente sudada con su minúscula mano enferma mientras susurraba repetidas veces:

—Mario, despierta.

—Mario, despierta.

Al caer la noche del tercer día me encontré mejor. La fiebre había bajado a cifras en donde era capaz de centrar la vista. Notaba suficiente entereza en las piernas como para ponerme de pie. Decir que me encontraba fuerte sería como asegurar que una libélula puede volar hasta la luna, pero esa pequeña chispa de vida que se había encendido en mí, sumado al penetrante olor a ensalada de unas sábanas en las que había pasado al menos dos días sudando algo parecido al vinagre, fue lo que me empujó, como un resorte, a salir disparado de la cama. Estuve tentado de llamar a mis padres y lanzar una señal de socorro de la que estoy

convencido, me hubiera arrepentido más tarde. Sujeté aquel impulso trasteando en los canales de la TDT. En un canal de deportes, dos mulos afroamericanos que juntos sumarían más de doscientos kilos, se jugaban el cinturón dorado a base de no ser acertados por fintas y crochés. Al final del cuarto asalto el más pequeño de los dos, impactó de lleno en la mandíbula de su rival, mandándolo a la lona a rebozarse en restos de su propia sangre y saliva, a soñar con momentos más tiernos de su infancia junto a su mamá. Cuando el juez levantó el brazo del vencedor, y el público estalló en vítores que ensordecieron el cuadrilátero, me pareció que alguien estaba llamando a mi puerta. Apagué el volumen del televisor y esperé para comprobar si el timbrazo había sido real. El sonido del timbre se repitió una vez más. Esta vez más intenso, invasivo en aquel espacio en silencio. Mortadelo corrió hacia la habitación. Su cascabel tintineó tres veces antes de desaparecer en ella. Bostecé y me levanté del sillón sin ganas de querer hacerlo. No esperaba a nadie, ni siquiera al repartidor de pizzas de gorra roja que alucinaba siempre con las propinas. ¿Cuánto tiempo llevaría sin comer? ¿Y sin beber? En alguna parte había leído que el cuerpo empieza a deshidratarse según qué casos, en tan solo veintidós horas. Tomé una nota mental de beber un vaso de agua en cuanto me deshiciera del visitante inesperado. Abrí la puerta. Al principio no la reconocí. No porque no estuviera fijada en mi memoria, sino, porque mis ojos, aún no se adaptaban bien a la luz. Aquella gripe que nunca supe si lo fue, había mermado la intensidad con la que leían el mundo cada uno de mis sentidos.

— ¡Mayca! —Dije sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Hola —dijo resuelta.

Se colocó el pelo con las yemas de los dedos tras las orejas, y dijo lo que sin duda le salió de muy adentro:

— ¡Vaya! Qué mal aspecto tienes. ¿Te encuentras bien?

—He estado mejor, sin duda —dije apoyando la cabeza contra la puerta. En ese momento fui consciente de que llevaba puesto un pantalón corto de pijama bastante ridículo, y una camiseta negra comprada en algún concierto, en la que entre calaveras de dientes afilados y melenas largas, se disimulaban bien, los churretes de mis tres días de enfermedad. Me sentí inseguro frente a ella.

—¿Qué te ha pasado?

—Diría que una gripe, pero tengo roto el microscopio.

—Pues debes tener cuidado. Ahora es cuando se cogen las peores.

—Esta ha sido de las fuertes, aviary, española, una nueva cepa... Jamás me he sentido tan enfermo.

—Al menos conservas el sentido del humor, eso es bueno. ¿Sabes? Me extrañaba no verte por el bar estos días.

—Puedes estar tranquila, el bar del oso sigue siendo mi favorito.

—No he venido por eso tonto.

¿Tonto? Me pregunté. ¿Ya estábamos en esa fase en la que los insultos te acarician como un pañuelo de seda?

—¿Cómo me has encontrado? —Pregunté.

—Me lo han dicho en el bar —dijo encogiéndose de hombros—. Pregunté por el chico alto que se sienta al final de la barra.

—¿Y sabían dónde vivo?

—Sí, todo el mundo me ha dicho que en este portal, —dijo sin darle importancia— después solo he tenido que leer los buzones.

¿La gente del bar? Volví a preguntarme. Yo no podría haber puesto cara a casi nadie de ese sitio. Estaba claro, *yuppie* y yo, cualquier día tendríamos una disputa por dominar su mundo.

Un vecino abrió la puerta unos pisos más arriba y llamó al ascensor.

Aquello me sorprendió más que la posibilidad de haber incubado una nueva cepa de virus. El ascensor llevaba roto muchísimo tiempo. La maquinaria respondió con un renqueo antes de que las poleas rodaran los gruesos cables.

—¿Por qué sonríes? —Preguntó.

—Por nada —contesté mirando cómo se elevaba el aparato a través del hueco de la escalera—. Creo que le has traído suerte a este edificio. ¿Quieres pasar? —pregunté sin saber, realmente, si yo quería que lo hiciese. Se lo pensó un instante, minúsculo, pero lo suficiente como para intuir que lo estaba valorando. No me extrañó. Algunas fotografías de asesinos en serie mostraban mejor aspecto que yo.

—Vale —dijo finalmente—. Me invitas a una coca cola y te cuento lo de tu tía.

—¿Mi tía? —Pregunté sin comprender.

—La de la biblioteca.

—¡Joder! ¡Mi tía Elena! —exclamé como si hubiera sido un olvido imperdonable. El virus, además de sin sentidos, me había dejado el cerebro frito. Tomé otra nota mental: contabilizar neuronas, válidas, a ser posible. Mayca entró y cerré la puerta tras ella. Encendí algunas luces para que se sintiera más cómoda, aunque no sé si acerté al hacerlo. Sus ojos revolotearon curiosos de pared en pared, y por cada esquina de la casa hasta que finalmente los posó en los míos.

—Parece la casa del terror y tú el mayordomo que da la bienvenida.

—Alégrate entonces, no voy a cobrarte entrada.

Paseó por el salón y se dejó caer en uno de los pequeños sofás. Podía percibir su cerebro analizando cada recóndito matiz de aquel espacio.

—¿Puedo? —Preguntó cuándo ya estaba sentada.

—Claro, voy a ir por esa Coca-Cola —dije señalando por encima de

mi hombro en dirección a la cocina. Después de rebuscar en el interior del frigorífico, volví con las manos vacías.

—Aquarius, cerveza, o whisky. Se nos han agotado las *cocacolas*.

—Menuda marcha tienes entre semana... Un Aquarius servirá.

—¿Hielo? —Pregunté.

—Como quieras, no hace falta si no quieres molestarte.

Se lo serví con tres cubitos en una copa ancha de ginebra que había venido de regalo en algún *pack*.

—¿Tú no tomas nada? —Preguntó.

Negué con la cabeza.

—Estoy muerto. He bebido un vaso de agua y debía ser de mar, porque no hace más que darme vueltas por el estómago.

—La verdad es que no tienes muy buen aspecto.

—Podría ser, hace días que no me miro en el espejo.

—¿Dónde tienes uno?

—Allí —dije señalando la puerta cerrada del baño.

—Es igual —dijo rebuscando en el bolso.

—¿Quieres verte? Este móvil tiene una cámara increíble.

Saqué la lengua en el momento justo en el que hacía la fotografía. A Mayca le hizo mucha gracia y me pasó el móvil riendo.

—Mira cómo estás.

Tenía razón, no era mi mejor cara. Entre lo delgado que estaba y las ojeras negras que había adoptado, parecía un toxicómano al que le están haciendo el lío con la metadona.

—No te la pongas de fondo —bromeé al devolverle el móvil. Lo lanzó de nuevo al interior de aquel bolso que parecía no tener fin, y bebió un sorbo de refresco.

—Tu tía —dijo como si acabara de acordarse—. Resulta que mi padre

sí que la conoce. Me dijo que es muy buena gente pero que anda fastidiada. Por lo visto lleva una temporada cogiendo muchas bajas, la última porque se ha roto la pierna o algo así, pero cree que se incorporará la semana que viene.

—Muchas gracias detective.

—¡Ops! Espera —dijo sacando un papel doblado de uno de sus bolsillos—. Tengo su número.

Desdobló el papel y me lo dio. Era de uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad, de los que ponen en las mesillas de las habitaciones junto al teléfono. El papel tenía el logotipo del establecimiento impreso en una marca de agua. Nunca había sido cliente de ese hotel, pero me constaba que era tan caro, que hasta yo, que no tenía apenas nada en lo que gastarme el dinero, me hubiera pensado pasar una noche allí. Aquello me llenó de curiosidad. ¿Cómo una camarera había acabado pasando una noche allí? O, ¿cómo ese papel había acabado en su bolsillo? Tuve que morderme la lengua y conformarme con dar unas vueltas de lavadora a mi imaginación.

Había escrito los nueve dígitos del teléfono con una caligrafía redonda y femenina. Los números sumaban cuarenta y cuatro.

—Gracias —dije doblando de nuevo el papel por las marcas que habían quedado y dejándolo al lado de uno de los ordenadores.

—Tienes dos portátiles —señaló Mayca.

Asentí con la cabeza.

—¿Vives con alguien?

Así que esa era la verdadera pregunta, de hecho me extrañaba que no la hubiera formulado antes. Por primera vez, en casa, me fijé bien en ella. Las deducciones inteligentes siempre consiguen que me pare a pensar en la persona que tengo delante. Estaba sentada casi en el borde, girada hacia

mí, porque el sillón apuntaba de forma natural hacia el televisor. Cruzaba la pierna derecha sobre la izquierda, formando una punta de flecha que señalaba en mi dirección. En algún sitio había leído que ese gesto delataba un interés inconsciente hacia el interlocutor. A mí, simplemente, me parecía que se sentía cómoda sentada de esa forma. Supuse que venía del bar, pero vestía ropa informal tirando a arreglada. Tenía ese toque especial que solo algunas chicas consiguen con un pantalón vaquero y una camiseta holgada.

—No, vivo solo. Bueno, miento —rectifiqué—. Tengo un compañero de piso, pero puedo asegurarte que él no navega por internet —dije refiriéndome a su observación sobre los dos ordenadores portátiles.

Mayca pareció sorprendida.

—¿Está en casa? —Preguntó.

—Sí. ¿Quieres conocerlo?

—No os quiero molestar. Es tarde.

—Tranquila, —le dije— deja de darle vueltas. No es lo que estás pensando. Voy por él ¿vale?

Mayca me miró contrariada. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando.

—No te asustes —advertí antes de desaparecer por el pasillo.

Mortadelo estaba debajo de la cama. Agazapado bajo el centro del colchón. Su mirada soñolienta indicaba que prefería dormir al interés que le había suscitado Mayca. Tuve que llevarle en brazos hasta el salón y rascarle entre las orejas para asegurar, al menos, unos minutos de docilidad.

—¿Qué coño es eso? —Preguntó Mayca echándose hacia atrás.

Pobre Mortadela, pensé. La primera reacción de la gente siempre era dedicarle una escurridiza cobra.

Me acerqué un poco más hasta ella y me arrodille a su lado para que

podiera verlo.

—Esto es Mortadelo, mi gato.

—Pero ¿está enfermo o algo?

—Claro que no, pobrecito.

El gato luchaba contra el peso infinito de sus párpados, el cual parecía aumentar con cada una de mis suaves caricias.

—¿Y por qué no tiene pelo?

—Esta raza es así. Es un gato esfinge.

—¡Guau! Nunca había visto uno.

—Todo el mundo dice lo mismo la primera vez que lo ve.

Después de la cobra solía venir el momento oso amoroso. Y así fue.

—Es... Original —dijo rozando con dos dedos su frente hasta la punta de la nariz.

El gato olisqueó su mano, se desperezó en mis brazos, y saltó al suelo para desaparecer por el pasillo hasta el refugio de mi habitación.

—Le he caído mal —dijo con la voz de una niña triste.

—No —aseguré.

—Siempre araña la primera vez, y a ti no te ha hecho nada. Yo diría que incluso le has caído bien.

Sonrió y se colocó el pelo.

La puerta del portal se cerró con un estruendo que hizo retumbar el edificio.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó Mayca.

Los pasos bamboleantes de algún vecino palpitaron en la escalera.

—¿Qué hora es?

Mayca consultó en su teléfono móvil.

—Las once y media.

—Pues sí que viene pronto hoy.

—¿Quién? —Preguntó sin entender.

—Tengo un vecino, o vecina, —puntualicé—, que viene todas las noches con unas tajadas de campeonato.

—¿Qué dices?

—Suele tardar más de diez minutos en subir las escaleras.

—¿Y por qué no usa el ascensor?

—Llevaba tiempo estropeado, hasta hoy. Por eso he dicho antes que le has traído suerte al edificio. Además, ni siquiera sé quién es.

—¿En serio no lo sabes? —Preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Me dejas mirar por la mirilla? *Por fa, por fa, por fa* —pidió.

—Toda tuya —dije al ver lo que aquello le divertía.

Salió disparada hacia la puerta. Se puso de puntillas, se apoyó suavemente sobre la madera y guiño un ojo frente a ella. Cuando llevaba veinte segundos mirando, dobló hacia atrás una de sus rodillas, quedándose apoyada en un solo pie.

—Mario, ven, *pssss* —susurró.

Agitaba rápidamente la mano indicándome que me acercara.

Me puse al lado de ella, se llevó un dedo a los labios haciendo un gesto de silencio, y señaló dos veces la puerta. Tengo que reconocer que en cuanto asomé el ojo por la mirilla me asusté. Me retiré de la puerta y nos miramos con complicidad. Me empujó cariñosamente, supongo, y volvió a mirar. Luego yo otra vez. Todo ello en silencio, casi sin poder aguantarnos las ganas de reír. Al otro lado de la puerta había una señora mayor parada frente a mi casa. Vestía, aunque no sé si realmente debería utilizar este verbo, una camiseta remangada o simplemente mal puesta de la que asomaban lorzas sueltas y pálidas. Llevaba un pedo de tal calibre que parecía que había pasado una semana en los sanfermines. Oscilaba adelante y atrás y se sujetaba, como podía, apoyándose en la pared. En un

momento de máximo bamboleo casi se va al suelo, y machacó mi puerta con las manos para no perder el equilibrio. Mayca no pudo más y se echó a reír. Señalé con urgencia el sofá y ambos salimos corriendo.

—Es la Señora Martínez —dije cuando me recuperé del ataque de risa.

—Esa de señora no tiene nada. Todas las noches le sirvo al menos tres copas y es una maleducada.

—¿En serio? —Pregunté sin poder creerlo. Aquello iba contra casi todos mis clichés establecidos. La Señora Martínez era una abuelita de libro, de las que dan las gracias al Señor Google cuando le devuelve los resultados de una búsqueda en internet.

—Llevo... ¿Ocho días? —se preguntó a sí misma—. Y viene todas las noches. No falla ni una y para estar así, hoy no ha debido acabar allí. Ha tenido que recorrerse todos los bares del barrio.

—Qué fuerte —dije, de nuevo, incrédulo.

—¿El qué?

—Nada, has resuelto un misterio —dije acurrucándome en el sofá—. Los pasos de esa mujer llevan desvelándome desde hace mucho tiempo.

—Pero es muy mayor ¿no?

—Calculo que setenta años sí que los tiene.

—¡Madre mía! Alguien debería hacer algo.

—Conmigo que no cuenten, yo con recuperarme tengo bastante.

—Ahora estás mejor —aseguró Mayca—. Mañana si te encuentras bien baja a primera hora y te prepararé un desayuno perfecto. Y si no estás mejor... Baja igualmente, me debes un café —dijo esto y se puso en pie con la intención de marcharse—. Yo no salgo de aquí con la borracha paseando por la escalera. ¿Me acompañas abajo?

—Claro que sí.

Cogí las llaves de casa y cerré la puerta. La Señora Martínez había

desaparecido varios pisos más arriba como si nunca hubiera existido.

El aire de la calle era fresco. La noche avanzaba y el rumor del tráfico parecía lejano y en ocasiones ausente. Se despidió de mí con dos besos sin dejarme salir del portal. Me ordenó que subiera deprisa para que no cogiera frío. Se marchó con los brazos cruzados caminando muy rápido. Me asomé a la calle para verla torcer una esquina. Un afrutado olor a jabón para el pelo se quedó en el aire durante algunos segundos. Era la primera cosa que olía desde que el desconocido virus me robó el olfato.

Capítulo 13

El cóctel de la resurrección y el efímero insecto.

No bajé a cobrar la promesa del desayuno perfecto a la mañana siguiente, ni a la otra. Pero al tercer día, como el protagonista de cierta historia bíblica, me sorprendí a mí mismo sentado a la barra del bar con la cara recién afeitada, y el pelo cortado en una peluquería. Mayca me sonrió al entrar como si se sintiera aliviada por verme. No podía decir que el paso del virus por mi cuerpo había sido una de esas experiencias de las que acabas diciendo que “por poco no lo cuento”, pero puedo asegurar que visto en perspectiva, estuve bastante jodido. Me senté, como siempre, al final de la barra. El sitio estaba limpio a pesar de que varios taburetes y algunos papeles se amontonaban sobre el suelo. Mayca me pasó un diario deportivo, un noticiario, y la prensa del día anterior que todavía no había tirado a la basura. He de reconocer que me sentí un poco como un niño al que le preparan la merienda. Media barra de pan tostado con aceite, jamón, y tomate natural. Nada de prefabricados ni productos envasados. Un café con dos cargas del porta como si me hubiera leído el pensamiento del último día, y un vaso de zumo de naranja recién exprimido, de los que hay que beberse rápido para que no se le oxiden las vitaminas. No sé si aquel cóctel de la resurrección fue el primer responsable o simplemente se sumó a la ya larga lista de cosas que me atraían de aquella chica, pero el caso, es que empecé a pasar más tiempo en el bar del que hasta ese momento había sido habitual. A veces bajaba hasta tres veces al día y al final de la tarde cuando la mujer del viejo oso venía a reclamar el importe de caja, y echar el cierre, paseábamos por los alrededores del Retiro. Hablábamos de

cosas insustanciales sin profundizar en la intimidad del otro. La visión de un niño en bicicleta o de un perro de agua con el pelo demasiado rizado, hacían explotar una charla que estirábamos durante horas. La conversación con ella, en este aspecto, era un sencillo ejercicio de guardería.

Mayca reía con facilidad. Conseguía contagiarme su visión optimista del mundo, con la misma naturalidad con la que yo no podía evitar sonreír al escuchar la musicalidad de su risa.

Me gustaba, aunque no del modo como me había gustado Sheila ni otras chicas cuyos nombres volaron tan rápido como un colibrí sobre una flor. Tampoco sentía por ella la fascinación del depredador sobre su presa, como sucedía con algún *nick* que se hubiera prestado a ello. Simplemente me hacía sentir a gusto. Había encontrado una amiga con la capacidad de quitarle hierro al propio hecho de estar vivo, y yo tenía una mina muy grande con toneladas de este metal.

Se forjó un pacto entre ambos que ninguno de los dos negoció. Ella me invitaba a uno de los cafés del día, y al caer la noche, con el calor que va produciendo la visión del verano en un cercano horizonte, comíamos un helado sentados en cualquiera de los bancos del barrio. Dos, o tres veces, vimos a la Señora Martínez inmersa en su procesión alcohólica, frecuentando distintos bares, y arrastrando en el aire un inconfundible olor a destilado barato.

Nunca subía a casa. Yo no le había invitado a hacerlo y ella no había hecho el menor comentario al respecto. Cuando se marchaba nunca decía a dónde iba. Supongo que a casa, como cualquier otro ser humano de la ciudad, pero me sorprendía el hecho de que evitase decir en dónde vivía. Me gustaba verla alejarse esquivando a los demás viandantes hasta que desaparecía en el interior de un tumulto lejano. Entonces regresaba a la monotonía de mi piso abandonado y hacía lo que siempre maldecía como

la última vez que iba hacer: abría el portátil negro y me conectaba al chat.

Pasaba horas suspendido en el limbo de aquel espacio que servía de puerta para que La Reina Aremife contactase conmigo. Esperaba con ansia el inconfundible sonido de un mensaje, o el brillo espejado con el que se abrían las nuevas pestañas. A veces llegaba muy pronto y otras nunca lo hacía. Las veces que hablábamos lo hacíamos durante poco tiempo. Ella siempre parecía actuar presa de una cuenta atrás y estar más pendiente del reloj que de mí mismo. Las conversaciones se volvieron monótonas, entre otras cosas, porque ella no aportaba nunca ningún ingrediente. No se mezclaba conmigo ni me daba más datos sobre ella de los que ya me había dado. Parecía como si solo quisiera asegurarse de que seguía allí para cuando le hiciese falta, y cuando me veía apático o frustrado, jugaba sus cartas con maestría y me regalaba un nuevo fragmento del omnipresente conocimiento que parecía tener sobre mí. A veces eran cosas nimias. Pequeños detalles como el último libro que había sacado de una biblioteca, o el listado de películas descargadas por mí, ilegalmente, en ese mes. Una vez me sorprendió con información sobre mis padres y con el viejo diagnóstico de un brazo roto del que tuvieron que operarme a la edad de seis años. Todo ello cosas rastreables, quise obligarme a creer: un viejo informe de hospital, una invasión por la fuerza al historial de mi ordenador, e incluso el rastreo de la antena GPS con la que contaba mi teléfono móvil. Probé a desactivar esta opción en el teléfono y ponerla a prueba, preguntándole acerca de dónde había pasado una tarde cualquiera. Al día siguiente recibí la información con escaso margen de error. A partir de aquello, cualquier conjetura sobre su persona, careció de ningún valor.

He de admitir que el hecho de que alguien desconocido supervisara mi vida con tal grado de compromiso, en el fondo, me tranquilizaba. Las posibles opciones que había manejado acerca de su identidad en aquellas

primeras veces, eran por lo poco, inquietantes. La presencia de La Reina había recorrido en mí el mismo devenir psicológico con el que cae un diagnóstico que atenta contra la propia vida. Pasé del estupor al terror, y de ahí a la aceptación, que finalmente cayó en la más absoluta indiferencia. Si la máxima autoridad fémica del mundo hacker se había fijado en mí, yo no podía más que aguantar a lo Dalai Lama y esperar que no acabara siendo una amenaza. Tenía la sensación de que aquella mujer, de haber querido, podría haber puesto en marcha mi microondas y a centrifugar la lavadora.

Nunca mencionaba a Laura, y eso era algo que me mosqueaba. Mayca no sabía una sola palabra acerca de la negra historia que rodeaba ese nombre, pero aquella mujer, aquel ser del mundo electrónico que se hacía llamar Queen_Aremife, tenía que conocer cada detalle relevante del peor capítulo de mi vida. Aquello, sumado a que por casualidad descubrí que Aremife es efímera escrito al revés, sembró en mí una idea envenenada. Un pensamiento esquizoide que después de cada conversación se hundía como las raíces negras de un árbol maldito en el interior de mi cerebro. Busqué a través de la red en numerosos foros todo lo relacionado con la palabra efímera. La historia de una vieja leyenda sumado a la primera definición que me devolvió Google, me turbaron hasta el punto que recaí en la procesión de mis noches de insomnio.

Efímera

Nombre femenino

Insecto de cuerpo alargado de unos 2 cm de longitud, de color ceniciento, con manchas oscuras en sus dos pares de alas y tres filamentos a modo de cola en la parte posterior del cuerpo; habita en las orillas del agua y apenas vive un día.

[texto] Que no se escribe con el deseo de perdurar sino para un objetivo

concreto.

“Apenas vive un día” recitaba como un mantra. Incontables preguntas se amontonaban en mi cabeza sin poder darlas respuesta. ¿Por qué evitaba hablar de Laura? ¿Y si aquella mujer era algún tipo de manifestación de ella? ¿Cómo sino iba alguien a manejar tal nivel de información y evitar a propósito la más importante? La propia Aremife lo había planteado en una conversación cuando me pidió que recondujera mi vida pero la mantuviera en lo esencial, y para mí, lo esencial, siempre había sido Laura. El solo hecho de leer estas y otras preguntas planteadas sobre un papel, me hacían ver hasta qué punto estaba perdiendo la cordura. Arrugaba la hoja y la lanzaba a la basura a lo Michael Jordan, para horas, o minutos después, rescatarla del interior del cubo y poder rumiarlas nuevamente. Con la misma facilidad que consideraba posible, se esfumaba la posibilidad de seguir creyendo en ello, hasta que la ponzoña de aquellos pensamientos me empujó a hacer lo único que podía.

Rescaté la mochila del interior del armario en donde descansaba desde la última vez, y me organicé, de nuevo, para ir a ver a Laura. Del interior de la misma rescaté el cuaderno en el que no había vuelto a escribir desde el fin de semana en la montaña. La pareja de un calcetín perdido en la colada salió enganchado a la espiral de alambre del mismo. Tiré al suelo la tela sucia y ojeé pensativo sus páginas. En la última de ellas había una carta de Elena que nunca había llegado a leer. La caligrafía estaba movida, como si la hubieran escrito en el interior de un coche en marcha.

Lo hizo en el taxi, pensé. Mientras estuve dormido.

Sonreí como el que encuentra un mensaje en una botella que ha recorrido cinco mil millas náuticas. Me senté en el suelo junto a la cama y leí la carta.

Hola Mario.

¿Sabías que roncas? ¿Y además, mucho?

El taxista ha tenido que subir dos veces el volumen de la radio. Creo que es la hora del fútbol y no es capaz de concentrarse en los resultados de los partidos. Por mi parte opino que debes seguir haciéndolo, al menos, hasta que pueda terminar esta carta. Cierto es que no puedo agradecerte que tengas un sueño más silencioso (el volumen de esa radio va a acabar conmigo) pero sí debo agradecerte muchas otras cosas.

Soy cobarde, Mario. Prueba de ello es que actúo a tus espaldas en estos momentos. Lo normal es que al despedirnos hoy, hubiéramos intercambiado nuestros teléfonos, y haber quedado cualquier día para reír y recordar. Pero no voy a hacerlo, y te prometo que esa certeza martiriza mi vida. No puedo. Por eso he decidido adueñarme sin permiso de la última página de tu precioso cuaderno. Solo para darte las gracias, por cómo te has portado, y por la forma en que has abierto tu corazón conmigo.

No te olvidaré, Mario. Ni a ti, ni a tu poesía.

Nos vemos en esa ladera, bajo la luz del sol y el tintineo de las estrellas. Hasta pronto.

Elena.

Cerré el cuaderno y lo dejé apoyado entre mis piernas. Aquello lo cambiaba todo.

Guardé la mochila y fui a la cocina a por un vaso de agua. Me encontraba extrañamente diferente. Rescaté el papel del hotel en donde Mayca había apuntado el teléfono de Elena, y lo observé dos veces, antes de marcar.

Capítulo 14

La ironía del navegante y el rincón de Garcilaso.

Los recuerdos se enturbiaron en mi mente. Cerámica gris ceniza para el suelo y paredes de la estación, y letras blancas sobre sangre roja, para los letreros metálicos en donde podía leerse el nombre de Recoletos. Así era el apeadero de la estación en donde había despedido a Laura tantas veces en aquel tiempo.

El tren frenó bruscamente. Sentí cómo me desplazaba unos violentos centímetros hacia delante, hasta que el final de la inercia me devolvió el control de mi cuerpo. La quietud del instante dio paso al trajín de la carga y descarga de viajeros. Yo aún me aferraba a la barra de seguridad y miraba confuso lo que ahora me parecía un escenario triste y decadente. Lejos quedaba el tiempo en el que la estación había sido mudo testigo de nuestros besos apasionados y las promesas que nos habíamos jurado. Salí del tren antes de que sonara el pitido que anuncia el cierre de puertas. Me volví hacia el vagón y observé a través de la ventanilla de cristal el sitio en donde había estado. Era Laura la que siempre ocupaba ese espacio cuando en los meses de calor subía con frecuencia a la sierra. Evoqué la infinidad de tardes pasadas junto a aquella vía, sobre esas mismas baldosas, rezándole al tiempo para que se deslizara más lento, para poder estirar hasta el límite el instante último antes de decirnos adiós. Recordé el calor de su cuerpo menudo abrazado al mío y su pelo pegado en mi mejilla por la caída de una lágrima furtiva. Ahora ya no había calor en aquel lugar. Laura no estaba, y sin embargo, seguía mirándome desde el interior del vagón de tren. Su mirada turbia y perdida no

se apartaba de mis ojos. Ningún otro pasajero ocupó su espacio, como si el frío de la presencia muerta desalentara el alma de todo el que se acercara a su sitio. El pitido de puertas se sucedió repetidas veces, y los frenos eléctricos descongestionaron la presión de aire que los bloqueaba. Laura levantó su mano y tocó el cristal con la palma como había hecho tantas otras veces para decirme adiós. Imité aquel gesto y toqué desde el otro lado. El frío cristal me ancló en la verdad de ese momento. Alguien me sujetó del brazo y tiró dulcemente hacia atrás.

—Joven, —dijo una voz— tenga cuidado. El tren va a arrancar.

La mirada de Laura me siguió hasta que el tren se perdió como un gusano gigante a través de un túnel, y el estruendo mecánico se desvaneció en sucesivos ecos.

El sol iluminaba la entrada de la Biblioteca Nacional. La luz aclaraba los arcos de piedra y estallaba violenta en el reflejo de los cristales. A lo lejos, Colón señalaba las américas y perdía su mirada en un horizonte conquistado hace mucho tiempo. Decenas de personas pululaban por las inmediaciones del recinto: turistas, jubilados de prensa en el sobaco, y vigorosos jóvenes tatuados.

Subí la escalinata de piedra y eché un vistazo a través de la gran puerta de entrada. Estudiantes y turistas, en su mayoría asiáticos, aguardaban en un gran hall. El murmullo humano superaba con creces al del tráfico, que una vez acabadas las obras, había vuelto a apoderarse de las calles. Saqué el teléfono móvil y recuperé el contacto de Elena.

Marqué.

Nadie contestó. Al igual que la vez anterior y la anterior a esa otra. Me preguntaba si Mayca no habría confundido algún número. Elena no sabía que había ido allí a buscarla porque no había podido contactar con ella. Por el

motivo que fuera, sospechaba, solo contestaba las llamadas de los números que tenía registrados en su agenda. El único modo que tenía de volver a verla era confiar en un cruce fortuito durante las próximas rebajas de El Corte Inglés, o seguir la misma corriente de impulsos que me habían llevado hasta allí, y que me invitaban, ahora, a sentarme entre el tumulto de la gente de alrededor, y rezar para que la jornada de Elena se correspondiera con la media europea. Lo hice bajo la sombra parda y tupida de un castaño de indias. Toda una ironía del destino al destino original de la vecina estatua del navegante. Bajo sus ramas, gentes de todas las edades se congregaban en distintos bancos. Me fijé en que la mayor parte, aún a pesar de formar numerosos grupos, habían venido solos. El motivo era que casi todos habían ido allí a leer. Algunos libros eran grandes, de portadas descoloridas, otros, tomos más pequeños, maltratados por el paso del tiempo y de numerosas manos. Los libros, enfrascaban entre sus hojas a la más variopinta colección de hombres. Todos leían, menos yo, que siguiendo la corriente que me empujaba a ir en contra de la dirección del mundo, me dio por escribir. Siempre llevaba un bolígrafo guardado en la mochila. A veces pasaba tanto tiempo sin usar ese objeto que cuando iba a hacer uso de él estaba seco. Esa vez tuve suerte, y el transparente bolígrafo Bic de tapa mordisqueada escupió el chorro de tinta azul a la cuarta vez que lo deslicé sobre las hojas cuadriculadas de mi cuaderno. Lo había traído en un acto de reflexión estúpida, creyendo que aquella carta de su puño y letra justificaría el hecho de que estuviese allí, en caso de que a Elena no le hiciese demasiada gracia verme.

—¿Qué haces aquí? —Preguntaría una Elena gratamente sorprendida.

—Encontré tu carta y creí leer un mensaje entre líneas. Algo así como una petición de ayuda cifrada —respondería yo.

—Pues mira, no. La carta solo dice lo que dice... Y es que no quiero verte más.

Abandoné aquel reducto de imaginación y me centré en las dos o tres líneas que había escrito en el cuaderno casi sin darme cuenta. Escribí sobre un gran sauce cuyas ramas tenían la misma caída que dibujaba el cabello de Laura, y cuyas hojas lucían en color blanco nacarado. A los lejos corría un arroyo en el que Laura se bañaba desnuda bajo la luz de un sol de mediodía. Yo hacía que dormitaba bajo las ramas cuando en realidad me recreaba en su cuerpo con un ojo medio abierto.

El Armagedón llegó a mi mundo tan rápido como lo había creado, y sin saber por qué, arranqué la hoja de papel y la tiré al suelo. Un hombre me miró increpándome aquello. Me levanté y anduve en su dirección. El hombre pareció asustarse al ver que caminaba directamente hacia él. Pasé de largo, dejando al hombre confundido, hasta un grupo de chicos. Algunos serían de mi edad. Estaban sentados en el suelo formando un círculo en el que se pasaban y fumaban varios porros. Les pedí un pitillo. Uno de los chicos, barbudo y con las orejas perforadas por dilatadores, me ofreció tabaco, papel, y filtros. Me lo lie ahí mismo con ellos comentando lo guapo que estaba ya el tiempo. Había perdido algo de práctica en ese mañoso arte de liar tabaco, pero aun así, me salió un tubito blanco y perfecto. Lo encendí, di las gracias, y regresé al único trocito de sombra que se proyectaba en las escaleras. El cigarro me supo a porro o era un porro con un retrogusto nasal a tabaco, no sabría decir. El caso es que empecé a sentirme demasiado soñoliento para aquella hora del día. Antes de dar la última calada, esa con la que llenas tus pulmones con lo peor de su magia, se abrió la puerta de la biblioteca. Del interior salió un grupo de asiáticos, por las proporciones de su cuerpo diría que eran japoneses. Algunos llevaban mascarilla y casi todas las mujeres, además, paraguas negro a modo de sombrilla. Guiando al grupo, un joven de aspecto

original, como si se hubiera escapado de una atemporal pluma cervantina, señalaba los intrincados secretos de la construcción. La fachada estaba cuajada de rostros de perfil, como si fueran el dorso de grandes monedas de piedra. Junto al joven, una Elena entallada en un uniforme de verano azul marino, tomaba notas sin parar. Parecía como si estuviese evaluando la actuación de aquel hombre, y la opinión que los asiáticos sacaban del mismo. Apuré la colilla y la reventé contra el suelo bajo la suela de mi zapatilla. Me puse en pie. Elena no me vio en ese momento. Subí diez peldaños, levantó la cabeza, y contra todo pronóstico sonrió al verme. El grupo permaneció ahí fuera aún unos minutos. Fotografiaron, preguntaron, y asintieron rodeados de un halo de respetuoso silencio. Cuando volvieron a cruzar la puerta, Elena se quedó atrás. Me acerqué hasta ella sin saber muy bien qué reacción esperar. Elena me tocó el segundo botón de la camisa de manga corta que llevaba puesta. Parecía querer colocarlo en su sitio.

—Hola, Mario.

—Hola, Elena —dije cohibido por la creciente sensación de que no debería estar allí.

Un mechón rizado de su pelo bailaba en su frente movido por una ligera brisa.

—Así que tú eres mi sobrino Mario —dijo confirmando el viejo dicho de que se pilla antes a un mentiroso, que a un gilipollas completo. El dicho no era así exactamente, pero esa era la palabra que mejor reflejaba como me sentía en ese momento—. Debí imaginármelo.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir.

—No pasa nada. Supongo que tuviste que mentir para hacer creíble lo que fuera que le contases a esa chica. Total, tampoco suena muy coherente que una mujer, de repente, quiera huir de la parte trasera de un taxi.

No, lo cierto es que no tenía por qué haber mentido, pensé, pero a veces, simplemente, seguía sin poder evitar hacerlo.

Hubo un instante de silencio hasta que el sonido de una moto de gran cilindrada acelerando se coló de fondo.

—Además, yo también he mentido —reconoció ella.

La miré sin comprender.

—Cuando Toño, el padre de tu amiga, me pidió el teléfono y me explicó por qué, me sentí en deuda contigo y decidí cubrirte en la historia. Puedes estar tranquilo —me dijo—. Oficialmente eres mi sobrino.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—Sé, por lo que él me dijo, que tú y su hija andáis enredados en alguna clase de lío.

¿Lío? ¿Mayca y yo? ¿Tan evidente era que se lo había contado hasta a su padre? —pensé.

—Total —continuó—. Es solo una mentira piadosa, pero no mientas más a esa chica, aunque sea con tonterías.

No sabía qué decir.

—Me alegro de verte, Mario.

—Yo también me alegro.

No podía ser. No había pasado media mañana tirado como un perro a la sombra de un árbol, para dejar allí la conversación. Así que me arriesgué. Total, ya tenía asegurado otro día de soledad a mis espaldas.

—¿Comemos juntos? —Pregunté.

Elena miró el reloj y después hacia la puerta de la biblioteca. No sé

cuál de los dos objetos la inclinó a decidirse. Pareció sopesar demasiado la respuesta, hasta que al fin, una ligera calma se apoderó de su expresión y se relajó.

—Aquí en una hora —me dijo.

La mesa era tan pequeña que era imposible evitar que se tocaran nuestras piernas. Más de la mitad de la carta estaba compuesta por succulentos postres. La otra, se repartía en un abanico de frituras congeladas de casi todos los estilos gastronómicos del mundo; costillares asados con varias clases de salsas, y hamburguesas de buey de distintos tamaños. Ni siquiera las ensaladas estaban fuera del rango de bomba calórica. Elena pidió una César con pollo y picatostes, y yo un costillar de cerdo bañado en una densa salsa BBQ. El sitio era una franquicia que a su vez imitaba a otra franquicia americana. Si la primera era nefasta para mantener un nivel de colesterol saludable, la segunda no era mucho mejor. Aunque al menos, el ejercicio estaba asegurado de pie en las interminables colas del baño, y en el recorrido de los laberínticos pasillos que había que recorrer hasta él. Los camareros, uniformados con pantalón negro, polo rojo y tirantes a juego, eran en su mayoría muy jóvenes. La chica que nos atendió intentó colarnos con cada plato que pedimos, un extra en forma de palabreja de fácil pronunciación, y que casualmente, cobraban a cojón de gato. Ante su insistencia, de hecho parecía que le iba el trabajo en ello, tuve que aceptar un plus de patatas “winner”, y un suplemento para el helado en forma de “punky-ball”, que a pesar de los repetidos intentos de la camarera, no conseguí entender bien lo que era hasta que el plato estuvo en la mesa, y ya era demasiado tarde.

Elena terminó pronto su ensalada y aguardó con paciencia a que dejara pelados de tierna carne cada hueso de mi costillar.

—Me encanta ver comer a la gente joven —comentó Elena—. Coméis

con ganas, con ímpetu.

—Como con hambre —dije con las yemas de los dedos pringados de oscura salsa.

—¿Por qué cuanto menos sana es la comida, mejor sabe?

—No tengo ni idea, pero es injusto.

—Bueno, al menos todavía eres joven, y no tienes que preocuparte por esas injusticias.

—Eso es cierto, —dije limpiándome los dedos con la servilleta—. Aunque la verdad, me preocupan pocas cosas, y lo que menos, mi cuerpo. Pero ¿sabes? Dirás que no es asunto mío, y muy probablemente no lo sea, pero estoy preocupado por cómo terminaron las cosas.

Elena no dijo nada. Me miraba fijamente intentando ocultar la creciente intención de traspasar mi cráneo. Intuí qué estaba pensando y que quizá entre corriente y corriente de pensamiento, podía encontrar un hueco en el que sus defensas no fueran tan altas, y poder llegar hasta la historia que había en ella.

—Le he dado muchas vueltas durante este tiempo, y lo único que se me ocurre pensar que podría justificar una reacción como la que tuviste, es el miedo. Pero ¿miedo a qué, Elena?

Hizo un sonido como de expulsar aire, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante los treinta últimos segundos.

—No deberías haber venido, Mario —dijo revolviéndose en la silla.

—Pero he venido, estoy aquí, y deberías tenerlo en cuenta. No todo el mundo está dispuesto a meterse hasta el cuello en un asunto de estos.

Dejé que los sonidos del restaurante se interpusieran entre nosotros.

Un plato entrechocando con el resto de la vajilla, el hilo musical de una melodiosa y anónima voz de country, y el estallido de un globo con el que minutos antes habían obsequiado a un niño.

—¿Quién es él? Es tu... ¿Novio? —Me atreví a preguntar.

Su única respuesta fue un ligero aumento en la acuosidad de sus ojos, momentos después dos pequeñas lágrimas se arrastraron por sus mejillas. Su cabeza se movió lateralmente, en un gesto de negación.

—Lo fue —dijo—. Pero de eso hace mucho.

—¿Cómo se llama?

—Samuel —dejó escapar de sus labios en un susurro.

—¿Siempre fue así? —Pregunté.

—Al principio no. —Y sus ojos miraron muy lejos, a un lugar al que yo no podía acceder—. Íbamos a casarnos —continuó—. Él trabajaba muchas horas y yo por aquél entonces, aún no había sacado la plaza. Tenía un buen sueldo, pero aun así, la hipoteca, la boda... El día no le daba para más horas. De joven había jugado con la cocaína, y cuando me enteré de que había vuelto a ella para estar más activo, y rendir mejor, era demasiado tarde. La droga le comió el cerebro. Le cambió el habla, el físico, y hasta la forma de andar. Empezó a venir gente muy rara a casa. Llamaban a cualquier hora, en cualquier día, ni siquiera respetaban los fines de semana. Hasta que un día, en nuestro propio salón, le dieron una paliza. Nunca he visto semejante nivel de violencia. Samuel es un hombre grande, pero entraron en tropel y sin avisar. En cuanto abrí la puerta para ver quién era me arrollaron tras ella. Le rompieron la nariz y los dientes, y sembraron un miedo en mí que no me he podido quitar.

—¿Esa gente? —Pregunté—. ¿Eran sus camellos?

—Supongo que sí —dijo encogiéndose de hombros—. No sé cuánto dinero debía, pero cuando salió del hospital, además, me enteré de que hacía dos meses que le habían notificado un aviso de embargo. Tuvimos que dejar la casa y meternos en la de sus padres. Entonces empezó a ser violento con ellos. Son solo unos ancianos —aclaró—. Y también conmigo. Intenté que ingresara en una clínica en cuanto conseguí trabajo, pero no hubo forma. Él estaba envenenado por esa mierda de polvo blanco. Nuestra relación no resistió mucho más después de aquello. Luego vinieron las llamadas perdidas, los mensajes, el seguirme a todas partes, y los... —Parecía como si le costase trabajo continuar, como si le doliese el solo hecho de tener que decirlo.

—Déjalo —le dije— me imagino cómo sigue.

—Y los golpes —artículo finalmente.

—¿Has denunciado?

—No, no quiero hacerlo.

—Pero ¿por qué? —Pregunté sin comprender.

—Por sus padres.

—A la mierda con eso —le dije—, por lo que me dices también pueden estar en peligro.

—No lo entiendes.

—No, no lo hago, y no creo que nadie de este sitio pueda hacerlo —dije mirando a mi alrededor.

—Sus padres son mayores. No se merecen lo que están pasando, pero tampoco quiero que vean cómo su único hijo acaba en la cárcel. Él es un enfermo, Mario. Un drogadicto que necesita rehabilitación y no las cuatro paredes de una celda.

—¿Crees en serio que le vas a hacer entrar en razón? ¿Que va a ir a una clínica por ti? Cuando te ha puesto la mano encima, ¿cuántas veces? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Más —dijo con la mirada perdida en el entramado de la mesa.

—¿Y las denuncias del hospital?

—Nunca ha habido denuncia. Las veces que he acabado en urgencias jamás he dado su nombre. Intento alejarme para que esto no ocurra, para que no tenga motivos para hacerlo, pero él siempre vuelve, siempre está pendiente de lo que estoy haciendo.

—¿Para no darle motivos? —Pregunté incrédulo.

—Para pegarme.

—Espera, para un momento y piensa lo que estás diciendo. Ningún motivo justifica una agresión a un ser humano. Hablas como esas mujeres que salen por la tele y se creen responsables de la violencia de sus parejas. Como si cualquier cosa estuviera justificada, y no es así.

—Desde fuera todo se ve muy fácil. Cualquiera puede llegar y arreglar la vida de otro en dos minutos —replicó.

—Yo no voy a arreglar tu vida, eres tú la que tienes que plantarte y tomar las riendas, pero, me gustaría ayudarte.

—¿Y eso por qué? ¿Quién crees que eres? ¿Crees que puedes llegar a mí vida y ponerla en orden en el tiempo en el que se tarda en comer en un restaurante? —Dijo a falta de dar un golpe en la mesa, pero se contuvo quedándose con el puño cerrado.

—Tienes razón, no soy nadie, pero al menos sé que este nadie jamás pondría una mano en un rostro tan bonito —dije recogiendo con mis dedos una de sus lágrimas.

—¿Por qué haces esto, Mario?

—Porque una noche, hace tiempo, alguien me pidió ayuda en la ladera de una montaña.

Elena sonrió, aunque solo un poco.

—¿Sabes? —Continué—. Yo estaba pedo perdido, iba a tumbarme a dormir bajo el techo de estrellas, y de repente escuché un grito: ¡socorro! ¡Socorro!

—No recuerdo haber gritado socorro.

—Fue lo que escuché —aseguré en un auténtico ejercicio de ironía—. Aunque en la montaña es fácil confundirse y los ecos pueden ser engañosos. El caso es que compartí mi whisky con ella.

—Era bourbon —corrigió.

—¿Ves? Te acuerdas mejor que yo. Lo que cuenta, es que pediste ayuda y yo te la di.

—Sí —contestó—, pero la pedí solo para un pie.

—Pues el *pack* venía completo —dije tamborileando la mesa con las uñas de los dedos.

Sonrió, y por un momento, pareció que nunca había sido una mujer triste.

—¿Fumas? —pregunté.

—Yo no, ¿tú sí?

—No —dije—. Pero me apetece un cigarrillo. Salgamos fuera.

Compré un paquete de Camel en un quiosco cercano solo porque me resultó gracioso el dibujo de la cajetilla. Aspiré profundamente las dos

primeras veces, y dejé que el humo quemase en mis pulmones. Le ofrecí el cigarrillo encendido a Elena:

—¿Quieres un tiro?

Elena lo cogió, lo colocó entre sus dedos, se lo llevó a la boca entreabierta, y aspiró. Tosió, tres veces, y me devolvió el pitillo.

—Llevo diez años sin fumar —se justificó.

—Pues ahora tocan otros diez sin volver a hacerlo.

Anduvimos despacio de vuelta a la biblioteca, charlando sin prisas como dos familiares reencontrados después de mucho tiempo. El sol de la tarde nos calentaba en la espalda, y el tráfico emitía un murmullo monótono que nunca cambiaba de intensidad. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos a los pies de la escalera de piedra que lleva a la entrada del majestuoso edificio.

—¿Qué vas hacer ahora, Mario?

—No lo sé, quizá vaya a ver a alguien —dije pensando en Mayca y en el “obvio lío” en el que estábamos metidos—. O quizá me encierre en casa, hasta que encuentre algo mejor que hacer.

La luz templada de la tarde invitada a echarse a la calle, y los gritos de los niños que jugaban en Colón, se oían desde donde estábamos. La ciudad hervía de vida y eso era un guiso que a mí no me gustaba demasiado.

—¿Tienes un minuto? —Dijo señalando hacia la puerta del edificio—. Me gustaría enseñarte algo.

El interior de la gran biblioteca era un monumento en sí mismo. A esa hora de la tarde apenas se veían visitantes. Recorrimos los amplios pasillos sin lo que debía ser el habitual gentío, y con la única compañía de los tacones

de Elena, marcando un rápido ritmo. Me llevó hasta un ascensor en el que introdujo una llave que al girarla, le permitió seleccionar la planta de uno de los sótanos a los que no pueden acceder los visitantes.

El ascensor emitió el sonido de una campana antes de que se abrieran las puertas. Al otro lado todo estaba oscuro y apenas se intuían extrañas siluetas a unos pocos metros.

—Espera aquí un momento —dijo Elena antes de salir del ascensor. Desapareció en la oscuridad hasta que no pude distinguir su contorno. El sonido de una palanca cambiando de posición interrumpió el instante de silencio.

— *Voilà!* —exclamó Elena. La luz inundó la estancia y centenares de estantes repletos de libros aparecieron ante mis ojos. La sala era de proporciones ciclópeas, un desafío al espacio que se extendía por cientos de metros. Las estanterías metálicas se alienaban en incontables pasillos que penetraban hacia las entrañas de la sala. A ambos lados de mí miles de libros descansaban sobre su cubierta en los estantes, silenciosos, a pesar de contener millones de historias.

—¡Bienvenido a la gran biblioteca! —Dijo Elena como la azafata de un concurso de televisión—. Si trabajas duro, algún día podrás estar entre estos estantes, y yo seré la encargada de encontrarte un hueco por aquí en medio.

—No te entiendo —dije todavía alucinado por la magnitud de lo que estaba viendo.

—Todos los libros publicados en España están aquí —dijo andando hacia el interior de uno de los pasillos—. La biblioteca tiene la obligación cultural de salvaguardar todas las obras escritas, entre sus muros.

Miré a mi alrededor admirado. Nunca había pensado que podía existir un lugar así. El olor a papel era tan intenso que habría hecho babear a una polilla. El conjunto de los matices del entorno avivaba mis neuronas como el aire a las brasas.

— ¿Quieres que escriba un libro?

—No. Lo que digo es que podrías hacerlo. Todas las personas que alguna vez lo han hecho —dijo pasando los dedos por la cubierta de algunos libros— son como tú o como yo.

Había algo sensual en cómo acariciaba los tomos. Sus dedos se detenían en la rugosidad de los títulos, recorriéndolos como el cuerpo de un amante.

—Recuerda que he leído algo tuyo —dijo refiriéndose al cuaderno, culpable, entre otros muchos delitos, de que estuviera allí—. Tienes la sensibilidad necesaria. Eso, un bolígrafo, y una historia que contar, te harán escritor. Toma —dijo al sacar una estilográfica del bolso con el logo de la biblioteca—. Ya tienes más de la mitad hecho.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Espera, aún no, Mario. Ven conmigo, todavía tienes que ver más cosas.

—¿Mejor que esto? —Pregunté.

—Distinto, pero sin duda, sorprendente.

Caminamos juntos hasta el otro lado de la sala. Siempre rodeados de los estantes y de sus incontables inquilinos. El colorido y tamaño de los libros era tan apabullante, que un claustrofóbico habría tenido que salir corriendo. Al final de la instancia había una puerta acorazada. Era tan grande que podría haber protegido del ataque de un tanque. Elena marcó un código numérico en

un panel, y una puerta de dimensiones normales enmarcada en la otra grande, desbloqueó su cerradura. Una cortina de luz blanca penetró hasta nosotros. Era tan intensa y clara que parecía la entrada del purgatorio. Primero entró Elena y después yo. Me dio una mascarilla como las que se usan para evitar el contagio de una enfermedad virulenta, y me dijo que solo podríamos estar unos minutos. Las paredes estaban forradas de un material blanco parecido al plástico. La luz no emitía ningún brillo sobre su superficie, y a pesar de la intensidad, la vista se acomodaba con facilidad a ella. Parecía un laboratorio del CSI o una sala en donde se hubiera llevado a cabo la autopsia de un *alien*. Archivadores blancos fabricados en idéntico material que el forro de la pared, subían casi hasta el techo. En su superficie, pulcramente ordenadas, se sucedían etiquetajes desde el siglo I hasta el XX. La temperatura era más baja que en el exterior, hacía frío, aunque parecía no haber humedad. Un chorro de aire blanco salía desde mi boca y nariz cada vez que respiraba. En el centro, varios atriles de metacrilato sostenían documentos antiguos, algunos, muy deteriorados. Protegidos por lo que me parecía una extraña pecera con medidor térmico y de humedad relativa.

—Esta es la sala de los insalvables —dijo Elena en un susurro, como si no quisiera que oyeran las viejas hojas—. Son documentos con un valor histórico incalculable. Algunos de ellos verdaderas rarezas de la literatura, de muchos de los grandes de nuestras letras. A veces, las guerras, las quemadas, o el solo hecho del paso del tiempo, hacen que no podamos restaurarlos con las técnicas de las que disponemos hoy en día. Entonces los conservamos aquí.

—¿De qué sirve guardarlos? —Pregunté.

—Esperamos a que la tecnología avance y les pueda devolver el vigor que les corresponde, aunque sea dentro de diez o de cien años.

Me acerqué a uno de los atriles, casi con el mismo respeto con el que

recorre un párroco su iglesia. La hoja, del otro lado del cristal, estaba quemada en los bordes. El papel había amarilleado y la tinta era casi inapreciable. Aun así, se distinguían retazos de una caligrafía picuda, artística, e inusual. Me concentré en discernir el nombre que contenía una firma, que curiosamente, era lo más legible del texto.

— ¡Joder! —Exclamé asombrado—. ¡Es un Garcilaso!

—Exacto. Uno de los mejores poetas de nuestra lengua y autor de los más hermosos poemas de amor de todos los tiempos —explicó Elena.

—Escrito está en mi alma vuestro gesto... —Recordé en voz alta.

—Yo no nací sino para quereros —continuó ella.

No pude evitar sonreír al escucharla. Laura me leyó una vez aquel soneto en una de las tantas tardes que pasábamos con la espalda apoyada en un árbol, un libro, y un paquete de cigarrillos. Recordé su voz como un instrumento musical interpretando las rimas. El tacto de su nariz en mi oído al bajar el ritmo de las palabras, y su boca mordisqueando mi lóbulo al acabar la última de las rimas.

—Mario —dijo Elena posando una mano sobre mi hombro—. Tenemos que irnos.

—Voy —dije recuperándome de la intensidad del recuerdo.

Charlamos durante una hora más en lo que ella decía que era su despacho, y que a mí me recordaba al interior de un bibliobús al tomar una curva demasiado fuerte. Los libros y *porta-documentos* se acumulaban, desordenados, por todas partes.

—¿Por qué me has traído aquí, Elena?

—¿Te ha gustado?

—Mucho —tuve que reconocer—. Me siento muy afín a este ambiente.

—Verás, Mario. Tras mi experiencia con el mundo de la droga... Me preguntaba... —Sabía lo que iba a decirme, aunque parecía que ella no sabía cómo decirlo sin que sonara hiriente o acusador—. Me preguntaba —volvió a decir—. ¿Cómo te estás ganando la vida?

Me reí.

—¿Es por eso? ¿Crees que soy un camello o algo así?

—No he dicho eso, pero he visto tu cartera. Sé la cantidad de dinero que llevas encima.

—Explicarlo solo daría lugar a más confusiones —dije llevándome las manos entrelazadas tras la nuca. Continué hablando con la mirada perdida en una ventana que daba a la calle—. Lo mejor, es que tú misma vengas a verlo.

—¿Me prometes que no hay nada turbio en ello? —Preguntó.

—Te lo prometo. Además —dije mirando a su alrededor—, te aseguro que mi lugar de trabajo estará mucho más ordenado que esto.

—Está bien —concedió Elena—. ¿Qué tengo que hacer?

Pensé un instante antes de contestar. Ya que iba a hacer algo, mejor hacerlo a lo grande.

—Tienes que venir muy arreglada.

—¿Cuándo? —Preguntó con ojos perspicaces.

—Mañana por la noche, en cuanto caiga el sol.

Levantó las cejas cada vez más intrigada.

—¿Y cómo de arreglada tengo que ir?

—Como si fuéramos a cenar al casino.

Capítulo 15

Lo esencial y la petición prohibida.

Aquella mañana no salí a correr. Quería estar fresco y con la mente lo más despejada posible para lo que me aguardaba durante la noche. No quería ofrecerle a Elena un espectáculo de pavo real en el casino, pero al menos, intentaría hacer un buen papel. Recuperé un traje del armario que no me ponía desde hacía siglos. Planché una camisa blanca que había olvidado que existía, y embetuné los zapatos con una gasa, aplicando suaves y precisos círculos con la yema de dos dedos, muy a lo Karate Kid. A la una de la tarde pedí una pizza sencilla por teléfono, y gasté el resto del tiempo jugando a la PlayStation. Me había bajado un juego de zombis cuyo protagonista se quedaba atrapado en una isla. El nivel de violencia era tal, que de no haber estado insensibilizado por la regularidad con la que jugaba a estos videojuegos, no habría vuelto a dormir en años. Podías rebanar cuellos y arrancar cabezas con una motosierra, y colocar explosivos de C4 sobre los cadáveres andantes para que reventaran y esparcieran sus vísceras por toda la pantalla. Delicioso, pensé mientras devoraba una porción de pizza y la salsa de tomate chorreaba hasta el suelo. La batería del mando llevaba más de treinta minutos avisándome de que estaba cerca de agotarse. Vibró tres veces con violencia antes de que la luz del testigo de encendido se extinguiera del todo en ese día. Como en aquel desastre que era el salón no pude encontrar a la primera el cable de carga, decidí apagar la videoconsola por la fuerza, y recostarme un poco en el sofá

hasta que llegara la hora. El juego había estado funcionando con un volumen muy alto, y no me había dado cuenta de que había un pequeño sonido intruso que se activaba de cuando en cuando. Llevaba dos minutos con los ojos descansando sobre el techo cuando lo oí por segunda vez. ¿Qué coño está sonando? Pensé. Era un tictac, pero no un ruido de reloj, sino una especie de golpecitos sobre un cristal, como si alguien llamara con los nudillos sobre una superficie así. Venía de la mesita baja en donde siempre dejo cargando los dos ordenadores portátiles. Uno de ellos, el negro, estaba encendido, aunque no recordaba haberlo hecho. Daba igual, ya os he hablado de mi pinza y su delicada obsesión por los *piramientos*. Abrí la tapa del ordenador y lo que vi me dejó con la boca abierta de tal modo, que si hubiera habido moscas en el salón en ese momento, todas habrían corrido a refugiarse en ella. Hace años, en las primeras versiones de Microsoft Office, venía incorporado un monigote en forma de clip metálico con dos ojos y un par de cejas negras, gruesas como orugas procesionarias. El muñequito hacía las veces de ayudante, y emitía ese similar ruido al golpear el monitor cuando consideraba que te encontrabas en apuros. El clip metálico que había en mi pantalla, estaba considerablemente crecido (ocupaba casi la totalidad de la misma), y llamaba insistentemente con una mano virtual, mientras de la doblez que hacía las veces de boca, salía un bocadillo de diálogo. En él podía leerse:

“Abre de una maldita vez el chat”.

Sin duda, La Reina estaba detrás de aquello. Me dieron ganas de no darle el gusto y pasar de ella, pero en verdad, temía las consecuencias de cometer una osadía como llevarle la contraria. Al menos, hasta que averiguara quién era, y qué quería en realidad.

Queen_Aremife: Hola, Mario.

MegaMind: Hola, Queen.

Queen_Aremife: ¿Es que ya no recuerdas mi nombre?

MegaMind: Siempre he pensado que la primera vez que la gente entabla conversación en un chat, miente.

MegaMind: Y el día que me lo dijiste fue nuestra primera vez...

Queen_Aremife: ¿Sabes?

Queen_Aremife: Tienes razón. Mentí, mi verdadero nombre no es Alicia.

MegaMind: ¿Vas a decirme cómo te llamas?

Queen_Aremife: ¿De verdad quieres saberlo?

MegaMind: Para ser sincero... No. No me hace falta, bastante halo de misterio corre a tu alrededor para que vengas ahora y lo jodas con un nombre cualquiera como Begoña o Sonsoles.

MegaMind: Perderías tu..., toque, y estoy seguro de que has hecho muchos esfuerzos por tenerlo.

Queen_Aremife: Jajajajaja, Mario. Deja de revelarte de una vez contra todo.

Queen_Aremife: Todo el mundo pierde a alguien.

Lo había dicho, la primera vez que hacía algún tipo de mención a Laura. No sé si me gustó que lo hiciera, pero ahora tendría que tachar eso de la lista de los misterios por resolver en relación a Queen_Aremife.

MegaMind: ¿Tú sabes a quién perdiste?

Queen_Aremife: Claro.

MegaMind: ¿Desde cuándo?

Queen_Aremife: Desde el primer día.

MegaMind: ¿Y por qué nunca has sacado el tema?

Queen_Aremife: Sería una conversación difícil, de la que no estoy segura que quieras entablar conmigo.

MegaMind: Dices que todo el mundo ha perdido a alguien.

MegaMind: ¿También tú?

Queen_Aremife: Claro, aunque ¿sabes? No solo pierde el que se queda,

Queen_Aremife: También pierde el que se va.

MegaMind: A veces me confundes.

MegaMind: No tengo claro con quién estoy hablando.

MegaMind: Y a veces, tampoco sé de qué.

MegaMind: Dime, ¿es eso lo esencial?

Queen_Aremife: ¿Lo esencial?

MegaMind: Dijiste que pensara en lo esencial, que mejorase mi vida pero me mantuviera en eso porque era lo que te había traído hasta mí.

Queen_Aremife: ¿Y lo esencial sigue siendo Laura?

MegaMind: Sí, siempre.

Queen_Aremife: ...

MegaMind: ¿?

Queen_Aremife: Nada. Es triste, aunque comprensible. Supongo que eras demasiado joven para ser tocado por una tragedia así.

MegaMind: ¿Qué edad tienes tú?

Queen_Aremife: La suficiente para entender tu pérdida y algunas

otras cosas que tú aún no entiendes, pero seguro, entenderás.

MegaMind: Das demasiadas vueltas para decir que eres una persona mayor que yo.

Queen_Aremife: Me encanta cómo lo captas todo, chico listo.

MegaMind: Bueno... He quedado con alguien y tengo que marcharme pronto.

MegaMind: ¿Qué es lo que querías?

Queen_Aremife: ¿Has quedado? ¿Qué vas hacer?

MegaMind: Prefiero que uses tu don y me lo cuentes tú mañana.

MegaMind: Así si vuelvo demasiado pedo, podré formarme un recuerdo preciso sobre lo que pasó realmente.

Queen_Aremife: Jajajajaja

Queen_Aremife: Mario... Necesito que confíes en mí.

MegaMind: Suena un poco ridículo viniendo de ti, pero prometo intentarlo.

Queen_Aremife: ¿Te ha pasado algo inusual? ¿Alguien ha contactado contigo?

MegaMind: Nada que me haya llamado tanto la atención como para darme cuenta.

MegaMind: ¿Es eso lo que necesitarás de mí?

Queen_Aremife: Aún no lo sé... Depende de cómo vayan sucediendo las cosas.

MegaMind: Entonces...

MegaMind: ¿Qué se supone que va a pasar?

MegaMind: ¿Alguien me parará por la calle o me llamará por teléfono para que vaya a verle?

Queen_Aremife: Supongo que sucederá más o menos así.

Queen_Aremife: El teléfono, el correo..., esas cosas puedo controlarlas, pero no puedo ver a través de tus ojos, por eso necesito que cuando suceda,

Queen_Aremife: Seas lo suficientemente adulto para confiar en mí.

MegaMind: Y cuándo contacten conmigo... ¿Qué he de hacer?

Queen_Aremife: Ser más listo que ellos.

MegaMind: ¿Quiénes son?

Queen_Aremife: Gente muy lista, Mario.

Queen_Aremife: Pero por eso mismo te escogí a ti.

MegaMind: ¿Me escogiste?

MegaMind: Suenas un tanto paranoica...

MegaMind: ¿Quién coño es esa gente?

Queen_Aremife: Si confías en mí, no serán más que una llamada en tu teléfono móvil o un email en tu bandeja de entrada.

Aquello me conducía a otra de nuestras conversaciones sin salida, así que decidí aprovechar el tiempo e intentar sacar un pequeño beneficio de ella.

MegaMind: Mira, hoy no me he tomado la pastilla... (Ironicé).

MegaMind: Sabes que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

MegaMind: Y sin embargo, aún no sé cómo, parece que he aceptado hacerlo, pero,

MegaMind: Quiero algo a cambio

Queen_Aremife: ...

Queen_Aremife: Sé rápido, me queda poco tiempo.

MegaMind: Tengo una amiga que trabaja en la Biblioteca Nacional,

MegaMind: Se llama Elena.

MegaMind: No sé exactamente el puesto en el que trabaja pero te aseguro que no friega escaleras.

Queen_Aremife: No sé lo que vas a pedirme..., pero no pienso invadir la intimidad de terceros.

MegaMind: Claro, con lo que cotilleas de mí, ya tienes suficiente charla para hacerte las uñas en la peluquería.

Queen_Aremife: :O

Queen_Aremife: ¿Qué quieres que haga?

MegaMind: Quiero que me cuentes cosas sobre su ex novio.

MegaMind: Se llama Samuel.

Queen_Aremife: ¿Qué clase de cosas?

MegaMind: Dónde pasa el día, qué hace..., y sobre todo,

MegaMind: Quiero que averigües dónde tengo que rascar..., para que sin tener que implicarla a ella, acabe con sus huesos pudriéndose en una cárcel.

##SIN CONEXIÓN##

Capítulo 16

Jamón o Pachinko.

Los Red Hot Chili Peppers sonaban a través de los altavoces del taxi. Era un sonido estéreo, limpio, y de buena calidad. Debía de provenir de un

CD o de una memoria USB para que transmitiera con tanta fidelidad, además de reproducirse en un equipo no original en ese modelo de coche. El conductor bajó un par de puntos el volumen del sonido y le di la dirección a la que quería ir, tras cerrar con cuidado la puerta. El interior del vehículo olía a los productos de limpieza que se utilizan en los establecimientos de lavado rápido que proliferan en la profundidad de las entrañas de un parking. El taxista era un hombre de tez excesivamente morena, parecía hindú pero sin serlo, “José Manuel Ramírez”, pude leer en su tarjeta de identificación. Sabía de antemano que a los hijos del dios Shiva no se les bendecía con apellidos españoles, así que dejé de hacer conjeturas absurdas sobre la nacionalidad de aquel conductor. Arrancó el vehículo y se incorporó a la carretera. No percibí tirones ni aceleraciones forzadas de la marcha. Su modo de conducir parecía exageradamente eficiente. Tamborileó el volante con los dedos de su mano derecha como si quisiera seguir el ritmo de los Red Hot, pero al fijarme en lo desacompañado del movimiento de sus dedos con el ritmo global de la música, me di cuenta de que el hombre, aunque buen conductor, carecía por completo de sentido del ritmo.

Llegamos a la dirección veinte minutos después. Me gustó aquel tipo. No hablaba ni forzaba la conversación con petulantes preguntas acerca del tiempo o el partido de fútbol del domingo. Elena esperaba de pie en la acera con los brazos cruzados sobre el pecho. De su mano izquierda pendía el asa de un bolso marrón del que esperé que solo imitara el entramado de la piel de una serpiente. En conjunto, estaba radiante. Llevaba un vestido negro que hacían parecer kilométricas sus musculadas piernas. Parecía recién sacada de la portada de la revista *Vogue* u otra cualquiera de las que no había leído nunca. Bajé del taxi para abrirle la puerta.

—Buenas noches Mario, te sienta muy bien el aire nocturno —dijo con la sonrisa limpia del que le gusta lo que va a suceder. Le devolví el cumplido y

la sonrisa, obviamente.

La noche era fresca y el cielo claro. Cerré con sumo cuidado su puerta y me sonrió desde el otro lado del cristal.

—Al casino de Torrelodones —le dije al taxista. Este hizo unos pequeños ajustes en el taxímetro y arrancó el vehículo con la misma suavidad que la vez anterior. No pude evitar pensar en la canción de Sabina tras decir eso. Creo que incluso la tararé sin darme cuenta y Elena acabó por cantar la más pegadiza de sus estrofas. El taxista nos miró desde el espejo. Fueron solo cuatro o cinco miradas furtivas demasiado rápidas para percibir las, si es que no le estabas mirando tú a él a través del mismo. Yo no lo hacía. No se me había perdido nada en la oscura tez de aquel falso hindú. Solo estaba mirando mi cuidada imagen en el espejo, momentos antes de que sus ojos se cruzaran con los míos. La cara perfectamente afeitada con al menos seis u ocho pases de cuchilla por cada lado. El pelo limpio, ligeramente engominado. Hacía mucho tiempo que no me arreglaba de esa manera. No lo hacía por el casino. Sabía que desde hacía años ya no pedían etiqueta para acceder al interior del mismo, y aun así, me la había puesto. Tampoco lo hacía por ella, aunque estaba seguro de que era una mujer que disfrutaba de ese tipo de formalidades, pero después de lo que me había contado el día anterior sobre su pasado, creo que era una persona que, ante todo, se merecía unas horas de disfrute. Si ambos estábamos allí era porque necesitábamos algo del otro, como dos excursionistas perdidos, compartiendo sus recursos en la ladera de una solitaria montaña.

—¿Sabes una cosa, Elena?

—Dime.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi?

—¿En el tren o en la montaña? —Preguntó divertida.

—En el tren, claro.

—No sé si quiero saberlo —soltó con la voz cargada de ironía.

—¡Pues claro que quieres saberlo!

—Tienes razón, me muero por saberlo. Suéltalo.

—Pensé que parecías una amazona sin caballo.

Elena soltó una carcajada sincera. Natural como un arroyo corriendo tras una noche de lluvia e igual de imposible de contener.

—¿Y sabes lo que he pensado ahora al verte de pie esperando en la acera?
—Pregunté.

—Ni idea, pero seguro que vas a sorprenderme.

—He pensado que parecías una estrella de cine.

—Qué rico eres cuando quieres, Mario —me dijo estirando su brazo hasta que su mano acarició mi mejilla.

—¡Bah! Rico es lo que se dice de un helado cuando lo has terminado.
¿Qué piensas? —Pregunté al ver un brillo especial en sus ojos.

—Nada —comentó sincera—, es solo que no me veo paseando por la alfombra roja, así que quizá deba comprarme un caballo.

Volví a pillar los ojos del taxista cotilleando sobre nosotros antes de que Elena retirara su mano de mi mejilla. Seguro que aquél tipo se moría de ganas por etiquetarnos y poner fin al misterio sobre qué tipo de lazo nos uniría a ambos. Al fin y al cabo Elena tenía casi el doble de edad que yo, y las inocentes caricias que me ofreció y que no se perdió a través del espejo retrovisor, o bien las aborrecía, o le estaban enloqueciendo.

Elena abrió su bolso y sacó un paquete de chicles de menta. Eran de los

planos, de los que vienen envueltos en un papel que acaba siendo el recipiente para él mismo, una vez te has hartado de mascarlos. —¿Quieres? —Me ofreció. Cogí uno, lo abrí, me lo llevé a la boca e hice una bolita con el envoltorio que sorprendentemente, no tiré al suelo del vehículo.

—¿Qué tal tu día? —Pregunté.

—Como cualquier otro; los libros guardan pocas sorpresas. ¿Y el tuyo?

—El mío acaba de empezar —dije con la mirada perdida en el horizonte—. No me ha pasado nada que se salga de lo habitual—. No podía hablarle acerca de La Reina. Desconocía el alcance de la influencia de esa mujer y era mejor no mencionar nada a nadie e intentar mantenerme tranquilo. Aunque lo cierto es que las dudas en torno a ella, no hacían sino crecer y dar forma a un torbellino, que si no controlaba, acabarían por arrastrarme hacia aún no sabía dónde. Al menos esta vez había mencionado algo. No sabía si el goteo de información en cuanto al verdadero motivo de su presencia debía ser siempre así, o me tocaba girar una llave, de la que ni siquiera sabía ubicar su cerradura. Así que todo tenía que ver con algo que iba a suceder en mi vida. En su día me acojonaba que pudiera leer con tanta facilidad mi pasado, y ahora resulta que también tiene conocimiento sobre lo que está por suceder en mi futuro. Había dicho que alguien iba a contactar conmigo, y que cuando lo hiciera debía confiar en ella. Como si tuviera cualquier otra opción. La Reina era demasiado lista, nunca se había mostrado de igual forma en cada conversación, y eso me dejaba a mí como un paria sin medios ni recursos ante ella. Cuando llegase el momento, y sucediese lo que había vaticinado, tendría que analizar bien las cosas. Sabía tan poco de ella como de las personas que estaban por llamarme, lo que significaba que si había buenos y malos en aquella historia, tendría que acertar con mi análisis. Algo me decía que lo que se cocía tras el *nick* de La Reina era algo mugriento y, me gustase o no, seguro

que iba a acabar manchado de su propia mierda.

—¿Has dormido bien? —Preguntó Elena cuando el coche se detenía a la altura de un semáforo.

No, no había dormido bien, pero tampoco quería parecer siempre el chico eternamente afligido, así que intenté no mentir, como había prometido, dándole una respuesta ambigua.

—Todo lo bien que soy capaz de dormir últimamente.

—¡Genial! —dijo. Al hacerlo unas finas arrugas asomaron alrededor de sus ojos—. ¿Será muy larga la noche?

—¿Has quedado para desayunar? —Contesté.

—No, pero nunca he estado en un casino y no sé lo que puede dar de largo. Si es fácil aburrirse, si hay que estar todo el tiempo gastando dinero, o puede haber un momento de impasse.

—¿No te estarás arrepintiendo?

—No —dijo alargando mucho la “o”—. Es solo que me gusta saber a qué atenerme.

—Entonces atente a una noche de diversión como ninguna otra.

—Bien dicho, nos faltan un par de copas de *champagne* para brindar por eso.

—En media hora estaremos entrechocando cristales. ¡Eh! —Dije al taxista —haga el favor de prestar más atención a lo que tiene delante, tenemos prisa.

El taxi nos dejó a los pies de una ancha escalera. Pagué aún en el interior del mismo y salí el primero para volver a abrir la puerta a Elena. Su figura glamurosa se descubrió ante el lujoso edificio. Estoy convencido de que si en vez de haber bajado de un taxi, lo hubiera hecho de un vehículo de alta gama,

un montón de paparazzi se habría abalanzado sobre nosotros. En la escalera había muchas personas dispuestas en pequeños grupos que ocupaban dos o tres peldaños. Algunos iban muy arreglados, otros no tanto. En el centro del grupo, radiante como un sol blanco de un lejano sistema solar, una chica vestía su traje de novia.

—¿Qué clase de gente viene aquí a celebrar su boda? —Preguntó Elena.

—Supongo que la clase de gente a la que le gusta mucho el juego.

—¿Tú crees? Tendrán mil días para eso. Yo creo que vienen a que los bendiga la suerte.

—Pues dicen que la banca siempre acaba ganando.

—Pero solo en el juego, Mario. Mírales, ella y su chico, con toda la vida por delante. Qué bonito.

Subimos las escaleras atravesando el grupo, acercándonos mucho a la novia, porque Elena sentía curiosidad por verla de cerca. El conjunto de personas era muy heterogéneo. Algunos iban arreglados como para una boda y otros parecía que iban a ver un partido de fútbol. La mayor parte fumaba y echaba humo antes de entrar, más que una locomotora antigua. Algunos de los solteros perdieron su mirada más arriba de los muslos de Elena. Cruzamos la puerta de entrada y fuimos directos al perchero a dejar la americana que inútilmente había traído, por si al salir, pudiera hacer frío. Una mujer de rostro sonriente me entregó un ticket para que la recogiera luego. Al otro lado de los percheros había un *photocall* que por su tamaño habría dado para fotografiar juntos a todos los invitados de la boda. La novia entró con el novio en el casino, y antes de que lo inundara la marabunta, les robamos un *selfie* en ese *photocall* de la entrada. Nos pidieron el documento nacional de identidad antes de cruzar la segunda puerta, esa en la que confirmas que aquello no es un paripé, y que hay un casino de verdad, moviendo muchísima pasta al otro

lado. Lo primero que vimos fue el suelo de moqueta parda. No sé cuánto llevaría allí pero estaba seguro de que contaba con demasiadas pisadas. Dos chicos pasaron por delante de nosotros. Iban en zapatillas de deporte y pantalones vaqueros. Uno de ellos lo llevaba roto por casi todas partes. No sabría decir si lo habría comprado así, o había perdido una tarde en casa dándole tijeretazos para que terminara de ese modo. El que menos tatuajes lucía en los brazos le dijo al otro: —tío, hoy no pienso perder más de seis mil euros—. Elena me pellizcó el brazo.

—¿Has oído eso? —Preguntó alucinada.

—Tranquila, nosotros tampoco vamos a perder más de seis mil esta noche—. Me dio un pequeño golpe en el hombro.

El casino se dividía en dos espacios principales unidos por un pasillo en dónde se ubicaba la entrada a la mitad del mismo. Cada sala era circular y acogía su propia especialidad de juegos. A la entrada de cada una, un expositor blanco que ubicado en cualquier otra parte habría servido para colocar postales en un comercio a pie de calle, aguardaba en un espacio cohibido que nadie se atrevía a ultrajar, aunque a más de uno le hubiera hecho falta. El expositor estaba cargado de folletos explicativos para aprender a desenvolverte en los distintos juegos: Póquer, Black Jack, Ruleta... Eran algunos de los arriesgados lanzallamas con los que quemar, casi literalmente, la pasta. Cada folleto estaba redactado en tres idiomas: castellano, inglés y chino. Lo que te daba una idea bastante aproximada de la gente con la que podías llegar a competir en una mesa. La densidad de asiáticos, al menos en nuestra sala, rozaría los censos de habitabilidad de una ciudad como Hong Kong. En cualquier dirección había un chino o comedor de arroz, como se les conocía en el mundillo, con una cantidad indecente de fichas multicolores. Eran tipos duros que veían cómo el agujero de la mesa engullía sin piedad

todas sus fichas, con el mismo gesto solemne con el que Bruce Lee machacaba a sus enemigos en “Operación Dragón”.

—¿Has visto la cantidad de chinos que hay? —Comentó Elena.

—Es la hora, poco a poco irán llegando más.

—¿Más?

—Según vayan cerrando o cambiando el turno en los bazares —aclaré—. Estos tíos son los mismos que te venden un paquete de tabaco por pitillos en el “Todo a Cien” de la esquina. Luego vienen aquí, y se lo funden. Y si al día siguiente ha sobrevivido algo de lo del día anterior, entonces lo guardan en el bote para cuando necesiten una chupa de cuero nueva o cualquier otra cosa que los afiance más en su gueto antioccidental.

—Será su cultura, supongo.

—Sí, a nosotros nos enseñan a comer jamón, y a ellos los crían jugando al Pachinko.

—Pues no sabes cómo me alegro de haber nacido en España. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Jamón o Pachinko ¿no?

—Lo sé, Mario —dijo Elena en broma—. Es duro pero tienes que escoger.

—Vamos a cenar algo.

Lo primero que pensé al cruzar la obligada sala de juego de camino al restaurante y observar detenidamente el panorama, es que aquello estaba bastante lejos de lo más raro que hubiera imaginado. Las obras del tío Quentin, del entradito en kilos de Guillermo del Toro, o del mismo Picasso cuando iba pasadito de los finos blancos de su tierra, parecían raquílicas plasmaciones de una realidad poco imaginativa al lado de las absurdas

extravagancias con las que nos encontramos. Elena me agarró del brazo, y juntos, fuimos señalando con discretos gestos. He de reconocer que para la sangre que hubiéramos podido hacer, fuimos bastante compasivos. A veces me daba un pellizco señalando a una chica excesivamente joven y ajustada, que paseaba expectante entre las mesas de ruleta, observando en dónde se ubicaban las apuestas más altas. Sonreía coqueta y ofrecía su propia mercancía a todo aquel que tuviera la suficiente pasta para pagarla. Las ruletas tenían su público. Era un juego fácil que aparentemente no requería de estrategia. La mayoría de personas que se apiñaban alrededor de ellas, parecían demasiados jóvenes para llegar a casa más allá de las once, y más aún, para manejar esas cantidades de dinero, que apostaban con la sapiencia del que lleva demasiado tiempo dedicándose a esto, en dos o tres mesas al mismo tiempo. Algunas veces las apuestas se hacían a contrarreloj, segundos antes de que el crupier cerrara la mesa con la elegante frase del “no va más” que se repetía por todas partes como un único eco. A veces las apuestas premiadas con poco valor, quedaban abandonadas en la mesa por un repentino ataque de sed que sufrían algunos de los apostantes, y que trataban con la centenaria medicina de un whisky con hielo servido en una ancha y bien iluminada barra. La ruleta era el juego por excelencia. Rápido, sencillo, y en el que podías revertir una racha de pérdidas en menos de cuarenta segundos. Lo malo era que la reversión era bidireccional y algunos no se daban cuenta. La gente que no sabía de juegos jugaba a la ruleta. Rojo o negro, o par o impar... Cuatro variables que bien controladas podían hacer que te fueras con hasta treinta y cinco veces el valor de tu apuesta, o si no... Con la cara oficial del casino de: “creo que no entiendo bien lo que ha pasado”.

En las mesas de cartas sonaba otra canción. Allí era donde se desplegaba el auténtico catálogo de extravagancias y en donde después de dos copas, y una raya en el baño, algunos se sentían parte de una tasca de Star Wars.

Cuando pasamos por ella, Elena me apretó muy fuerte el brazo, casi como una parturienta en el último envite antes de dar a luz. Me señaló una mesa cercana que bien hubiera podido servir de modelo para un cuadro de Coolidge, y en el que los raros, ni mucho menos, no habrían sido los pobres perros. Elena y yo nos detuvimos ahí un momento, a pesar de que la intensidad de los aromas del restaurante me llamaron por mi nombre. Por la cantidad de fichas que había sobre la mesa deduje que debían de estar en el momento álgido de la partida. El ambiente estaba cargado de tensión, y aquello, tengo que confesar, hacía que me subiera la adrenalina.

—¿Eso es legal? —Preguntó Elena refiriéndose a un tío que llevaba una sudadera negra y la capucha puesta. El chaval sujetaba una *tablet* casi tan grande como un portátil, y veía películas con los cascos puestos. De cuando en cuando ojeaba sus cartas y volvía a dejarlas apiladas al lado de su tableta. Parecía estar totalmente fuera del juego, pero yo sabía, y no me equivocaba, que tenía cualquier variable controlada.

—Está tan dentro de la legalidad como el que tiene al lado, aunque habría que discutirlo, no sé si dejan salir así a la calle —bromeé sobre un hombre mayor de barba canosa y mal cuidada, de cuyo sombrero verde colgaban multitud de anzuelos de pesca.

—¿Has visto lo que tiene en la mesa? —Señaló Elena—. Son patas de conejo.

—Es un ramillete de patas.

—¡Qué asco! Y están muy... Usadas. —Casi fue incapaz de acabar la frase. Lo cierto es que el amuleto tenía muy mal aspecto.

—No creo que lo lave con detergente después de cada noche —bromeé—. Pero mira —dije señalando la mesa más próxima al restaurante— no te pierdas al rey del circo.

—¿Pero qué...? ¿En serio?

Elena no creía lo que estaba viendo y lo cierto es que casi yo tampoco podía hacerlo. Tiré de ella hasta situarnos detrás de la mesa, justo a su lado. Desde esa pequeña distancia la pareja apestaba a gel para masaje marca Reflex. El hombre tenía la constitución de un elefante aunque su dentadura estaba lejos de poder ser descrita como de blanco marfil. Acumulaba una cantidad indecente de fichas custodiadas bajo las dimensiones de su inmensa panza. Calculé que unos diez mil euros dispuestos en columnas de varios colores. Una chica menuda con camiseta roja en cuya espalda podía leerse “Masajista – Casino de Torrelodones” le había levantado su camiseta hasta los hombros, y le trabajaba los trapecios y las lumbares con gran profesionalidad, todo hay que decirlo. La propia mesa de juego hacía las veces de camilla, según el turno, en la que la chica iba fundiendo los tubos de gel, que quedaban arrugados como los de pasta de dientes, casi tan rápido como malgastaba la pasta aquel fulano.

—¡Increíble! —Dijo Elena—. Nunca creí que esto pudiera ser así.

—No me gusta, la verdad.

—¿Por qué?

—A ver —dije ordenando las ideas y activando un mecanismo automático que hacía que mientras pensaba en aquello, se me pusieran los ojos en blanco.

—La chica, supuestamente, es empleada del casino. Pero nadie asegura que no se conozcan de antes, o que hayan llegado a un rápido pacto en la puerta de los servicios. Ella está de pie, eso le hace tener una mayor perspectiva, si tuviera un ojo entrenado en los detalles, podría ver muchas cosas que a simple vista y además sentado, se hacen imposibles de ver ¿me sigues?

Elena asintió.

—Además tiene libertad para moverse por la sala. Las partidas de póquer pueden estirarse durante horas, sin contar con las pausas de reloj. ¿Quién dice que en ese tiempo ella no puede estar mirando lo que no debe y pasárselo por señas al gordito?

—¿Podría hacerse?

—Es cuestión de establecer un código, imagínate: si quieres indicar un jugador que está dos sillas a la derecha, entonces aprietas dos veces en el trapecio u hombro derecho. Después es cuestión de haber establecido un idioma con las manos para cada jugada de cartas que el jugador pueda leer en su espalda. Por ejemplo: escalera de color..., pues subo la mano desde los riñones a la nuca. Nadie se daría cuenta.

—Creo que tienes demasiada imaginación, Mario.

—Imagina y acertarás —dije resuelto.

—Otra frase que no es así y que te has imaginado. Vamos a comer, anda.

Sonreí.

—Sí, que me está tentando lo del masaje, no sabes cuánto.

Capítulo 17

Elena.

La delgada y aflautada copa de *champagne* aún estaba fría. Me resultaba incómoda sujetarla entre los dedos porque no estaba acostumbrada a ello. Di un nuevo y minúsculo sorbo que inundó por completo de excitación mis papilas gustativas. Apoyé unos segundos el fino cristal sobre la comisura de mi labio superior, y percibí el sutil aroma que como un geiser se alzaba desde la superficie de topacio. Las diminutas esferas de carbónico se disipaban a escasos centímetros de mi nariz, envenenando el aire que me llegaba con el afinado aroma de la uva madura. Algunas gotas de líquido se derramaron dejando imperceptibles huellas sobre mi vestido negro. Con la excusa de secarme esas gotas, me acerqué hasta una de las grandes barras del salón de juego, y usando dos pequeñas servilletas sequé parte del *champagne* que había caído en el vestido. Podía ver a Mario enfrascado en su partida desde la doble altura de aquella parte del salón. Estaba muy concentrado y solo apartaba los ojos de la mesa para mirar en mi dirección muy de vez en cuando. Un hombre de pelo cano y profundas entradas se acercó y pidió permiso para ocupar el taburete libre que tenía al lado.

—Es tan suyo como mío —contesté.

El hombre sonrió mostrando unos dientes blancos y bien alineados que

solo podían pertenecer a un dentista, o a alguien que ha pasado mucho tiempo en ellos.

—Podría decirse entonces que este espacio es nuestro —dijo el hombre apoyando uno de sus radiantes zapatos de cuero blanco, sobre la metálica barra horizontal de la parte baja de mi asiento. Dejé la copa de *champagne* sobre la barra. La luz de la nueva ubicación reveló sobre el cristal una marca de carmín de mis labios, que se hizo tan imposible de ignorar para aquel hombre, probablemente dentista, que tuvo que limpiarla con una servilleta que sacó del mismo recipiente que yo había utilizado antes.

—¿Cómo se llama? —Pregunté.

—Raimundo —contestó el hombre al entregarme una tarjeta en la que su nombre figuraba como director de una empresa dedicada a la gestión económica y finanzas. Sorprendida por la calidad de su tacto, acaricié inconscientemente la superficie de cartón con el índice y el pulgar, hasta que la dejé sobre la barra y bebí otra vez de mi copa. Cuando acabé el último sorbo de *champagne*, utilicé su tarjeta como posavasos y giré la copa hasta que la nueva marca de carmín estuvo justo frente a los ojos del hombre. El caballero de pelo cano observó divertido ambos gestos, y abrió la boca para decir algo.

—¿Sabe? —Preguntó.

—Raimundo —le corté—. No diga nada, aún.

El hombre calló y yo resbalé mi mirada a través de la ocre superficie de moqueta hasta los cuadrados hombros de Mario, que seguía jugando a las cartas en una de las mesas cercanas a un juego que, a priori, no supe identificar. Sus apuestas se acumulaban en la mesa en pequeñas torres de distintos tamaños como columnas de un Partenón semiderruido. Un par de chicas más jóvenes que él se habían congregado alrededor suyo. El caballero de las finanzas siguió la dirección de mi mirada, y dijo:

—Parece un joven muy afortunado —dijo resaltando el primer adjetivo sobre el resto de palabras.

—Estoy segura —contesté—. ¿Sabe? —dije robándole el protagonismo de la pregunta que momentos antes no le había dejado hacer—. Creo que es imposible prever en qué clase de hombre se convertirá él, o qué clase de persona fue usted.

—Puedo decirle que yo también fui joven, pero nunca afortunado.

—Permítame que lo dude —dije observando su apariencia adinerada.

—Por supuesto, pero piense. Yo diría que usted, por su aspecto, es tenista profesional. Pero dejarse llevar por juicios apresurados es algo que, a mi edad, uno ya ha aprendido a controlar. ¿A qué se dedica? Por cierto...

—Soy tenista —contesté divertida.

—No —dijo el hombre sin poder creérselo.

—No, no lo soy, pero gracias por el piropo. ¿Qué le ha hecho creer que yo pueda dedicarme a eso?

—Creo que su fuerte revés.

Reí. Aquel hombre, tenía tanto de encantador como de insoportable. Llamó al camarero levantando dos dedos, y pidió un doble Dry Martini.

—¿Le apetece tomar algo? —ofreció.

—Un Scotch & Soda, por favor.

El camarero asintió y desapareció en la longitud de la barra para momentos después volver con ambas consumiciones. Raimundo se sorprendió por lo exótico de mi elección y pareció como si aquello le hubiera añadido valor a la opinión que se había formado de mí.

—¿Dónde aprendió a beber así?

—De mi padre —contesté—. Era un fanático de los whiskies de grano, pero no a la hora de beberlos, no me malinterprete. Le gustaba coleccionar rarezas de todo el mundo y catarlas en aburridas reuniones con sus amigos.

—Un visionario, su padre. Brindo por él —dijo levantando la copa.

—Salud —dije levantando la mía al tiempo—. ¿Sabe? Usted tiene algo que me recuerda a él.

—No hemos empezado bien —reconoció por las implicaciones de mi comentario.

—No, la verdad es que no.

—No debí haber limpiado la mancha de carmín.

—Usted vio una mancha y yo he visto el perfil de unos bonitos labios. Supongo que tenemos un problema de perspectiva.

—¿Quién es el joven? —Dijo intentando salir de aquel atolladero.

Me quedé un segundo pensando qué contestar, mientras veía a Mario llevar hacia el centro de la mesa una torre de fichas marrones.

—Es mi sobrino.

—Curioso sitio para venir en familia.

—Supongo que es un lugar como cualquier otro. ¿Viene usted mucho, Raimundo?

—No todo lo que me gustaría. ¿Fuma? —Preguntó sacando un paquete de cigarrillos largos y delgados, señalando hacia una de las salidas de emergencia.

—Hice una promesa hace unos días. No puedo volver a tocar el tabaco

hasta dentro de diez años.

—Qué mala suerte habernos conocido en este momento —ironizó el hombre.

Se guardó el tabaco y observó unos segundos la sala.

—¿Cómo se llama?

—Elena.

—Un nombre grandioso, culpable de la caída de un imperio —añadió—. ¿Usted viene mucho, Elena? Creo que es la primera vez que la veo por aquí.

—La verdad es que no. Por más que lo intento no encuentro el atractivo del lugar, salvo la sensación que tiene adentrarse en lo que me es desconocido. Pero como usted ya sabrá, esa magia, en el caso de querer repetirla, se desvanecerá en dos o tres días una vez repetido el mismo escenario.

—Entiendo, pero no lo comparto.

— ¿Qué le hace volver a usted?

—Desde luego que no es la suerte. Creo que hace años que no me siento a una mesa.

—¿Entonces?

—El ambiente, la gente, e incluso el Martini —dijo levantando de nuevo el vaso—. Si uno sabe observar, puede cruzarse con personas muy sofisticadas —dijo mirándome a los ojos. Eran de un azul apagado, apacibles, y llenos de la seguridad de haber conquistado mujeres durante muchos años.

—A mí me ha decepcionado el ambiente —tuve que reconocer—. No me esperaba que gente tan joven estuviera tan relacionada con este mundo.

—Lo que le ha decepcionado es la juventud que hay aquí. En su mayoría son todos hijos de familias ricas. Ellos no son más culpables que sus progenitores.

—¿En dónde estará esta gente dentro de unos años? —Pregunté.

—Arruinados, o sentados en mi despacho del otro lado de la mesa escuchando con ganas cada uno de mis consejos.

—Se ha descubierto usted, Raimundo. Viene aquí a captar clientes —bromeé.

—Puede que tenga más razón de la que usted piensa. ¿Qué hará mañana cuando la noche del casino sea un recuerdo condenado a olvidar?

—Trabajar, supongo. Y hacer lo posible por no olvidar tan rápido como dice usted, esta noche.

—Me sentiré halagado si al final tengo algo que ver en ello.

—No lo hace tan mal después de todo. Lástima que esta noche sea para disfrutarla en familia —dije señalando a Mario.

—No es su sobrino ¿verdad?

Sonreí y bebí un trago de mi whisky con soda.

—¿Le gustan los libros? —pregunté.

—Con los libros me pasa lo mismo que con las personas. Solo me gustan algunas, y las que lo hacen, suelen gustarme demasiado.

—Habría jurado que era usted un lector empedernido.

—Lo fui. Pero la vista ya no me acompaña en mi empeño. ¿A usted le gustan?

—Son mi profesión.

—¿Escritora? —Aventuró.

—Aún no. Solo doy cobijo a unos cuantos de ellos.

Mario miró de nuevo en nuestra dirección. No parecía que yo pudiera aportarle nada allí. La conversación con Raimundo estaba tomando un clima

dócil y agradable, pero aun así, sentí que debía estar junto a él en ese momento. Me levanté del taburete y me despedí dándole un único beso en la mejilla. Rescaté su tarjeta de debajo del vaso vacío y la guardé en el interior del bolso.

—Quizá volvamos a vernos —dije antes de marcharme y dirigirme a la mesa de juego en la que Mario y otros jugadores ponían a prueba su suerte. Pude sentir la abrasadora mirada de Raimundo ardiendo en la totalidad de mi espalda.

En la mesa, me pareció que Mario era el claro protagonista del juego. Me coloqué a su derecha y apoyé una de mis manos sobre el hombro de su camisa blanca, sin saber si lo podía hacer. Él, sin volver la vista, cerró la baraja abierta en su mano, y acercó estas hasta la mía, haciéndolas rozar suavemente. —¿Ya has terminado con copito de nieve? —Preguntó.

—¡Mario! —Le reproché apretando con firmeza su hombro.

Las dos chicas jóvenes que hasta ahora no se habían separado de su lado, lo hicieron con cara de indignación, perdonándome la vida con una mirada asesina ensayada, seguro, más de una vez frente a un espejo. Una de las personas que estaba sentada a la mesa era una mujer asiática. Por su aspecto hubiera dicho que tailandesa. Llevaba un escote demasiado abierto del que asomaban más de la mitad de unos pechos de plástico. De vez en cuando se colocaba el conjunto de escote y pechos, dando la impresión de que la incomodara enseñar tanto, cuando en realidad, se veía a la legua que buscaba el efecto contrario. Supuse que sería una estrategia como otra cualquiera.

—Espero no haber estropeado nada —dije refiriéndome a las dos chicas.

—Bah, —contestó— solo eran un par de esquiadoras en busca de pista.

—¿Cómo? —Pregunté sorprendida.

—Nieve, blanco, cocaína —añadió la última palabra en un volumen tan bajo que casi no pude oírlo. Aun así, el crupier levantó un momento la vista y nos juzgó para siempre en un instante menor de un microsegundo.

—¿Póquer? —Me atreví a preguntar totalmente consciente de lo ignorante que me hacía sentir la pregunta.

—Sí, pero en este momento estoy fuera del juego. ¿Sabes? La suerte no me acompaña igual en la oscuridad de mi salón que aquí sentado en esta mesa.

—Espero que el resto de la compañía, al menos, esté siendo agradable.

—Por supuesto.

En ese momento sentí una vibración en el interior de mi bolso a la que decidí no prestar ninguna atención. Pero volvió a iniciarse según terminó la primera vez, lo cual me pareció extraño. Extraje el teléfono móvil del interior del bolso rodeada de las miradas acusadoras de algunos de los jugadores, y del gesto indescifrable del crupier, mirándome por encima de sus gafas. Colgué y silencié el teléfono, que volvió a rumiar una vibración discontinua a juego con el encendido y apagado de la pantalla. Reconocí al instante los nueve dígitos del número, a pesar de haberlo borrado hacía meses, en un intento fallido por deshacerme de todo cuanto tuviera que ver con él. Noté una fría sensación en la nuca que me erizó el fino vello de la base del cuello, levantándolo como las diminutas espinas de una ortiga. Rechacé con un tembloroso pulgar la llamada entrante y aplasté con rabia el botón de apagado, hasta que la pantalla solo emitió el oscuro reflejo de mi perdido rostro entre las numerosas luces de alrededor. Mario se levantó de la mesa, me cogió de una mano que debió sentir fría y sudada, y dijo:

—Ven, vayamos a divertirnos con las ruletas.

Capítulo 18

El destartalado Ford rojo y la salvación del tabaco.

Comí con tantas ganas durante la cena, que allí, sentado en la ancha escalinata de entrada tuve que desabrocharme dos botones: uno de la camisa para que el aire de esa hora de la noche refrescara mi cuerpo, y otro del

pantalón, ya que una misteriosa curva olvidada en mi mente desde los tiempos que era un sano bebé rollizo, había aparecido detrás de mi ombligo. Todavía guardaba algunas fichas en el bolsillo. Había cambiado cinco mil novecientos noventa y cinco euros para ser fiel a la promesa que había hecho a Elena al entrar. Debían quedarme mil o mil y pico euros, calculé por el tacto de las fichas de plástico.

—Mañana tendré que doblar el entrenamiento —comenté a Elena al recordar lo bueno que estaba todo.

—Has disfrutado con los postres. Se te veía en la cara.

—Se me ha ido la mano con la tarta Ópera y la fuente de chocolate —reconocí.

—La mano se te fue mucho antes, Mario. El chico que hacía las carnes a la plancha, ha acabado mirándote mal.

—Que se joda. Le pagan para eso.

—¿Cuánto te han dicho que tardará el taxi?

—Unos treinta minutos —dije sacando un cigarrillo. Lo encendí, di una calada, y solté el humo que se elevó hacia el oscuro cielo—. ¿Te has divertido?

—Mucho —reconoció Elena—. Tengo que darte las gracias por esta noche.

—No tienes porqué. ¿Sabes? Lo has hecho muy bien en la ruleta.

—Para que veas que una estrategia sencilla puede dar buenos resultados.

Elena había apostado con timidez a rojo o negro, o par o impar, a pesar de haberlo discutido como un viejo matrimonio. No había ido más allá en elecciones concretas, y ello le había dado un resultado que aunque lento, había

sido eficiente.

—El dinero es tuyo.

—Ni hablar, a mí no me hace falta, —dije— cómprate lo que quieras con los setecientos euros.

—Lo guardaré para cuando se nos ocurra a ambos qué hacer con él.

—¿Esta vez no vas a desterrarme después del taxi? —En cuanto pronuncié la pregunta, me arrepentí de haberla hecho.

—¿Has visto cuando he sacado el teléfono?

Asentí.

—Era él.

La puerta se abrió y algunos de los invitados de la boda (novia incluida) salieron a fumar. El personal de seguridad se echó a un lado por las numerosas personas que ocupábamos la escalera. Un coche salió del aparcamiento y se paró a unos cincuenta metros de nosotros. Era un Ford rojo de aspecto destartado. Un vehículo que no pintaba nada allí en medio de deportivos y todoterrenos de alta gama. Apagó las luces y debió de bajar la ventanilla del conductor, porque vi cómo salía un denso humo blanco de ese lado.

—¿Otra vez? —Pregunté.

Elena asintió y me quitó el cigarrillo de la mano. Se lo llevó a la boca y aspiró profundamente.

—Otra vez —dijo. Su voz sonó cansada.

—De verdad, ya lo hemos hablado, pero no entiendo por qué no denuncias. Hoy en día estas cosas van rápido.

—Tú lo has dicho, ya lo hemos hablado. No quiero más complicaciones

que las que ya tengo. Además, ya hace tiempo desde... La última vez.

El taxi entró en el recinto. Sonaba tenue y apagado. Un modelo híbrido, pensé al instante. Se acercó hasta la entrada en donde estábamos y nos pusimos en pie.

—Vamos —le dije a Elena, ahí llega nuestro coche.

El Ford rojo arrancó y se acercó unos metros sin encender las luces. Elena entró en el taxi y apoyó su cara contra la ventanilla de cristal. Del coche rojo se bajó un hombre muy alto de aspecto imponente. A pesar de la distancia, deduje que me sacaba una cabeza. En cuanto le miré a los ojos supe que era él. Hizo un ademán de cerrar su puerta que sujetaba aún con una mano y echar a andar hacia nosotros. ¡Eh! —Les dije a los chicos de seguridad—. ¿Os apetece un cigarro? —Los dos *seguratas* se miraron y optaron por bajar las escaleras hasta mí. Les di un par de cigarrillos a cada uno y una ficha de color morado. La miraron incrédulos en la palma de la mano antes de guardarla en el bolsillo. —Ese hombre nos está siguiendo —dije señalando al ex novio de Elena que aún no había abandonado del todo su coche. Se miraron un momento y uno de ellos dijo algo por el *walkie* que no pude entender, ya que instantes antes me había metido en el taxi, había cerrado el seguro de la puerta, y me había puesto a rezar para que Elena no se diera cuenta de aquello.

El coche enfiló por la A6. Cuando llevábamos diez minutos de tranquilo tráfico y me había asegurado de que no nos seguía nadie, le dije a Elena:

—No me habías dicho que tu ex novio tiene las proporciones de un mastodonte.

—¿Qué? —Preguntó con la cara totalmente deformada.

—Nada —dije—. Espera un minuto a que se me terminen de bajar los huevos, y ahora te lo explico.

Capítulo 19

El pajarillo enjaulado y la primera vez que desobedecí.

MegaMind: Por una vez podrías hacer algo útil.

MegaMind: Empiezo a estar cansado de tus truquitos adivinatorios.

Queen_Aremife: ¿Dónde está ella ahora?

Ella era Elena, por supuesto. Después de haber entrado en pánico durante un minuto en la parte trasera del taxi, consiguió asimilar la noticia de que Samuel, su ex novio yonqui, pirado, y con bastantes similitudes con el malvado gigante de un cuento, nos había seguido hasta el casino aguardando en el parking durante las cuatro horas que duró esa parte de la noche. La cosa no había ido a mayores gracias al *colegueo* que había conseguido despertar en los dos guardias de seguridad al ofrecerles un par de cigarrillos, (para que luego digan que el tabaco mata) y la ficha de 500 euros que había salido de mi bolsillo con la misma aleatoriedad que salen las bolas del bombo de Navidad. En este aspecto he de confesar que me sentí bastante afortunado, ya que de haberles entregado una ficha de menor valor, me da que la rápida simpatía que habían sentido por mí esos dos matones, se habría desmoronado como un castillo de naipes. El caso es que algo habían debido de hacer con el destartalado Ford rojo y su ocupante, ya que por más que me fijé en la autopista, no conseguí ver ningún coche que hubiera podido estar siguiéndonos. Después de que Elena se calmase y de que ella misma comprobase que éramos el único pez nadando en el río del tráfico, se

desmoronó en el asiento del coche y su cabeza cayó sobre mi hombro en un horrible ángulo parecido al de un mal decapitado. Lloró durante unos eternos minutos en los que yo no supe qué decir. El taxista no nos hizo ningún caso. Supongo que aquel conductor de la noche estaba demasiado acostumbrado a los finales de fiesta, y a los numeritos que organiza la gente que monta en su coche pasada de alcohol. Cuando llegamos a casa de Elena, esta no se atrevió a bajar del coche. Yo le amenacé con que si no lo hacía entonces sería yo el que iría a denunciar al drogadicto a la policía. Bajamos los dos, pagué la primera parte del trayecto, y le di otros veinte euros de propina para que me esperase allí para llevarme a casa. Elena subió las escaleras del portal con los largos tacones en la mano, para que ninguno de los vecinos se enterara de a qué hora volvía a su casa. Abrió la puerta. Me sorprendió que esta tuviera dos cerraduras y un cerrojo por dentro de los que solo se ven en las películas de terror americanas. No encendió más luces que las necesarias. Dejó los tacones al lado de la puerta y caminó descalza hasta su cuarto sin decir nada. Yo aguardé en la entrada sin saber bien lo que debía hacer. Escuché un ruido en el salón. Un sonido extraño que no supe identificar. Sonó otra vez. Era un aleteo rápido. Me acerqué hasta la fuente del ruido a pesar de que apenas veía en medio de aquella oscuridad. Había un pajarillo en una jaula dorada. Era más pequeño que un canario y algo más grande que un colibrí. El pájaro pio dos veces e inclinó la cabeza en distintos ángulos. Metí un dedo entre los finos barrotes de la jaula. Se acercó y me picoteó. Retiré la mano y miré a mí alrededor. Vi un interruptor de la luz en una pared cercana pero no me atreví a pulsarlo ya que ella no lo había hecho. Seguía sin saber si debía quedarme allí o bajar a la calle para que el taxista me llevara a casa. Había pensado que su casa estaría repleta de libros, pero la verdad es que solo tenía los necesarios. La decoración era sencilla y minimalista. Pocos detalles pero bien dispuestos y ordenados. Nada que ver con la pocilga que yo llamaba hogar. Escuché el

inconfundible sonido de las ruedas de una maleta rodando por el pasillo. Elena entró en el salón con un pequeño *trolley*. No hizo falta decir mucho más.

MegaMind: Está aquí, conmigo.

Queen_Aremife: ¿Cómo?

MegaMind: En mi casa.

MegaMind: Aquí.

MegaMind: Ahora.

Queen_Aremife: Vale, eso lo he entendido.

Queen_Aremife: Pero ¿qué está haciendo ahí?

MegaMind: Hace unos veinte minutos que se ha quedado dormida en el sofá.

MegaMind: Tiene la cabeza apoyada en mi pierna y aún no se ha quitado el vestido negro de esta noche.

MegaMind: Obviamente, yo no se lo voy a quitar.

MegaMind: La verdad es que no me atrevo a mover un solo dedo adicional a los que estoy usando para escribirte.

MegaMind: Al quedarse dormida he empezado a sentirme como una estatua viva que no deben descubrir. (La situación es un poco incómoda para mí).

MegaMind: Por eso he abierto el portátil. Era lo que más a mano tenía y,

MegaMind: ¡Voilà! Estás aquí. Son las seis de la mañana. ¿Qué coño de horarios llevas?

Queen_Aremife: No me cambies de tema, Mario. Te estás metiendo en

líos innecesarios.

MegaMind: ¿Innecesarios para quién, Reina? ¿Para ti, o para mí?

Queen_Aremife: Para ambos. No tienes necesidad de inmiscuirte en los problemas de los demás.

Durante los veinte o veinticinco minutos que Elena llevaba durmiendo, La Reina y yo habíamos intercambiado “palabras” sobre los motivos que me habían llevado a preguntarle por Elena y su ex pareja. Supongo que el historial delictivo de Samuel le había llevado, de algún modo, a preocuparse por lo que quiera que estuviera haciendo yo con ellos. Como sabía que mentir a aquella mujer tenía menos futuro que un canario a las puertas de una gatera, opté por hablarle de la relación que tenía con Elena, y cómo ella me había hablado acerca del maltrato que había estado sufriendo durante este tiempo.

MegaMind: Pero sí en los tuyos...

Queen_Aremife: Esa mujer lo tiene muy fácil. Va a una comisaría, denuncia, se inician los protocolos pertinentes, y en cuanto vuelva a intentarlo, estará detenido y en pocos días entre rejas.

MegaMind: Ya, pero no quiere hacerlo.

Queen_Aremife: Ninguna quiere, hasta que es demasiado tarde.

Queen_Aremife: A veces necesitan apoyo psicológico para tomar la decisión.

MegaMind: ¿Te refieres a un loquero?

Queen_Aremife: Me refiero a un terapeuta.

MegaMind: Vale, te prometo que mañana le doy el número del mío.

MegaMind: ¿Vas a darme lo que te pedí?

Queen_Aremife: Hablo en serio. Si de verdad quieres ayudar a esa mujer, intenta dar con ella los pasos correctos.

Queen_Aremife: Denuncia, terapeuta, apoyo familiar, grupo social...

Queen_Aremife: Eso es lo que tienes que hacer.

MegaMind: Vale, lo intentaré. Aun así quiero lo que te pedí.

Queen_Aremife: No te hace falta. Estás actuando mal.

Queen_Aremife: Las cosas no se pueden resolver siempre a tu manera.

MegaMind: No quiero resolver nada a mi manera, pero piénsalo, cuanto más sepa sobre él,

MegaMind: Más fácil me será evitarlo o enfrentarlo en caso de que no pueda hacer otra cosa.

Queen_Aremife: ...

MegaMind: Casi oigo tu cabeza pensar...

Queen_Aremife: ¿Sigue en pie nuestro trato?

Queen_Aremife: ¿Colaborarás conmigo cuando llegue el momento?

MegaMind: Ya te lo dije.

MegaMind: No sé qué es... Pero sea lo que sea, lo haré.

Queen_Aremife: ¿Por qué?

MegaMind: Porque no tengo nada que perder.

MegaMind: Yo ya lo perdí todo.

Queen_Aremife: Tienes buen corazón, Mario.

Queen_Aremife: Espero que sepas deshacer el lío en el que te estás metiendo.

Queen_Aremife: O tú y yo..., nos meteremos en uno que quizá ni siquiera yo pueda deshacer.

Queen_Aremife: Allá voy.

Queen_Aremife: Se llama Samuel LG

MegaMind: Espera ¿LG?

Queen_Aremife: López García

MegaMind: Joder...

Queen_Aremife: Qué?

MegaMind: Por un momento he pensado que el hijo de puta tenía nombre de lavadora.

Queen_Aremife: Mario...

Durante los quince minutos siguientes, La Reina relató todos los datos que había recopilado sobre Samuel L. G. Altura, peso, historial médico, y algunos datos sobre delitos menores que había cometido a lo largo de los años. De adolescente había participado en grupos ultras, siendo arrestado repetidas veces, por su afición a las peleas con hinchas de equipos contrarios. Actualmente trabajaba en una empresa de metalurgia como soldador, situada en las afueras de Madrid. No tenía un céntimo en ninguna cuenta y malvivía en casa de sus padres. Era un don nadie con tendencia a la violencia que no tenía modo de pillar por ninguna parte. Había pensado que si estaba trapicheando con camellos, quizá podría haberle seguido y haber dado algún soplo anónimo a la policía para que le enrejasen durante un tiempo. Pero tampoco, La Reina había asegurado que solo era un consumidor menor que malgastaba el tiempo en putas y bares de carretera. No había forma de hacer nada para apartarle de Elena que no fuera seguir los protocolos habituales que ella misma había enumerado en caso de malos tratos. Ese hombre lo había perdido todo, como

yo, pensé. Eso le convertía en el mismo tipo de arma de doble filo que era yo. Salvo que mi osadía consistiría en dejarme llevar por los delirios de una hacker informática, y en los de ese hombre podía palpase la tragedia. Miré la cara de Elena dormida apaciblemente sobre mi regazo, y por primera vez en mucho tiempo tuve miedo por alguien que no era yo. Mortadelo salió de la habitación y caminó en silencio por delante de mí. Su sombra alargada parecía ir más despacio que la mancha oscura que era el gato. Se sentó como siempre tras la puerta de entrada esperando a alguien o a algo, que solo él sabía quién o qué era.

Capítulo 20

El macarrón fallido y el moreno mentolado.

Me desperté al sentir la pequeña presencia de Mortadelo entre mis pies. No sabía muy bien qué hora era. Acaricié al gato y lo atraje hasta el hueco libre de al lado de la almohada. Le rasqué entre las orejas, bajo las patas, en la barriga, y entre los pliegues de aquella piel rara, tan característica de aquella raza. El gato ronroneaba lo que parecía una melodía propia, escrita

para la ocasión, al tiempo que iba cerrando paulatinamente los ojos, hasta que me pareció que se había quedado dormido. Lo cierto es que lo prefería así. Cada vez que ese gato me escrutaba con su inconfundible mirada felina, tenía la sensación de que me estaba acusando de algo. La acusación reverberaba bajo el disfraz de una simple pregunta entre su cabeza y la mía, como una campana con la fea costumbre de sonar sin necesidad de estar en horas en punto. ¿Qué estás haciendo con tu vida? —Preguntaba el gato disfrazado de egipcio—. No lo sé —contestaba yo.

Bajé al bar como cada mañana. Mayca ordenaba botellas de vino en una de las baldas de la estantería. Debía de haber estado quitándolas el polvo y tenía la mitad de la barra ocupada con ellas. Ahora miraba con gesto concentrado el hueco libre de la balda y parecía estar jugando en su cabeza una particular partida de Tetris para ordenarlas.

Me sentía solo. Elena solo se había quedado un día y una noche sin contar la hora de siesta que se echó sobre mi regazo en el sofá. Tal y como prometió ella sola, ya que fue una promesa que yo no le obligué a hacer, y mucho menos a cumplir, solo me “molestó” un día. En cuanto se aseguró de que las cosas estaban tranquilas y la figura amenazante de Samuel no asomaba por ninguna parte, volvió a su casa. Hablábamos por teléfono casi todas las noches para asegurarme de que estaba bien, y de algún modo, sospecho que a ella, eso también hacía que se sintiera tranquila.

—Hola Mario, ¿te pongo lo de siempre?

—Hola —contesté—. Sí, pero ponme un café doble. Hoy tengo baja la pila.

—¿Doble? —Se extrañó—. Pero si ya es la una y media.

—Joder, pues sí que me he quedado dormido.

—¿Otra vez de fiesta anoche?

—Más o menos —contesté.

No le había contado a Mayca nada de lo sucedido en el casino, ni de la historia de Elena, ni mucho menos de la de Laura. Si aquella chica me gustaba, cosa que en ese momento dudaba, lo estaba haciendo de narices. Me salté dos noches de paseo y helado con ella, contándole una bola sobre una quedada con viejos amigos a los que hacía mucho que no veía. Mayca se alegró cuando se lo conté, ya que según ella, necesitaba relacionarme con más gente. Pero lo cierto es que desde la noche en el casino no había salido casi de casa, y de aquello ya hacía unos cuantos días que había gastado literalmente en recuperar los excesos, jugando al póquer por internet. Cuando pasas tanto tiempo entre pantallas, enfrascado una y otra vez en la misma rutina, la cabeza al final como que desconecta y los recuerdos se vuelven difusos. Uno termina por no saber dónde empieza lo que ha vivido, y dónde lo que ha estado imaginando. La verdad es que no recordaba si me había acostado anoche o antes de anoche.

—¿Sabes? Ayer soñé contigo, Mayca —le dije solo por hablar de algo.

—¿Connigo? —Preguntó al tiempo que colocaba la última botella que había quedado sobre la barra en el hueco libre de la balda. Se detuvo un momento para observar su trabajo, supongo que buscando imperfecciones. La disposición de las botellas y la forma en cómo casaban las etiquetas unas con otras, debió de parecerle correcta—. Sería un sueño bonito —aventuró.

—No lo sé. La verdad es que no me acuerdo de mucho, pero sé que fue contigo.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—Entonces sería un sueño precioso. Piensa que los únicos sueños que nos despiertan son siempre los malos, los que nos agitan, y no nos dejan descansar.

Mario, despierta —añadió el fantasma de Laura desde algún recodo del interior de mi cabeza.

—¿Sabes Mayca? Puede que tengas razón.

—Al final te acordarás —aseguró—. Yo cuando me despierto con ese sabor en la boca de haber estado soñando con algo que me estaba gustando, pero de lo que no consigo acordarme, hago un sencillo truco.

—¿Qué truco?

—Vuelvo a cerrar los ojos un par de minutos, y si consigo quedarme dormida, aunque sea unos pocos segundos, entonces lo recuerdo todo de golpe.

—¿Y te ocurre mucho? —Pregunté metiendo la cuchara en el café para remover un azúcar que nunca echaba y que esa vez tampoco había ido a parar al interior del vaso.

—¿Lo de darme un par de minutos?

—Me refería a lo de soñar con cosas que te gustan, pero en el fondo, supongo que es la misma pregunta.

—No todo lo que quisiera. Pero no se puede hacer nada contra eso ¿no?

—No lo sé, tú eres la de los trucos con los sueños.

—Ahora mi único sueño es que pase volando la hora de las comidas. ¡Oye! —Se le ocurrió de pronto—. ¿Qué haces esta tarde?

—Supongo que nada.

—¿No vas a salir con tus amigos hoy?

—Nadie ha dicho nada, así que no debe de haber ningún plan para hoy —mentí—. ¿Por qué?

—Yo tampoco tengo nada que hacer, y la vieja osa me ha dado la tarde y un par de días libres para ir cuadrando vacaciones.

Sonreí al darme cuenta de que me había cogido prestado el apodo del marido para nombrar a la que ahora era su jefa.

—Qué detalle por su parte —ironicé—. Casi te da para una escapada a las Canarias.

Hizo caso omiso del último comentario y fue directamente a donde le interesaba.

—Venga va, Mario —me animó—. ¿Hacemos algo?

Apuré la pequeña taza de café intentando disimular la delatora sonrisa que mi boca se empeñaba en dibujar. Dejé dos euros sobre la barra, me puse en pie y me encaminé hacia la puerta.

—Te acuerdas de dónde vivo ¿no? Pásate luego y pensamos algo.

A las seis sonó el timbre. Mortadelo corrió hacia la puerta como lo hace un perro en la hora a la que llega su dueño. Solo le faltó menear la cola y que tuviera que empezar a sacarlo tres veces al día a la calle. Pensé que ese gato, al igual que yo, estaba perdiendo poco a poco su identidad. Lo cogí en brazos para que no se escapara y abrí la puerta. Mayca seguía con la ropa del trabajo puesta.

—Lo siento —dijo— pensé que me iban a dejar salir un poco antes.

—La próxima vez dile a tu jefa que aquí damos las buenas tardes a partir de las doce de mediodía.

Cruzó la puerta con cierto aire de enfado, rascó al gato por encima de su pequeña nariz y me dio un único beso en la mejilla izquierda. No sabía si el hecho de dar un único beso significaba algo distinto al hecho de dar dos, y si además, hacerlo en la izquierda en vez de en la derecha, añadía algo de valor a aquel gesto.

—Ya ves, me temo que aquí se demuestra que lo mío no es negociar las

condiciones laborales de mi contrato. ¡Oye! —Dijo— espero que no te importe salir con una camarera. Me refiero a salir por ahí, no a salir como término... Y me refiero a ir vestida como tal, no es que tenga pensado dedicarme a esto de por vida.

—No tengo ninguna pega en cuanto a lo primero, y lo segundo me da igual, siempre y cuando no te dé por ponerte a servir mesas.

—¡Ja! No creo. Ya he tenido suficiente por hoy. Parece mentira cómo se pone de gente ese sitio. Si vieran lo que yo he visto en la cocina, el negocio se arruinaría en menos de una semana.

—¿Tú no comes ahí?

—Nunca —dijo agitando negativamente la cabeza.

—¿Quieres decir que hoy no has comido?

—No, además de que como he salido tan tarde, no he tenido tiempo de parar a comprar nada.

—Yo tampoco he comido. Cuando subí del bar me quedé dormido casi hasta ahora.

—¿Te preparas algo?

Joder, pensé. ¡La compra! Fue lo primero que me vino a la mente en cuanto me propuso aquello. ¿Cuándo fue la última vez que fui al supermercado? Tendría que valer con algo sencillo.

—Puedo hacer unos macarrones —ofrecí.

—Vale.

—¿Con tomate?

—Prefiero nata.

Ya empezamos.

—No tengo.

—Aceite servirá.

—Perfecto —dije aliviado, y me puse manos a la obra.

—¿Te importa que eche un vistazo por la casa, Mario?

—Hasta donde el gato te deje —dije en voz muy alta desde la cocina. No sabía por qué, pero el veto que hasta ahora había mantenido sobre mi casa en lo que respectaba a Mayca, había desaparecido.

Corté y piqué una cebolla en dados y trocéé media barra de jamón york de las que parecen una pieza de choped en miniatura. Puse los macarrones a hervir en un cazo que odiaba porque era tan alto que no me cabía en ningún armario. Añadí sal, aceite, y una hoja de laurel. Eché la cebolla y el jamón cada uno a su tiempo en una sartén y lo rehugué durante unos minutos. Añadí una pizca de pimienta. Los olores de los alimentos al cocinarse me abrieron el apetito. Escuché los pasos ligeros de Mayca llegando a través del pasillo. Traía en sus brazos a un soñoliento Mortadelo y una fotografía en la mano.

—¿Quién es esta? —Preguntó al mostrarme una imagen en la que se veía a una Laura muy joven, libre de cualquier signo de enfermedad.

—Es Laura —contesté volviendo la vista a la sartén.

—¿Solo Laura?

—Sí, solo Laura.

—¿Me hablarás de ella? —Preguntó intuyendo que al menos ese día no me iba a sacar mucho.

—Puede que sí.

—¿Puedo hablar yo con ella?

—Lo veo difícil, aunque ¿quién sabe? A mí todavía me dirige la palabra

de vez en cuando. Aunque es algo monótona en sus conversaciones.

—Quizá eres tú el que esté siendo monótono en tus actos, y en consecuencia, ella no tiene nada más que ofrecerte. —Dijo dejando la fotografía sobre la mesa de la cocina.

Dejé por un segundo de remover el sofrito y me quedé paralizado pensando en lo que había dicho. Era curioso, pero tenía que reconocer que era la segunda vez en ese día, que Mayca me sorprendía con lo sencillo y acertado de su razonamiento.

Cuando nos sentamos a comer en la mesita baja del salón, ya eran las siete de la tarde. No se necesitan dos años de oposición para preparar unos macarrones, pero había perdido práctica cocinando. Mayca se acomodó en el suelo, cruzando las piernas como los indios. Yo nunca había podido mantener esa postura durante mucho tiempo, así que me coloqué como pude, estirando las piernas desde el otro lado de la mesa. Mis pies quedaron muy cerca de sus rodillas. Abrí el portátil negro y busqué en YouTube “You Shook Me All Night Long” de AC/DC. Recé para que La Reina no se colase con algún tipo de manifestación divina en mi ordenador en ese momento. Mientras se cargaba el video di unos cuantos picotazos con el tenedor. Al meterme los macarrones en la boca, noté un sabor repulsivo, entre ácido y amargo, que no supe entender de dónde venía. Aquello solo tenía cuatro o cinco ingredientes, y todos parecían estar bien al cocinarlos.

—¿Puedo? —Preguntó Mayca refiriéndose a la música.

—Claro —dije al pasarle el portátil—. ¿Qué vas a poner?

Tecleó varias veces y dirigió el cursor con el ratón que venía integrado en el equipo.

—Espera, no seas impaciente —me dijo—. Ya casi está.

La música empezó a sonar. Al principio muy tenue porque había pinchado un enlace de baja calidad. Era una canción muy conocida de las que sabía que circulaban mil y una versiones por la red. Medio minuto después localizó otro enlace en el que tuvimos que comernos quince segundos de anuncios, pero que a continuación, nos regaló un sonido limpio y envolvente a cambio. Los melancólicos acordes de la dama que compraba una escalera para subir al cielo se elevaron sobre el silencio. ¡Led Zeppelin! —Dije sorprendido. Estaba claro que se me había visto el plumero. Me gustaba su elección casi tanto como la forma en cómo le caía el pelo—. ¿Te gusta esta música? —Quise saber.

—Me encanta —respondió al echar la cabeza hacia atrás, y dejarse llevar por la lentitud de los primeros acordes. Su melena roja acarició la longitud de sus hombros y su cuello se estiró como el de un cisne desde la camiseta negra de uniforme.

—Sabrás que es una canción muy larga.

—Tengo unos días libres —dijo bailando al son de la música solo con su cabello—. ¿Y tú? ¿Tienes algo mejor que hacer?

Debería haber tenido huevos y haber contestado. Debería haber dejado allí tirados los dos portátiles y haberme largado dos días con esa chica. Pero no lo hice porque sabía que lo que debería haber hecho, era precisamente lo que quería hacer. Así de estúpido era el afán de llevarme a mí mismo la contraria en ese tiempo.

—Será mejor que no te comas eso —dije señalando el plato de pasta, que por suerte, aún no había tocado—. Está asqueroso.

—No será tan malo —aventuró antes de conseguir pinchar unos pocos macarrones que aún humeaban en el plato. Se sujetó un mechón de pelo al inclinarse sobre la mesa y sopló con suavidad el contenido del cubierto antes

de llevarlo a la boca. Inició el habitual proceso de masticación que por maldición biológica nos toca en estos actos, pero al segundo o tercer mordisco puso cara de asco y escupió lo que tenía en la boca en una servilleta de papel blanco.

—Tienes razón, está asqueroso. ¿Qué le has echado?

—Lo normal, supongo —contesté encogiéndome de hombros.

—¿No los habrás hervido con agua del grifo?

—Claro ¿con qué sino iba a hacerlo?

Mayca rio de pronto e intentó taparse la boca con la mano en la que tenía arrugada la servilleta de celulosa blanca.

—Eres el tío más en la nube que he conocido.

La miré sin saber a lo que se estaba refiriendo.

—Espera aquí —dijo poniéndose en pie y encaminándose hacia la puerta—. ¡Ah! Y sujeta al gato para que no se escape.

Desapareció por la puerta de entrada dejándola medio abierta. Escuché sus pasos rápidos bajando las escaleras. Subió de vuelta en menos de un minuto con el teléfono en la mano y una fotografía abierta en la pantalla. En ella se veía el portal de mi casa con una hoja impresa en la entrada de la calle. Hice *zoom* a la imagen hasta que conseguí leer lo que ponía:

“Agua no potable durante las próximas 24 horas”

Comunidad de vecinos.

—Vale que no hayas visto el cartel de la entrada pero, ¿y las obras en la calle?

—¿Qué obras? —Pregunté otra vez sin comprender.

Mayca se alisó los pantalones desde el nacimiento de sus muslos hasta los

tobillos. Lo hizo doblándose por la espalda como una gimnasta que calienta sus músculos. Dio unos golpecitos con la puntera de cada zapatilla sobre el suelo como para encajar bien sus pies dentro, y me dio la mano para levantarme. Tenía la piel suave aunque ligeramente fría.

—Venga —dijo resignada—. Tendremos que sacrificar la comida pero te aseguro que no vamos a perdonar la cena. Te voy a llevar a uno de los sitios más chulos de Madrid.

—Estoy hecho un desastre —dije mirando mi ropa.

Se miró a ella misma de arriba abajo vestida con su uniforme de camarera y dijo:

—Tienes razón, yo aquí con lo mejor de mi armario y tú con esa mezcla entre heavy y chulo de gimnasio.

Levanté una ceja.

—Pero ¿sabes? —Dijo acercándose hacia mí—. Es tarde y vamos a tener que irnos así, ambos. Aunque estoy segura de que mañana al levantarte, vas a estar muy arrepentido de haberme recibido con estos trapos —dijo tirándome de la parte baja de la camiseta. Mortadelo se interpuso entre nosotros cuando su cara estaba a menos de quince centímetros de la mía.

—Mira —dije señalando al gato—. Es el que mejor viste de todos.

Al cerrar la puerta de casa vi como Mortadelo se aproximaba sobre los restos de macarrones con el sigilo de un felino acechando en la sábana. Recé para que la descomposición que pudiera sufrir mañana, al menos, se quedara en su caja de arena. El tufo de las alcantarillas podía olerse incluso antes de que abriéramos la puerta. Es verdad, pensé. Esa misma mañana había visto a un tipo con los brazos tatuados picando el suelo con un martillo neumático. Tienes que recuperar los horarios, Mario —me dije a mí mismo—, o estas

salidas de rutina acabarán contigo.

—¿Dónde está ese sitio tan chulo?

—A una hora de aquí a pie, ¿te importa?

—Ya sabes que soy corredor.

—Es verdad, a ti no puedo engañarte con eso. Hoy te vas a quedar con las ganas. Como ya hace calor he recuperado la compañía de una vieja amiga que solo disfruto en pleno verano.

Doblamos la esquina y nos dirigimos directos hacia un pequeño scooter de color negro que estaba aparcado encima de la acera. Era una Typhoon de finales de los noventa. Tenía las ruedas muy anchas y bastante quemadas de tragar kilómetros de asfalto. La matrícula era una placa metálica de color amarillo con algunos de los números picados. Había un tres que parecía un ocho y un ocho que parecía un cero. Es una 50 cc —dije.

—Para mí sola me sobra, no veas lo que *ratoneo* con ella.

—¿*Ratoneas*?

—Quita esa cara de alucine y ponte esto —dijo al entregarme un pequeño casco abierto que sacó de debajo del asiento.

—Estás de coña —aseguré. Era un casco azul marino casi negro de los que se usan para montar a caballo. Ella se puso un modelo integral marca AGV con los colores de la bandera de Italia. Solo su casco valía más que la moto. Se levantó la visera oscura tras la que no podían verse sus ojos, y dijo:

—En el cofre de la moto no me caben dos como este, así que tengo que llevar eso a modo de “quita multas”. Venga, deja de mirarlo y pónitelo, seguro que estás muy mono.

—Solo si me dejas conducir a mí —dije intentando recuperar el control sobre los últimos tres minutos de mi vida.

—Ni lo sueñes. Jamás dejaría mi moto a un tío que se pone un casco de esos. Venga, sube. Estoy segura de que no te esperas lo que vas a ver ahora. — Me guiñó un ojo y se bajó la visera.

Miré mi imagen en el único espejo retrovisor del ciclomotor. En parte ya tenía razón, jamás me hubiera imaginado que podría llegar a verme de paquete con un casco así.

Mayca no conducía demasiado deprisa, pero su forma de hacerlo no podría llamarse ni mucho menos prudente. Subimos por Gran Vía hasta Plaza de España, serpenteando todo tipo de vehículos y acelerando en los semáforos antes de que se pusieran en rojo. Se picaba con los pizzeros de motos trucadas, y guerreaba con los taxistas dentro de su propio carril. Durante todo el trayecto mantuve las manos en las agarraderas de ambos lados del asiento. El único contacto que tuve con ella se debió al vaivén de los acelerones de la moto. Era un motor de dos tiempos, rugen agudos muy altos y aceleran rápido, pero luego esa chispa se agota enseguida en la búsqueda de la velocidad punta. Cada vez que no conseguía saltarse un semáforo y nos deteníamos del todo, dejaba abierto lo mínimo el acelerador para que no bajase de revoluciones. Conocía su moto, y hay que decirlo, lo hacía bien, jodidamente bien. Fue en una de esas paradas que no pudo robarle al semáforo donde me embrujó por primera vez, el intenso olor a jabón de su pelo, que a pesar del humo, los ruidos, y la marabunta del tráfico, se hizo pleno protagonista en aquel oasis urbano de veinticinco segundos de luz roja. No hablamos de nada, salvo ella con su moto a la que regañaba con benignas maldiciones cuando las cosas no salían como quería. “Tira tía”, “ostia tú, que me da”, o “frena, frena, uff, bien”, fue lo más que conseguí entender del diálogo que se traía con su máquina. Cuando llegamos a la calle Princesa esquina con Alberto Aguilera, señaló de un modo difuso hacia un conjunto de edificios, y me dijo:

—Es aquí.

Giró a la izquierda atravesando la línea continua que dividía ambos carriles y descendió por una rampa hacia la puerta de un garaje. Pulsó dos veces un botón de portero automático que emitió un par de timbres cortos y estridentes. La lente de la cámara del mismo produjo un inapreciable reflejo indicando que alguien, del otro lado, nos estaba observando.

—Buenas noches Señorita Mayca —dijo la voz distorsionada de un hombre.

La puerta se abrió empujada por los engranajes de un sistema hidráulico, y la luz fluorescente parpadeó antes de estabilizarse y enseñarnos el interior de un gran parking. Mayca se adentró en el garaje dándole a la moto menos de la mitad de la ración de ímpetu con la que me había traído. Fuera lo que fuera ese sitio, se veía que no quería hacer ruido. El interior olía a humedad y a aire cerrado. Un ambiente rancio que acogía, en contraste, a una mayoría de vehículos de lujo. Dirigió el scooter a una zona apartada, paró el motor, y candó la rueda delantera con una pitón azul. Observé el lugar. No había manchas de aceite, ni rastro de cucarachas excursionistas. Salvo por el olor a humedad típico de cualquier garaje, todo parecía cuidado al detalle.

—¿Señorita Mayca? —Pregunté en cuanto me quité el casco.

—Es una historia larga de contar —dijo sin darle importancia—. Pero tranquilo, enseguida entenderás.

La seguí a través del laberinto de coches de lujo hasta las puertas doradas de un ascensor.

—Primero tenemos que pasar por recepción.

—¿Recepción? —Repetí incrédulo—. ¿Estás de coña?

—Quita esa cara de bobo, Mario. Sí, confirmado. Vivo en un hotel —dijo como si aquello le diera explicación a la propia existencia del mundo.

—¿Cuánto te pagan en la cafetería?

—Me temo que no lo estás entendiendo —dijo medio riéndose.

—No querrás decir... —Añadí adivinando.

Pero no tuve tiempo de terminar la frase. Las puertas del ascensor se abrieron en el piso cero y el clamor de la recepción nos recibió como a cualquier cliente. Estábamos en el hall del lujoso hotel Princess Pink Ana. Era la primera vez que entraba allí en mi vida y tras observar detenidamente el dudoso gusto de la decoración del lugar, dudé mucho de que lo fuera hacer una segunda vez. En cada pequeño rincón de aquel espacio se jugaba con la combinación forzada de tres colores. Varios sofás de cuero negro se disponían frente a otros de cuero rosa de idénticas proporciones. Del techo colgaban lámparas doradas de numerosos brazos, compuestas de cristal y metal a partes iguales, las cuales me dieron serias dudas de si no las habría visto antes en el salón de un gran barco momentos antes de hundirse. El mostrador de recepción también estaba forjado en metal dorado. Sus líneas eran suaves y ligeramente curvadas, como un objeto deformado al ser visto a través de una lente demasiado cóncava. La pared de detrás del mostrador se dividía en dos a la altura de la mitad del mismo. Una parte estaba pintada de negro y la otra de color rosa. Atendiendo al público había dos hombres ligeramente mayores que yo. Eran rubios y de similares facciones, como si hubieran sido seleccionados por separado para trabajar juntos, y tuvieran que transmitir la sensación de ser hermanos gemelos. Aunque algo me decía que la madre de uno y la del otro, carecían de parentesco. Ambos vestían con el horror visual de los colores de la firma. El que lo hacía con el traje rosa se situaba sobre el fondo de pared negra, y el que llevaba a cabo su trabajo sobre el fondo rosa, lo hacía con el traje negro.

—Buenas noches Señorita Mayca. ¿Cómo se encuentra? —Dijo el que

estaba vestido con el traje negro. El del traje rosa sonrió como si se hubiera preparado para una foto. Su aspecto era pulcro, limpio, y extrañamente artificial.

—Cansada Fran, muy cansada. Hoy ha sido un día muy largo.

—Nada como estar en casa —añadió el maniquí pintado de rosa. Sus palabras sonaron a frase hecha, como la coletilla de un refrán repetido demasiadas veces. Me cuesta admitirlo pero el grado de profesionalidad de aquellos tíos, rozaba en lo automática.

—¿Me das la llave de la 108? —Pidió Mayca.

—¿La 108? —Quiso confirmar el hombre mirándome a mí. Como si yo tuviera alguna idea de lo que estaba pasando.

—Sí, la 108, y que nos suban algo de comer. ¿Qué te apetece, Mario?

—Cualquier cosa estará bien.

—¿Te gusta el pimiento asado?

—Sí.

—¿Y el queso?

—Claro —confirmé de nuevo.

—Pues que sean dos baguettes de lomo a la plancha con queso y pimientos. Creo que es un número cuatro de la carta de terraza.

—Por supuesto; dos números cuatro.

Se me hizo la boca agua al escuchar aquello. El maniquí de negro nos entregó la llave de la 108, y Mayca y yo, volvimos al mismo ascensor por el que habíamos entrado al hall. Por el camino una jaula dorada cargada de maletas se cruzó y nos obligó a detenernos. La empujaba otro joven rubio de aspecto fornido y bicolormente trajeado. Empecé a pensar mal de aquella

obsesión por la morfología aria. Entramos en el ascensor y las puertas se cerraron. —¿Y si no me hubiera gustado el lomo a la plancha? —Pregunté.

—¿Lo dices porque es por lo único que no te he preguntado?

—Ajá.

—Te habría echado yo misma a patadas de aquí. A todo el mundo le gusta el lomo a la plancha.

Pulsó un botón. Era redondo, blanco, y con el número uno en su centro. Del tipo de mierda nueva que imita a la antigua y que te la venden cara con la excusa de que es material *vintage*.

—Lomo a la plancha... —Repitió Mayca al aire—. Eso sería incluso demasiado raro para ti.

Estuvimos callados escuchando el hilo musical del ascensor. No porque la música fuera buena, sino porque parece que dentro de esos pequeños espacios, surge poco de lo que poder hablar.

—No tiene sentido —se me ocurrió decir de pronto tras lo que me pareció una eternidad pensando.

—¿El qué?

—Que vivas aquí y trabajes en ese bar tan cutre.

—Te recuerdo que vas a diario a tomar tu café a ese sitio tan cutre.

—Ya, pero yo no soy el dueño de un hotel.

—Ni yo. La dueña es mi madre. —Las puertas del ascensor se abrieron y salimos al pasillo—. Se llama Ana Rosa, de ahí se le ocurrió el nombre del hotel. —Se rio después de decir aquello—. Como si se hubiera rebanado los sesos.

Princess Pink Ana, pensé. No, la verdad es que no se lo había encargado a

ningún equipo de ingenieros.

—Lo demás fue cosa de los decoradores —dijo señalando las paredes pintadas de ambos colores.

—¿Nunca se os ha ocurrido pedir responsabilidades?

—¡Ja! Yo pinté algunas de estas paredes, chaval. Lo hice con mi madre, mano a mano, fue un momento muy tierno de colaboración madre e hija.

Sentí como si hubiera metido la pata al decirme aquello.

—Lo siento, no quería decir...

—¿Ves?

—¿Qué? —Pregunté.

—Eres todo fachada. Pero luego te lo crees todo. Hace que no cojo un pincel desde que tenía seis años y pintaba con témperas. ¡Mario! ¿Nunca has pensado que los hoteles modernos están mal diseñados?

—No es algo que me haya parado a pensar.

Mayca se detuvo frente a la habitación 108, observó la puerta como si pudiera ver lo que había dentro.

—Es que no puedo entender que no haya escaleras y que te obliguen a coger un ascensor para subir al gimnasio. Lo lógico sería que hasta él subieras andando y así te ahorras el calentamiento.

—¿Dónde está el gimnasio?

—En el último piso.

—Seguro que hay un buen motivo para ello.

—¿Algo así como un plan oculto?

—Tanto como eso... —Dudé—. La verdad, no me imagino ningún despacho en el que se negocien las posiciones estratégicas de ascensores y

gimnasios.

—¿Sabías que los descendientes del inventor del ascensor cobran un dinero cada vez que se instala uno?

Dudé de la veracidad de aquello. Pero Mayca era así. Le encantaba enrevesarse en planteamientos y en preguntas que no conducían a ninguna parte. Mucho de su encanto manaba de aquella costumbre de pensar imposibles.

—¿Y la industria del gimnasio qué gana con esto? ¿Por qué ponerlo junto al *skyline*?

—¿Tienes un *skyline*? —Pregunté asombrado.

Abrió la puerta de la habitación pasando la llave por el sensor. Todo estaba limpio y ordenado, como se supone que debe estar la habitación de cualquier hotel en el momento que vas a hacer el primer uso de ella. Era una habitación doble corriente sin signos de que nadie hiciera vida en ella. No hizo falta que me lo dijese, pero supe al instante que aquella no era su habitación. Quizá por eso nos había mirado tan raro el muñeco de recepción.

—Tú no vives aquí —dije.

—Vivo al lado, en la 106, pero lo tengo todo hecho un desastre.

—¡Qué más da! Ya has visto mi casa, parece un punto limpio.

—Lo hago por ellas.

—¿Por quién?

—Por las chicas de la limpieza. Cobran por el número de habitaciones que limpian. Son todas muy majas, y así me aseguro de que hago algo por ellas.

—¿Pero eso no va en contra de los intereses tuyos y los de tu madre?

—Mi madre es una arpía, y yo ya tengo todo lo que me interesa aquí —

dijo cerrando la puerta—. ¿Te apetece ducharte?

—¿Ahora? —Pregunté, tengo que reconocerlo, algo asustado. Me pareció increíble cómo me venía abajo cuando me faltaban dos copas.

—¡Claro! Mira, yo voy a estar aquí al lado. Quiero darme una ducha y cambiarme de ropa. Si te apetece puedes hacer lo mismo. Además, acuérdate de que con las obras, igual mañana no puedes ducharte en casa.

—Tienes razón —respiré aliviado. Por un momento había pensado que me estaba ofreciendo ducharnos juntos. Así, en frío.

—Venga, paso a buscarte en veinte minutos.

—Perfecto.

—¡Oye!, no se te ocurrirá huir aprovechando la ocasión, ¿no?

—No creo. Pienso aguantar hasta que llegue el bocadillo.

—¡Ja! —Y su rostro se iluminó con una sonrisa—. Te veo en un rato, Mario.

Curioseé por la habitación antes de meterme en la ducha como se supone que hace cualquier cliente cuando llega a su temporal morada. Sobre cada mesilla había un lápiz con el logo de la compañía y una libreta de papel con las mismas hojas marcadas al agua, en las que Mayca había apuntado el teléfono de Elena. Mi tía... Pensé. Al final sería mejor decírselo. Si me pillaba en esa absurda mentira pensaría algo raro. Más incluso que lo que probablemente pensó el falso hindú del taxi al ver a Elena acariciándome la mejilla.

El agua salía tan caliente que tardé dos minutos en graduar la temperatura. El grifo tenía el mismo grado de sensibilidad que una obra de Shakespeare, y si te pasabas un milímetro a izquierdas te achicharrabas, y a derechas podías llegar a que se te entumeciera un miembro. En el interior de la ducha, un

cestillo de mimbre contenía jabones y geles de distintos tipos. Algunos envases eran miniaturas de conocidas marcas a las que habían plagiado la forma y el contenido y lo habían etiquetado con la marca del hotel. Desenrosqué uno al azar y me lo llevé a la nariz mientras el agua resbalaba en mi espalda. Solo olía a jabón. Abrí algunos más. Ninguno olía a ella ni a la fragancia de la que me había enamorado al venir en la moto y que aún recordaba en mi cabeza. Me enjaboné el cuerpo y me senté en el suelo de la ducha observando cómo desaparecía el agua por el desagüe. Al principio llevándose los restos de espuma de mi cuerpo, y luego corriendo limpia y cristalina. Mario, Mario... —La voz de su fantasma parecía escucharse entre el murmullo del agua. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en no pensar en nada. Aquella noche no, por favor —me dije a mí mismo. Lo estaba pasando bien y Mayca me parecía una buena chica. No quería joder el plan a una persona que desde el principio, y a pesar de mis ocasionales desplantes, se había portado bien conmigo. Cuando empecé a aborrecerme a mí mismo y el agujero del desagüe parecía querer tragarme, llamaron a la puerta, dos veces. —¿Eres tú? —Pregunté desde la ducha.

—Servicio de habitaciones —contestó una voz de la que solo puedo decir que era femenina. Cerré el grifo y salí de la ducha. Me puse un albornoz negro con las iniciales del hotel bordadas en rosa, y abrí la puerta descalzo y chorreando agua. —Hola, traigo su cena —dijo la mujer. Tendría alrededor de cuarenta años. Vestía la misma combinación de chaqueta y pantalón negro de uno de los dos tíos de recepción. Llevaba el pelo escrupulosamente peinado y recogido en una coleta. Esta no era muy larga, pero tenía un aspecto raro, como si la hubieran atado a un caballo y hubieran tirado de ella. Se había echado algún tipo de fijador en el pelo que lo hacía brillar de tal manera que resultaba incómodo mirarla de frente. No llevaba carrito ni delantal, como se supone que debe llevar el personal que pronuncia esa frase tras llamar dos

veces con los nudillos a la puerta de la habitación de un hotel. Tan solo un par de bolsas de asas en la que podía leerse “Gracias por su visita”. Supuse que ahí dentro estaba lo que Mayca había encargado en recepción. Me entregó la primera bolsa y dijo: —ahí tiene la comida, y aquí la bebida —dijo al darme la segunda—. Como la señorita Mayca no estaba segura de lo que le apetecería beber, le hemos puesto un poco de todo —me informó al cogerla y comprobar que pesaba como la compra del súper de un mes. —Que disfruten —añadió antes de dar media vuelta. Tardé al menos quince segundos en cerrar la puerta. Me quedé contemplando el paso automático de aquella mujer perdiéndose por el pasillo. Había algo de militar en el conjunto de sus movimientos. Vaya gente extraña contratan en este sitio, pensé. Dejé las bolsas en la entrada y volví al cuarto de baño. Encendí el secador de la pared y acto seguido volvieron a llamar a la puerta. ¡Mierda!, pensé. Seguro que vuelve con algún rollo porque no le he dado propina. Lo mismo pensaba que llevaba la cartera debajo del albornoz. Abrí la puerta un par de dedos.

—¿Todavía estás así? —Preguntó Mayca sorprendida. Debía de haberme quedado desconectado durante demasiado tiempo cuando me estaba duchando. Tenía el pelo seco y bien peinado. Olía más que antes al mismo jabón y su cara reflejaba una expresión descansada sin rastro de la pesadez del día. Se había vestido de un modo sencillo que contra lo que dictan las reglas le hacía lucir espectacular. Pantalón deportivo negro de Adidas con goma a la altura del tobillo y una camiseta blanca, no muy amplia, con el texto de “I (corazón) New York”.

—Ya acabo —dije—. ¿Pasas?

—¿Tienes la comida?

—Aquí mismo —dije señalando ambas bolsas.

—¿Te apetece que cenemos en la terraza del *skyline*?

—Suenan perfecto —reconocí.

—¿Sabes llegar?

—Último piso, junto a los conspiradores del gimnasio ¿no?

—Eso es —sonrió—. Dame las bolsas y lo voy preparando en lo que terminas de vestirte.

—No pongas velas —bromeé.

—Lo siento, —dijo antes de marcharse— siempre están puestas.

Tardé quince minutos en acabar de arreglarme y otros cinco en subir hasta la azotea del edificio. A la derecha del ascensor estaba la puerta del gimnasio. Asomé la cabeza para husmear en él. No olía a sudor, ni a mentol, ni a nada que me recordara al ambiente que se respira en otros gimnasios. Las máquinas estaban nuevas y las mancuernas sin golpes ni ralladuras en la pintura. La sala era semicircular y aunque estaba oscura podía distinguir bien los objetos porque todas las paredes estaban forradas de espejos. La imagen de Mayca en el *skyline* y la luz de ambiente del mismo se colaban reflejadas en varios espejos. Mayca se había sentado en medio de la terraza sobre una hamaca y aguardaba con la mirada fija en un horizonte que yo no podía ver. Su pelo caía sobre su hombro derecho. Vi cómo se pasó varias veces la mano para peinarlo, y cómo sujetaba entre dos dedos parte de sus cabellos. Se los llevó a la nariz para olerlos y a mí me invadió una irrefrenable envidia hacia sus dedos. Salí al exterior de la terraza y di una vuelta a todo el perímetro. Me paré finalmente frente a ella.

—¿Te gustan las vistas?

—No creo que puedan ser mejores —dije con la mirada perdida en sus ojos azules. La verdad es que era un lugar soberbio. Madrid bañada en la inmensidad del fulgor eléctrico y arrullada por la misma brisa nocturna que

obligó a Mayca a recogerse el pelo en una coleta. El ruido de los coches, los autobuses, y demás ingenios mecánicos, componían un lejano zumbido monótono que habría echado de menos en caso de cesar de pronto.

—Es enorme ¿verdad? —Dije hipnotizado por el resplandor amarillo y naranja de las luces de Madrid.

—Es tan grande como tú quieras que sea.

—No sé si lo entiendo.

—No hace falta que entiendas nada. Ven —dijo tocando con su mano la parte vacía de la hamaca—. Siéntate a mi lado.

Obedecí y me senté junto a ella. Su pierna quedó muy cerca de la mía hasta que ella la apoyó del todo en mí. Hacía mucho tiempo que no me dejaba llevar por alguien como lo estaba haciendo ahora con Mayca. —El mundo está del revés ¿no crees? —Dije mirando el firmamento ciego de Madrid. La capa de contaminación lo cubría todo como si fueran los nubarrones de una tormenta que está por venir, y las luces artificiales se reflejaban en el cielo creando un efecto luminiscente.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó.

—No hay estrellas —dije encogiéndome de hombros—. Antes la gente tenía que levantar la cabeza en mitad de la noche para ver algo tan bonito como un cielo estrellado, y ahora hemos apagado el cielo y hemos encendido el resto del mundo. Podría decirse que antes lo bonito estaba arriba, y ahora está aquí.

El final de la frase quedó en el aire como si hubiera dicho algo que me estaba prohibido decir. Sus ojos se encontraron conmigo como un fortuito accidente entre dos aficionados que conducían por una vía que ninguno de los dos parecía conocer. El silencio instalado se interrumpió de pronto por la

pitada larga y cansina de un camión o un autobús de la EMT.

—¿No tienes hambre? —Preguntó Mayca.

—Pensé que no lo ibas a decir nunca.

Deshizo el nudo de la bolsa de plástico y sacó los bocadillos envueltos en papel de aluminio del interior. —Toma —dijo ofreciéndome uno—. Este es un poco más grande.

Comimos sumidos en el mutismo que provoca lo que nos pareció el mejor bocado que habíamos probado en años. Abajo, los coches circulaban entre nuestros pies en una vía de un único sentido. Un coche se iba y otro llegaba para sostener la ilusión de estar viviendo una perpetua instantánea. Mayca acabó antes que yo. Se levantó y se acercó a la barra del bar de la terraza. Rebuscó y revolvió unos minutos tras ella, y regresó hasta donde estaba con la carta del bar en la mano. En la cubierta podía leerse: “Pink Ana Lunch & others...”. Abrí la carta por la última página en donde se supone que debían estar los postres.

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Tenéis *shishas*?

—Pues es la primera noticia que tengo. La verdad es que no ando demasiado pendiente en la forma en cómo se dirige el hotel. Son cosas de mi madre. ¿Te apetece que nos fumemos una? —Preguntó entusiasmada.

—¿Por qué no? —Contesté. Se pegó a mi lado y se agarró a mi brazo para leer la carta. Su cabeza quedó muy cerca de la mía y me sorprendí a mí mismo cerrando los ojos al notar en mi cara el cosquilleo de algunos de sus cabellos sueltos.

—¿Qué sabores tienen? —Preguntó.

—Strawberry —comencé leyendo. Al contrario del resto de los productos de la carta, los sabores del tabaco para las *shishas* solo venían en inglés.

—Uhhh... ¡Fresa! —Dijo Mayca mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—No —corté—. Ya he tenido suficiente strawberry hasta que se acabe el año.

—¿Y qué otros sabores hay?

—Menta y *tutti frutti* —continué leyendo.

—Pues tenemos un problema.

—¿Lo tenemos? —Pregunté sin entender.

—Sí —afirmó—. ¿A que tú prefieres menta?

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque este tipo de elecciones tienen mucho que ver con la forma de ser.

—¿Quieres decir que estoy condicionado a elegir siempre el mismo sabor?

—Siempre no. Pero cuando la elección es simple, como es el caso, elegirás lo que más se asemeje a tu carácter.

—No sé si lo entiendo —dije acomodándome en la hamaca de tal modo que su rostro quedara frente al mío.

—Simplificando: yo diría que tú eres menta y yo soy más como *tutti frutti*.

—Creo que ahora lo has simplificado demasiado —dije divertido, viendo que aquella situación podía conducirla a un atolladero—. ¿Puedes explicarlo?

—Pero solo si me aseguras que vamos a pedir el sabor *tutti frutti*.

—Está bien —concedí.

—No sé si fiarme. Mejor la pedimos ya, así no podrás arrepentirte.

Hizo una rápida llamada desde su teléfono móvil (supongo que a la misma

gente de recepción). Pidió la *shisha*, colgó, y se sentó sobre su pierna derecha.

—Yo soy más como *tutti frutti* —empezó a explicarme—. Porque tengo un número alto de matices, todos ellos distintos, pero con un equilibrado final.

—Creo que pasas demasiado tiempo entre botellas de vino —bromeé.

—¡Ja! Me parto contigo —ironizó.

—Continúa.

—Y tú eres más como la menta. Tiene un único matiz, pero muy intenso y sostenido.

—Pero..., según eso, la menta suena muy aburrida ¿no?

—Un poco —confirmó—. Pero lo compensa con un final largo —dijo estirando mucho la “a”—. Y en consecuencia es difícil de olvidar. Pero, los sabores son solo eso, y nosotros somos personas. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Una suave brisa se levantó erizándole la piel en los brazos. Se pegó aún más a mí.

—¿Quieres una cerveza? —Ofrecí interrumpiendo el silencio.

—¿Nos partimos una? —Dijo sacando la lata de la bolsa.

Eso es lo que hacen las parejas. Lo que hacía yo con Laura cuando íbamos de bares y compartíamos algo más que la comida y el tiempo. La lata pasó de sus manos a la mía en al menos dos ocasiones. Cuando lo hacía, sus dedos fríos por la temperatura de haber empuñado la cerveza, rozaban con los míos, fríos por la imposibilidad de hacer latir mi corazón de piedra. Le tocó a ella matar el final de la lata. Estrujó el aluminio entre sus manos y lo lanzó hacia atrás por encima del hombro. El gurrño metálico chocó contra el suelo y rebotó dos veces antes de detenerse a los pies de la misma mujer a la que había abierto la puerta en la habitación 108.

—Buenas noches Mayca. Señor —dijo dirigiéndose a mí—. ¿Han pedido

una *shisha*?

Depositó una bandeja dorada sobre una mesita baja con todos los elementos para fumar una pipa.

—Lo siento mucho, pero solo nos queda tabaco con sabor a menta.

—¿Ves? —Dijo Mayca dándose la razón—. La menta es un sabor aburrido que no quiere nadie y ahora nos lo tenemos que fumar tú y yo.

Solté una carcajada que por un momento encogió la intensidad del ruido del tráfico.

—¿Quieren que la prepare? —Preguntó la mujer de la coleta exprimida.

—Gracias Lidia, lo hacemos nosotros.

Se agachó a por la lata arrugada antes de cruzar la puerta y dejarnos solos en la terraza.

—¿Os conocéis de hace mucho? —Pregunté.

—Unos pocos días. Aquí la gente, no sé por qué, rota mucho —dijo mientras con un mechero iba calentando las pequeñas pastillas de carbón. Dejó el Clipper sobre la mesa y giró el carbón entre sus dedos, soplando con cuidado de no quemarse. Su boca imitó el gesto de un beso y la brasa se avivó en color rojo incandescente. Dejó la pastilla sobre el cenicero de la pipa y la acopló junto a otras para después poner el tabaco encima.

—¿Y ya te sabes su nombre?

—Bueno, —respondió como si no tuviera ninguna otra opción— esto es como si fuera mi casa, es lo menos que puedo hacer por la gente que trabaja aquí.

—Debe ser muy raro, ¿no? Me refiero a vivir en un hotel.

—No he conocido otra cosa, Mario. —Pareció como si se hubiese

sumergido en un mar de recuerdos. Desvió su mirada un par de centímetros de los míos, y perdió su vista hacia el corazón de cemento de Madrid—. Más raro es lo tuyo. Vives en una cueva con la compañía de un gato que podría tener la lepra.

—¡Eh! —me quejé—. A los antepasados de mi gato los enterraban junto a faraones.

—Ya, y aquí han venido reyes a dormir. Supongo que acabamos normalizando lo que siempre hemos hecho. ¿Y a ti? —Preguntó dando la primera calada—. ¿Qué te pasó?

—¿A mí? ¿Quién ha dicho que me haya pasado algo?

—Vale, no quieres contarlo. Ya lo soltarás, pero recuerda que a veces es necesario un poco de amnesia. Cambiemos de tema. ¿Qué haces tú para divertirte? A parte de estar conmigo, claro. —Dijo fardando en un tono chulesco que tengo que reconocer, me recordó a mi yo de hace tiempo.

—Juego al póquer por internet, aunque no puedo decir que sea una forma de divertirme. Más bien es mi modo de ganarme la vida.

—Interesante. ¿Y qué tal se te da?

—Te sorprenderías. De hecho, yo mismo estoy sorprendido. De un tiempo a acá, parece que haya nacido para ello.

—Pero ¿de eso se puede vivir?

—Yo lo hago.

—Ya, ¿y qué más? —Preguntó revolviéndose en la hamaca.

Pensé un instante. Realmente mi vida había sufrido un proceso de *enanización* en los últimos años. No hacía nada o casi nada, y lo que hacía, era un bucle que incluso pensarlo, me pareció aburrido.

—A veces entro en salas de chat —dije aliviado de poder añadir algo.

—¿Chat dices? ¿Y qué *nick* sueles usar?

Me pasó la manguera de la *shisha* y di una calada larga que hizo que se me hinchara mucho el pecho. Solté el humo en varios tiempos dibujando anillos con la boca. Mayca metió un dedo en uno de los anillos y lo rompió.

—Tenías razón —confirmé—. La menta es un sabor aburrido.

—No me cambies de tema. Seguro que quieres hacerme el lío para no tener que decírmelo.

—Es que si te lo digo seguro que vas a caerte al suelo de risa.

—¿Quieres que pruebe yo a ver si lo adivino?

—Dispara.

—Moreno_Mentolado.

—No, lo siento. Era Moreno_tuttifrutti —bromeé.

—Venga, dímelo.

—En algo has acertado. Tiene dos emes.

Se llevó un dedo a la barbilla y puso cara de estar memorizando una lista muy larga. —Buff, me rindo. La cabeza hoy ya no me da para más. —Se recostó en la tumbona y puso las piernas sobre las mías. Entrelazó las manos tras la cabeza y canturreó una canción al cielo: —“Mario nunca quiere decir nada” —decía el estribillo. Después de recostarme a su lado en aquel espacio imposible para dos personas, y silbar a coro el ritmo de su canción, dije:

—Está bien, pero prométeme que no vas a reírte.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Dijo esto y se rio. Estalló en una carcajada que no hizo sino que contagiarme a mí también la risa.

—¿Sabes qué pasa? —Dije con una mano en la tripa. Me dolía de tanto reír—. Es que ahora que lo pienso, aquí fuera, me parece ridículo.

—Venga, dispara de una vez ¡pesado!

—MegaMind —dije pasándole la manguera de la pipa.

—¡Uuuuh! La mega mente —se burló. Se puso de lado y se apoyó en un codo. Su muslo derecho levitó a escasos milímetros de mi pierna derecha mientras su aliento me acariciaba en la parte más sensible del cuello. Yo no pude verla porque no aparte la vista del cielo nocturno, pero podía sentir su mirada evaluando algo en mi cara, tengo que reconocer; no sé muy bien qué. Dio una calada al pitorro de plástico y me echó parte del humo en ella. Cerré los ojos para que no me entrara en ellos. —¿Sabes? Creo que es un buen *nick*, aunque en eso tienes razón, fuera de contexto, cae por su propio peso. Pero visto ese mundillo en dónde abundan los polis, médicos y bomberos... Me parece un *nick* que, por lo menos, puede ofrecer algo distinto.

—¿Parece que conozcas bien el mundillo?

—Hace mucho, de crías, tuve una amiga a la que le iba el rollo de los chats. Se pasaba horas chateando con chicos pero luego no era capaz de mirar a uno a la cara. Reconozco que me contagié un poco de lo que ella veía en esos sitios. Pero luego perdí la fe, por así decirlo.

—¿Por qué?

—No sé cómo estará la cosa ahora, supongo que igual que entonces. Pero si en cualquiera de las salas hay al menos quince o veinte personas con un *nick* que dicen ser médicos, ¿quién está haciendo las guardias en los hospitales?

—Ya, tienes toda la razón. ¿Y te acuerdas del *nick* que usabais?

—No, te lo prometo —y soltó otra bocanada de humo. A veces lo soltaba al mismo tiempo que hablaba y un gesto y el otro se convertía en uno solo. Me

pareció ver algo atractivo en su modo de hacerlo. Quizás era esa naturalidad con lo que hacía todo, desde respirar hasta descalzarse los pies sobre la hamaca. Qué distinta me pareció de mí entonces, así, fumando. Yo medía cada fotograma de aquel instante de vida que dejé pasar sin más en la terraza de aquella azotea, y ella, simplemente, dejaba que sucedieran las cosas.

—¿Sabes Mayca? Me estoy dando cuenta de que en realidad no me lo paso bien en el chat, creo que incluso me aburre.

—No me extraña. Está bien cuando tienes dieciséis años, pero luego, como en todo, hay que pasar página. ¡Oye Mario! —Dijo cómo si se hubiera acordado de algo—. ¿MegaMind no era un villano de dibujos animados que luego resultó no ser tan malo?

—¿Lo era? —Pregunté haciéndome el ignorante sabiendo de sobra que me había pillado.

—¡Ja! Te he cogido y lo sabes.

—Pocos actos viles me quedan por hacer ahí dentro —dije refiriéndome al chat.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy cansado del chat. Siempre se repite el mismo patrón con la gente. (No nombré de ningún modo a La Reina. Ella estaba fuera de cualquier patrón, de las reglas del chat, y obviamente, de los objetivos ridículos que hasta ese momento me habían calentado la cara frente a la pantalla).

—Lo que necesitas es un pequeño cambio de aires. No hay nada como romper el círculo de las rutinas para cambiar la visión de las cosas. A ver, ¿qué haces mañana?

—Creo que nada.

—¿Nos vamos al Parque de Atracciones?

Aquella propuesta me produjo el mismo pico de adrenalina que la caída desde el punto más alto de una montaña rusa. O tal vez fuera la sensación de vértigo que despertó en mí el hecho de verme diciendo que sí. El caso es que no me quedé a dormir en la habitación 108, ni en ninguna otra del lujoso hotel. Necesitaba habitar durante unas horas en mi propio espacio y recuperar el control sobre un mar de emociones que empezaba a desempolvase en mí. A Mayca le pareció ridículo que no me quedara a dormir, pero Mortadelo me brindó la excusa perfecta, aludiendo que si ya había faltado hoy, y también lo hacía mañana, sería demasiado tiempo solo para el pobre felino. Lo cual, no era del todo incierto.

Volví andando, otra vez contra la voluntad de Mayca. De la que me escapé prometiéndole (con los dedos cruzados) que si veía un taxi con el piloto verde encendido, lo pararía para que me llevara a casa. Me apetecía andar y respirar la brisa viciada de la noche que me recordaba tan bien quién era. Al pasar junto a uno de los muchos escaparates de la Gran Vía, me pareció ver en el reflejo de un cristal, al errante fantasma de Laura, solo que esta vez caminaba muy lejos de mí.

Capítulo 21

La cobra solar y la salvación del mundo.

Sobre las once y cuarto de la mañana sonó el timbre. Sabía que solo podía ser Mayca, así que no dije nada más al descolgar el telefonillo que “enseguida bajo”. Me tomé un café rápido, me lavé los dientes y me paseé por la casa con medio cepillo asomando por la boca, mientras abría un paquete de comida para gatos de los que parecen un taco de paté. Mortadelo se frotó contra mis piernas agradeciéndome el detalle. Eché un último vistazo a la mochila que había preparado antes de salir. A mi juicio casi todo eran básicos para aquel día. Chicles, pañuelos de papel, una cartera con documentación y dinero, una navaja del ejército falsa, y un montón de preservativos. Cerré la puerta de casa y bajé a la calle. Mayca se había colado entre las obras con su pequeña Typhoon, había parado el motor sobre la acera, y sujetaba entre las piernas su flamante casco AGV. El calor me recibió con un bofetón en la cara. Era un perfecto día de verano en el que al bajar a la calle te das cuenta de que vas a sudar hasta por beberte un vaso de agua. Las alcantarillas, abiertas, apestaban más que el día anterior, y algunos de los obreros trabajaban

tapándose la nariz con camisetas anudadas al cuello. Uno de ellos machacaba la calle con una mini excavadora. Llevaba casco y un par de protectores de oídos muy similares a unos auriculares grandes de principios de los noventa. El tipo parecía no enterarse de nada, mientras el resto de la cuadrilla no paraba de echar miradas a la figura delgada y atractiva de Mayca apoyada en su moto. Se había vestido con un pantalón blanco arremangado hasta la rodilla. Solo se veía la mitad de sus largas piernas pero estoy seguro de que los obreros y yo coincidíamos en que era el cincuenta por ciento de piernas más perfecto que habíamos visto. Algunos hicieron un par de comentarios entre ellos y se rieron. Sacaron pecho, escupieron un par de flemas, y bailaron su particular danza del pavo en celo. No pude escuchar lo que decían por el traqueteo continuo de la obra. Pero no hacía falta. Me lo imaginaba, y si yo en vez de pantalón vaquero y camiseta negra ajustada, hubiese llevado un mono de albañil con logotipo del ayuntamiento, seguramente hubiera estado en el centro del grupo de los que más reían y les hubiera dicho: “sí, tíos, está buenísima, pero hoy resulta que le ha dado por hacerme compañía y vamos a irnos juntos a pasar el día. Así que aquí os quedáis oliendo la mierda manar de la calle abierta. Procurad tenerlo todo bien recogido esta noche, que lo mismo traigo visita”.

—Hola Mayca —le dije. Se sujetaba el pelo con una cinta ancha pegada a la frente, y la parte trasera le caía sobre los hombros. Llevaba una camiseta blanca a juego con el pantalón, con el logo de Nike en dorado.

Arrancó la moto y giró un par de veces el acelerador como si solo quisiera hacer algo de ruido. Sacó el casco “de emergencia” del cofre del asiento y me lo dio. Tuve la sensación de que algunos de los obreros miraban el pequeño casco de hípica pendientes de mi decisión sobre si ponérmelo o no. Alguno incluso dejó de golpear la calzada con el pico. Me coloqué el casco bajo el brazo y me monté detrás de Mayca. En cuanto salimos de la calle

en obras y dejamos atrás el corro de obreros, me ajusté el casco en la cabeza.

—Recuérdame que te regale otro “quita multas” —dije elevando todo lo que pude el tono de voz para que me escuchase por encima del petardeo de la moto.

—Va, Mario. Al final lo cogerás cariño. Se nota que te lo pones con gusto. ¿Sabes que te pueden multar igualmente aunque lo lleves?

—Por el grado de ridículo, ¿no? —Ironicé.

—Es solo para guardar las formas. Normalmente nunca llevo a nadie en la moto.

—¿Y por qué llevarlo? —Dije muy alto mientras la moto aceleraba entre los coches.

—A veces acerco a alguna chica del hotel a casa, o quedo con alguna amiga. Pero ya hace tiempo que no montaba a nadie, la verdad.

—¿Soy un afortunado? —Pregunté.

—O un incauto.

Bajamos por la Castellana dirección a Atocha. El tráfico había perdido la fuerza de primera hora de la mañana, y el verano se había llevado a la gente hacia las costas, en busca del Santo Grial de las playas y los calamares fritos. El enorme paseo corría tranquilo en ambos sentidos. Hacía calor del de verdad. Mal día para estar en el Parque de Atracciones, pensé. Cuando llegamos a Cibeles, la diosa soltaba potentes chorros por cada uno de los pitorros de la escultura. Mayca dio dos vueltas completas a la rotonda para refrescarnos con la nube de diminutas partículas de agua que manaba de la fuente. Con la cara casi mojada y haciendo un gesto como si me hubiera comido un limón especialmente ácido, tomó la salida de la rotonda para subir hasta Sol. Dejamos a un lado la Catedral de la Almudena y el Palacio Real, en

donde algunos turistas buscaban refugio en las escasas sombras. Al llegar a la Casa de Campo la temperatura cayó uno o dos grados y el aire se mostró más ligero y menos cargado de contaminación.

A las 12:25 minutos, candábamos la moto a un árbol lleno de nombres escritos con la punta afilada de una navaja. Me quité, al fin, el casco. Tenía el pelo revuelto y sudado, no mucho mejor que Mayca. Anduvimos los últimos metros hasta la puerta principal del Parque de Atracciones ajustándonos nuestras respectivas mochilas. Acababan de abrir y aún había mucha gente haciendo cola, así que nos unimos a aquella marabunta, que se tostaba sin remordimiento al sol. Algunos llevaban sombreros de paja de los que eran la última moda entre los usuarios de las playas de la España del nodo. Mayca se puso una gorra de Los Angeles Lakers e intentó echarme protector solar de un tubo que sacó de su mini mochila. Mi primera reacción fue negarme. A mí nunca me ha gustado el tacto especialmente pringoso de la crema, y se lo demostré sin ninguna duda, cuando mi cabeza y mi cuello efectuaron un perfecto movimiento de cobra reclinándose al menos veinte grados de ángulo hacia atrás. Pero Mayca era muy insistente cuando creía que hacer “ese algo” de “ese momento” es justo lo lógico que tienes que hacer. Porque ¿qué vas a hacer si no, cuando te está pegando de lleno el sol de primeros de julio? Así que como el día anterior ya me había negado a quedarme a dormir y a que me llevara a casa, me sentí en deuda con ella. Una deuda que iba a pagar a golpe de crema solar. Menuda chorrada, pensé, mientras con sus delgados dedos me untaba la cara, nariz, y orejas, con aquel ungüento marrón que olía como cualquier otro ungüento para el sol.

—Estás más blanco que un fantasma, Mario. Seguro que tienes que brillar por la noche.

No dije nada. En el fondo me encantaba ver la cara concentrada de Mayca a pocos centímetros de mí, frunciendo el ceño de su frente y

mordiéndose la punta de la lengua. La cola avanzó despacio. Lo hizo a la velocidad que lo hace cualquier otra cola, como la del banco o la del supermercado, con la única diferencia que lo que esperaba al final de esta era una auténtica recompensa. Al pasar la puerta de entrada un jovencísimo fotógrafo quiso hacernos la típica fotografía que ya nadie quiere porque todo el mundo hace sus fotos con el teléfono móvil. Pero aquel día tenía la sensación de ir contra todo lo establecido, al menos lo establecido por mí en el último par de años. Tras hablarlo con Mayca nos hicimos la foto a la entrada del parque con el retorcido esqueleto de una montaña rusa de fondo. El fotógrafo nos entregó un *ticket* y nos dijo que podríamos recogerla al marcharnos. Me fijé en su cámara. Tenía pinta de valer más que el salario que ganaría en los dos meses de verano.

El día se nos escapó de entre las manos. Era como si el tiempo hubiese corrido tan rápido como el vagón de una de las atracciones llamada El Abismo, al caer este, sin control, desde su punto más alto. Montamos dos veces en esta, y en las Sillas Voladoras, pero las de verdad, las que no son aptas para cardiacos porque te ponen a girar a ochenta metros de altura y desde arriba todo el mundo parece una hormiga. También en La Araña, en Los Troncos que se deslizan sobre el agua, varias veces, y dejamos, como había hecho previamente medio Madrid, nuestros respectivos chicles pegados en el techo de un túnel, antes de descender una enorme cuesta y calarnos hasta los pies. Cuando conseguí sacar a Mayca casi a la fuerza de aquella montaña rusa de agua, mis zapatillas croaban como las ranas al pisar el suelo y mis pantalones vaqueros se asemejaban más a una prenda de camuflaje. Allí todo el mundo se quitaba la camiseta y se la colgaba del cinturón, orgullosos de lucir lorza y tatuaje nuevo de principios de verano. Sabía que eran nuevos porque algunos de ellos estaban en esa fase en la que aún no les puede dar el sol por problemas con la cicatrización, y al darlos, (la gente es una

inconsciente) se ponían muy rojos, hinchados, y en relieve. Mayca retorció su pelo dándole la forma de una cuerda e inclinándose a un lado lo escurrió como si fuera una toalla. Nos secamos al sol como dos lagartos sobre una piedra, sentados en una zona verde en la que había un cartel que decía claramente “no pisar”, y en la que tenías que defender con uñas y dientes tus veinticinco centímetros cuadrados de hierba. Me fumé un cigarro. Sabía a seco. Lo había sacado de un paquete de Marlboro blando arrugado, que estaba perdido desde no sabía cuándo, en el fondo de la mochila. No tenía fuego así que tuve que pedirlo a una pareja muy joven de lesbianas, ambas con rastas, que teníamos al lado.

—¿Vamos al Viejo Caserón? —Pregunté a Mayca.

—¿A La Casa del Terror?

—Esa misma. Me suena que está al final de esta calle —dije señalando en la dirección.

—Sí —confirmó—. Está al final y a la derecha. La última vez entré con una amiga que me destrozó la cintura a pellizcos.

—Creo que yo podré contenerme.

—Tengo mis dudas —dijo Mayca tapándose el sol que le daba de lleno sobre la cara pecosa.

Me hizo gracia. Es solo una atracción más, pero la gente se pone muy histérica ahí dentro. Hay incluso quien lo pasa mal, mal de verdad y tiene que salir por una de las puertas de emergencia que hay a lo largo del recorrido, las que llaman las de “los arrepentidos”.

—Yo la última vez vine... —Dije haciendo memoria. Pero algo falló al rescatar el recuerdo en mi cabeza y me quedé pensando sin terminar la frase. Me había salido automáticamente. No quería decirlo pero había salido

solo, como un reflujo agrio y ácido desde el estómago —con una persona — dije. Mayca se dio cuenta de que me había impuesto yo solo ese silencio.

—Viniste con esa chica ¿no?, con Laura —se atrevió a pronunciar.

—Sí, con Laura.

—Pero ¿tan mal acabó lo nuestro?

—Digamos que acabó demasiado pronto cuando no tenía que hacerlo, y sobre todo, acabó para siempre.

—Ya —y guardó silencio un instante—. Pero ¿aún sientes algo por ella? —Preguntó tanteando, como el que pone la mano sobre una brasa y la retira corriendo para no quemarse.

—No, no se trata de eso. Dame algo de tiempo, un par de días, y te lo explico. —Dije casi rogando al cielo para no tener que iniciar esa conversación. Hablar de Laura se había convertido en un acto de tortura. Me sentía desollado cada vez que tenía que hacerlo. Con Elena, ya había sufrido lo mío para vomitar cada una de las palabras. Algo del muro en el que me había convertido se estaba derrumbando, pero yo no era un gato al que le sobrarán media docena más una de vidas, ni un lagarto que mudara la piel y con ella las viejas cicatrices. Mi herida estaría conmigo para siempre, no quería olvidar pero tampoco sufrir inútilmente. Le di la última calada a aquel cigarrillo a punto de extinguirse, y tendí la mano a Mayca para levantarla del suelo.

—Venga —le dije—. Vamos al Viejo Caserón. Tengo ganas de ver cómo chillas.

Compramos las entradas en una taquilla disfrazada de cabaña del bosque. Parecía la de un cuento infantil embutida en un vestido siniestro. Nos pusimos a la cola. Conté veintisiete personas por delante de nosotros. No eran

demasiadas para las colas que recordaba. Se entraba en grupos de ocho o diez, así que con suerte aún teníamos por delante al menos veinte minutos. Fumé otro cigarro igual de seco que el anterior. Esta vez el fuego me lo ofreció un matrimonio entrado en años que estaban detrás de nosotros. Mayca cogió mi pitillo prestado. Dio un par de caladas. Cuando fumaba ponía cara de interesante o, al menos, así me lo parecía a mí. Puede que fuera de esos gestos automáticos de los que no nos damos cuenta hasta que alguien los valora. “¡Oye! Cómo molas cuando fumas” te dicen, y entonces te vuelves fumador. Me devolvió el pitillo sin darme tiempo a decir lo mucho que molaba cuando hacía aquello. Estaba húmedo de saliva pero no sabía a ella, aunque hay que decir que no tenía ni idea de cómo era su sabor. Solo sabía a tabaco, rancio, y apestoso. Me lo terminé y tiré al suelo destrozándolo bajo el pie como si se tratara de una cucaracha mutante superviviente de tres catástrofes nucleares.

—Me parece que nos va tocar últimos de grupo —dijo.

—¡Joder! ¡Qué mala suerte! —Dije soltando el último vestigio de humo que quedaba en mis pulmones.

—¿Por qué?

—Porque los últimos son los que se comen todos los marrones. Nos va a tocar hacer de coche escoba de todas estas —dije señalando a un grupo de crías que estaba delante de nosotros. La mayor de todas rondaría los diecisiete años, quizá dieciocho si quería ser algo condescendiente. La más pequeña tendría trece. Eran una granja de pavas, solo que aquellas sobrevivirían a la próxima Navidad. De la mayor a la pequeña, las siete eran copias exactas. Parecían una versión de distintos tamaños de la misma muñeca fabricada en serie en algún rincón tercermundista del planeta. Pelo teñido o con mechas, con el flequillo largo cubriendo un ojo, todas el derecho, salvo una que pareció tener el don de escuchar mis pensamientos, y se lo cambió de lado

usando la mano como si fuera un peine. Se habían pintado los brazos y las piernas con un rotulador gordo. Algunas lucían flores a las que les faltaba un pétalo, corazones, nombres, mote masculinos, e incluso un teléfono móvil. Parecía un iPhone, pero la pintura se había corrido tanto por el sudor, el agua, o una mezcla de ambos, que era imposible saberlo.

Entró otro grupo al interior de la atracción. Al abrirse la puerta, el siniestro mayordomo con capucha negra invitó a pasar a la gente. Las pavas gritaron, rieron, y volvieron a gritar. Dijeron la palabra “tía” al menos treinta y seis veces en apenas diecinueve segundos. No salían las cuentas, pero la adolescencia no está hecha para cumplir con los números. El mayordomo, maquillado, tenía la tez muy pálida y algo sanguinolenta, miró fijamente al resto del público que hacíamos cola para entrar en la atracción, y cerró la puerta tras la última persona que accedió dentro. El hijo de puta lo hacía condenadamente bien; para eso era actor, claro. Se oyeron gritos en el interior. Las pavas volvieron a gritar, no iban a ser menos. Habían entrado solo ocho personas. Ahora teníamos a diecinueve por delante incluyendo a las siete prehistóricas.

—O pasamos los últimos o los primeros —dije.

Mayca se acercó a mí. Hasta entonces había estado sentada en la madera que hacía de valla para encauzar la cola de gente. Me agarró por la cintura y me habló con voz susurrante. —Me da igual. No vas a tener el gusto de oírme gritar. —Podía sentir sus labios rozando el lóbulo de mi oreja y su aliento caliente penetrando en mi oído. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Se me erizó el vello. Mayca se dio cuenta y siguió hablando. No podía escucharla. Las pavas gritaban demasiado alto y solo sentía su aliento cálido anulando el resto de mis sentidos.

—¡Oye! —Dijo Mayca—. Tienes la piel de gallina. ¿No me digas que

te vas a poner a chillar ahí dentro?

Sonreí. Me gustaban esas cosas, las pequeñas maquinaciones. Se había acercado a mí, había puesto su boca caliente junto a mi cuello, aposta, para que se me erizara el vello y poder llamarme gallina.

Al final no chillé dentro. Ni ella tampoco. Pasó demasiado rápido. Parecía vivir un flashback, solo que uno que no puede vivirse porque aún no se ha experimentado. Entramos los primeros. Con el matrimonio cincuentón del bonito mechero detrás de nosotros. El mayordomo nos cortó el paso justo cuando entró la última de las pavas y me puso cara de “entiéndelo”, va a ser una auténtica escabechina. Mejor que no veáis esto. Nos hizo un favor, también hay que decirlo. Detrás del matrimonio iban sus hijos: dos chicos y dos chicas. Yo hice de guía. Eso significaba ir el primero y no encontrarte un solo monstruo. Casi todos salen a mitad de grupo y se meriendan la mitad trasera del pequeño ciempiés humano. Caminamos despacio. Estaba demasiado oscuro y no veía una mierda. Mayca me agarró del brazo y se puso ella en primer lugar. Colocó la palma de mi mano sobre su vientre a la altura del ombligo, y la cubrió con la mía. Mi sexo estaba muy cerca de su cuerpo. Apenas nos movimos de esa postura salvo en el inevitable avance hacia adelante. Cuando llegamos a la zona de la niña de El Exorcista, esta estaba tirada sobre la cama. Dejé de oír gritos, golpes, y el ruido del motor de una motosierra. La niña llevaba un camisón blanco. Tenía la cara descompuesta. Escupía maldiciones y un líquido parecido al vómito. Miré sus ojos, me miró. Vi en su figura a Laura. A la enferma, a la que se estaba muriendo hacía tiempo sobre una cama de hospital. Mi tacto debió de hacerse más frío en ese momento. Mayca me sujetó con fuerza. Me pareció que empezaba a entender algo. No sé el qué, pero al menos había percibido mi cambio. Me abracé a su cintura y seguimos andando. Vimos a Drácula, a Freddy Krueger, y finalmente al de la máscara de hockey de la saga Viernes 13. Salimos de la atracción

riendo, casi descojonándonos. Pero a mí esos siete segundos a los pies de aquella cama, no me habían hecho gracia. Mayca siguió cogiéndome de la mano. Me llevó hasta un banco y nos sentamos. Eran las siete de la tarde, sentados a los pies de una atracción que en mejores tiempos se había llamado El Cóndor. Recordaba aquella maravilla mecánica como algo muy lejano, quizá incluso de los primeros recuerdos de mi infancia. Solíamos venir los domingos a pasar el día entre atracción y atracción. Era solo un modo más de pasar un domingo cualquiera, pero para mí era el mejor modo de hacerlo. Si nos cansábamos, comíamos, o nos tumbábamos a la sombra en cualquier rincón designado como zona de picnic. Descubrí que no era el único niño afortunado que pasaba un día de cada siete entre montañas rusas. El parque tenía su propia gente y con ella formamos nuestra pandilla. Para mí la primera, para mis padres otra más que pasaría sin dejar un profundo surco en sus vidas. Allí sentado con Mayca en ese banco, muy probablemente el mismo de entonces salvo por seis o siete capas de pintura adicionales, cociéndome al fuego lento del sol de última hora de la tarde, añoré la sencillez de la infancia y de las cosas tan sencillas que habían sucedido en ese mismo lugar. Como mi madre sujetando con firmeza mi pequeña mano mientras me ayudaba a cruzar lo que parecía un laberinto insalvable de obstáculos dentro del barco “Reina de África”, o a mi padre riendo conmigo a carcajadas por algún niño que no había aguantado el tipo y había vomitado nada más salir de una atracción. — No os riais de las desgracias ajenas, —solía decir mi madre.

—Espera aquí —dije a Mayca al levantarme del banco.

—¿A dónde vas?

—¿Tienes sed? —Contesté con otra pregunta.

—Mucha.

—Pues habrá que solucionarlo. En seguida vuelvo.

Bajando apenas cuarenta metros por la pequeña avenida, encontré un puesto de granizados. Comprabas una cantimplora de plástico que parecía salida de la película Regreso al Futuro, y tú la mismo llenabas con la combinación de sabores que te diera la gana. Había muchos para elegir, de colores vivos y pasteleros. Todos los sabores allí dispuestos en fila parecían el preámbulo de la serie de Los Osos Amorosos. Cuando entregué a Mayca su frío granizado, sonrió como una niña ante su primera vez con un algodón de azúcar.

—¿De qué es? —Preguntó.

Había echado una capa de cada sabor excepto de cola y menta. El envase de plástico contenía más capas de sabores diferentes que colores una cajita de lápices para niños. Realmente su aspecto era un poco como eso.

—Es un *tutti frutti* —dije casi orgulloso.

—Muchas gracias —dijo como si aquello le hubiera rozado en el alma—. ¿Y el tuyo?

—Solo cola.

La primera aspiración que di a la pajita la hice con demasiado entusiasmo o simplemente sin pensarlo. El caso es que al hacerlo se me heló literalmente el cerebro. Me llevé la mano a la frente y apreté fuerte para intentar calmar el dolor. Realmente no sabía si ese gesto serviría de algo para lo que estaba haciendo. Me pregunté si existiría un método para revertir aquello en el relicario de cualquier abuela, del tipo: levanta un dedo del pie mientras miras al sol o que te soplen dos vírgenes en la nuca al mismo tiempo. El dolor empezó a remitir y al poder abrir los ojos de nuevo, me encontré con la mirada graciosa e inquisitiva de Mayca clavada en mí.

—Se te ha helado el cerebro, ¿verdad?

—Sí —contesté con la mano aún sobre la frente.

—A veces pareces un niño, Mario.

Al decir aquello Mayca se quedó pensativa, siguiendo con la mirada a las jóvenes parejas que llevaban a sus hijos de la mano o en carricoches, o simplemente en brazos porque aún eran demasiado pequeños para hacerlo andando. En sus caras se veía sorpresa, y señalaban a todas partes y a ninguna al mismo tiempo, para mostrar a sus padres cualquier cosa que llamaba su atención en aquel mundo de infinidad de color e ingenios mecánicos. Me recordaron a pequeñas estatuas de Colón atrapadas en un bucle, incapaces de bajar el dedo y el brazo.

—Mayca ¿estás bien? —Pregunté al verla perdida en sus propios recuerdos. Sus labios ya no se movían alrededor de la pajita y dejó el granizado a un lado del banco.

—Mis padres se divorciaron pronto. —Empezó a relatar—. Yo debía tener tres años recién cumplidos y apenas tengo recuerdos de haber vivido con ellos. Con los dos juntos, me refiero. —Añadió aclarando esto último—. Mi padre fue siempre el peor parado. Por aquella época trabajaba en el barrio como profesor de artes marciales, aunque hace poco, al sacar el tema, me dijo que también estuvo dando clases de boxeo. —Pero si tú nunca has hecho boxeo, —le dije. Me explicó que eran tiempos en los que se pensaba que quien puede cambiar una tubería, seguramente también puede hacer lo mismo con un cable. Así que supongo que debía pasarse el día de la mañana a la noche, oliendo a sudor rancio y dando lecciones de todo lo que tuviera que ver con pies y puños, para poder pagar el divorcio.

—Así que creciste con tu madre —deduje de aquello.

—No exactamente, verás, ¿has oído alguna vez la típica historia del tío de África que nadie conoce y que al morir deja una herencia millonaria? Pues

en mi familia ese tío existió de verdad, solo que no vivía en África, lo hacía en Brasil, y más que una herencia millonaria (que también la hubo) dejó una red muy bien construida de negocios inmobiliarios. Mi madre solo tuvo que coger el timón con fuerza y no perder de vista el horizonte. Por supuesto tuvimos que trasladarnos a Brasil. Ya que desde aquí no se podía operar correctamente el conjunto de la intrincada red de empresas.

—¿Has vivido en Brasil? —Pregunté muy sorprendido. Hizo un rápido movimiento afirmativo con la cabeza y continuó hablando.

—Primero en San Paulo, aunque de eso casi no tengo recuerdos. Después nos mudamos a Espírito Santo, y finalmente mi madre decidió establecerse en Río de Janeiro. Cuando volví a ver a mi padre yo ya tenía diez años. Mi madre actuó con mucha inteligencia. Demasiada, pienso algunas veces. Sospecho que de algún modo se enteró de que iba a recibir esa herencia y mi padre no era el hombre adecuado para situar a su derecha. Por supuesto, se casó en Brasil con el testaferro de su tío, la misma persona que en los últimos años había dirigido con mano de hierro los negocios del anciano enfermo. Pero, también tonteó con otros hombres de peso del conglomerado de empresas, y supongo que haciendo falsas promesas a unos y otros sobre la adjudicación del poder en las mismas, al final se hizo ella con todo, y acabó por echar a todo el que pudiera hacerle sombra. Tengo que reconocer que actuó como una zorra astuta. Aunque no sé si le valió más lo de zorra que lo de astuta. Por supuesto tenía que viajar mucho, y una niña pequeña era una irritante molestia que no se solucionaba con crema de la farmacia. Así que contrató niñeras, algunas internas que nos acompañaban en cada viaje. Hacían las veces de madres, maestras, y amigas. No eran simples chicas de la calle. Algunas eran jóvenes recién salidas de la universidad. Ante todo creo que en el fondo mi madre quería que aprendiese algo. Quizá para que mi padre o yo misma el día de mañana no pudiera reprocharle nada. Es una persona que sabe

atar bien todos los cabos. Yo sufría. Es así. De repente mamá llegaba un día enfadada a casa y encontraba pegadas a todo. Entonces gritaba, se ponía furiosa, casi histérica, y echaba a todo el mundo de allí. Para mí aquellas personas eran mis verdaderas madres, y verlas salir en solo un instante de mi vida, me entristecía mucho. Es casi como si mi madre hubiese muerto incontables veces. No podía entenderlo. Hasta que un día el enfado fue conmigo y me mandó tres años con mi padre. El cambio fue muy duro. Imagínate, acostumbrada a pasar mi vida en mansiones y hoteles de lujo con mi propia habitación y todos los servicios que quisiera a mi alcance, y de repente me vi en un pequeño piso en Carabanchel. Además, casi había olvidado el idioma. Un desastre. En Brasil veía tan poco a mi madre que apenas hablaba con ella, y cuando lo hacíamos, por inercia o por costumbre, siempre lo hacía en portugués. A pesar de todo, los años que pasé con mi padre son lo más parecido a una infancia en familia que he vivido. Él sí se preocupaba por mí. Todos los domingos íbamos al Parque del Retiro a montar en las barcas y a patinar por sus avenidas. Luego si había dinero compartíamos un bocata de calamares en alguna de las tabernas cercanas. Yo siempre bebía agua, él un Bitter. Recuerdo a una camarera decirle a mi padre que en vez de una hija había tenido una pequeña rana. Creo que mi padre y ella se traían algo entre manos. Siempre me regalaba un helado de chocolate y conocía detalles de mi vida. No cualquier detalle. Me refiero a secretos que solo salen a la luz entre dos personas después de conversar muchas horas. Yo les escuchaba silenciosa sentada en el taburete de la barra y hacía como si no me enterase de nada, pero me daba cuenta de todo. Incluso regañaba a mi padre, la camarera, claro. No recuerdo su nombre, es curioso, porque suelo acordarme de casi todo. El caso es que le decía que tenía que hacerme hablar más, que si no nunca iba a perder ese horrible acento. Yo por supuesto exageraba aún más el acento con ella. No es que me cayese bien ni mal, pero ahora creo que tenía miedo de que aquella

mujer me quitara de en medio. No me porté bien con ella, la verdad. Aunque supongo que me dio igual. Cuando por fin conseguí normalizar el habla tuve que volver de nuevo a Brasil. A papá le echaron del gimnasio por un entrenador más joven y especializado. Pasamos seis meses de penurias porque mi padre siempre había sido incapaz de ahorrar algo a final de mes. Ya sabes, de comer patatas y de cenar patatas, y si te has quedado con hambre pues... Hasta que conseguimos dar con mi madre y a regañadientes aceptó que volviese con ella. Nada había cambiado entre nosotras desde la última vez. Salvo una expresión fugaz de triunfo y suficiencia con la que le gustaba torturarme las pocas veces que la veía. Cuando lo hacía, también discutíamos, al igual que cuando era pequeña. Pero ahora mamá controlaba mucho mejor sus nervios. Ya no estallaba ni dejaba que una crisis histérica se apoderara por completo de su forma de ser. Siempre iba acompañada de un hombre con el que compartía alianza. No quiero llamarle marido porque eso le convertiría automáticamente en mi padrastro y créeme, aquel tío me daba escalofríos. No porque fuera un hombre siniestro, sino por lo lacayo que era. Me da asco ese tipo de gente que se sitúa a propósito dos peldaños por debajo y hacen todo lo que se les dice.

Ya —dije— como una cucaracha al servicio de una rata de alcantarilla.

—Exacto.

Mayca hizo una pausa, no sé decir si larga o corta porque estaba tan metido en la historia que me estaba contando, que mi mente maquinaba a velocidad de vértigo entrelazando los datos, sin prestar atención absolutamente a nada más que el ritmo constante de su voz. Me había bebido todo mi granizado. Probablemente se me habían vuelto a helar dos partes del cerebro y no me había dado cuenta. Mayca hizo un sonoro ruido con la pajita al sorber los últimos tonos de color rojo del granizado, que dieron paso a una

capa compacta de simple hielo del que poco se podía extraer más. Después de aquello se pasó la lengua fría por los labios como queriendo notar que aún seguían en su sitio, y continuó:

—Varias veces me echó de uno de los hoteles en los que vivíamos. Entonces yo me iba a casa de una amiga que vivía en una barriada al sur de Río, no muy lejos de la playa de Ipanema, pero sin la pasta que tienen los que viven allí. Me quedaba por un tiempo hasta que las cosas se calmaban o simplemente mi madre desaparecía en otro de sus viajes. Hasta que un día el negocio con mi amiga se vino abajo. Se enamoró del estilo de vida de los pandilleros y más concretamente del jefe de una de estas pandillas. Mi madre se enteró no sé cómo del ambiente en el que nos estábamos moviendo y mandó a buscarme al tipo de la alianza y su artificial sonrisa quirúrgica. Me metió a la fuerza en el coche y cuando me dejó a solas en el despacho de dirección del hotel con mi madre, tuvimos la mayor bronca de toda nuestra vida. Yo grité, destrocé y pataleé todo cuanto quise, del mismo modo que había visto hacerlo a ella cuando era pequeña. Mi madre no se inmutó. Ni siquiera cuando le llamé zorra sin corazón a ella, y marioneta castrada refiriéndome a su marido. No hizo ni un gesto, nada. Salvo apretar con fuerza los dedos contra la mesa. Podía ver sus uñas blancas por la falta de riego como un marcador de la tensión que estaba acumulando. Cuando acabé estaba hecha un mar de lágrimas. La furia se retiró lentamente, como lo hace el mar embravecido volviendo al rítmico oleaje. Me quedé muy quieta, muy tranquila. Tirada en el suelo entre el revoltijo de papeles que el huracán Mayca había dispersado. Entonces mi madre habló y me dijo que tenía intención de abrir un hotel en Madrid. No dijo nada sobre los pandilleros, ni sobre la discusión ni los insultos. Como si le diera igual que le tocara la lotería o que le mandaran a nadar entre tiburones con un par de tajos en las muñecas. Lo dejó todo muy claro. Yo me iría a vivir a Madrid y así podría estar cerca de mi padre. No

tocaría un solo céntimo de su dinero, pero tendría un techo, comida, y agua caliente. Todo lo demás tendría que ganármelo a pulso.

—Según lo pintas, tu madre debe de ser una buena bruja —le dije.

—Yo diría que es la jefa del aquelarre.

Mayca no habló más sobre Brasil, el hotel, o su madre. Creo que agotó su relato al igual que lo hace un estanque al precipitarse al vacío a través de una cascada. Estoy seguro de que hubiera querido decir mucho más, pero simplemente no pudo hacerlo. Siguió con mirada errante como se perdían calle abajo las jóvenes parejas con sus hijos. Durante todo el relato había permanecido absorta con la mirada fija en una papelería desbordada de latas vacías de refrescos. Estoy seguro de que en esos momentos en su cabeza sonaba algo así como la música del carnaval de Río mezclada con los gritos histéricos de la perturbada personalidad de su madre.

—No sé por qué la gente tiene hijos y luego no les hace caso. Oye Mario —añadió de pronto—. Prométeme que si alguna vez tienes hijos nunca los dejarás tirados.

Pensé en la respuesta que iba a dar, antes de decir nada.

—No me veo con hijos, la verdad.

—No es cuestión de verse o no con ellos. Tarde o temprano por una tontería cualquiera, los hijos acaban viniendo, y tú tienes pinta de hacer muchas tonterías.

—No voy a tener hijos, Mayca —añadí rotundo—. Ni si quiera soy capaz de hacer la compra con suficiente regularidad para mí mismo, como para encargarme además de un niño. Si no fuera por el Telepizza, ya habría muerto de inanición.

—Me parece bien que tengas las ideas tan claras. Yo voy a tener

muchos hijos y pienso darles todo lo mejor de mí.

—¿Cuántos son muchos? —Pregunté revolviéndome en el banco—. Ha sonado como si fueras a empezar con ello esta misma noche.

Mayca me pisó el pie derecho con el suyo izquierdo y lo dejó encima a modo de protesta.

—No sé ni el cuándo ni cuántos. Todavía es pronto. Primero quiero aportar mi granito de arena para mejorar este mundo. Sí, —dijo convencida— mis hijos se merecen un mundo mejor que este.

Hablaba con la determinación de una persona que sabe de antemano que va a conseguir lo que se propone. Había fuego blanco irradiando desde el azul profundo de su iris. Su pelo rojo parecía aún más rojo, y el salteado discordante de pecas alrededor de la nariz, parecía una suma de milenarias constelaciones dispuestas unas sobre otras. No sé por qué, pero simplemente me creí sus palabras. Aunque en seguida el filtro oscuro de las gafas marca Mario, ahogó ese atisbo de esperanza que se había encendido en mí como una cerilla en medio de una tormenta en alta mar.

—Tendrás que aportar algo más que un grano de arena para que este mundo mejore. Es demasiado grande, demasiado enrevesado para que una sola persona pueda hacer nada. Aunque se pase en varias toneladas de buena voluntad.

—Eso es cierto, Mario. Pero siempre piensas desde tu perspectiva. Tu ombligo no es el único ombligo bonito que hay en el mundo. Probablemente, si actúas solo, podrás hacer muy poco, pero con mi ayuda sumaríamos un binomio muy fuerte.

—Si me dices una cosa que podamos hacer ambos para mejorar el mundo, te prometo que llegado el caso, seré plenamente responsable de mis hijos.

—¿Estás seguro? —Preguntó.

—Claro.

—No me refiero a lo de los niños —dijo mirándome fijamente a los ojos. Se colocó un mechón de pelo rojo y rizado tras la oreja—. Me refiero a que si tienes el valor suficiente para cambiar el mundo conmigo esta noche.

Tendí la mano para que me la estrechara. Aquel gesto universal de conformidad se alargó unos segundos más de lo debido.

—Pero antes de salvar el mundo —me dijo señalando la atracción azul que estaba a nuestras espaldas y que no dejaba de girar sobre sí misma—, ¿nos damos otra vuelta?

Para cuando salimos del Parque de Atracciones el sol ya había culminado el ocaso. El tráfico era ligero pero los coches corrían demasiado rápido, en consecuencia tuvimos que ir todo el camino pegados a la derecha, con el puño del acelerador a fondo. La brisa del asfalto me calentaba la cara recordándome un tiempo lejano en el que yo conducía mi propia moto. Cuando yo era Mario “El Japo”, porque pilotaba una Honda y mi chica vestía como una japonesa. Era un modelo rojo y azul con un motor de 250 cc, para la que no tenía carnet. Compré la moto con quince años pero no me atreví a montarla hasta los dieciséis. La hacía rugir como un tigre enjaulado cada vez que iba a buscar a Laura y me abría paso entre los numerosos estudiantes que se agolpaban a la salida del colegio. Ese es Mario “El Japo”, les leía sobre todo a ellas en los labios. Ahora soy solamente Mario. ¿Qué habría sido de aquella moto? Supongo que el ayuntamiento la recogería del parking público en donde la dejé abandonada. Hice la absurda promesa de que nadie más montaría en ella tras la muerte de Laura, y la dejé a oscuras bajo una sábana en un rincón en donde al menos, no olía a meados.

Mayca dio el intermitente y se metió en una gasolinera. No sabía bien

en dónde estábamos. Tan solo que nos alejábamos del corazón laberíntico de las calles de Madrid. —Ve llenando el depósito —pidió Mayca—. Yo voy a por unas patatas o algo —dijo con el casco puesto, dirigiéndose hacia la tienda de la gasolinera. La coleta roja le asomaba tras este y se perdía en el interior de su camiseta hacia la espalda. A pesar del aire que se dispara en la conducción, y de llevar el pelo tan bien recogido, aquel penetrante olor a jabón me había acompañado de nuevo en la moto, haciendo que durante algunos tramos cerrase los ojos simplemente por inmortalizar cada matiz de su aroma. Colgué la manguera del surtidor cuando el importe marcaba el número ocho. Levanté la mirada y vi a Mayca y al encargado señalando en mi dirección. Al minuto salía de la tienda con una bolsa de patatas, refrescos, y un par de chokolatinas. —Hoy toca dieta —dijo dándome la bolsa para que la guardara en mi mochila.

—Mayca —dije sin resistirme un segundo más al misterio que manaba de su pelo—. ¿Tú qué jabón usas?

Se agarró la coleta e intento olerla a través del casco. —El del hotel. —Soltó como si no pudiera existir otra respuesta.

—Yo creo que no. Ayer, al ducharme, abrí varios botes de gel, y ni de lejos huelo como tú. —Se acercó a mí para comprobar mi olor y su casco chocó contra el mío. A la derecha, un hombre que rondaba los cincuenta años, repostaba gasolina con gesto cansado a un monovolumen lleno de niños. Dos de estos, apenas unos soplamocos, señalaban en mi dirección y se tocaban las cabezas imitando la forma y la visera del pequeño casco de hípica. Rieron a carcajadas hasta tal punto que el padre de familia tuvo que llamarles la atención dando unos toquitos en la ventanilla. Yo por mi parte les hice una peineta con el dedo de en medio, les saqué la lengua, y arrugué mucho el ceño. Mayca me empujó el dedo hacia el interior de la mano, y me guardó esta en el bolsillo. —Pues no sé. Te aseguro que no uso otra cosa que lo que hay en

cualquiera de las habitaciones. Podría ser que suceda como con las colonias.

Arrancó el scooter y volvimos a la carretera.

—¿Qué pasa con las colonias? —Pregunté muy alto intentando que mi voz sobrepasara el zumbido de la moto.

—Ya sabes —me dijo—. Dos tíos usan la misma colonia pero solo uno huele realmente bien. Es como si a algunas personas les quedase mejor un tipo de perfume que a otras.

Medité aquello en silencio durante los siguientes minutos mientras la moto avanzaba hacia las afueras de Madrid. Los cúmulos de viviendas dieron paso a vecindarios esporádicos y de ahí a los conglomerados de naves industriales. La noche se fue cerrando y el faro de la moto rajó tímido un oscuro horizonte. Mayca no me dijo que podía hacerlo, ni hizo ningún gesto que me indicara que me daba su permiso para ello, pero transcurridos cinco minutos desde que salimos de la gasolinera, me atreví a rodear su cintura con mis brazos. Era pequeña, delgada, y me resultaba excepcionalmente familiar. Como si mis dedos siempre hubiesen descansado por encima de aquellas caderas, y mis sentidos estuviesen calibrados para acoger cada matiz de su cuerpo. Los kilómetros pasaron entre el tacto de una camiseta de algodón y el cálido misterio del roce de una piel apenas conocida. Cuando conseguí serenarme de la excitación que sentía, me vi entrando en el corazón de una urbanización a medias construida, de la cual no sabía su nombre, ni ubicación. Mayca me había llevado cegado por la venda de su tacto caliente, y así hubiese continuado hasta el mismísimo fin del mundo. Aparcamos la moto al lado del chalet piloto. Era la única edificación totalmente acabada. A la derecha de este, en medio de un solar sin edificar, un cartel de proporciones ciclópeas, rezaba una sugerente tentación: “El paraíso a tu alcance, desde solo 120 000€”. Mayca bajó de la moto y encaró el horizonte.

—Este es uno de los muchos proyectos de mi madre —dijo con un deje en la voz que no supe interpretar. Delante de nosotros el solar se abría a una cuadrícula de calles sin edificar, en las que las farolas reinaban solitarias en la negrura de la noche, junto a unas pequeñas estructuras destinadas a albergar contadores. El conjunto visto bajo la escasez de luz, parecía abandonado por algún inesperado cataclismo, pero Mayca me confirmó que a la mañana, los obreros reanudarían el trabajo. A lo lejos, entre tinieblas, se adivinaban las siluetas de numerosas grúas, que como un reloj sin pila, habían quedado detenidas como gigantescas agujas sobre una esfera oscura. Montoneras de cascote y ladrillo terminaban de componer el desolado paisaje.

—¿Has visto Mario? Hay al menos cien farolas encendidas en calles que no llevan a ningún sitio—. Tenía razón. A nuestro alrededor se extendía el derroche alumbrando calles por las que nadie había paseado aún. No tenía ni idea del consumo aproximado de una sola de esas bombillas, pero el modo en cómo competían contra la oscuridad de la noche, me hicieron pensar que efectivamente, debía ser muy elevado. Mayca cogió un cascote de restos de ladrillo y cemento apelmazado, lo sopesó en la mano, y lo estrelló con furia contra el cristal de la farola más cercana. La luz se apagó a nuestro alrededor, y Mayca me entregó las llaves del scooter. —Vamos Mario, juntos, mejoremos el mundo ahora. —Arranqué la moto y Mayca se sentó sobre el pequeño asiento de lado. La sensación de obediencia que me transmitió el acelerador me hizo sentir igual de poderoso que cuando conduje por última vez mi moto. Cada vez que pasábamos junto a una farola, Mayca la reventaba en uno o dos lanzamientos. Pasamos mucho tiempo así, embrujados por el sonido que producen al caer los cristales rotos y la risa danzarina de Mayca rebotando en la amplitud de calles desiertas. La luz se fue apagando como la vida de un moribundo, lenta e inexorablemente. Cuando solo quedó una farola como testigo de lo que habíamos hecho, detuve la moto bajo su esfera de luz naranja.

—¿Te das cuenta? —Preguntó Mayca—. El mundo ha cambiado.

—Tienes razón. Le hemos ahorrado 24.000 vatios de luz desaprovechada.

—No solo ha cambiado en eso —dejó escapar a través de su boca de frambuesa. Se acercó a mí y me ayudó a que las asas de la mochila cayeran de mis hombros.

—¿Sabes? Me recuerdas al dibujo animado de un plátano que siempre llevaba una mochila a la espalda.

—Mochilo —dije sonriendo.

—¿Puedo ver qué llevas ahí dentro?

—Claro.

Abrí la cremallera y le pasé la mochila. Lo primero que sacó fueron las bolsas con refrescos y patatas que había comprado en la gasolinera. Abrió una lata de Fanta de naranja y bebió de ella. Después le tocó el turno a la navaja verde militar, que nada tenía que ver con el ejército porque la compré un domingo cualquiera en uno de los puestos del Rastro. —Uno, dos, tres... Seis preservativos —contó en voz alta—. ¿Has quedado con alguien y no me lo has dicho? —Dijo bajo la única luz del aquel sitio. Guardó solo uno de ellos y tiró los cinco restantes al suelo. —Con uno que lleves es suficiente. Con más asustarías a cualquier chica.

—¿Qué hacemos con ésta? —Dije refiriéndome a la única farola que había sobrevivido a la criba.

—No me gusta estar a oscuras —dijo apoyándose en la moto.

—No te creo.

—Cuando era pequeña, mi madre me dejaba encerrada en la habitación del hotel con la excusa de acudir a reuniones. Algunas veces se olvidaba de

dejar la tarjeta que activaba la electricidad de la habitación, y a los pocos minutos se cortaban la luz y la televisión.

—Suena horrible —tuve que reconocer.

—Me pasaba las noches llorando hasta que alguien del personal abría la puerta y me sacaba de debajo de la cama.

—Eso último te lo has inventado.

—¡Ja! Y tú has estado a punto de creértelo. —Dijo demasiado triste para ser cierto.

—¿Sabes Mayca? Si no rompemos esta última farola, no habremos mejorado el mundo del todo.

—Hazlo si crees que tienes que hacerlo.

Me acerqué a ella. La brisa del verano movió algunos de sus cabellos. La luz tenue de la última farola difuminaba sus pequeñas y numerosas pecas de alrededor de sus pómulos y nariz. Le quité el cascote para ser yo el que lo hiciera por última vez. Su boca pareció llamarme. Lo lancé con toda la fuerza de mi brazo derecho. El estrépito de los cristales rotos dio paso a una total y envolvente oscuridad. Agarré sus manos entre las mías. A lo lejos, Madrid refulgía artificialmente destellos contra la noche, que por naturaleza no le corresponden. Me sorprendí al levantar la vista y observar, al fin, un cielo medianamente cuajado de estrellas. Apenas se adivinaban en la oscuridad las facciones de su rostro, pero su delicado aroma a jabón para el pelo, pareció hacerse más intenso y servir de guía a mis instintos. Debí de acercarme a ella como a cámara lenta porque me pareció que tardé una eternidad en recorrer la pequeña distancia que separaba nuestros cuerpos. Su boca entreabierta se posó sobre la mía, fundiéndonos en un beso húmedo, dulce, e intenso. Cerré los ojos entregado a aquella forma de besar, que resurgía ahora de los recodos de mi alma infartada. Abracé su cuerpo menudo y delgado, y susurré su

nombre a un golpe de viento.

Capítulo 22

Mario, “El Japo”.

A veces no es necesaria la cercanía de la persona ni la balada triste del mar, para desatar un recuerdo que duela con la intensidad de una migraña en la mente. A veces tan solo basta un sonido o el aroma de un pan recién hecho para que la hoja incorpórea del dolor penetre en los pensamientos y tuerza lo que a priori parecía no poder torcerse. En mi caso fue el ruido metálico de una chapa al caerse cuando el camarero abrió uno de los dos botellines, y el bufido de una moto japonesa devorando al resto del tráfico, cuando el mismo camarero depositó ambas cervezas sobre la mesa. Mayca y yo habíamos quedado un par de veces más desde el día del Parque de Atracciones y el cielo vivido entre cascotes y cristales rotos. Eran las ocho de la tarde. El viejo oso, recuperado, decidió cerrar las tardes de ese mes, porque además de no hacer una cantidad de caja suficiente que justificara el horario de trabajo, se había dado cuenta, de que en la vida, había otras cosas además del negocio. Había necesitado un infarto y una eternidad de internamiento en la UCI de un hospital para darse cuenta de ello.

Elena estaba bien. No se sabía nada de su ex novio Samuel y eso solo podía ser una buena señal. Mayca no lo estaba tanto. Después de aquella noche que no pasamos juntos porque llegamos tan tarde que era casi la hora a la que debía entrar a trabajar, me distancie algo de ella. No fue algo premeditado. Ni siquiera había pensado en hacerlo. La primera vez que me llamó por teléfono no me dio tiempo a cogerlo, y al ver su número reflejado en la pantalla de mi teléfono móvil, no lo marqué porque me dio miedo. Miedo de enamorarme de nuevo y que pasara algo que me hiciera otra vez tener que sentir aquello. La segunda vez que me llamó tampoco lo cogí. La tercera sí. Pero sabía que ya era tarde. Que pensara lo que pensara Mayca de mí antes de aquello, se había jodido para siempre por la tontería de no contestar dos veces al teléfono cuando tenía que hacerlo. Era la llamada que debía dar paso a la conversación sobre lo que habíamos hecho, qué nos había parecido, y cuándo

volveríamos a repetirlo. Pero solo fue un minuto y medio de palabras dudosas y respiraciones contenidas. La había jodido. Ya no bajaba casi nunca a desayunar al bar. Cambié tres veces de cafetería hasta que encontré una en la que el café era tan flojo que me recordó al sabor de las primeras veces. La camarera era una chica del Este que no se preocupaba por pasarme los periódicos y a la que tenía que repetir cada día lo que quería tomar. Esa mañana había sido yo el que había llamado a Mayca para quedar. Al despertarme, como cualquier otro día, había abierto el correo electrónico. El *email* que durante tantas veces había anunciado La Reina Aremife; estaba allí. No lo abrí. No al menos hasta que hablara con Mayca y hubiéramos aclarado las cosas. Lo hice así porque no sabía en dónde me estaba metiendo, y curiosamente, aquello me provocaba una creciente sensación de pérdida. Como si después de leer ese correo electrónico no hubiera nada capaz de detener el avance del mundo, e incluso, después de hacer lo que me pidiese La Reina, tuviese que marcharme, incluso, de Madrid. Quizá fuese hora de regresar con mis padres después de todo. Pero antes, quería decirle que lo sentía. A Mayca, por supuesto. Porque si estaba en la calle Goya viendo los coches venir, tomando una cerveza en una terraza de verano, era solo por ella. Uno de los otros Marios se hubiera encerrado en casa junto a su gato, y se habría conectado al chat a repetir su estrategia de siempre y vivir otra noche absurda de su ridícula vida. Ella había conseguido que viera luz en el horizonte. Ella era un condenado sol capaz de alumbrar todo lo que hasta ahora yo había disfrazado de oscuro. Pero decidí cerrar los ojos a la intensidad que manaba de ella y darme la vuelta. Simplemente quería hacerle saber que la culpa no había sido suya. Que me veía emocionalmente incapaz de explicarle quién era Laura, o quién era Elena realmente, o incluso, lo que estaba por suceder con La Reina. Mi vida era muda, y yo no quería hacerla hablar.

El camarero sonrió y se fue para atender a otra pareja. Bebí un poco del botellín de cerveza helado y quité el papel blanco de alrededor del cuello de la botella. Mayca me miraba. Yo no era capaz de hacerlo. La moto llegó hasta nuestro sitio. El motor aceleraba con la seguridad de haber podido eyectar a su piloto hasta el espacio. Me perdí en ese sonido. La chapa de otra cerveza abierta en otra mesa cayó al suelo. El recuerdo se expandió como si explotase una bolsa de pintura.

—Pero... ¿Estáis seguros de que no os van a pillar haciéndolo? — Preguntó Laura tras dejar su botellín sobre la barra.

Pegué una patada a una de las numerosas chapas de cerveza que había por el suelo y me abracé a ella. No había nadie en el local, salvo el dueño, Estefanía, la mejor amiga de Laura a la que todo el mundo llamaba Fanny, su novio Marcos, y nosotros dos. No eran horas de que hubiera nadie más. Eran las once de la mañana en un pub que abría a partir de las seis de la tarde, y que solía extender su jornada hasta las dos o las tres de la madrugada. Aquel sitio era nuestro centro de operaciones. La mesa en donde habríamos planeado la conquista del mundo de haber tenido los medios para hacerlo. Quedábamos allí cada tarde después de las clases y no concebíamos otro lugar posible para encerrarnos durante el fin de semana. El dueño era un melenudo que aunque se había sorprendido al vernos un miércoles a las once, nos dejó pasar por ser algo más que clientes habituales. En lo que él recogía despojos de la noche anterior con la reja medio echada, nosotros nos cascábamos un botellín (o alguno más), y maquinábamos un plan para pintarrajearle el coche al Zimba.

—Lo tenemos todo bien atado ¿verdad Marcos?

—Podéis estar tranquilas. Ese mamón se va a arrepentir de haberos tirado la asignatura —dijo este.

El lunes habían entregado las notas en el colegio de Laura. Era un cole

católico que casi hacía esquina con el Bernabéu. La inmensa mayoría de alumnos que estudiaban allí, eran críos pijos de jersey sobre los hombros, y “niñas bien” que se arremangaban la falda del uniforme después de salir de casa para ganarle un par de centímetros a lo que habían autorizado sus padres. Yo me había escapado de mi instituto un par de horas antes de que sonara el timbre que indicaba el final de las clases, y esperaba sentado, casco en mano, sobre el capó de un Jaguar de alguien del profesorado fumándome un *piti* a la sombra de un árbol. El goteo de alumnos cuando acabaron las clases transcurrió lento y pesado. Primero los críos más jóvenes a los que recogían sus padres en la puerta del cole, y en donde un policía local se desollaba el brazo haciendo gestos para que no colapsaran el tráfico. Poco a poco fue aumentando la edad media de los alumnos que iban saliendo por la puerta, hasta que le tocó el turno a los de segundo de bachillerato. Laura bajaba la rampa que daba a la salida del colegio rodeada de amigas. Hablaban muy rápido y gesticulaban violentamente. Fanny le daba la mano y caminaban con el paso de una procesión de Semana Santa. En cuanto la vi, supe que había pasado algo. Cuando llegaron hasta mí, Laura se tiró a mis brazos. Tenía la cara roja e hinchada de tanto llorar. Saqué otro pitillo y me lo dejé en los labios sin encenderlo.

—Nena ¿qué ha pasado? —Pregunté. Una de sus amigas, flaca con dos coletas, contestó:

—Ha sido el cabrón del Zimbabue.

—Le han tirado biología —dijo otra.

—Ese tío es retrasado. Dice que su examen y el de Fanny son idénticos y que una de las dos ha tenido que copiar de la otra —dijo una chica gordita de ojos achinados.

—¿Pero no estuvisteis estudiando juntas para el examen, cielo?

—Sí —contestó Laura entre sollozos con su nariz aún hundida en mi cuello.

—Pues explícaselo.

—Ya lo he hecho y dice que tengo que hacer el examen de recuperación.

—Ya verás como lo apruebas, tía —dijo la chica de las coletas mientras le acariciaba de arriba abajo la espalda.

Me saqué un Zippo plateado que había cogido “prestado” a mi padre, y me encendí el cigarrillo que tenía en la boca. Di una calada profunda y solté el humo hablando al mismo tiempo. —¿Quieres que hable yo con él?

—¿Tú? —Preguntó Laura desenterrando por primera vez su cabeza de la cercanía de mi cuerpo—. Ni hablar, eres un matón. Seguro que le amenazas y encima tienen que llamar a mis padres.

—No te diría que no —dije dando otra calada y soltando el humo en medio del grupo de amigas. Algunas me miraron como un zorro a una gallina. A los veinte minutos el grupito se había disuelto, y Laura y yo, ya más animada, seguíamos abrazados sobre el capó del coche.

—Eres un chulito —me dijo— vienes aquí de pellas, con tus pantalones de pinza, tu camisa de marca, y esas botas llenas de mierda.

—No son unas botas llenas de mierda.

—Perdona, es verdad ¿cómo las llamabas? —Preguntó como si de verdad desconociera la respuesta—. Tus Timberland de batalla. Cada mancha cuenta una historia ¿no?

—Eso es. Estas solo cuentan historias tuyas —dije al mirarme los pies.

—No me cuentes milongas. Ya te he dicho que no quiero que te saltes las clases y mucho menos que vengas aquí a buscarme. El día que me pille mi padre contigo no voy a saber en dónde meterme.

—Tú padre me quiere.

—Ya, y mis amigas también, y eso no me gusta tanto —dijo dándome un pequeño mordisco en la barbilla.

—Hablando de tu padre... ¿Se lo vas a decir?

—¿Lo de las notas? Claro. El jueves terminan las clases y lo primero que va a hacer cuando llegue a casa es despuntar el boli para firmármelas. No me va a quedar más remedio que dárselas.

—Menudo hijo de puta el Zimba —le susurré a su cuello. Olía a flores y polvos de talco.

—Ese de ahí es su coche —dijo señalando hacia un monovolumen verde.

—¿Ese? Pues vamos un momento, quiero ver una cosa.

—No, Mario —dijo Laura al intentar sujetarme del brazo—. Ven aquí, vas a meterme en un lío.

Laura se quedó escondida entre dos coches y yo rodeé el vehículo fijándome en los detalles.

—¡Es un Mercedes! ¡Un monovolumen muy caro! —Le dije a voces a Laura—. Ruedas anchas, llantas grandes, y fíjate —dije con las manos pegadas al cristal—, marca 260 Km por hora de velocidad punta. Estos cabrones tienen que ganar mucha pasta.

—Mario —susurró Laura— ven aquí ¡joder! Ven que viene el Zimba. No quiero que me vea aquí.

Miré hacia la puerta del colegio. Tres profesores salían por la puerta con el maletín en la mano. Paseaban tranquilos y despreocupados como el que lo hace por un parque. Me escondí junto a Laura entre los dos vehículos y esperamos a que pasaran de largo. Al ponerse en cuclillas pude ver el color de sus bragas. Dejé que mis dedos escalasen lentamente sus muslos. Me dio un

bofetón en la mano.

—Estate quieto ¡joder! Que nos van a pillar —susurró con la vena del cuello hinchada.

Cuando llegaron a nuestra altura tuve que taparme la boca porque no podía contener las ganas de reír.

—Estoy deseando llegar a casa —venía diciendo el Zimba. Era un hombre alto y delgado. Tenía la cabeza en forma de bombilla y el pelo del color de una zanahoria. Realmente no sé por qué le llamaban así. Supongo que le habrían puesto el mote en algún momento de su carrera, y los cursos consecutivos lo habían ido heredando. —¿Y eso por qué? —Preguntó otro de los profesores.

—Espera —dijo el tercero—. No me digas que ya la tienes.

—Eso es —dijo el Zimba con una descomunal sonrisa de satisfacción—. ¿Cómo lo has sabido?

—No hablas de otra cosa desde hace semanas.

—No es para menos. Bueno, el caso es que hoy ya me han instalado la sauna en el jardín. Todas las tardes voy a disfrutar de una hora de auténtica relajación —se pavoneó.

—¿La has puesto en el jardín? Pero si tu parcela casi se ve desde la calle.

—¿Y qué más da? No pienso privarme de nada. Llevo muchos años quemándome en esta profesión, y ahora toca quemarse con el calor natural del vapor y las piedras —dijo al dibujar un semicírculo con la mano en el aire.

—Suena muy bien —reconoció el tercero.

—Claro que sí.

—¡Oye! —Dijo el Zimbabue— ¿Por qué no venís pasado mañana a casa y

la probamos juntos?. —Los dos profesores se miraron como si hubieran estado esperando la propuesta.

—¿A qué hora?

—Hacia las ocho. Traed vosotros las cervezas. Vamos a sudar de lo lindo.

Los profesores cogieron sus respectivos coches y Laura y yo salimos de nuestro escondite.

—¿Has oído? —me dijo—. Encima tiene una sauna en casa.

—Calla, mañana lo hablamos —dije sin perder de vista el monovolumen del Zimba que empezaba a desaparecer calle abajo. Me abroché el casco y me monté en la moto.

—¿A dónde coño vas, Mario? —Preguntó Laura. Pero yo ya me perdía en medio del tráfico—. ¡Luego te llamo! —Grité sin girarme.

—Pero ¿cuándo vais a hacerlo? —Preguntó Fanny. Se había bebido tres botellines y tenía los ojos vidriosos.

—Esta noche o mañana —aclaré—. ¡Hemingway! —Dije tras silbar al dueño del establecimiento—. Ponte unas patatas o algo ¿no?

—Largaos a la calle. Ahí fuera hay vida —contestó este. En realidad se llamaba Ernesto, pero el año pasado alguien del grupo en un momento de cariñoso pedo, empezó a llamarle “Ernest”, y desde hacía solo unos meses, tuve la ocurrencia de regalarle el apellido del famoso escritor. Pero vamos, que escribir, que sepamos, escribía solo en una pizarra la composición y nombre de los nuevos chupitos que se le iban ocurriendo. Hay que reconocerle que para esto, sí que tenía talento.

—¡Bah! Al final vamos a cambiar de garito.

—Lo dudo —dijo Hemingway—. Nadie es tan tonto de servir alcohol a menores —ironizó el melencólico sin levantar la vista del suelo al que repasaba numerosas veces con la fregona.

—Te queremos por eso —le aseguró Fanny.

—Vosotras dos —dije a las chicas— ¿cuánta gente podríais juntar?. —Se miraron sin comprender—. ¿Para qué?

—Eso da igual. Decidme cuánta gente creéis que podríais convocar en un solo sitio.

—Si quisiéramos, a casi todo el colegio —dijo Laura.

—Sí, además, mañana nos dan las vacaciones y la gente va a estar deseando salir por ahí.

—¿Y la fiesta cuándo era? —Pregunté.

—El viernes —contestó Fanny.

—¿Qué estás pensando Mario?

—Nada —dije con la maldad dibujada en la cara—. Vosotras encargaos de que mañana a las ocho, esté todo el colegio cerca de donde vive el Zimba. Este y yo tenemos un plan —dije refiriéndome a Marcos. Aunque se le notó en la cara que no tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

Justo cuando nos íbamos a largar de allí, Hemingway nos trajo un cuenco de patatas fritas.

La luna menguante se difuminaba sobre el capó del Mercedes y los botes de pintura en spray entrechocaban en mi mochila con el resto de herramientas. —¿Para qué coño has traído un martillo y un destornillador? —Preguntó

Marcos.

—¿Cómo sabes que llevo eso?

—¡Joder Mario! —Dijo muy bajito—. Cuando venía de paquete en la moto he notado cosas duras.

—Era el rabo.

—Vale, a la mierda tío. Yo no pienso joderle el coche a ese hombre. Le hacemos una pintada y nos largamos.

—Tú haz lo que quieras. La moto la conduzco yo, así que si quieres irte, ya puedes ponerte a andar.

Era noche cerrada. En la urbanización solo estaba encendida una de cada tres farolas. La casa del Zimba quedaba a oscuras por uno de los laterales, por suerte, en donde había aparcado el coche. —Primero saltamos dentro y luego hacemos la pintada.

—¿Dentro para qué? Yo no pienso invadir ninguna propiedad —dijo un Marcos cada vez más asustado. Este tío es tonto, pensé.

—Vale. Tú quédate aquí y vigila. Toma —dije dándole uno de los botes de pintura—. ¿Sabes usarlo?

—Aprieto la boquilla y ya ¿no?

Doblemente tonto, me dije de nuevo a mí mismo.

—Primero tienes que agitar el bote para que las bolas que hay dentro licúen la pintura —dije produciendo un ruido como el de unas maracas al mostrarle cómo se hacía—. Luego aprietas la boquilla a una distancia de entre quince y veinticinco centímetros, dependiendo del ancho que le quieras dar al trazo. Si lo haces a menos distancia te saldrán churretes.

—Vale —contestó Marcos.

—Ve pintando el coche. Recuerda que lo haces por tu chica, haz algo de lo que se sienta orgullosa, pero no te cantees. Por cierto —dije antes de desaparecer tras la esquina oscura de la casa—. El capó es mío.

Me interné en la oscuridad y encendí una pequeña linterna. Busqué un hueco por el que poder meter el pie y saltar el muro de la casa. No era muy alto, pero al otro lado, unas arizónicas hacían de doble muro. Eran tupidas y bien recortadas, quizá con suerte, podría rodar sobre él, y no acabar dentro de los setos. Justo al intentar saltar, empezó a ladrar un perro. Me acojoné y me quedé quieto. El ladrido había sonado a bicho grande, de los que meriendan un saco de pienso entero. El perro volvió a ladrar y husmeó por el otro lado. Me bajé del muro para comprobar dónde estaba exactamente el animal. Se oía cerca pero me era difícil descubrir dónde sin que me delatara, se pusiera a ladrar como un loco, y tuviera que salir por patas. Tuve suerte. Estaba en la parcela del vecino, justo en la linde por donde debía saltar. Era un mastín grande color canela. Me lo gané con un Bollicao que las cosas “duras” de mi mochila y lo pegado que había venido Marcos en la moto, habían dejado aplastado. Metí la mano por la valla y lo acaricié hasta que se familiarizó conmigo. —Venga chico —le dije—. No tienes que hacer ruido. El perro se tumbó y apoyó la cabeza entre las patas a observar cómo me colaba en la parcela del vecino. Espero que el Zimba no tenga perro —me dije a mí mismo al poner los pies sobre el césped de su parcela. Olía a hierba recién regada. Había tenido suerte, media hora antes y me habrían calado los aspersores. Las brasas de una barbacoa ardían tenuemente en el muro opuesto de la casa. Alrededor de ella, varias bolsas de basura contenían los restos de una fiesta. Vaya vidorra que se pega esta gente, pensé al encaminarme hacia la sauna. Estaba al principio de la parcela. Muy cerca de la entrada y justo al otro lado en donde Marcos estaría haciendo la pintada. Tenía buen tamaño, más o menos para cuatro personas. Era de madera de pino como la de cualquier gimnasio.

Inspeccioné alrededor y saqué las herramientas: martillo, alcayatas, y un destornillador. Perfecto, pensé tras comprobar la estructura de la sauna. Son cuatro maderas unidas por las esquinas. Lo único que tenía algo de valor era el calentador. Desatornillé todos los tornillos que daban sujeción a la estructura, tanto por dentro como por fuera. La sauna aguantó y aguantaría a no ser que se desencadenara un terremoto con epicentro en el jardín. Ahora venía lo chungo. La casa estaba totalmente en calma y yo tenía que hacer mucho ruido. Mala combinación. Cogí el martillo y las alcayatas y las clavé lo justo para poder ir girándolas con la mano. Intenté hacer la perforación de madera más silenciosa que se haya hecho nunca. Aun así, la sauna retumbaba como un cajón de percusión y tuve que detenerme varias veces para comprobar que nadie se despertaba en la casa. Cuando acabé, volví a saltar el muro, y le dediqué medio minuto de caricias al perro del vecino que, el pobre, no había vuelto a hacer un solo ruido. Marcos esperaba en la esquina con las manos llenas de pintura blanca. —¿Qué coño has hecho? —Pregunté—. No toques nada ¡joder!, vas a dejarlo todo lleno de tus putas huellas.

—¿Qué has hecho tú, tío? —Me acusó Marcos—. He oído golpes. ¡Joder! Vámonos de aquí que nos van a pillar, —dijo poniéndose muy nervioso.

—Ni hablar. Yo aún no he hecho mi pintada.

—Vale, pero dime qué has hecho ahí dentro. ¿No le habrás torturado?

—¿Pero tú estás mal o qué? Solo he clavado cuatro clavos en su sauna nueva. —Y he quitado unos veinte tornillos, aunque esto no se lo dije.

—¿Para que se pinche el culo?

—No tío. Aunque mira, eso no lo había pensado. Lo que he hecho es un cuadrado en varios puntos de la sauna con alcayatas de cabeza redonda por las que poder pasar después una cuerda.

—¿Para qué? —Preguntó entre susurros.

—Para que cuelgue las toallas, no te jode... Tú encárgate de que Fanny se mueva para que junte a toda la gente que pueda para mañana. Llama a tus colegas también. Nos lo vamos a pasar bien.

Giramos la esquina y fuimos al coche. Quería hacer mi pintada y ponerle un mensajito a Laura. Nada de cursilerías, algo que mole y que solo ella y yo entendiéramos. Marcos se había portado dejándome el capó del monovolumen libre. Lo demás era un desastre de palabras e iniciales que se solapaban por todas partes. —Pero ¿tú eres tonto? —Le dije—.

—¿Por qué?

—¿Cómo se te ocurre poner tu nombre y el de ella?

Se encogió de hombros. —¡Joder que vais al mismo colegio y todo el mundo sabe que sois novios!

El rumor de que algo iba a pasar en casa del Zimba corrió como la pólvora y se juntaron al menos ciento y pico personas. En su mayoría alumnos mayores, pero también se había colado algún enano, escapado de no sabía dónde. Laura y Fanny se encargaron de que nadie se acercara a la casa hasta que yo diera la señal de que podían hacerlo. Los coches de los otros profesores estaban aparcados junto al monovolumen (que no hace mucho había sido verde) precintado por la policía. Menuda sorpresa se había tenido que llevar cuando por la mañana fuera a coger el coche para ir al colegio. Ahora quemaba sus penas en el interior de la sauna, desnudo, junto a los otros profesores, víctimas colaterales de lo que iba a hacer. Aparqué la moto junto al muro y salté por el mismo sitio por donde lo había hecho la noche anterior. Esta vez el perro no hizo un ruido, o puede que ni siquiera estuviera en la parcela porque se lo hubieran llevado a pasear. El verano estaba empezando y las tardes eran propicias para ello. Caminé por la hierba con el sigilo de un gato y siempre al lado de la arizónica por si tenía que esconderme o salir por

patas. La ropa, los zapatos, y los gayumbos de los profesores estaban pulcramente colocados sobre tres sillas de jardín. Al lado de una de ellas había un *pack* de seis cervezas de marca. Fue lo primero que me guardé en la mochila antes de ponerme a hacer nada. Después cogí sus cosas y las escondí entre los arbustos. Se oía una animada conversación en el interior de la sauna. Reían e incluso aplaudían sobre los supuestos secretos íntimos de algunas compañeras de profesión que el Zimba iba destapando. La gente no cambia, pensé. Algunos son igual a los quince que a los cuarenta. En medio del jolgorio que se estaban corriendo allí dentro, me puse a llevar a cabo la última parte de mi plan. Pasé el extremo de una cuerda a través de la punta cerrada y redonda de cada una de las alcayatas que había clavado en la madera la noche anterior. Hice un nudo que poco o nada tenía que ver con la elegancia de uno marinerero, pero que sin embargo aguantó de pelotas. Salté el muro hacia la calle con la punta de la cuerda entre los dientes y la anudé a las agarraderas de la moto. Llamé a Laura y a Fanny y les dije que se acercaran con todo el mundo. —Tenéis que venir en silencio y asomaros al muro. ¡Ah! —Añadí como si se me hubiera olvidado lo más importante—. Que todo el mundo tenga preparados sus teléfonos móviles. Lo que vais a ver... No lo olvidaréis en años.

—¿Qué has hecho Mario? —Preguntó Laura con cierto temor en la voz.

—Nada. Tú y yo nos vamos a tomar unas cervezas. En cuanto me veas en la moto, te subes en ella.

Tardaron solo cinco minutos en rodear la casa como un ejército invasor. La gente se subió a los muros. Algunos se sentaron sobre el cemento y otros solo asomaron la cabeza. Laura intentaba que la jauría guardara silencio, pero la gente se pegaba por conseguir un sitio y cada vez hablaban más alto. O actuaba rápido, o todo se me iba a ir de las manos.

—¡Que les den Laura! Sube a la moto ¡Vamos!

Subió y se agarró a mí con fuerza. Arranqué el motor y subí el puño hasta las ocho mil vueltas. La Honda zumbó con el estruendo de miles de abejas y se hizo el silencio. Nada como la sinfonía de una moto japonesa para llamar la atención, pensé. Cuando la aguja cayó a las tres mil revoluciones, metí primera y solté de golpe el embrague. Salimos en medio de una humareda, mezcla de quemar rueda sobre el asfalto y la explosión violenta de la combustión. De repente todo el mundo chilló y el falso sonido de los obturadores de las cámaras de los teléfonos móviles lo inundó todo. Algunos rieron tanto, que pude ver a través del retrovisor cómo cayeron dentro de la parcela. No paré la moto hasta cuarenta minutos después en las inmediaciones del parque Juan Carlos I. Nos tumbamos sobre una ladera de hierba que desembocaba en un canal de agua. Los mensajes y videos empezaron a llegar.

—Menuda se ha formado Mario. De esto se va hablar durante años —dijo Laura claramente excitada. —Mira.

Me pasó el teléfono móvil y curioseé las imágenes que le habían llegado. Las paredes de la sauna volando, la estructura desmoronándose, y los tres hombres con la cara pálida y el cuerpo rojo, saliendo de debajo de los tablones. Debían de haberse puesto a correr por el jardín buscando su ropa, hasta que habían acertado escondiéndose en la casa.

—Mira esta foto —me dijo Laura pasando los dedos varias veces por la pantalla—. Tiene el pene como un pepinillo.

—¡Joder! No me enseñes eso.

—Mario.

—¿Qué? —Pregunté con su boca muy cerca de la mía. Se tumbó y apoyó la cabeza en el espacio entre el pecho y mi hombro y miró al cielo.

—Te has pasado.

—Nadie suspende a mi chica.

—Me lo he pasado bien, pero me hubiese gustado verlo.

—Ni hablar. ¿Te imaginas la que tiene que haber allí formada ahora mismo? Que se coman el marrón los que han hecho de espectadores.

—Ya, pero...

—Que no Laura... Para eso están los móviles. Además, entre lo del coche de anoche y esto, la policía no tiene que andar muy lejos.

Se giró sobre ella misma y se subió sobre mis muslos a horcajadas. Su pelo oscuro contrastaba contra el crepúsculo del principio de la noche. Algunos mechones me rozaron en los pómulos y alrededor de los párpados. — ¿Qué le habéis hecho en el coche? —Preguntó.

—¿No lo has visto?

Puso cara de no saber de lo que estaba hablando. Me saqué el móvil del bolsillo del pantalón, atrapado entre mi culo y la hierba. Busqué la foto que había tomado anoche cuando terminé de hacerlo.

—Toma —le dije. Al principio se extrañó. ¿Para qué has dibujado un paquete de tabaco en el capó de su coche?

—Mira la marca —le dije dándome cuenta de que aún no lo estaba entendiendo.

—Tú no fumas esa marca.

—Ya, pero ¿qué marca es la del dibujo?

—L&M.

De repente sonrió y me dio un beso en los labios. —Laura y Mario,
—susurró.

—Mira —dije haciendo *zoom* en la imagen del teléfono—. He hecho un corazón aquí.

—Mmmm... ¡Qué mono!

Dejó el teléfono en el suelo y aprisionó mis manos con las suyas contra la hierba. Una bandada de pájaros tardía se recogió para pasar la noche. El murmullo del agua de múltiples fuentes arañó el silencio.

—Eres un gamberro, Mario. Gamberro, pero bonito —repitió dos veces. Acercó de nuevo su rostro hacia mí. Su boca se fue haciendo cada vez más grande y sus ojos se comieron la inmensidad del cielo. —Te quiero —susurró instantes antes de que mi boca no pudiera decir nada más.

—Mario —llamó Mayca—. ¿Dónde estabas? Te has quedado como en trance.

—Tumbado sobre una ladera de hierba —tuve que admitir.

—¿Prefieres estar allí?

Le miré a los ojos. Creo que por primera vez en la tarde. Parecían aguamarinas talladas sobre una escultura griega. Era perfecta y estaba loca por mí, a pesar de lo que yo era entonces.

—Estoy aquí —admití tras meditarlo— y allí, —tuve que reconocer.

—No se puede estar en dos sitios al mismo tiempo.

—Lo sé —mi voz sonó lacónica, débil, puede que incluso vencida—. ¿Tengo pinta de gamberro Mayca?

Se encogió de hombros. Lógico, aquello no venía para nada a cuento.

—Al principio sí. Pero en seguida te das cuenta de que es una máscara que te has puesto. ¿Tú crees que eres un gamberro?

—Creo que un día lo fui, y me gustaba serlo.

—Entonces vuelve a ser como eras.

—No es fácil.

—Pues sé algo que no hayas sido nunca.

Mi teléfono vibró sobre la mesa. Como todo el mundo, tenía un tono de aviso según el tipo de aplicación. Había sonado el zumbido que indica un nuevo correo electrónico. Lo miré. Creo que ella no aprobó que me distrajera con eso. Estábamos avanzando, o al menos, eso me parecía. Leí el asunto del *email*:

“Mario, necesitamos su pronta respuesta.”

—Creo que me voy a ir a casa. No me encuentro muy bien —mentí.

Mayca esperó a que añadiera algo. Como no lo hice fue ella quien tomó la iniciativa. Como en casi todo, me dije a mí mismo.

—¿Quieres que te acompañe? —Me ofreció.

Pensé en La Reina, en los *emails* que no había abierto, y en que no tenía ni puta idea de en lo que me estaba metiendo. También pensé en ella. No en Laura, sino en Mayca. En el fulgor azul que irradiaban sus ojos, y en la pena que sentía por lo que estaba haciendo.

—Hablamos otro día ¿vale?

Pagó ella la cuenta. Me dio dos besos; al final lo de dar uno solo sí que iba a significar algo diferente a dar dos. Anduve despacio entre las sillas de la terraza. Al salir de casa me había jurado que venía a arreglarlo, pero las cosas, se estaban complicando. Pronto no podría volver atrás.

Capítulo 23

El trato, y el misterio del mensaje Baskerville.

MegaMind: Entonces... ¿Ya sabías que he recibido el email?

Queen_Aremife: Claro.

MegaMind: ¿Y qué dice?

Queen_Aremife: Yo no puedo abrirlo. Tienes que hacerlo tú.

MegaMind: ¿Por qué?

Queen_Aremife: Porque si lo abro yo, quedará mi huella en el servidor. Y a partir de aquí he de ser muy cuidadosa. No puedo cometer errores.

MegaMind: Ya...

Queen_Aremife: ¿Qué te pasa hoy?

Queen_Aremife: Te noto frío...

Queen_Aremife: Como apagado.

MegaMind: No es nada.

Queen_Aremife: ¿Es por esa mujer? Elena?

MegaMind: No, ella está bien.

MegaMind: Es...

MegaMind: Pero qué coño hago hablando de esto contigo?

Queen_Aremife: Mario.

MegaMind: Qué?

Queen_Aremife: Después de hoy, no habrá otras veces.

MegaMind: ¿Qué quieres decir?

Queen_Aremife: Que supongo que puedes contarme cualquier cosa.

MegaMind: Pero qué coño estás diciendo?

Estaba furioso. Tan furioso que me reventé los nudillos contra la superficie de la mesa.

MegaMind: ¿Quién eres? ¿De qué narices va todo esto?

Queen_Aremife: Ya deberías haberte dado cuenta.

Queen_Aremife: Al menos...

Queen_Aremife: En los detalles.

MegaMind: ¿Y si me niego a abrir ese email?

MegaMind: ¿Es lo único que te interesa?

Queen_Aremife: Tenemos un trato.

MegaMind: Ábrelo tú. Yo paso de todo esto.

Queen_Aremife: Puedo saltarme unas cuantas reglas para lo que estoy haciendo. Pero ese paso tienes que darlo tú.

MegaMind: ¿Y después?

Queen_Aremife: Me iré.

MegaMind: Ya...

Otra más que se pira de mi vida, pensé.

MegaMind: ¿Qué tengo que hacer?

MegaMind: Lo leo en alto y tú me escuchas desde el cielo?

Queen_Aremife: Ves? Ya te vas pareciendo más al Mario de siempre.

Queen_Aremife: Hazme un copia y pega.

Abrí otra pestaña en el navegador y accedí a la bandeja de correo electrónico. Los *emails* que buscaba se encontraban entre otros muchos correos no deseados. Promesas sobre erecciones firmes y sustitutos de Viagra lo componían casi todo. ¿Quién coño manda estos mensajes? Pensé. Los encontré en la segunda página. El correo que había recibido esa misma tarde tenía el cuerpo en blanco. Tan solo el asunto que había leído en presencia de Mayca me ponía en aviso de que podía ser de ellos. Seleccioné el texto del primer *email* con el ratón, lo copié y pegué en el canal que La Reina había creado para comunicarnos.

MegaMind: Usted no debe contestar a este email. Después de este recibirá otro desde una dirección distinta. El cuerpo del mensaje parecerá que está en blanco. Pero si usted selecciona el espacio del cuerpo con el ratón, verá que en realidad, hay caracteres ocultos en el mismo color del fondo. Al hacerlo, aparecerá una dirección de email, en la que deberá contestar lo que ahora le vamos a proponer. Conocemos la actividad que lleva a cabo en la web del casino online. Llevamos tiempo siguiendo su perfil, y estamos francamente sorprendidos por su éxito en el juego. Queremos hacerle una propuesta. Somos personas serias que buscamos oportunidades con las que poder colaborar. El beneficio será mutuo.

Gracias por su tiempo y confianza, Mr. Mario.

Att: The Boss.

Queen_Aremife: ¡Mierda!

MegaMind: ¿Qué?

Queen_Aremife: No es concluyente.

Queen_Aremife: No puedo creerme que tanto esfuerzo no haya servido de

nada.

MegaMind: ¿De qué estás hablando?

Queen_Aremife: Espera, y el segundo email? Lo has abierto?

MegaMind: Sí, y al ver que estaba en blanco, lo he borrado. (Mentí)

Queen_Aremife: Estará en la papelera

MegaMind: No. Yo siempre elimino del todo. (Volví a mentir). Estaba harto de tantos rodeos. Me sentía como una peonza que no sabe en dónde va a caer. Así que decidí guardarme ese as para mí. La Reina no iba a abrir el correo por mí, porque había algo que podía delatarla si lo hacía así. Al fin, la tenía agarrada por sus virtuales huevos.

Queen_Aremife: Joder! Necesito esa dirección.

MegaMind: ¿Sabes?

MegaMind: Te he mentido. En realidad sí que tengo el correo.

Queen_Aremife: Dame la dirección.

MegaMind: No sin que antes contestes a un par de preguntas.

Queen_Aremife: No voy a hacerlo. Sabes de sobra que ese no era el trato.

MegaMind: Me da igual, puede que incluso conteste a esa dirección, y decida ver con ellos, de qué va todo esto.

Queen_Aremife: No lo hagas

MegaMind: ¿Por qué?

Queen_Aremife: Porque acabarás muerto.

La pantalla empezó a temblar. Lo hizo pusilánimemente las primeras veces, luego la vibración se hizo más violenta, como si se tratara de un televisor de rayos catódicos que pierde la señal de antena. Desaparecieron los cuadros de diálogo y la pantalla se tornó de un antinatural blanco. Era extraño, como si de pronto el monitor LCD emitiese en una gama de matices para los que no estaba diseñado. Cogí una hoja en blanco de una estantería y la enfrenté

al monitor. El folio parecía amarillo pardo en contraste con la resolución del color con la que estaba emitiendo la pantalla. ¿Qué coño...? Pensé. Su *nick* apareció primero en aquel espacio vacío. El tamaño de la letra era diferente y no pude reconocer la fuente con la que estaba representado. Debía de ser alguna de las raras, de las que nadie usa, tipo Andalus o Baskerville. Mi *nick* apareció allí también, solo que no era el habitual. Era mi nombre, algo que yo nunca habría hecho. Eso no vale, me dije. Hay que respetar las reglas del contrario. Permaneció callada (valga el término) sin escribir nada. Así que decidí hacerlo yo primero.

Mario: ¿Qué es esto?

Mario: ¿Otro truco para distraerme y no tener que hablar?

Me sorprendió el modo en cómo aparecían las palabras en la pantalla. Por más rápido que pulsase las teclas, las letras aparecían una a una. Volaban desde el exterior hacia el centro del monitor, para después planear (literalmente) hasta formar las palabras. Era muy extraño. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido ahí dentro.

Queen_Aremife: Hola Mario.

Queen_Aremife: ¿Cómo estás?

Mario: ¿Qué cómo estoy?

Mario: Ahora mismo sorprendido.

Queen_Aremife: Es comprensible.

Mario: ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has creado un canal al que has subido mi verdadero nombre?

Queen_Aremife: ¿Acaso no eres Mario?

Mario: Claro que lo soy. ¿A qué viene esto?

Mario: Haz el favor de dejar de liarme.

Queen_Aremife: Yo sé quién es Mario, pero parece que tú lo hayas olvidado.

Mario: ¿?

Queen_Aremife: Lo siento. No puedo estar aquí mucho tiempo.

Mario: Siempre haces lo mismo cuando llega el momento de dar explicaciones.

Mario: Vete. Me da igual.

Queen_Aremife: Una última cosa.

Queen_Aremife: Me ha gustado mucho lo que has hecho con esa chica.

Queen_Aremife: Me gusta Mayca.

Mario: ¿Qué?

No podía estar más alucinado. Me sentía como un observador de mi propia vida viviendo el capítulo más surrealista de esta.

Queen_Aremife: Lo de las farolas estuvo bien. Mejorar el mundo de ese modo es un buen comienzo. Me recordó a ti, a Mario. Al verdadero.

Queen_Aremife: ¿Sabes?

Queen_Aremife: Fue algo gamberro. Sí, gamberro, pero bonito.

Me quedé igual de paralizado tras leer aquello como si un sigiloso asaltante me hubiera encañonado la nuca. Eran sus mismas palabras. Las palabras de uno de mis mejores recuerdos. No podía ser. Mejor dicho, ¿cómo podía ser? Dios... Me estaba volviendo loco. Cerré los ojos y me tiré del pelo con las manos. El dolor hacía que la creciente sensación de pérdida de control se mitigase por el nuevo estímulo. Esas mierdas eran las que me habían enseñado los psicólogos para cuando sentía que algo no iba bien. Los abrí de

nuevo. No había escrito nada más. El diálogo se había detenido en donde lo había dejado. Quería preguntarle algo pero no me atrevía a ello. Hacerlo significaría reconocer cosas y dejar otras muchas sin explicar. Era sencillamente imposible. A la mierda con todo, me dije.

Mario: ¿Laura?

##SIN CONEXIÓN##

Capítulo 24

La trilogía de las tilas y el macho derrotado.

—Supongo que esa es la pared en dónde tenías pensado poner las fotos del amanecer que no pudiste hacer el día en que nos conocimos, —le dije señalando hacia el muro del salón que estaba vacío. Elena asintió y depositó la taza humeante. Solo me he tomado tres tilas en mi vida. Una justo después de cortar la tarta del banquete de mi primera comunión, cuando me puse tan nervioso por la cantidad de regalos, que acabé por marearme y caerme al suelo. Otra cuando su ataúd de madera descendió al interior de la tumba rodeado de cuerdas, y de los guturales sonidos de dos hombres al llevar a

cabo el esfuerzo. Me sentí tan extraño, tan desplazado de la verdad de aquella situación, que instantes después de que la lápida se cerrara para siempre, tuve que salir corriendo del cementerio y salvaguardarme en un bar cercano. Solo la presencia de su padre y la mano de este consolándome en mi hombro, impidieron que me bebiera un whisky con hielo minutos antes de que dieran las once de la mañana. La tercera la bebí allí, junto a Elena. En el salón de su casa embellecido por el canto del pequeño pájaro enjaulado, y su mano femenina recorriendo de arriba abajo la longitud de mi espalda. Supongo que en muchos aspectos aún seguía siendo un niño. Por eso había ido corriendo a buscar el refugio sereno del entendimiento adulto, y la mirada cálida de la comprensión de sus ojos. Lo que había pasado, me había asustado. Elena me recibió con ojos soñolientos y con su cuerpo moreno como el que ha tomado cada día el sol en una piscina, cubierto por un fino camisón de verano. Eran las 6:45 de la mañana. La claridad solar estaba a punto de partir en dos los restos del cielo nocturno. La cafetera silbó en la cocina impregnando la casa del aroma a café recién hecho. Elena se sirvió una taza. Se recostó sobre el sofá con los pies descalzos muy cerca de los míos, y sorbió una vez la bebida caliente.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me lo cuentas otra vez desde el principio?

—¿Qué parte?

—No sé, Mario. ¿Todas? Es todo demasiado surrealista. Esa chica, Aremfime.

—Aremife —corregí—. Y ni si quiera sé si es una chica —tuve que reconocer sintiéndome, aún si cabe, más estúpido.

—Como sea —dijo llevándose la taza a los labios—. ¿No crees que todo podría ser una estratagema de ella?

—¿Todo?

—Mira, ¿de verdad eres tan buen jugador de póquer? ¿O puede que ella también haya estado manipulando tus resultados?

—¿Para qué?

—Para que esa gente se fijara en ti, claro.

—¿Crees que me ha utilizado como cebo?

—Creo que ella quería algo y que tu forma de vida combinaba muy bien con sus planes para conseguirlo. Y sí, creo que te ha estado utilizando.

—¿Y lo que pasó anoche? ¿Cómo lo explicas?

—No puedo —dijo echándose hacia atrás el pelo—, pero seguro que hay una explicación razonable. Quizá al ver que querías tomar el control y desobedecerla, jugó su carta más poderosa.

—¿Para qué? ¿Por qué jugar con el dolor de otros?

—Para desestabilizarte y hacerte más vulnerable. Solo así puede manipularte.

—Pero... ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo pudo saber lo que Laura me dijo ese día?

—No lo sé. Quizá haya hablado con alguna amiga a la que tu chica le contó lo que sucedió en el parque, o puede que Laura escribiera un diario en su ordenador que de algún modo haya podido recuperar.

—Eso tiene lógica —tuve que reconocer—. Laura escribía mucho. También un diario —añadí pensativo—. Pero de eso hace años. Me sorprendería que ese ordenador aún existiera y que alguien lo esté utilizando.

—Quizá sus padres. Puede que no se hayan deshecho de sus objetos personales, o puede que hicieran lo contrario. Quizá quisieron deshacerse de todo para olvidar y comenzar de nuevo, y el ordenador cayó en sus manos. No

sé, Mario. Las posibilidades, son infinitas.

—Ya. Supongamos que es cierto. El ordenador de Laura llegó hasta ella, me localizó, y se le encendió la bombilla para utilizarme contra esa gente. Pero ¿por qué? ¿Quién o qué es ella?

—Alguien que está fuera de la ley. Eso es lo único que debe preocuparte. Todo lo que ha hecho va en contra de la legalidad, así que supongo que será del mismo tipo de calaña que la gente que te mandó el *email*.

—Estamos suponiendo demasiadas cosas —admití.

—Yo me olvidaría de todo y me centraría en lo que de verdad hace que estés tan caído hoy.

Levanté la vista del suelo y miré directo a sus ojos. Sabía que lo que me iba a decir, iba a ser doloroso.

—¿Por qué no le das la oportunidad que se merece? —Dijo.

—¿A Mayca?

—Claro, ¿crees que no lo sé? Yo... —Pareció dudar—. Hablo con su padre a diario.

—Espera, ¿su padre y tú...?

—Sí —sonrió.

—¿Desde cuándo?

—Solo unas semanas. Fue a raíz de que vinieras a buscarme a la biblioteca. Me preguntó sobre ti y yo sobre su hija. Y así... Ya sabes cómo suceden estas cosas.

—Me alegro —reconocí.

—¿Quieres que hablemos de ella? —Dijo refiriéndose a Mayca.

—Lo tengo todo bastante claro.

—¿Y qué vas a hacer?

—Primero debo aclarar todo lo relacionado con Queen_Aremife y el *email* que me ha enviado esa gente.

—No estarás pensando en contestar, ¿no?

Di el primer sorbo a la infusión caliente. Hacía tanto calor a pesar de la hora temprana de la mañana, que inmediatamente comencé a sudar.

—Creo que es el único modo. No sé en dónde me he metido ni con quién estoy tratando, y algo me dice que a no ser que yo cierre este capítulo por mí mismo, él no lo hará por sí solo.

—Pero Mario... —No, —dije sin permitirle continuar—. Tiene que ser así. No sé por qué me he dejado llevar durante este tiempo por sus conversaciones, pero voy a acabar con todo. Voy a averiguar quién es esa gente. Lo haré en un lugar público para correr el mínimo riesgo, —añadí con la errónea sensación de que yo pudiera tener algún control sobre ello.

¿Me matarán? Eso es lo que había dicho La Reina. Exactamente, que acabaría muerto. Aunque ella también, no te jode. Nadie se queda aquí para siempre. Es una lección que aprendí demasiado pronto. Eso es lo que le decía al reflejo del cristal de la ventanilla del vagón de metro, cuando a la siguiente noche regresé a casa. La imagen que veía poco o nada tenía que ver con el Mario de los tiempos de “El Japo”. La barba incipiente, las ojeras marcadas, y los ojos hundidos en un rictus de sufrimiento. Todo por aguantar durante demasiado tiempo. Y delgado —le dije dos veces a la figura masculina del cristal—. Estás demasiado delgado. No sabía lo que pesaba porque tenía miedo de entrar en una farmacia y que la báscula electrónica me devolviera algo parecido a un *ticket* de la compra con una cifra ridícula, rematado por el pesaroso mensaje de “esperanza de vida: cero”. Me había estado matando

durante esos años, ¿cómo no lo había visto? Pensé que no podía temer a ningún asesino si yo había sido el mío durante al menos dos años. Por eso iba a enviar el *email*. Si quería una oportunidad con Mayca y una redención para mi asesino, debía cortar con todo lo que hasta ahora me había apartado (o podía llegar a hacerlo) de ella. Elena no lo había visto de la misma manera. Ni siquiera cuando a la hora de comer, abrimos un vino blanco (que tanta risa despertó en ella) para acompañar el plato de gazpacho y el pollo asado en el horno. Se veía contenta. Ganándose a pulso su segunda oportunidad. —Algo se acaba, ¿verdad Mario? —Le dije esperanzado al hombre del cristal. —Y algo empieza —creí escucharle decir. Él me miró y yo también a él. El reflejo de Laura no apareció por ninguna parte. Su fantasma, me pareció, se había esfumado.

Caminé despacio por el andén de la estación de metro. Aquel agujero excavado en el suelo tenía el don de oler siempre a meados. Pero esperanzado (por aún no sabía bien qué) me pareció algo, incluso, fascinante. Los grupos de chicos y chicas de mi edad me adelantaban por ambos lados. Era sábado. Noche de culto para las terrazas madrileñas y los bailes ligeros de ropa. El verano estaba tan avanzado que tenía la sensación de haber vivido siempre en manga corta. Una chica morena se abrazaba a su novio, y un chico rubio le daba la mano al suyo. La gente aún se movía. Nada había acabado, tan solo yo, era el que me había distanciado al amparo del otro lado de un muro que yo mismo había tapiado, comprendí al fin. Aceleré el paso para adecuarme al de la gente, como si hubiera quedado con alguien y llegara tarde a una irremplazable cita. La escalera mecánica que ascendía a la calle, era un bullicio de grupos adolescentes. Rostros felices de miradas alegres y bocas sonrientes. El olor a perfumes y a maquillajes me transportaron a otro tiempo, en donde yo salía casi a diario, y los veranos se me antojaban eternos. La escalera me escupió al exterior de la calle. Me había bajado un par de paradas

antes de la que correspondía a mi casa para saborear ese algo del aire nocturno de Madrid. Caminé durante diez minutos dejando que fueran mis pies los que decidiesen el camino a seguir. De la nada apareció un coche rojo que se subió en la acera interrumpiendo abruptamente el paso de los viandantes. Algunos tuvieron que esquivarlo para no ser arrojados antes de que el vehículo llegara a detenerse del todo. Cuando la escena quedó con la calma habitual que se sucede tras la violencia de cualquier accidente, se abrió la puerta derecha del copiloto. Lo hizo entre los estertores que produce la puerta de un coche que ha sido abierta demasiadas veces. Del interior bajó un hombre bajo, moreno zaíno de obra o de ganarse la vida asfaltando carreteras, brazos gruesos y bien musculados, con la cabeza rapada y adornada de múltiples cicatrices. Después se abrió la del conductor. Lo hizo como a cámara lenta, produciendo un ruido incluso más desagradable que la otra, y que se asemejaba a los múltiples disparos de una ametralladora. Hasta que Samuel, el ex novio de Elena, no se bajó del vehículo, no me percaté de que aquella invasión de la acera en uno de los primeros meridianos de la noche, podía tener algo que ver conmigo. Algunas de las personas que se habían salvado por poco de ser atropelladas se detuvieron y observaron la escena asustadas como espectadores de un teatro gore. El moreno rapado dejó caer algo al suelo desde su mano derecha que hasta ahora había llevado oculta en la espalda. Produjo un golpe sordo como de cráneo roto cuando tocó la superficie de la acera. Samuel arrancó a andar hacia mí. También llevaba una cadena de eslabones demasiado grandes que arañaron el suelo con un quejido metálico. Habían bajado del vehículo sin parar el motor del destartado Ford rojo, que seguía echando un pestilente humo blanco de gasoil, y cuyas desgastadas luces alumbraban hacia el interior del escaparate de una tienda de ropa que había echado el cierre horas antes. Eso solo me indicó que iba a recibir una fugaz tunda de hostias, y que iban a desaparecer después con la

misma espectacularidad con la que habían hecho acto de presencia. —¿Has visto Samu? —dijo el moreno con la cadena enrollada en su mano derecha como una serpiente constrictora—. El hombrecito no abulta una puta mierda. Curioso, pensé. Se me debía de ver muy mal para que me dijera aquello un tío al que casi le sacaba una cabeza. Otra cosa era Samuel. Rondaba los dos metros y se le veía considerablemente más saludable que la noche en la que me libré de él en el casino. Lo primero que aprendes (sin la necesidad de que te lo indique un maestro) después del visionado obsesivo de largas y múltiples veladas de noches de boxeo en canales de televisión extranjeros, es que debe haber algo determinante en la preocupación de los entrenadores para que sus chicos, los boxeadores que están a punto de darse de hostias, no se lleven más de cuatrocientos gramos en la báscula. Y es que aquí el tamaño, y el peso, sí que importan. Uno no puede aventurarse a ser el sparring de un tío (y mucho menos de dos) del que indiscutiblemente es mucho menor en corpulencia, porque luego las cosas suceden exactamente cómo sucedieron.

La primera hostia me levantó del suelo un palmo y me hizo aterrizar sobre el capó de un vehículo, dejándome igual de clavado sobre la superficie metálica que si hubiera caído una pesa de cien kilos embadurnada de Super Glue. No la había visto venir porque mi cerebro, poco educado para desenvolverse en actos violentos, aún estaba evaluando el abanico de actos inocentes que podría haber llegado a hacer para salir de allí indemne. Vamos que antes de comerme la primera, aún pensaba que tenía alguna posibilidad. Pero la realidad siempre golpea más fuerte que nada. Siempre demuestra que el hombre, aun con una capacidad desmesurada para soñar, también es capaz de sentir esa punzante sensación realista que desmorona sus sueños con la misma facilidad con la que los ha construido. Y eso es lo que me pasó sobre el capó del coche negro (aunque reconozco que lo de pintar en mi mente con ese color el vehículo, pudo ser resultado de la misma hostia) cuando el tacto

caliente de la sangre resbaló por mi cara hasta mis labios, despertando un sabor metálico en mi boca de la misma intensidad que una llamarada solar. Ahí, tirado sobre el vehículo, abollando la carrocería del mismo, del que esperé que el dueño anduviera lejos para no sumar uno más a la lista de mis actuales enemigos, me di cuenta de que no podía ganar la pelea. Porque poco o nada tenía que ver aquello con una riña del colegio, que era el sitio, o mejor dicho, el tiempo que habitaba mi cabeza por aquel entonces. El grito largo y agudo de una señora fue lo último que escuché antes de perder el conocimiento y caer al interior de un limbo oscuro y vacío de pensamientos. Un símil biológico al espacio virtual que Queen_Aremife construía para comunicarnos. Y allí, con el cerebro apagado y tan solo un pequeño grupo de neuronas funcionando al ralentí de mis constantes vitales, escuché su voz con más intensidad que nunca. El tono comprensivo y guardián de otras veces se transformó en una orden violenta similar a la dada por un comandante a las últimas de sus tropas. Algo a lo que me fue imposible negarme y obedecí sabiendo que mi vida, quizá, dependía de ello.

—Mario, despierta.

Sentí una sensación extraña en manos y piernas. Una corriente de aire caliente o el riego de la sangre que regresa. Otra vez su voz muerta, fría, penetrando en un punto que nada tenía que ver con mis tímpanos.

—Mario, despierta.

Abrí los ojos. La misma señora gritaba su alarido doloroso. No habrían transcurrido más de treinta segundos desde que el coche invadió la acera, el moreno y Samuel se bajaron de él armados con cadenas, y yo había perdido y vuelto a recuperar el conocimiento. Una voz masculina maldijo el vientre de mi madre. Una cadena se alzó en el aire y cayó pesadamente sobre mí. Una mano velluda la alzó de nuevo, la gente gritó y muchos cerraron los ojos. Me

aparté y caí de rodillas hacia el lado de la calle. La cadena golpeo violentamente el capó descascarillando gran parte de la pintura. Intenté ponerme en pie, pero Samuel me lo impidió destrozándome a patadas las costillas. Sabía que no podía aguantar mucho más, y que por mucho que gritara de nuevo su voz, no sería capaz de despertarme si caía una vez más al otro lado de la puerta de la inconsciencia. Así que hice lo que en estos casos le corresponde por naturaleza al macho derrotado. Hui. Salí corriendo en dirección a una calle oscura. ¿Por qué me había dado a mí por correr la primera vez? Nunca, hasta después de Laura, había hecho demasiado deporte, ya que tenía un cuerpo o una genética a la que no le hacía demasiada falta. Pero, sin embargo, allí, empujando una a una hacia delante mis piernas, pensé que en la vida todo sucedía por algo. Si Laura no hubiera muerto yo no estaría arrollando al viento a través de aquel callejón oscuro. Pero también es cierto que si hubiera sobrevivido al cáncer a mí no me habría dado por salir a correr a diario, y probablemente, hubiese sido yo el que estaría destinado a morir (o casi) a manos de esos dos mierdas. Por eso mismo, ahí, huyendo a una velocidad constante de 2'40 minutos el kilómetro, decidí que iba a contestar al *email* que la propia Reina me había prohibido contestar. Porque todas las cosas pasan por algo. La Reina, Elena, Mayca, y esa gente de la que aún no sabía nada, formaban un todo que arrancó a raíz de una muerte adolescente.

El moreno rapado lanzó hacia mí su cadena, la cual cayó muy lejos de mis talones, y me persiguió durante algunos metros. Tenía un sprint potente, pero yo era un fideo armado con un acromegálico corazón de atleta, que se clavaba en las treinta y nueve pulsaciones en reposo. Miré hacia atrás. El moreno, agotado, descansaba tirado sobre el asfalto con una mano sujetándose el pecho. Samuel daba la vuelta al Ford rojo efectuando un giro prohibido. Se coló en el carril contrario y un coche chocó de frente contra el lateral de su puerta. Una estela de humo blanco se elevó desde debajo del capó. —¡Hijo de

puta! —Fue lo último que escuché desde muy lejos. Seguí corriendo en una dirección que no era la de mi casa, mientras la sangre de la herida se mezclaba con el sudor del ejercicio y la salinidad de las primeras lágrimas, impregnando cada una de mis papilas gustativas con el sabor de un fluido al que emocional y biológicamente, no podía aportar más.

Capítulo 25

La cadera danzarina y el despectivo Bitter Kas.

Tardé una semana en sentir la valentía suficiente para volver a bajar a la calle. No por la paliza en sí, lo cierto es que eso tenía poco que ver. El morado del ojo, las patadas con la puntera de una bota en las costillas, o ese bonito eslabón tatuado de un golpe en la cara, no me dolieron tanto como la soledad que sentí tras las primeras horas después de que sucediera aquello. Uno no es consciente de lo vulnerable que es un hombre hasta que no pierde su primera batalla, sea esta del tipo que sea. En circunstancias normales, mis amigos, la familia, mi chica, o los mejores colegas a los que quieres con la misma intensidad que a un hermano, me habrían ayudado a reponerme de ello. Pero como una ley que enuncia una constante universal, me comí el dolor, la vergüenza, y el descubrimiento de mi recién estrenada vulnerabilidad, yo solo, enterrado entre los cojines del sofá con la mirada desafiante perdida en el gotelé blanco del techo, y una dosis de 700 mg de ibuprofeno cada ocho horas. Tuve miedo. Miedo de coger el teléfono y romper a llorar independientemente del interlocutor de la llamada. ¿Mayca? Imposible... Insistiría en venir a verme y yo no podría negárselo. Y cuando lo hiciera tendría que encadenar una mentira tras otra para solo acercarme a un grado de explicación que pareciera coherente. Decir la verdad sería mucho peor. Implicaría reconocer que he sido un absurdo mentiroso durante ¿cuánto? ¿Tres o cuatro meses? Además, la verdad destaparía la coartada que Elena había cubierto sobre nuestro parentesco. Qué razón tenía cuando me dijo que fuera resolviendo los

problemas que habían creado las pequeñas mentiras que había contado. Si contaba la verdad a Mayca, dejaría a Elena como una mentirosa a los ojos de Antonio. Ella me había tapado cuando alegremente y la cabeza zumbada por no sé bien qué, le había dicho a Mayca que Elena era mi tía. Ahora Elena salía con su padre, lo cual me alegraba enormemente por dos motivos. El primero, porque no conocía a otra persona que fuera más buena que ella, ni que hubiera sufrido las garras de la violencia como lo había hecho, y por supuesto que mereciera más poder dejar atrás todo esto. Y segundo, porque Antonio, el padre de Mayca, era una especie de Bruce Lee de Carabanchel, y en sus manos, al menos, estaría bien protegida. Por supuesto, tampoco llamé a Elena para contarle lo ocurrido. Eso solo habría servido para teñir de negro la felicidad que ahora sentía, además de que también habría insistido en verme, y al hacerlo, habría querido que nos acercáramos juntos al hospital, con la consecuente repercusión inmediata de tener que ir a denunciar los hechos. Curioso, pensé. Después de ser yo el que había insistido innumerables veces en que denunciara a Samuel en una comisaría, ahora era yo el que no quería hacerlo. Pensé en llamar a mis padres, pero su figura era algo demasiado lejano. Algo que perteneció a otro tiempo y a otro Mario. Uno que no habría perdonado a este cada una de las cosas que se estaba haciendo. Así que como un estudiado descarte de una baraja de cartas, solo me quedaba resguardarme en el incumplimiento de otra de mis promesas, y confiar en La Reina. Hablar con ella sería reconocer los fallos que ella dijo que sucederían. Sería darle la razón a una figura que en el fondo me era del todo desconocida, y doblegarme, aún más, a su propia voluntad. Aun así la busqué. Erré durante días en todas las posibles franjas horarias en el espacio de aquel limbo virtual sin que ella diera señales de vida. Lo cierto es que jamás volví a hablar con ella a través de las diecisiete pulgadas que me daban acceso al chat. Fuera lo que fuera lo que había necesitado de mí hasta ese momento, o bien lo había conseguido

finalmente por sí misma, o se había dado cuenta de que le iba a ser del todo imposible hacerlo. Por eso mandé el *email* esa noche. Porque había agotado todos y cada uno de los motivos con los que me había ido auto convenciendo, y porque por descarte, no me quedaba otra cosa que hacer. El chat había perdido su fuente de entretenimiento, y administrando bien mis cuentas, no necesitaría nada del póquer, probablemente en años. Por eso, días más tarde, me cité en el bar de Mayca con la persona que había respondido la llamada del *email*, en una mañana en la que una ola de polvo africano proveniente del Sáhara, lo cubrió todo de una densa calima parda. Casi tan parda como la que estaba a punto de liar cuando metí un pie en el bar.

La primera vez que ves un extorsionador, gánster, o persona que se gana la vida disimulando el bulto de una pistola bajo la ropa, no lo reconoces. Porque es un tío como tú o como yo, con sus problemas y alegrías, y que probablemente compre cada día la barra de pan en el mismo sitio, porque es el único que le gusta a su mujer para su madre enferma, que desde hace meses mantiene en casa. Seguramente que hace años, antes de entrar en el negocio, tenía menos aspecto de persona normal del que tiene ahora. Entradas que empiezan al final de una frente arrugada, que dan paso a una ridícula coleta, y gafas de pasta apoyadas sobre un puente de nariz curvo, roto demasiadas veces. Yo era lo que ese hombre fue antes de un gánster, y él, en esa mañana, intentó convertirme en lo que él era en ese momento: un pringado armado que no llamaría la atención ni desnudándose en un videoclub, y que se gana la vida sin cotizar a la seguridad social. No estaba nervioso. Había repasado el *email* al menos cien veces, y por las conversaciones con La Reina y los vuelos de mi mente sobre las praderas del país de Alicia, creí saber cómo iban a suceder las cosas. Estaba equivocado, claro. Yo había supuesto que a pesar de la parafernalia del *email*, el uso del plural, y lo descojonante de la firma (The Boss), era un tipo que trabajaba solo, y que toda su intención era hacerse con

el secreto de mi éxito en la web del casino. Supuse que quizá fuera al sexo masculino lo que Queen_Aremife era al femenino. Un monstruo entre los hackers que tenía mucho que ver con ella. Puede que incluso fueran viejos amigos de alcoba que pujaban ahora por robarse mutuamente los secretos. Los acontecimientos, la agilidad mental, y los huevos que demostré en torno a ello, sucedieron del modo más imprevisible. El hombre entró en el bar cuando el reloj rozó las diez de la mañana. Mayca recogía una mesa llena de los restos de un desayuno. La situación no le era cómoda. Podía leerlo en sus ojos, y en cómo destrozaba una bayeta contra la superficie de la mesa haciendo que esta bailara sobre sus cuatro patas. No había vuelto a contestar a sus mensajes, ni a devolverle la llamada. Supongo que las marcas moradas en mi cara tampoco ayudaban a aclarar la situación sobre lo que había estado haciendo últimamente. Aunque reduciendo términos, la respuesta era sencilla. Estaba alejándome. Cada vez más lejos de todo cuando en realidad solo quería estar más cerca. Era un marinero arrastrado por una fatal corriente. El hombre se acercó silencioso hasta mi mesa, una de las más alejadas de la barra. Vestía bermuda oscura, polo beige, y unas sandalias romanas que podría haber comprado en el mismo tenderete en donde Jesucristo se pilló las primeras. Tenía los brazos gruesos y velludos en el antebrazo. Bíceps pequeños y amorfos. En el brazo del maletín un reloj Rolex brillaba por haber sido pulido durante horas con algodón y limpiador para metales Aladdin. Aquel brillo artificial en su muñeca era lo único que desentonaba del aspecto en general del hombre. Me pareció un pringado con un reloj muy caro. —¿Mario? — Preguntó. Asentí con la cabeza. Hablaba con el acento inglés que te enseñan en cualquier academia, aunque algo me decía que lo más cercano que había estado ese hombre del Reino Unido, era tomando un baño en una playa de Asturias. Se sentó y pidió un café. —Es usted muy puntual —observó. Miré de reojo el reloj de pared que colgaba tras la barra. Eran las diez y un minuto.

—Una gran cualidad —dijo.

—¿Quién es usted? —Pregunté intentando dejar claro quién tenía el bastón de mando en la conversación.

Mayca dejó el café en la mesa. El aroma de la bebida recién hecha no fue capaz de solapar la intensidad del olor de su cabello. Se marchó en silencio, con cierto aire de enfado, sus caderas danzarinas diciéndome adiós. Mi vista se perdió allí menos de un microsegundo. Suficiente para que el hombre del reloj caro se percatara de ello. Me he equivocado al elegir el sitio, pensé. Si algo salía mal, no quería que nos relacionaran bajo ningún concepto. Pero por otro lado, ella misma lo había dicho: “juntos podemos ser un binomio muy fuerte”.

—Soy un mensajero —contestó—. Un hombre que trabaja para otro hombre, el cual quiere colaborar con usted.

Aquello adquiría rollos sectarios y detectivescos. Bien, pensé. Si me llamaba de usted yo tenía que hacer lo mismo. Al menos eso me había enseñado una vez una profesora muy vieja al tener que copiarlo cien veces en la pizarra.

—¿Escribió usted el *email*? —Pregunté.

—No. Yo solo me dedico a visitar a los clientes. —Pronunció el verbo visitar torciendo el acento, alargando las vocales, dejando entrever que en sus visitas, existía un amplio catálogo de cosas que hacer.

—¿Lo hizo su jefe? —Pregunté intentando averiguar quién coño era el Boss.

—No lo creo, aunque tampoco puedo asegurarlo. ¿A qué viene tanto interés por la autoría del *email*?

—Curiosidad sobre el número de personas que tienen en plantilla

—bromeé. Vale Mario, sigue así, me dije a mí mismo. Es mejor parecer tonto que pasarse de listo. Desconciértalo, que no sepa con quién está hablando. — Chiquita, psss —chisté a Mayca—. Tráeme un Bitter Kas —recé para que aquel gesto despectivo me convirtiera en un imbécil a los ojos de él, y borrara cualquier duda sobre la relación que existía entre nosotros.

—Es usted... Gracioso —me dijo —, otra buena cualidad.

Sin duda aquel hombre no encontraba el modo de abordar la conversación. Se apretó las gafas contra el tabique nasal con el dedo índice de la mano izquierda, y continuó:

—A la gente para la que trabajo les gustan las personas llenas de cualidades. Y usted tiene una que les ha llamado poderosamente la atención.

Ahora sí que el hombre de la coleta comenzaba a coger ritmo.

—Llevamos tiempo observándole —continuó—. Sus idas y venidas por casinos *online* y las increíbles rachas de victorias que ha acumulado. Dígame, ¿cómo lo hace?

—Supongo que es una pregunta para romper el hielo ¿no? No creerá que vaya a regalarle mi gallina de los huevos de oro. (Entre otras cosas, pensé, porque yo nunca había sido consciente de poseer tal gallina).

—O no, por favor —dijo restando importancia al malentendido—. Es más curiosidad personal que otra cosa. Pero lo entiendo. Es su método y nosotros queremos que lo siga siendo. De hecho, podríamos decir, que nosotros queremos premiarle por lo “original” de su forma.

—Explíquese.

—Verá, Mario. La mayoría de la gente que se dedica a jugar con lo que usted hace acaba arruinada. Son incapaces de controlar el flujo de dinero y de decir basta cuando toca hacerlo. Usted ya me entiende —aseguró—. En el

juego no solo hay que contar con la peligrosidad del azar, sino que hay que sumar a esta escala de peligro, las debilidades y vicios propios de cada persona.

—Parece que sabe bien de lo que habla.

—Sí —confirmó después de permanecer unos segundos callado, probablemente recordando—. Se me daban bien las cartas —reconoció—, pero nunca manejé las cifras que hay en su cuenta bancaria.

Guardé silencio mientras Mayca me sirvió el Bitter Kas sin decir nada. Volvió tras la barra y vi cómo nos miraba con creciente curiosidad.

—No sé si ha entendido que tenemos acceso a la información de su banco.

—Lo he entendido, perfectamente.

—No parece sorprendido —dijo sonriendo. Lo cierto es que no lo estaba. Después de que Queen_Aremife desmembrara uno a uno los acontecimientos sucedidos, y algunos, que estaban por suceder, era difícil que aquel tipo corriente de reloj excesivamente caro, me sorprendiera. Aquel hombre no era un hacker, concluí. Sería un matón a sueldo, pero estaba seguro de que su relación con el ciberespacio no iba más allá de unas cuantas horas de visionado pornográfico al mes. Aquello tenía una doble lectura. Si se jactaba de poder hacer semejante mamarrachada virtual, era seguro que no conocía nada de las actividades de La Reina. Puede que esta perteneciera al mismo plano que ellos, pero al menos, no estaban en el mismo bando.

—No veo nada sorprendente en ello. Yo mismo puedo hacerlo —mentí.

—Ya entiendo —aseguró—. Es más que probable que usted goce de unos conocimientos informáticos muy por encima de la media.

—No puedo contestarle a eso —dije. Al final la estrategia iba a ser la de siempre. Hacer como que sabía muchísimo más que él, sobre algo que él desconocía, a pesar de que los dos tuviéramos la misma idea.

—Claro, claro. Contestar sería empezar a descorrer el velo de su método, y hemos quedado que eso no es lo que ninguno de los dos queremos. Le explicaré la situación actual por la que pasa nuestra empresa, y cómo podría beneficiarse, ayudándonos. —Hizo una pausa dejando que asimilara cada matiz de sus palabras, su entonación, su silencio. Seguro que había dicho aquella misma frase cien veces en cien cafés diferentes.

—Hable —indiqué.

—¿Sabe usted lo que es un holding empresarial?

—Algo así como un cúmulo de empresas que rentan como una sola.

—Correcto, correcto. Bien, Mario. Es usted un hombre listo —dijo como el presentador de un concurso televisivo. Empezaba a desquiciarme el modo en cómo se desenvolvía ese hombre—. Algunas de estas empresas operan en el extranjero. Todo legal, por supuesto. Pero no sé si sabe algo sobre burocracia.

—No —negué con sinceridad.

—La burocracia es siempre tediosa y caníbal en casi todos los casos. Los gobiernos intentan aprovecharse del trabajo duro de la buena gente, y de personas, como nosotros —dijo señalándonos a ambos—. Estamos cansados de que se aprovechen de nosotros. ¿Verdad? —Soltó al aire sin esperar contestación—. Por motivos que no vienen a cuento —continuó—, las personas que me han contratado, se han visto en la obligación de reubicar algunos de sus negocios aquí, en España. Eso nos vendrá bien a todos —añadió pensativo—. Las inversiones extranjeras siempre aportan frescura y estructuras nuevas, no solo físicas, claro. Pero importar un modelo de negocio

de fuera a dentro tiene un coste demasiado elevado.

Se tomó el lujo de colar un pequeño silencio. Momento que aproveché para inspirar profundamente, mesarme la incipiente barba, y contener los músculos de la boca que amenazaban con arrancarme un bostezo. —Y aquí es donde entra usted, Señor Mario —continuó—. El dinero que hay en su cuenta corriente procede de una fuente limpia, cristalina, ha pagado sus impuestos, y por consiguiente, usted es totalmente libre de utilizarlo. Pero aquí viene lo curioso. Usted, no lo utiliza —dijo casi como si fuera una acusación de asesinato—. Lo tiene estancado. Vive de un modo corriente, y viste, no se ofenda, casi ordinario.

Levanté una ceja por venir aquello de alguien que se paseaba en bermudas con un Rolex en la muñeca.

—Nosotros hemos diseñado un sistema para transferir capitales. Pequeñas cantidades en múltiples cuentas, que no llaman la atención, —aclaró—, y que le permitirán enriquecerse como un prestamista, y a nosotros, hacer más fácil el traslado de nuestros negocios. —
¿Enriquecerme? —Pregunté.

—El diez por ciento. Cien euros de cada mil que transfiera. Mil de cada...

—Pare —dije levantando la mano—. Sé contar.

—Claro, claro. Usted... Verá. —Se explicó—. Habitualmente trato con gente de un nivel cultural muy inferior al suyo.

¿Aquello era un cumplido? Y yo que quería salir del bar etiquetado como un completo gilipollas, pensé.

—¿Tengo pinta de ser una persona avariciosa? —Pregunté.

—No, pero estoy seguro de que es un hombre inteligente. Usted sabe

que las rachas del casino no durarán mucho más tiempo.

—¿Por qué piensa eso?

¿Acaso intentaba decirme algo sobre Queen_Aremife? ¿Quizá era cierto que ella había manipulado mis resultados como había supuesto Elena?

—Es pura estadística. Si usted lanza mil veces una moneda al aire, es imposible que la moneda caiga mil veces del mismo lado.

—¿No habíamos quedado en que yo trabajaba con un método?

—Claro, claro. El método. Eso le haría jugar fuera de las reglas del azar, hoy, —señaló—. Pero puede que mañana, pasado, o dentro de un mes, el método empiece a fallar. Alguien actualiza el programa y el neutral azar, cambia. Ante una situación así, estaría bien ser previsor y beneficiarse de un lucrativo plus. ¿No cree?

—¿Una comisión del diez por ciento le parece un lucrativo plus?

—¡Bien, Mario! —Animó enérgico—. ¿Estamos negociando?

—Yo he venido a tomarme un Bitter, y lo reconozco: sentí curiosidad por saber quién era la persona que me estaba llenando la bandeja de entrada de... —Dudé un segundo—, mierda, —dije finalmente.

El hombre de la coleta entornó los ojillos oscuros. Me hubiese gustado ver cómo en aquel momento un delator sudor frío asomaba por su frente, indicando que al menos, le había dejado descolocado. Pero permaneció igual de inmutable que Jesucristo en una iglesia. Entonces fue cuando debió de pensar que el plan A) había agotado sus posibilidades, y en consecuencia debía pasar al plan B), mucho menos aburrido, y la hostia de efectivo, claro. Dio la vuelta al maletín que hasta ese momento había permanecido en la mesa con la apertura vuelta en su dirección. Abrió los dos clips metálicos que hacían de cierre, y lo abrió en dos tiempos. Por un momento pensé que un

denso humo blanco iba a salir del interior del mismo. Lo empujó sobre la superficie de la pequeña mesa produciendo un ruido estridente. Esa fue la segunda vez en mi vida que me sucedió aquello. Creía vivir una anónima existencia que no llamaba demasiado la atención, pero dentro de aquel maletín estaba la prueba de que para nada, era así. Cuidadosamente ordenadas sobre la superficie de forro negro, y sujetas por gomas al mismo, diez fotografías se disponían ante mis ojos. Lo primero que pensé es que me pareció acojonante que existiera un maletín diseñado para tal fin, lo segundo, que estaba metido en un gigantesco lío. Todas las imágenes mostraban un tiempo que ahora se antojaba irrecuperable. Mayca y yo paseando por los alrededores del parque del Retiro, Mayca saliendo de mi casa con los brazos abrazados a su cuerpo y el pelo suelto ondeando a izquierdas tras un reciente golpe de viento. E incluso ambos, bajo el sol abrasador, guardando la cola del Parque de Atracciones. ¿Qué coño significaba eso? La Reina tan solo se había aventurado a jugar con la información, demostrando que era capaz de obtenerla, pero aquel hijo de puta, me estaba amenazando con ella. Mi mirada buscó a Mayca. Mis ojos debían de parecer tan tristes como los de un cachorro destetado. Ella a su vez me miró, no hizo falta decir nada. Ella no entendería nunca lo que había hecho y mucho menos lo que debía hacer. Sentí pena, nostalgia... Hasta ahora siempre había sido un juego. Cuando una chica se involucraba demasiado en mi vida la espantaba como a una mosca. Ahora no tenía otra elección. Jamás habría una pintada, o una marca en un árbol que atestiguará el amor que sintieron Mayca y Mario. No podía permitir que aquella belleza de pelo rojo y pecas en la cara, pagara por los errores de otros. Yo podía hacer la maleta ese mismo día. Contaba con pasta suficiente para establecerme en cualquier punto del mundo. Pero por otro lado, si lo hacía, la dejaría sola ante la avaricia de esas personas. Estaba condenado a deambular como un espectro, cerca de mis seres queridos, pero sin poder

interactuar con ellos. Mis padres serían los próximos en la lista. Sería el paso lógico si yo desaparecía, pensar que había huido a refugiarme en el nido. Estaba jodido.

—¿Necesita meditarlo? —dijo cortando el hilo de mis pensamientos.

Debía actuar rápido. Sopesar la información con la misma celeridad que un procesador de cuatro núcleos. Si me concedía un tiempo tal y como el proponía, sería el asesinato de lo espontáneo, el fin del factor sorpresa. Pondría mi vida y la de ella en sus manos. Me citaría dónde y cuándo él quisiera, y como les habría sucedido a muchos otros antes que a mí, no tendría ningún control sobre ello. Pensé en Laura. La vi de pie a mi lado, con su mano apoyada en mí. No vestía el blanco camión de hospital. La piel de su mano brillaba morena, y sus dedos parecían vitales y enérgicos. Al principio creí que se sujetaba a mi hombro para no caerse, pero pronto dudé sobre quién estaba sosteniendo a quién. La miré: eres el tío más listo que he conocido. Podrías hacer cualquier cosa —me dijo. El recuerdo de ambos sentados en aquel banco de subida a El Escorial se esfumó a la misma velocidad que se disipó su espejismo en el aire. Tras ella, mucho más cerca de mí que la lejanía que sentí al verla a tan solo unos pocos metros, descubrí a Mayca. La de siempre, pero extrañamente distinta. Sonreía a un cliente mientras servía una copa de vino y le ofrecía los distintos aperitivos. Se había recogido el pelo en una coleta y sus ojos irradiaban el azul de un mar en calma. La quiero, pensé. Por eso tenía que hacerlo. Miré de nuevo en dirección al gánster mientras mi corazón intentaba convencer a mi mente de que querer, no era siempre algo triste. Primero el destello de su reloj Rolex, después la montura mate de sus gafas oscuras. Sus ojillos corrientes parecían esperar solo una respuesta.

—¿Sabe que está cometiendo un error al intentar extorsionarme? Porque eso es lo que usted está haciendo. ¿No es cierto?

—Estamos negociando, Mario. No perdamos las formas.

—Es una extorsión. ¿Sí o no?

—Sí —reconoció fríamente—. Hay gente en mi empresa muy cualificada para hacer cosas horribles. Algunas que ni siquiera usted imagina. Les gusta la inocencia —añadió como un sádico. La boca muy abierta pronunciando cada palabra. La lengua blanca asomando entre los finos labios—. Se pervierten con lo que a priori parece frágil. No sé lo que podrían hacer con una chica como esta —dijo inclinando la cabeza hacia donde estaba Mayca.

—Ya entiendo. Seguro que estas cosas deben funcionarle muy bien contra yonquis y camellos de poca monta. Ofrece una pequeña comisión a cambio de un dinero, y luego no aparece ni la comisión ni el dinero. Después extirpan las ganas de denunciar mostrando su catálogo de postales paisajísticas. Seguro que le funciona, sí. Pero no lo hará conmigo. No con un hacker —añadí creyéndome cada una de las letras de la palabra.

El hombre callaba, no movía un solo músculo.

—Nosotros tenemos el control de la información. Todo lo que quepa en un monitor de 17” es manipulable, exhibible, y está bajo mi puto control —dije poniendo un dedo sobre la mesa—. ¿Cómo creen que he acumulado semejante racha de victoria en el casino? He *hackeado* los servidores, los usuarios, las cuentas... Todo.

—Esto es el mundo real, Mario. Usted lo ha dicho: aquí no estamos en el marco de ningún monitor de 17”.

—Me temo que se equivoca. Usted ya ha sido *hackeado* —aseguré.

—¿Qué quiere decir?

Era mi oportunidad, o le colaba ahora el fruto de la simiente de una

idea que había ido germinando, o no tendría una segunda oportunidad de hacerlo.

—Debe ser usted muy estúpido para haber aceptado sin más mis condiciones en este primer encuentro. Pensé que los tipos como usted se valdrían del control.

Recordaba esa videocámara porque yo estaba desayunando en mi esquina cuando la instalaron. El viejo oso se quejaba de que uno de sus camareros le robaba botellas y metía la mano en el bote de las propinas. Fue hace tiempo, cuando el negocio marchaba bastante bien, y podía permitirse el lujo de contratar a otros. Puede que la cámara ya no funcionase, pero seguía ahí arriba, muy cerca de la estratosfera del bar, como cualquier otro satélite espía.

—Usted —dije con la mayor frialdad que me fue posible—, mire por encima de mi hombro derecho. —Sus ojos siguieron clavados en los míos. La expresión inmutable sosteniendo un pulso que nadie más vio. Finalmente desvió la mirada en la dirección que le había indicado. —Más arriba —dije. —Más. Pare, ahí. ¿Ve la videocámara? Es un modelo corriente: Sony XRTS (si hubiese tenido que repetir la sucesión de letras, no me habría salido igual). Unos cuatrocientos euros —me inventé—. Grabación en alta definición, sonido calidad estéreo, y lo más importante, transmisión wifi —volví a inventarme—. Todo lo que usted ha hecho, dicho, y mostrado —dije refiriéndome al interior del maletín—, está siendo transmitido a mi ordenador portátil, el cual, a su vez, está subiendo la información a una parcelita muy segura que tengo en la nube.

Miré el reloj.

—Si no llego a casa en menos de treinta minutos, el ordenador, automáticamente lanzará una cadena de *emails*. No creo que transcurran más

de 24 horas sin que usted pise una comisaría.

—¿Usted cree? —Preguntó.

—Por supuesto —aseguré—. ¿Sabe cuál es el tiempo medio que necesita un software de reconocimiento facial para obtener resultados concluyentes? 25% de positivos tras cuatro horas de análisis... La progresión puede calcularla usted solo. Yo mismo tengo uno. Es una pasada para matar el tiempo, le aseguro que entretiene más que una colección de sudokus. En apenas una hora tendré su nombre y dirección, antecedentes, historial médico... La policía es buena, no creo que facilitándoles esta información, tarden mucho en desenmarañar los hilos que conducen hasta la cabeza de su... Holding empresarial.

Confieso que tras inventarme el discurso mi cerebro descargó tal dosis de endorfinas en mi torrente sanguíneo, que me convencí de que podría ser la siguiente promesa del cine español. Más me valía. En caso de que el hombre de la coleta no se tragara aquello, las marcas que me habían dejado Samuel y su colega por todo el cuerpo, iban a parecer cuatro arañazos de un día de campo, al lado de lo que había asegurado que podría llegar a sucedernos. El hombre no reaccionó a la exultante expresión de mi rostro. Me llevé la mano hacia él en un gesto inconsciente. Palpé cada uno de los puntos de dolor que aún me recordaban la brutal paliza. Él no pareció entender nada de aquello. Cerró el maletín, dejó un billete de diez sobre la mesa, y se levantó de la silla. Antes de marcharse se ajustó el pesado reloj sobre el hueso de la muñeca, limpió los cristales de sus gafas con una servilleta de barra, y me dijo: —le comunicaré su decisión a las personas para las que trabajo. —Miró a Mayca una vez más, y se perdió tras la puerta. Esta se acercó a la mesa. Recogió los vasos y el dinero. Su expresión parecía decir muchas cosas y nada al mismo tiempo. Estaba enfadada, o extrañada, o al menos en ese estado de ánimo en el que no es fácil empezar a hablar. Había visto cómo nos observaba durante

cada uno de los veinte minutos más singulares de mi vida, durante los cuales transcurrió la conversación. La curiosidad pudo con ella, y al final, habló:

—¿Quién era ese tío?

Pensé largamente la respuesta. No quería mentirla más, a ella no. Pero hacerlo sería lo único que, quizá, la protegería.

—Un pringado con un reloj muy caro —contesté. Pareció como si mi absurda respuesta fuese a ser el detonante que iba a hacerla estallar. Respiró. Estoy convencido de que contó hasta tres internamente, y dijo:

—Me ha dado mala espina. No me gusta cómo me ha mirado.

—No debes preocuparte, es solo un viejo conocido. ¡Oye Mayca! —Dije cortando el hilo de la conversación—. ¿Tú sabes si por ahí hay algún aparato que grabe las imágenes de esa videocámara?

Me llevó hasta él a través del pequeño laberinto de cajas de refrescos y bidones metálicos, que entre otras muchas cosas, llenaban el almacén. Cuando le pedí si podía dejarme a solas con el aparato, puso la mejor cara de póquer que hasta ese momento había visto en mis años de jugador. El grabador electrónico estaba cubierto de polvo, e incluso telarañas en la zona trasera, en donde el enredo de cables se retorció como plantas trepadoras en la selva. Era el típico objeto que muy probablemente nadie había manipulado desde su instalación, ya que el solo hecho de estar funcionando pondría en sobre aviso a la persona por la que lo habían adquirido. Toqueteé el sistema hasta que me familiaricé con él. El grabador tenía una pantalla digital de no más de 6" en la que podías visualizar las grabaciones, o mostrar un menú para exportar el video a un pincho USB. Copié la secuencia de los últimos tres días en una memoria que siempre llevaba en el llavero de casa. Dos días para mí, pensé amargamente. Y el resto para La Reina. Tenía que confiar en que a cambio de las imágenes obtendría su ayuda. Fuera esta del tipo que fuera, si es que no me

estaba equivocando al asignarla a ella en mi mismo bando. Cerré la puerta del almacén al salir. Mayca servía cafés como si tuviera cuatro brazos. El bar comenzaba a llenarse. Esperé hasta que se deslió y se acercó a mí.

—Gracias por dejarme... —Dije señalando hacia la puerta del almacén.

—Espero que no estés metido en algún lío —. Al decirlo noté una nota triste en su voz. La mirada ansiosa y preocupada y sus ojos mirándome sin la intensidad de otras veces. Tuve que mentirla. Era el único modo de mantenerla a salvo. “Un binomio perfecto”. Eso había dicho ella una vez. Dijo que juntos podríamos ser muy fuertes.

—Nada que no pueda manejar solo —contesté. Pareció titubear. Dudar incluso de las propias palabras que aún no había pronunciado.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿no?

Aquello empezaba a dolerme en un sitio muy profundo, cerca de alguna víscera que hacía decenios que no sentía.

—¿Confías en mí, Mayca?

Algo luminoso se apoderó de su rostro.

—Claro —dijo. Su corazón latiendo más fuerte, impulsando una sangre que teñía de color sus mejillas.

—Tienes que dejar de trabajar aquí.

Fue la puñalada más mezquina y rastrera que he tenido que dar. Cuando salí del bar, Mayca lloraba en silencio. Sus ojos inundados por cada una de mis decisiones ineptas. Digna, preciosa como era, no me miró al salir. Yo sí lo hice, por supuesto. No sabía si volvería a verla alguna vez. No sabía cómo explicarle que el único modo de soportar el dolor de su pérdida, era siendo el causante de ella. No podría soportar que algo o alguien la arrancaran de mí.

Otra vez no. Al cerrar la puerta el reflejo del cristal me devolvió una imagen de Laura. Estaba detrás de mí, triste, con el pelo negro cubriendo su cara, apenas podía ver la expresión de sus ojos. ¿Quién es el pringado ahora, Mario? —Preguntó.

Capítulo 26

La leyenda del ninja y la pesadilla monocromática.

Me compré una moto. Fue lo menos alocado que se me ocurrió hacer después de que se hubiera desmoronado mi vida. El tipo del concesionario me advirtió que era un modelo peligroso, con demasiadas muertes asociadas a su legendario nombre. —Habrás que hacerte con un buen casco —le dije. Me condujo a otra zona de la tienda, en donde entre cazadoras reforzadas, monos de cuero y corazas, se alzaba soberbia una torre negra acristalada, en cuyos estantes lucían impecables, coloridos modelos de cascos de las marcas más

emblemáticas del motociclismo. En la cuarta balda, justo a la altura de mis ojos, el casco AGV de la bandera de Italia me observaba desde su visera opaca. El modelo era idéntico al de Mayca. Eso hizo que no pudiera resistirme al brillo diamantino que me llamaba como el oro a una urraca. Salí de allí con todo puesto: el casco, una cazadora de aviejado cuero negro, la moto, y unos cuantos miles de euros menos en el bolsillo. Detuve la moto cuanto la rueda delantera abandonó el prelude de la acera y tocó por vez primera el asfalto de la calle. Fue un paréntesis de iniciación para ambos. Yo jamás había conducido un motor con semejante potencia, y ella nunca había sostenido a un piloto al que le quedara menos por perder. Miré mis ojos ocultos tras la visera del casco en el espejo retrovisor. Era a Mayca a quien veía reflejada en aquella imagen. Giré la llave y arranqué el motor. La potencia de un hipódromo desbocado se manifestó entre mis piernas. Fue un zumbido sordo, seco, consabido de que podía volverse un terrible estruendo en cuanto girara el puño del acelerador. Hice una primera prueba, apenas una décima del ángulo de mi muñeca. El motor despertó como un oso en primavera. La Kawasaki Ninja, negra, como conlleva la milenaria tradición de su nombre, descubrió cada uno de sus indomables 120 CV. El vendedor miró desde el otro lado del escaparate de la tienda. Metí primera y salí en caballito, doblegando mis tímpanos para que se rindieran a la belleza de ese nuevo sonido. Vi en el espejo retrovisor cómo el hombre de la tienda movía negativamente la cabeza.

Estaba cabreado conmigo mismo, con el mundo, y todo cuanto había en él. Varias ideas disparatadas se me ocurrieron durante esos primeros kilómetros. Si me hubiera encontrado de frente en una amplia avenida con el Ford rojo de Samuel, habría acelerado hasta llegar al límite del motor, y me habría incrustado sin miedo contra el coche dejando un amasijo de ropas, metal y vísceras. O si hubiera descubierto andando entre la maraña humana al hombre de la coleta, y el innatural brillo de su reloj en la muñeca, hubiera

llevado al tope la aguja de la velocidad para impactar como un misil contra su cuerpo, y reventar cada una de las células que habían osado amenazarla. Pero no hice nada de aquello. Tras la furia inicial que despertaron los primeros kilómetros de adrenalina, me resguardé en una sosegada velocidad de crucero que me condujo hasta mi solitario hogar, en donde mi felino compañero de piso olisqueó la cazadora de cuero que dejé tirada sobre una silla junto al casco tricolor. No cogí la moto en días, puede que semanas. Me encerré en la oscuridad de un salón con las persianas bajadas, mientras el verano, perezoso en dejar decaer las temperaturas, pegaba sus últimos coletazos. No cogí el teléfono a nadie. Dos veces llamaron a la puerta con toques suaves, femeninos, como si no quisieran importunarme. Una tercera vez lo hicieron, golpeando con nudillos recios, mientras una voz masculina y acento extranjero decía mi nombre. Solo salía de noche a un 24 horas para comprar precocinados y cervezas (a partes para nada iguales), y de madrugada cada mañana, antes de que el sol diera la cara para machacar la suela de mis zapatillas. Las noches las pasaba casi siempre en vela. Esperando que La Reina absorbiera los videos que había extraído de la cámara de videovigilancia, y que copié en el escritorio de mi ordenador portátil en una carpeta a la que nombré como Queen_Aremife. Pero el pez no quiso morder ese anzuelo, y con ello la esperanza de recibir su ayuda se esfumó como un liviano humo hacia el cielo. Estaba solo, con la única compañía de un gato, un casco al que mi subconsciente gustaba de confundir con ella, y la grabación de los últimos días en su puesto de trabajo. El vídeo en blanco y negro me mostró una realidad onírica. Una dimensión que ya nunca podría alcanzar, en donde descubrí entre tesoros, algunos de mis sueños rotos. Como ella bailando con una escoba, o cambiándose fugazmente de ropa en una de las esquinas de la barra antes de abrir el bar. Un tirante negro de sujetador caído bajo el blanco hombro, o la perfecta curva de un glúteo asomando de su ropa interior. Mi vida vacía. Mi

vida sin ella. Una pesadilla monocromática de la que no tardaría en despertar.

Capítulo 27

Mayca

Quedar a tomar café en una cafetería cuando trabajas durante todo el día en una, hubiera sido una redundancia, de no ser porque semanas antes dejé el trabajo cuando me lo pidió Mario. No sabía por qué había vuelto a pensar en él en ese momento, cuando me ajustaba el segundo de los dos aros que habitualmente lucía en la oreja derecha, o cuando cada mañana al desayunar, el aroma a café recién hecho me traía esbozos de numerosos recuerdos. Me ayudé con el espejo del baño a fijar la tuerca del pendiente que se me resistía. Odiaba, literalmente, las decenas de pequitas que oscurecían la piel de alrededor de mi nariz y mis ojos. También odiaba parecerme tanto a una de las protagonistas de un programa infantil, en el que dos chicas se hacían famosas bailando por la geografía de los Estados Unidos. Toda mi vida había sido igual. Los chicos riéndose de mí en el colegio porque parecía lo que nunca era, o el personal de los hoteles en los que me había tocado vivir, a los que sorprendía comentando a mis espaldas. He trabajado en hoteles que pertenecen a familias adineradas —decían. Pero lo de esta niña rica es un caso único. Déjala —mandaba callar alguna de las chicas que hacían las veces de cuidadoras—. Solo es una niña y además, está sola —caían las palabras con un peso imposible de soportar para una cría de seis años. Ahora no sabía si Mario había pasado a formar parte del grueso catálogo de personas que se habían reído de mí, para acabar compadeciendo mi suerte. No entendía nada de lo que había pasado con él. Aunque visto en perspectiva, no entendía nada de lo sucedido desde el principio. Su extraño modo de vida, su eterna expresión lacónica y decaída, y la ausencia casi total de sonrisas. Aunque yo intenté darle motivos para ello, él casi nunca lo hizo. Ahora dudo mucho de que él alguna vez haya llegado a sentir por mí lo que yo aún siento por él. El modo en cómo se alejó de mí, justo después de lo del Parque de Atracciones, sin duda el mejor día que pasamos juntos, y cómo me dijo que dejara de

trabajar en el sitio en donde él iba cada día, fueron sin duda, unos golpes demasiado bajos. No lo esperaba de él. Siempre creí que él tenía algo que contar y que lo haría cuando sintiese la confianza suficiente para ello. Fui paciente como no lo he sido con nadie, porque reconócelo, Mayca, él te atrajo desde el primer día con una intensidad que no habías sentido nunca. Pero me lo pagó así: riéndose de mí junto al hombre del maletín, para después decirme con la cara molida a palos (una muestra más de su falta de confianza) que tenía que largarme de allí. Quizá ese fue mi error. Creer que confiaría en mí, cuando en realidad, nunca tuvo ninguna intención de hacerlo.

El teléfono vibró dos veces sobre la superficie dura y ahuecada del lavabo. Hizo un ruido tan fuerte mientras estaba tan ensimismada en mis pensamientos, que me asusté y me estropecé la raya del ojo. Comprobé el teléfono. Era un WhatsApp de Mónica diciéndome que salía de trabajar en cuarenta minutos. Me vino bien decidirme a llamarla después de tantos meses, y sobre todo, después de lo de Mario. Aún no se lo había contado porque no había surgido oportunidad de ello. Tan solo nos habíamos puesto al día por teléfono y nos reímos recordando lo vivido juntas en el hotel. Mónica era una de las chicas que había trabajado en recepción. Tenía un don para pasar de la educación más exigente y estricta que le habían inculcado, según me dijo, en un cole católico, a la versión más alocada de sí misma, de la que puedo asegurar; era una bastante pirada. No pude hacer nada por ella cuando el mismo director del hotel, la pilló en la cama con un cliente en una de las habitaciones que se supone, debían estar libres. La fulminaron con un despido inmediato con la amenaza de que si tomaba la iniciativa de presentar cualquier tipo de recurso, aquello constaría para siempre en su currículum. Me alegró cuando me devolvió la llamada porque fuera de los asuntos del trabajo siempre había sido una buena amiga. Confieso que cuando vibró el teléfono otra vez me iluminé fugazmente por si pudiera ser él. Pero no lo era. Él nunca

escribiría, al igual que nunca llamaría. Leí el nuevo WhatsApp y por un momento amé a esa chica y a sus siete generaciones predecesoras. Decía que mejor que en una cafetería, nos veíamos en el Retiro y nos sentábamos en una terraza a tostarnos al (y un montón de emoticonos de soles con gafas negras). Así podemos recrearnos con los cuerpos sudados de los tíos buenos que corren por el parque. Y un guiño, claro. Hay cosas que nunca cambian, ¿eh, Moni?

Tiré la moto en una acera junto a muchas otras muy parecidas a la mía. Pensé que si me tomaba más de dos cañas con Mónica, seguro que me iba a costar encontrarla.

El Retiro estaba hasta arriba de gente. Creo que había más personas dentro del parque que en el resto de la ciudad. Había quedado con Mónica en el interior porque ella entraría por el lado contrario por donde lo haría yo. La encontré de pie junto al lago. Enfundada en vaqueros con múltiples rotos, fumándose un *piti* con gesto pasional.

—¡Mayca! Ven aquí nena, dame un abrazo. —Olía a crema bronceadora y perfume no sé si caro o barato. Y como él, a tabaco. Puede que incluso fumasen la misma marca. Me fijaría en eso, claro que a él, le había visto fumar cuatro o más marcas distintas—. ¿Cómo estás golfa? Que no me llamas... Ni quieres saber nada de mí —dijo sin parar de zarandearme por los hombros. Casi había olvidado la exagerada dosis de energía que acompañaba siempre a esa chica.

—Tía, si es que no paro en todo el día.

—¿Dónde andas ahora?

—Bffff, a veces creo que solo cambio un traficante de esclavos por otro. He estado haciendo doce y trece horas estos últimos días.

—¿Qué dices tía? Mándalos a la mierda. Pero si tú eres como la

Milton, la heredera de un imperio. Dame el número de tu madre que la voy a poner fina.

—Mejor déjala en las Américas que me deje bien tranquila.

Había gente para la que Mónica podía parecer cargante, vulgar, e incluso *choni*. Seguro que causaría tal furor en mi madre que le estallarían la tiroides tras un ataque de urticaria colinérgica. Y eso solo después de un primer encuentro. Era justo el tipo de chica por el que mi madre me había dado boleto de Brasil.

—Vamos a dar un paseo —dijo—, y luego nos compramos un helado. Llevo dos meses matándome de hambre para ponerme estos vaqueros.

—Estás guapísima.

—Bah —dijo haciendo un aspaviento con la mano del cigarro—. Sigues sin saber mentir. Tú sí que estás preciosa —aseguró—. Un poco delgada. Te tratarán bien esos cabrones del hotel, ¿no?

—Ya sabes, no me quejo.

—Menuda pandilla de raros que hay ahí metida. Siempre tuve la sensación de que en el hotel se cocía algo.

—Sí —dije entre risas—, sopa en la cocina.

—Bah —dijo de nuevo soltando humo—. No me hagas caso, desde que me enganché a Expediente X me he vuelto una *conspiranoica*. Como esas zorras del supermercado que me ofrecen chocolate en la caja justo antes de pagar. Solo quieren que engorde. Ven aquí anda, dame otro abrazo —dijo estrujándome como a un bebé entre sus dos enormes pechos—. Tienes que prometerme que vas a poner una Moni en tu vida.

—Te lo prometo.

Me abrazó aún más fuerte.

—Tía, no sabía qué hacer. Después de lo que pasó no sabía cómo reaccionarías.

—¿Cómo voy a reaccionar? Te tiraste a un cliente en el hotel con el uniforme del personal de limpieza.

—¿Y qué iba a hacer? Le molaba el rollo de los disfraces. Además, no me lo tiré sola. Él también hizo lo suyo.

—Pero estaba casado.

—Sabes que no soy celosa —bromeó guiñándome un ojo.

—¿Y el pollo que os montó su mujer delante de todo el mundo?

—Sí —dijo tras pensarlo un segundo—, aquello no moló mucho.

Me reí con ganas, tapándome la boca con el dorso de la mano. Fue una carcajada sincera que sirvió de pequeño antídoto para lo que desde hacía días me aquejaba—. Ven aquí —dije, abrazándola una vez más y dándole un beso en la mejilla. Cogió mi mano y caminamos por la ancha avenida de uno de los laterales del estanque. Barquitas de remos navegaban al son de la música de numerosos artistas callejeros. Un mimo camuflado bajo la apariencia de una detallada estatua de bronce nos dio un gran susto al pasar junto a él. Patinadores, corredores, y grupos de paseantes nos esquivaban para no chocar contra nosotras.

—Cómo me alegra que por fin me hayas llamado, pero dime Mayca ¿por qué ahora?

—¿Y por qué no?

—Vamos nena, te conozco. Algo te pasa —dijo acorralándome. Resoplé. No sabía por dónde empezar. Las mariposas en el estómago aún revoloteaban entre otras especies de bichos que prefería no identificar—. Creo que yo también me voy a comer un helado —dije para no tener que

tirarme de cabeza en las aguas frías, oscuras y profundas, que significaban ahora el nombre de Mario.

Una hora más tarde mordisqueaba el palo de madera de un polo con sabor a mango.

—Vaya mierda de helado, tía —dijo Mónica—. ¿Cómo coño se pueden quedar sin nada de chocolate en pleno verano?

—Es normal, con este calor el que no se come un helado, se come dos.

—Sí, es verdad. A ver si entra ya septiembre.

—Lo tenemos al lado. Además, luego echarás de menos las tardes de verano.

—Y a ti. Ya verás como las cosas con ese chico se arreglan y entonces no te acordarás de mí. No me pongas esa cara —bromeó—, es ley de vida. Para eso están las amigas. ¿Sabes? Me alegro mucho de que hayas confiado en mí para contármelo. Pero no sé qué decirte. Es, por lo poco, extraño. Para mí los chicos solo esconden dos cosas: las ganas de follarte, o las ganas de hacérselo a otras.

—¡Qué basta eres! —Dije riéndome.

—Soy Moni —contestó haciendo un gesto de victoria con los dedos de una mano.

—No sé lo que ha pasado. Y no es cuestión de que haya otras chicas, o de que no le guste, de eso estoy completamente segura. Desde el primer día ha sido un libro cerrado.

Tres chicos de mi edad se sentaron cerca de nosotras, sobre el césped, al igual que lo hacíamos nosotras. Llevaba veinte minutos descargando mi frustración sobre el verde, enrollando pequeñas briznas de hierbas entre mis dedos que arrancaba tirando insistentemente.

—¡Para! —Ordenó Mónica—, vas a dejarlo todo lleno de calvas.

Uno de los chicos se acercó a nosotras. Vestía una camiseta de baloncesto de la NBA a juego con una gorra del mismo equipo. Tenía los brazos morenos hasta la línea del hombro. —Hola —saludó. ¿Tenéis papel?

—¿Canutos? —Preguntó Mónica bajando la voz.

El chico asintió agitando levemente la visera. Moni rebuscó en su bolso.

—Yo no tengo —contesté abriendo ambas manos y palpándome los bolsillos. Hacía que no me fumaba un porro desde los años de Brasil.

—Espera, espera —dijo Mónica sin parar de sacar objetos del bolso. Finalmente lo volcó sobre la hierba. Rebuscó entre la montaña de cosas y dijo:

—¡Aquí está! —Era un paquete de papel de fumar OCB. El cartón estaba arrugado y doblado por las esquinas.

—Con uno nos vale —dijo el chico de la gorra.

—Quédatelo. Hace mucho que no fumo.

—Gracias —contestó él. Hizo un amago de girarse e irse. Pareció dudar, y dijo: ¿queréis fumaros uno con nosotros?

Moni me miró dejando que escogiera yo. Al ver la duda reflejada en mi cara lo rechazó.

—Gracias, pero estamos en plena tarde de chicas.

Se alejó dando grandes zancadas. Se sentó junto a sus amigos, los cuales no habían parado de reír desde que Mónica había volcado la caja de Pandora sobre la hierba. Debía de ser alto, más incluso que Mario, pero era difícil saberlo con seguridad estando sentada.

—Pero bueno ¿qué te pasa? —Preguntó Mónica. No era una acusación. Ni siquiera un reproche. De verdad, parecía preocupada.

—Ya te he dicho que estoy rara. Es, no sé... Todo tan desconcertante.

—Olvídate un poco de él —me aconsejó—. Estás aquí, conmigo. Podemos fumarnos un par de canutos con esos chicos y echarnos unas risas.

—Ya. ¿Sabes? —Dije dejando pasar lo que me acababa de decir, y centrándome en rebobinar el casete de mis recuerdos—. Luego está lo de esa chica...

—¿Qué chica?

—La de la foto de su habitación. Laura.

—Pero si acabas de decirme que estás segura de que no hay otra persona en medio.

—Y lo estoy... Pero esa foto, era extraña. Se veía toqueteada, como si la hubieran sujetado mil veces para mirarla.

—¿Y no le preguntaste nada?

—Lo hice la primera vez en su casa. Me dejó curiosear y ya sabes cómo somos, fui directa a la foto como atraída por un imán.

—¿Has estado muchas veces en su casa?

—Varias —contesté.

—¿Y qué hacéis allí? —Preguntó dándome un golpecito cómplice en el pie con el suyo. Sin duda no esperaba cualquier respuesta.

Un inconfundible olor a maría llegó hasta nosotras. Los chicos del *basketball* fumaban su canuto.

—Hablamos, vemos películas. A veces cocina mientras escuchamos música, —me di cuenta de que estaba hablando en presente, como si con ello

aumentaran mis opciones de que aquello pudiera volver a suceder.

—¿Qué música escucha?

—Rock ochentero y algo de heavy.

—Ya me está cayendo mal —aseguró—. ¿Y de qué habláis?

—Hablábamos —puntalicé.

—Lo que sea. ¿Qué soltaba por la boquita?

Suspiré. Aquella chica era incorregible, y en el fondo me encantaba.

—Del día, la cafetería, chats, póquer...

—¿De póquer? —Se extrañó.

—Es como se gana la vida. Según dice tiene un perfil de jugador muy famoso. Vamos que tiene un nombre hecho en el mundillo.

—Hay que tener la cabeza muy bien amueblada para ganarse la vida con eso.

—Es inteligente, se le nota. Iba a la universidad.

—¿Iba?

—Creo que a raíz de lo de esa chica lo abandonó todo.

—¿La de la foto?

—Sí.

—¿Y dices que se llama Laura? Y él Mario... —Añadió pensando algo.

—A no ser que me haya mentado con los nombres... ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, no me hagas caso. Dime. ¿Cómo es Laura?

—Es guapa —tuve que admitir—. Morena, pelo largo, y tiene unos

ojos preciosos.

—Seguro que no más que los tuyos. ¿Y nunca la has visto en persona?

Negué arrancando otro manojito de hierba.

—No sé... Podría ser cualquiera. Yo no haría mucho caso de lo de esa chica. ¿Has pensado que quizá se lo has puesto un poco difícil?

—¿Un poco difícil el qué?

—Ya sabes... —Insinuó dejando el resto en el aire.

—¡Joder Mónica! —Me quejé—. Yo no soy de ponerlo ni fácil ni difícil. Las cosas vienen cuando tienen que venir.

—¿Pero ha venido? —Dijo dándome otra patada en el pie.

—No, y te aseguro que ha habido muchas oportunidades para ello.

El chico de la camiseta de tirantes se levantó de nuevo. Sus amigos se marcharon en dirección al estanque. Vino hasta nosotras y nos entregó un canuto perfectamente liado. Tomad —dijo—. Para vuestra tarde de chicas. Se alejó corriendo para alcanzar a sus amigos. Mónica encendió el porro y dio una calada profunda, avariciosa, como si llevara tiempo necesitándola.

—Cabrón —maldijo entre dientes—, ahora me moriré de hambre.

No pude evitar reírme.

—Eres única.

Dio otra calada y dejó escapar el humo por la boca, aspirándolo de nuevo por la nariz.

—Un caso raro lo del tal Mario, pero ya voy cuadrando algo. ¡Joder! —Soltó—. Laura y Mario, que pierda las bragas si no...

—¿Qué?

—Nada. Es que yo pensé que tú y él ya... Y eso lo cambia todo.

—Eso no cambia nada.

—Claro que sí. Lo que pasa es que creo que yo sé algo que tú no sabes, pero primero necesito confirmarlo.

—Me estás volviendo loca, Mónica. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Tú fuma —ordenó pasándome el porro.

Di dos caladas rápidas. Tosí.

—¿Vas a decírmelo?

—Fuma más que te va hacer falta.

—¡Joder Mónica! ¡Suéltalo!

—Vamos a ir a verle.

—¿Cuándo?

—Ahora

—¿Por qué?

—Porque me apuesto las bragas a que ese chico está tan enamorado de ti como tú de él, pero hay algo que no le deja quererte.

Me dejé caer sobre la hierba partiéndome de risa. El calor, la marihuana, y el dulce e inesperado final del helado de mango en mi boca, se apoderaron de mí.

Capítulo 28

Las 170 pulsaciones, y el alzamiento de mi ejército.

Cerré la pestaña del chat, desazonado por tener que rendirme a lo evidente. La Reina no estaba, se había ido, y jamás volvería para ayudarme a deshacerme de ellos. Todo cuanto podía hacer tendría que salir de las pocas gotas de ingenio que consiguiera sacar al estrujar mi apolillado cerebro. Miré por la ventana. Estaba cansado de esconderme y aún quedaba algo de luz iluminando el mustio horizonte. Me puse una malla corta de Adidas, una camiseta técnica roja, y las zapatillas. Salí a correr aprovechando la caída del sol y la consecuente bajada de temperatura. Enfilé calle arriba, esquivando peatones con la sensación de tener auténticas alas en los pies. Alas negras y demoníacas, que me empujaban furioso entre los viandantes. Mi vida había vuelto a naufragar en las caprichosas aguas del destino, y yo solo era capaz de esconderme mimetizado entre las muchas otras personas que salían cada día a practicar este deporte, o en el interior de una casa a la que no se podía llamar hogar, y de la que empezaba a molestarme su persistente olor a cerrado. Pasé junto a la gran Kawasaki que tras el primer día de uso había quedado abandonada en mitad de la calle. Una pequeña telaraña entre la maneta del embrague y el puño estático empezaba a tomar forma. Pensé en Laura mientras martilleaba el asfalto con los primeros pasos, estaba muerta; en mis padres, en peligro de ello por meterme en la maraña de unos asuntos que aún no había conseguido comprender; y en ella. En Mayca. El tesoro que había elegido perder para poder protegerlo, y que en contra de mi voluntad, y a pesar de haber puesto una enorme dosis de ella, seguía estando en peligro. Luego los

pensamientos se vinieron abajo con la calidez corporal que produce el incremento en la intensidad del ejercicio. Es el efecto que tiene correr. Es la evolución milenaria de la meditación oriental en el siglo XXI. La mente se calma y el saco de la emoción se vacía. Es entonces cuando una lluvia de imágenes inconexas comienza a salpicar la conciencia. Primero la cadena cayendo pesada sobre mi cara, después Elena con el pie hinchado tirada sobre una esterilla, aquella primera vez junto a Mayca en la cafetería, el *nick* de La Reina parpadeando en un fondo blanco, y el hombre de la coleta sonriendo mientras insinuaba lo que podrían hacer con ella si no aceptaba el trato. Entonces lo comprendí. Me detuve de golpe en mitad de la calle. El pulsómetro cerca de las 170 pulsaciones y el sudor cayendo a chorros desde mi cara al suelo. Debía aceptar el trato. Solo así ganaría el tiempo necesario para poder huir con ella, si es que ella aún quería hacerlo conmigo. Podría ganar un par de semanas si empezaba transfiriendo pequeñas cantidades. El dinero me aguantaría meses de ese modo, tiempo más que suficiente para poder desaparecer. Di la vuelta por donde había venido hasta llegar a casa. Abrí la puerta con excesiva urgencia y me quité la camiseta empapada mientras se encendía el ordenador. La tiré en el suelo y me senté a esperar a que el ordenador cargara y desapareciera el logotipo de Windows en la pantalla. Les mandé un *email* pidiéndoles que se pusieran en contacto conmigo. Debemos replantear la situación, escribí exactamente. Ya está, pensé. Estaba hecho. Ahora solo tocaba aguardar su respuesta. Debía ponerme en contacto con Mayca, confesar, y esperar que confiara en mí, a pesar de que yo nunca había confiado en ella. Al menos lo suficiente como para contarle la verdad que se escondía tras mi figura atormentada. Me levanté y abrí una cerveza en la cocina. Las gotas de sudor de mi cuerpo dejaron un rastro por la casa. Me tumbé en el salón sobre la pequeña colchoneta que guardaba doblada debajo del sofá. Hice doscientos abdominales en series de cincuenta, y

bocabajo, el mismo número de lumbares. No lo hacía por la gilipollez general del mundo de lucir el cuadrante de una tableta de chocolate en el estómago. Para correr necesitas un tronco duro. Una base que dé estabilidad a tu espalda y te transporte lo más erguido posible sobre tus piernas. Sonó el timbre de la puerta. El gato apareció de la nada y salió disparado hacia ella. Reconozco que me quedé acojonado en un primer momento. Si eran ellos, tenían una organización muy efectiva. Por no hablar de sus recursos. No hacía ni quince minutos que había enviado el *email*. Abrí en dos tiempos, con la cadenilla del cerrojo echada por si el visitante no venía solamente a hablar. Era ella.

—Hola —dijo. Su voz tímida, suave como un arroyuelo fresco de alta montaña. Junto a ella una chica gorda se embutía en algo que puedo asegurar que no era el envoltorio de una morcilla. Vaqueros rotos y ajustados al máximo, necesitaría los brazos de dos rudos marineros para poder quitárselos. Me resultó molesta. No sabía qué estaba haciendo esa chica aquí, y lo único que saqué en claro de ella es que era la típica que cambiaba sus pantalones vaqueros, según iban aumentando de tamaño las pantallas de los teléfonos móviles. Ella me miró sorprendida, con la intensidad de alguien que no sabe si es verdad lo que está viendo.

—Hola Mario —dijo la chica de los vaqueros rotos —Estás... Sudado.

Mayca le dio un disimulado golpe con el codo.

—¡Mayca! —Exclamé sorprendido—. Pasad. —Dije al quitar la cadenilla de la puerta. Su pelo largo y rojo aleteando suelto. Los bucles reflejando la tempestad dorada del atardecer de un mar embravecido. Despidiendo aquel embriagador aroma que tanto había echado de menos. Vi cómo sus ojos se iban directos a mi casco, tirado en la misma posición que lo dejé tras el primer día, idéntico al que sujetaba ella con sus manos. Refulgían

ambos en la penumbra del salón, con los colores de la bandera italiana. Su cara pasó de la incomprensión a la incredulidad, y de ahí a la confirmación de algo que solo ella y yo supimos entender.

—Bonito casco —dijo tras dejar el suyo junto al mío, y posar en mí unos ojos repletos de curiosidad—. Está es Mónica —nos presentó—, es una antigua compañera de trabajo.

Le di la mano. Sudado y con el corazón desbocado por el ejercicio y la sorpresa de tenerla allí, no me pareció el momento idóneo para plantarle dos besos. Ella sujetaba abrochado al codo el pequeño casco de hípica que yo mismo había usado en varias ocasiones.

—Habéis venido en moto —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Veo que te has comprado una —contesto Mayca—. ¿Un scooter?

—Más o menos. —No di más detalles, porque pensé que quizá ese no era el mejor momento para explicarle que lo único que había hecho por salir de la depresión que sentí tras alejarla de mí, fue gastarme un montón de pasta en una moto con la rueda trasera de la misma anchura que la de un tractor.

—¡Mortadelo! —Exclamó Mayca con la voz repleta de cariño. El gato se acercó hasta ella. Se frotó de costado contra sus piernas y ronroneó una extraña canción.

—Parece que te ha echado de menos —dijo la otra chica. Intentó acariciarlo como había hecho ella, pero el gato se mostró arisco al tacto de la mano desconocida.

—Iba a llamarte Mayca. De hecho iba a hacerlo ahora mismo cuando...

Y como si fuera el sortilegio de una poderosa brujería, su teléfono

sonó interrumpiendo el ritmo de mis palabras.

—No serás tú —bromeó ella.

Al verlas al otro lado de la puerta pensé que la situación iba a resultar violenta, cuanto menos incómoda. No sabía a qué había venido, pero rezaba para que lo hubiera hecho para arreglar las cosas. Se veía a gusto, cómoda, como si estuviese en ese sitio donde siempre había querido estar. Hasta ese momento, en el que ella sacó el teléfono de su bolsillo y su cara compuso un gesto horrible. Me recordó a una antigua película. Una vieja versión en la que el Doctor Frankenstein descubría el horror de su criatura al mirar por primera vez el aspecto de sus cicatrices.

—¡Mierda! —Escupió su boca desde muy adentro—. Lo siento —me dijo, y después miró a Mónica. Su cara era un poema, un manojito nervioso que no encontraba el modo de arrancar—. Tenemos que irnos. Ahora —zanjó.

—¿Qué? —preguntamos ambos, incrédulos, al mismo tiempo.

—Te lo explico por el camino. Mario —añadió dirigiéndose a mí—, lo siento. Mañana te llamo.

Y desaparecieron por la puerta, dejándome igual de alucinado que un anciano al que le hubieran confundido por tripis sus pastillas. Escuché sus voces en la escalera, ambas discutían o hablaban tan condenadamente excitadas que parecía el clamor de una discusión. La puerta del portal se cerró con un portazo, y Mortadelo tan incapaz de comprender la extraña situación como yo, se sentó mirando a la puerta muy cerca de ella. Yo hice lo mismo. Me derruí junto al gato. Intenté acariciar su pequeña espalda recorriendo cada una de sus vértebras dorsales, pero ni siquiera me daban las ganas para eso. No comprendía lo que había pasado, ni si después de eso, quedaba alguna esperanza para nosotros. Me arrastré hasta el portátil y me conecté al chat. Dejé abierto el espacio para que La Reina pudiera conectarse conmigo, aun a

pesar, de que hacía semanas que no lo hacía. Entonces la puerta sonó de nuevo. Un par de nudillos llamando levemente contra la madera.

—¿Mario? —Llamó tímida como una colegiala a la puerta del director. No era ella. Era esa otra chica a la que no conocía de nada y de la que no sabía por qué coño no se había largado con ella.

—¡No estoy! —Grité desde el salón. Solo quería que me dejaran en paz. Quizá me tomara unos somníferos y los bajara con un largo y dorado trago de whisky. Sí, parecía un buen plan después de aquello.

—Déjame entrar, tengo que hablar contigo.

—Vete. No sé quién eres.

—Sí lo sabes, pero no te acuerdas —dijo con el tono elevado por tener que hablar tras cinco centímetros de puerta. Entonces me levanté del suelo. Dejé el portátil encendido olvidado en la esquina de la mesa y abrí la puerta, otra vez, con la cadenilla echada. Mi aspecto debía de ser como el de una vieja asustada que asoma reacia un ojo tras la línea de apertura de entrada.

—¿Quién coño eres?

—Primero déjame pasar. No lo estás entendiendo, pero esa llamada que ha recibido Mayca, lo va a cambiar todo.

La dejé entrar. En su mano aún sujetaba el pequeño casco azul, puede que con las prisas hubiera olvidado devolvérselo, o puede que Mayca esperase abajo con la moto arrancada para huir con la chica embutida, después de que me diera su mensaje y me rompiera el corazón.

—¿Estás sola? —Pregunté.

—Sí, se ha ido, y no sé si vas a volver a verla.

—¿De qué coño estás hablando?

—La situación es grave, Mario.

—Déjame que me duche —rogué—, antes de que el mundo se me caiga del todo encima.

Casi dos horas más tarde estábamos sentados sobre un puente que cruza la vía del tren, en una de las muchas fincas que atraviesan la línea C3 de cercanías. Las numerosas estrellas, visibles en aquel espacio sin apenas contaminación lumínica, cuajaban un cielo perfecto para las confesiones. La Kawasaki Ninja descansaba del pequeño viaje al pie de la valla por la que nos habíamos colado. Poco a poco su gran motor se apaciguaba y perdía las calorías ganadas durante el viaje. Había traído la moto a casi todo lo que daba el puño del acelerador, en vista de que aquella chica, en principio desconocida, no paraba de animarme con gritos y onomatopeyas como: ¡dale más! Y ¡uuuuuhhh! La verdad es que para la supuesta crudeza y urgencia del mensaje que tenía que trasmitirme, se lo tomaba todo demasiado a la ligera. Aunque eso me molaba, tengo que admitirlo.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Siempre venía aquí con ella.

—Lo sé. Más de una vez me lo contó. En realidad se lo cascó a todo el grupo. No paraba de hablar de ti a todas horas. —Dijo iluminada por el punto ardiente de una colilla.

—Nos gustaba este sitio. Aquello que ves al fondo es San Lorenzo de El Escorial, en donde sus padres tenían la casa. Y detrás de nosotros, justo a nuestra espalda, está Madrid. Y esto es... Bueno, supongo que un buen sitio para hablar.

—¿Eso veníais a hacer aquí?

—Siempre había un plan B, y a veces incluso un C... —Bromeé—.

Pero supongo que eso ya te lo contó ella, ¿no?

—Sí, sé que solíais follar entre los matorrales.

—Eres demasiado basta para haber formado parte de su grupo cercano de amigas. Las chicas que iban a ese colegio eran en su mayoría... Remilgadas —dije arrepintiéndome de haber usado una palabra tan cursi—. ¿Quién eres de verdad?

—Ya te lo he dicho. Estudiamos juntas en el mismo colegio. Una chica gordita y con los ojos achinados, si no te hubieras creído el ombligo del mundo durante esos años, quizá me recordarías ahora.

—Lo siento. Tienes razón en eso. Pero ya no soy el que era entonces.

—También me he dado cuenta. Pero no creo que estés tan abajo cómo crees estar.

—¿Qué quieres decir?

—Mario, todos perdimos a Laura. Era mi amiga, no se lo merecía, pero estas cosas pasan a diario. Forman parte de la propia vida.

—Eso no hace que cambie nada.

—Claro que no, pero hacer lo que tú haces tampoco lo cambiará. ¿Sabes? La conocí lo suficiente como para saber que no le gustaría verte como estás ahora. Vamos tío —me animó—, todas estábamos locas por ti en esos años, y tuviste la suerte de que ella te correspondió con la misma intensidad que lo hiciste tú con ella. Pero se fue —añadió amargamente— y tú no. Eso es lo único que debes entender.

—Yo la quería —dije abrazándome las rodillas con los ojos cuajados de lágrimas.

—Claro que la querías, y ella a ti. Por eso mismo tienes la obligación de salir de donde estás. Se lo debes. Seguro que en algún momento se lo

juraste pero ahora no lo recuerdas. Incluso puede que ella te lo jurase a ti, pero te tocó a ti quedarte y cumplir la promesa que nadie cree que tenga que llegar a cumplir.

—¿Qué promesa?

—Recomponerse y volver a ser uno. Cuando alguien siente la certeza de que por increíble que parezca, muy pocas veces, uno chico más una chica, no suman dos, debe de ser muy difícil volver a ser uno mismo.

—No sé quién soy —añadí lacónico, con la mirada flotando en un claro que la luna había pintado de blanco lechoso.

—Yo sí lo sé, tú eres Mario, Mario “El Japo”. Solo tienes que ver esa moto que has aparcado ahí. Es una japonesa ¿no? —Preguntó sin esperar contestación—. Hay una chica preciosa esperando a subirse en ella, que la arranques, y le ayudes a salir de la mierda de vida que le han obligado a vivir. Cuando Mayca me habló de ti, lo vi en sus ojos. Vi que está completamente enamorada, y que no entendía nada de lo que te pasaba, porque supongo, que no se lo has contado. ¿Verdad?

—No. No lo he hecho, y temo que sea demasiado tarde.

—No lo es, pero sí que puedo decirte que a partir de hoy van a complicarse mucho las cosas. Lo que hagas, tendrás que hacerlo rápido.

—¿Es por esa llamada?

—Sí —dijo como si fuera una clara sentencia a muerte.

—¿Quién era?

—Primero prométeme que harás lo posible por cuidar de ella.

—Lo haré —añadí tajante.

—Muy bien. Ahora escucha. ¿Ella alguna vez te ha hablado de su

madre?

—Claro. La empresaria por rebote.

—Pues olvida todo lo que te ha dicho y piensa en una versión mucho peor. Yo trabajé en la recepción del hotel. Si alguna vez has entrado allí, te habrás dado cuenta de que el ambiente es bastante extraño. Todos los tíos parecen clones unos de otros, y hay un continuo movimiento de gente bien adinerada que para nada vienen a dormir.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Mario. Yo misma tuve que comerme un marrón porque vi algo que no tenía que haber visto. Hace meses me echaron del hotel porque supuestamente me acosté con un cliente disfrazada de chica de la limpieza. Hicieron correr el rumor entre los empleados, y dado que yo no gozaba de muy buena fama...

—¿Qué? —Pregunté sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—Vale, no soy una zorra, pero tampoco soy una monja de clausura. En el tiempo que estuve trabajando me acosté con unos cuantos chicos del hotel... ¡Vivimos en el siglo XXI, tío! Así que no me mires así. Seguro que tú te has pasado por la piedra a todo lo que has podido durante este tiempo.

—Mejor vuelve al hilo de la conversación o esto se nos va a ir de las manos.

—Sí, mejor... Bueno, para que te sitúes. Un día cogí una llamada en recepción para una de las señoras del personal de limpieza. Por lo que fuera no la localizaban en el móvil, y llamaron directamente al hotel. Pasé la llamada a todas las extensiones posibles, pero no había forma de localizarla. Así que como parecía algo urgente (el marido había sufrido un desvanecimiento en el trabajo), salí a buscarla yo misma. Localicé a la

gubernanta y me dijo que estaba en la décima planta limpiando habitaciones. Es una señora que siempre usa cascos para escuchar música, por eso quizá no la localizas, me dijo. El caso es que cuando salí del ascensor en la décima, me encontré una de las primeras habitaciones abiertas, y el carro de la limpieza al final del pasillo, sin rastro de la señora. Pensé que se la había dejado abierta, y entré para comprobar que era un error, y que no hubiera nadie antes de cerrarla. Escuché voces dentro, de al menos tres varones. No los veía desde la puerta. Uno de ellos era el director del hotel, así que entré al reconocer su voz pensando que podía haber sucedido algo. Encima de la mesa había dos maletines repletos de billetes verdes, eran dólares americanos, y junto a ellos tres bolsas transparentes de por lo menos un kilo de polvo blanco.

—¿Qué dices? —Corté—. ¿Tú qué fumas?

—Te lo juro Mario. En ese hotel pasan cosas muy raras. Cuando me sucedió aquello pensé que iban a matarme o algo así, pero el director me sacó de la habitación como si nada y me dijo que podía tomarme el día libre. Cuando volví a la mañana siguiente el rumor de que me había follado a un cliente ya se había extendido como células cancerosas. Algunos incluso decían haber visto un supuesto video de la cámara de seguridad.

—Ya.

—Y ahora viene el verdadero problema. El que os afecta a ti y a ella.

—¿Cuál es, Mónica?

—La llamada era de su madre. Ha llegado al hotel esta tarde desde Brasil y quiere llevarse de vuelta a Mayca.

Tras la confusión de los primeros minutos, el acaloramiento por lo que me había contado, y la creciente sensación de rabia, pasamos un tiempo en silencio. Momento en que me invitó a un cigarro que me fumé viendo cómo el humo despegaba vaporoso hacia las estrellas.

—Pero Mayca es mayor de edad. Se puede negar a irse con ella —dije cortando el silencio.

—¿Pero es que no lo entiendes, Mario? Su madre es una narcotraficante. Lo de la construcción son paparruchas que le han contado a ella desde pequeña. En Sudamérica tiene una posición privilegiada para hacer crecer esos negocios, pero aquí le debe de estar costando abrirse al mercado. Y supongo que necesita una persona de confianza que dejar allí, para venirse ella aquí a dirigir esto con mano de hierro. Sea como sea, a la pobre Mayca siempre le han arruinado la vida. Manejándola de aquí para allá, obligándole a hacer lo que le decían. Y te aseguro que lo que le espera ahora, va a ser mucho peor que una patadita en el culo para que se busque la vida currando por su cuenta.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Huir juntos. Mayca me dijo que tenías dinero. Idos y no volváis.

—Tanto que dices que la conoces... No creo que Laura estuviera de acuerdo con eso.

—No sé tío, tú eres el de las ideas. Piensa algo, pero que sea bueno, porque no creo que vuelvan a dejarte pisar ese hotel. Su madre ya se habrá informado de quién eres. Puede incluso que te hayan estado vigilando y no te hayas dado cuenta. Tiene mucho poder y buenos contactos.

—Podría quedar con Mayca en algún sitio e irnos juntos. No huir, pero sí alejarnos un tiempo.

—Olvídate de eso. La conozco y es muy cabezona. Seguro que en cuanto su madre le haya planteado la situación, se habrá puesto hecha una furia y estará poco menos que secuestrada.

—¡Joder! ¿Y qué hago?

—¿Sabes? Yo estuve allí, cuando lo del Zimba. Vi la que le liaste a ese tío por haber suspendido a Laura. Dejaste a todo el mundo asombrado, y lo planeaste todo tú solo. ¿No?

—Aquello fue una gamberrada. Una cosa de críos que nada tiene que ver con la vida real.

—No, Mario. La vida es la misma entonces que ahora.

—Pero necesitaría un ejército para poder entrar a la fuerza en un hotel —me quejé.

Las luces de un tren alumbraron desde la distancia nuestros pies. Ninguna palabra salió más de nuestras bocas y decidimos volver cada uno a nuestra casa. Se hacía tarde y la noche estaba a punto de agotarse. La dejé en Moncloa, muy cerca del hotel en donde Mayca estaría dormida, o llorando por estar retenida contra su voluntad, o vete a saber qué. No podía pensar. Demasiados miedos, demasiadas esperanzas fundidas en extrañas palabras que daban pie a rocambolescas historias.

Eran las cuatro y media de la noche cuando entré en casa. La luz del pasillo estaba encendida porque se me había olvidado apagarla. Me senté un rato a darle al ordenador. La pestaña del chat que también había dejado abierta, seguía mostrando un espacio en blanco carente de ningún signo o palabra. Miré la carpeta que había creado en el escritorio para guardar el vídeo del hombre de la coleta. No estaba. Aquello me dejó en blanco, tembloroso, casi incapaz de reaccionar por todo lo que significaba. La Reina había vuelto, había entrado en mi PC y se había llevado la prueba que podía dar la vuelta a las cosas. Si de algún modo ese video ayudaba a La Reina a deshacerse de ellos, era un problema menos con el que tenía que contar. Ahora solo me quedaban tres cosas para recomponer del todo mi vida. Debía de apartar de la calle a Samuel. Si había ido contra mí, no tardaría en hacerlo

contra el padre de Mayca. Él sería un hombre fuerte, pero dos o más tíos pegando a otro, son siempre multitud. Después tenía que encontrar el modo de entrar a la fuerza en el hotel. Llegar hasta Mayca y sacarla de allí. Y lo más difícil de todo, debía hacer que me perdonara cada uno de los errores que había cometido con ella. Un ruido sonó en el portal. Una puerta cerrándose con violencia y unos pasos bamboleantes subiendo las escaleras. ¡Joder! — Pensé. La Señora Martínez no se da un solo día de tregua. La pantalla emitió un sonido. La pestaña del chat se abrió sola y las palabras: “Mario, despierta.” Se repitieron en una columna hasta la saciedad. Dos palabras, una coma y un punto multiplicándose hasta el infinito en un cuadro de texto. La barra lateral de desplazamiento se hacía cada vez más pequeña conforme se repetían las palabras y se agigantaba el espacio escrito. No había forma de pararlo. Las instrucciones normales como Ctrl+Alt+Supr no funcionaron. Tampoco lo hizo el botón de apagado. El documento decía que las palabras se habían repetido 91 292 veces en tan solo veinte segundos. El ordenador se colgó, flipó, y se apagó. La pantalla negra me devolvió el reflejo de un rostro, el mío, que miraba incrédulo lo que había sucedido. Los pasos de la Señora Martínez se pararon frente a mi puerta, y entonces, comprendí el modo de acabar con todo. Saqué el móvil, el cual casi tenía agotada la batería y marqué el número de Mónica, que ella misma me había dado momentos antes de despedirse. Su voz sonó fresca y vacía de sueño, como si acabara de despejarse en la ducha.

—¿No duermes? —Pregunté cuando descolgó el teléfono.

—No puedo. ¿Y tú?

—Estoy dándole vueltas a algo.

—Soy toda oídos.

—¿Recuerdas que te dije que necesitaba un ejército?

—Algo dijiste, sí —ironizó.

—Pues ya lo tengo. ¿Quieres unirte?

—Claro. Lo que sea por vengarme de esos cabrones.

—Mañana a las cinco —dije, y colgué el teléfono. Me puse en pie y me fui a ver cómo iba la Señora Martínez. Ella y yo íbamos a tener una agradable charla vecinal.

Capítulo 29

La reina del aquelarre y la princesa prometida.

Subí la moto en la acera hasta donde comenzaba la bajada del parking. El asfalto escupía un calor que arañaba con lengua de fuego mis piernas, a unas abrasadoras cinco y veinte de la tarde. Quizá no había sido buena idea venir a montar un numerito en pantalón corto. Tanto la acera, como la fachada del hotel Princess Pink Ana, lucían tranquilas aguardando la caída del sol, en la que la bajada de temperaturas daría un nuevo hálito de vida a la calle. Me descompose de nervios al comprobar que casi no había acudido nadie. Tan solo un par de críos con sus portátiles, que entraban y salían por la puerta de cristal negro, para dar un par de caladas al mismo cigarro que se pasaban de mano en mano. Si no venía nadie más, aquello no funcionaría. A mi izquierda, Elena caminaba en nuestra dirección desde muy lejos. Su pelo oscuro, suelto y rizado, brincaba alegre a cada nuevo paso. A su lado, una figura masculina de fornidos brazos le acompañaba orgulloso cogiéndole su mano. Debía de ser Antonio, el padre de Mayca, del que tanto había oído hablar, y que hasta ahora nunca había visto. Mónica se bajó de la trasera de la moto. Me dijo algo pero no la escuché bien. Me quité el casco y los auriculares que llevaba conectados en el teléfono móvil. Había venido durante todo el camino escuchando la repetición de una pista de Kurt Cobain, en la que el sonido sucio y roto de Nirvana me insinuaba que aún no era tarde para lo que iba a hacer. Aún podía con cualquier cosa porque olía como un espíritu adolescente. Detuve la reproducción del audio en el teléfono y le dije a Mónica que me repitiera lo que había dicho.

—Ya estamos aquí. ¿Qué vamos hacer? —insistió.

—Espera, aquí llegan más amigos —dije señalando hacia Elena y Antonio que se acercaban con una gran sonrisa en la boca. Hacían una bonita pareja. Él era algo más mayor que ella pero lo disimulaba bien por los años pasados curtiéndose en el gimnasio. Elena, radiante como siempre, no tenía nada que disimular.

—¡Mario! —Exclamó Elena contenta por verme. Nos dimos dos besos y le estreché la mano a Antonio tras presentármelo. Tenía los ojos azules, profundos, sin duda Mayca los había heredado de él—. ¿Qué te ha pasado en la cara Mario? —Preguntó Elena. Habían pasado semanas desde la noche de la paliza, pero el tiempo aún no había borrado del todo sus marcas.

—Nada —contesté sin darle importancia—, me caí corriendo y con el calor del casco y lo que aprieta este se resalta más. Pero no es nada, en cuanto me lo deje quitado durante cinco minutos, ya no se nota. Esta es Mónica —dije para salir del atolladero.

—Creo que te conozco —comentó Antonio—. Diría que te he visto con mi hija alguna vez.

—Seguro que sí.

—Muchas gracias a los tres por venir —dije tras las presentaciones—. Necesitaba más gente de la que hay, pero tendremos que apañarnos con lo que tenemos.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Preguntó Elena.

—Mejor que eso lo explique Mónica.

—¿Hace mucho que no habla con su hija? —Preguntó esta.

—Desde ayer no me coge el teléfono. Pero tampoco me ha extrañado, algunas veces pasamos días enteros sin hablar. Supuse que estaría liada con el trabajo.

—¿Ha pasado algo, Mario? —Preguntó Elena. Su voz preocupada, su mano agarrando el brazo de Antonio y este sujetando el de ella.

—Ayer estuve con Mayca toda la tarde. A última hora fuimos a casa de Mario y casi no llegamos a entrar porque recibió una llamada de su madre que le obligó a irse corriendo.

—Esa bruja otra vez —dijo Antonio—. ¿Qué quería?

—Está aquí —dije tajante. Señalé hacia la fachada de cristal negro—. Ahí dentro.

—Mayca me contó algo de la conversación antes de irse. Ha venido a buscarla para llevarla de vuelta a Brasil.

—Creemos que la tiene retenida —añadí yo.

—Yo también he intentado hablar con ella esta mañana pero no me ha cogido ninguna vez el teléfono, ni me ha devuelto la llamada. He mirado su WhatsApp, su última conexión fue ayer por la noche.

—Esa bruja, no se saldrá con la suya otra vez —juró Antonio. El hecho de que aquel hombre de inacabable espalda, la hubiese nombrado como una adoradora de Satán dos veces en menos de diez segundos, hizo que empezara a sentir un creciente respeto por lo que estaba a punto de suceder en el interior del hotel, territorio indiscutible de esa mujer.

—¿Qué es lo que has pensado? —preguntó Elena.

—Antes tienes que saber algo.

Antonio y ella se miraron. Su mirada cómplice, aunque preocupada en ese momento, los delató como unos recién enamorados.

—Dime —dijo Elena.

—Puede que Samuel esté ahí dentro.

Elena se quedó petrificada. Por un momento pensé que el calor y la noticia iban a conseguir que se desmayara.

—¿Samuel? —Se extrañó Antonio—. ¿El cabronazo ese? ¿Qué está haciendo aquí?

—Al menos te ha hablado de él —comenté, no sé si acertadamente.

—Pues claro que lo ha hecho. Le dije que si volvía a molestarnos iríamos a la comisaría o yo mismo le partiría una pierna.

—Tranquilos. No creo que la cosa vaya a llegar a las manos.

—¿Por qué está ahí dentro, Mario? ¿Le has llamado tú?

—No tengo la seguridad de que esté, pero sí, si está aquí, sin duda es por mí —tuve que admitir. Lo cierto es que según iba desgranando en mi mente la locura de mi plan, más demente me parecía este—. Pero puedes estar tranquila. Tú y Mónica vendréis conmigo. Entraremos por el garaje e iremos hasta la habitación en donde creo que tienen retenida a Mayca, para ayudarla a escapar de allí. En ningún momento nos cruzaremos con él.

—¿Yo qué hago? —Preguntó Antonio.

—Tú tienes que meterte en el hall del hotel y hacer bulto para cuando salgamos.

—¿Hacer bulto?

—Mira, si las cosas han salido según lo previsto, tiene que haber muchísima gente dentro —dije confiando en mis palabras—. Samuel, puede que otro más que va con él —añadí refiriéndome al moreno—, y un montón de personas que han venido por mí. (Y puede que contra mí también, pensé). Aunque esto último me lo guardé. Puede que cuando hice aquello, a pesar de haber tomado las debidas precauciones, hubieran interceptado el mensaje, y ahora hubiera un montón de personas dentro cocinando mi particular sopa de enemigos, condimentada con doble ración de ingredientes. Samuel, el coletas, y ¿quién sabe? Puede que incluso La Reina. Por eso había cometido la locura de mandar el mensaje desde un teléfono que no era el mío. El portátil negro había petado, mi móvil podía estar pinchado, y el portátil blanco sería rápidamente interceptado por ella. Confieso que hice lo que hice pensando que era el único modo de hacerlo.

—¿Por ti? —Preguntó Elena.

—Aún no me conocen, no saben quién soy, ni qué aspecto tengo. Pero en cuanto conozcan el verdadero motivo por el que los he convocado, podré manipularlos, y hacer que actúen en nuestro favor. No lo saben, pero van a ayudarnos a reunirnos con Mayca.

—Es una locura y no tiene sentido —sentenció Antonio—. Mónica ¿tú confías en lo que dice este chico?

Mónica me miró mientras mascaba un chicle. Hizo un globo grande y rosado que explotó sonoramente en sus labios.

—Yo le conozco de hace años. Él oficialmente me conoce desde ayer —dijo—. Pero sí, puedo asegurarte que es un tío de fiar.

—¿Elena? —Preguntó Antonio.

—Te he contado varias veces lo que pasó en la montaña. Después de la ayuda que me prestó y cómo se ha portado conmigo en este tiempo, siento que le debo más de una.

—Yo creo que deberíamos llamar antes a la policía —dijo él.

—Yo también lo he pensado Antonio —aseguré—, pero si algo sale mal, quizá acabemos siendo nosotros los perjudicados. No podemos alertar a la policía de un secuestro si ni siquiera sabemos si lo es. Mayca me dijo que tu ex mujer ya te había puesto varias denuncias falsas, quizá en cuanto te vea sea la excusa perfecta para volver otra vez a la carga. Esto es entrar disimuladamente, encontrar a Mayca, y llevárnosla con nosotros. Ni siquiera tendrás que ver a tu ex mujer.

—Está bien —se convenció.

—Antonio, entra ahí dentro y escóndete entre la gente. Vosotras dos venid conmigo. A mi señal entramos por el garaje.

Me puse el casco AGV, arranqué el motor, y aceleré levemente. A mi derecha una marabunta venía desde Moncloa. El corazón me dio un vuelco al ver cómo al menos doscientas personas armados con bolsos y ordenadores portátiles en mano, se acercaban en nuestra dirección. Quizá habían quedado a la salida del intercambiador, frente al edificio del ejército del aire, y llegaban un poco tarde. No eran todos los que me hubiera gustado, pero eran más de los que necesitaba. Bien Mario —me dije con la mirada clavada en el impoluto cristal de una farola que se encendería horas más tarde—. Hoy no toca salvar el mundo como en aquella noche, hoy toca salvarla a ella. Detuve la moto junto al portero automático del garaje. Toqué dos veces. Pitidos cortos y seguidos, tal y como había visto a hacer a ella. Me acerqué mucho al visor de la cámara para que solo se viera el colorido entramado del casco. Era el mismo modelo, tenía que salir bien. — ¿Señorita Mayca? —Preguntó una voz masculina—. ¿Es usted?

Guardé silencio durante los siguientes diez segundos y volví a pulsar el botón del timbre. El hombre siguió preguntando con su voz petulante, hasta que finalmente se dio por vencido pensando que había una avería con el interfono. La puerta del garaje se abrió y las luces se encendieron automáticamente. Entré en él de un modo muy diferente a como lo había hecho meses atrás. El motor de la moto retumbando en cada uno de los recovecos de aquel espacio. Hice señas para que Elena y Mónica pasaran conmigo. Lo hicieron agachándose al lado del interfono para no ser vistas por la cámara. Aparqué la Kawa junto a la pequeña Typhoon de Mayca. La pitón azul con la que solía candar su moto estaba tirada en el suelo indicando que había llegado con prisas. Al ver juntos ambos modelos, a pesar de las grandes diferencias técnicas, pensé que podrían llegar a ser una gran pareja. Mónica y Elena se reunieron conmigo. O el edificio tenía un aislamiento cojonudo, o sobre nuestras cabezas no había ni Dios. Puede que aún no hubieran entrado en el

interior del hotel, o puede que el numeroso grupo que había visto no tuviera nada que ver conmigo, y hubiera pasado de largo. Necesitaba a esa gente, a la que yo mismo había intentado congrega, para que todo saliera según lo previsto. ¿Alguna vez has intentado llegar al otro lado de una pista de baile cuando arranca la canción de La Bomba y todo el mundo se pone a saltar y bailar en contra de tu dirección? Pues eso es lo que iba a intentar que pasara, y que conste que a pesar de haber ido cambiando todavía no me ha dado por ponerme a bailar La Bomba. Lo mejor de un enemigo es tenerlo a la vista entre cientos de amigos, y eso es lo que pretendía con aquel espectáculo.

Subimos los tres en el ascensor. La primera parada sería en el piso cero, confiando en que de verdad lo bueno de aquel hotel fuera la inversión que habían hecho en el aislamiento acústico. Las puertas se abrieron tras el suave vaivén del aparato acoplándose al piso, y el tintineo agudo de una campana digital. Elena a mi derecha y Mónica a mi izquierda. Yo en el centro rodeado de bellezas como un ángel de Charlie más. Tenía razón en lo de la acústica. El aislamiento que habían utilizado para insonorizar el suelo y las paredes del edificio era simplemente cojonudo. El hall de entrada del hotel Princess Pink Ana era un hervidero de gente. Un cocedero en donde regalaban pulpo y acababa de llegar el camión de reparto. Calculé, a pronto, alrededor de cuatrocientas personas. Apenas podía ver nada más allá de las primeras filas de cabezas. Tan solo a un personal del hotel muy estresado intentando comprender la extraña situación que les acontecía. —¿Dónde está MegaMind? —Oí chillar a un grupo de chicos jóvenes que habían acampado con sus portátiles sobre el binomio de colores que eran los sofás cercanos a la entrada—. ¡Que nos den ya la clave del wifi o denunciaremos al hotel a la organización del evento! —Gritó otro. Se armó un enorme revuelo. Los chicos de recepción eran incapaces de contener aquello. —¿Qué está pasando Mario? —Preguntó Elena.

—Creen que han venido a celebrar un torneo de póquer en red en el que sorteo todos los fondos de mi usuario.

—¿Esta gente son tus seguidores?

—Son usuarios de la misma web. No pensé que hubiera tantos solo en Madrid. La web opera a nivel mundial.

—¡Guau! —Dejó escapar Mónica—, te lo has currado.

—Que no se nos vaya el ascensor, voy a salir fuera un momento.

Las chicas se quedaron en él impidiendo que se cerraran las puertas. Debido a la gran cantidad de gente tan solo pude asomarme unos pasos. Dejé mi casco en el suelo y lo utilice como un alza para elevarme entre la gente. Al fondo, junto a la entrada, estaba el hombre de la coleta. Le acompañaba un tío rubio, de complexión fuerte, parecía un hooligan, no solo por su aspecto inglés y la gran cantidad de tatuajes que lucía, sino porque además llevaba una camiseta con el dragón rojo y el escudo verde de la selección galesa. En cuanto me vio asomar la cabeza por encima de la gente, el hombre de la coleta empezó a andar hacia mí. Tenía que ir sorteando personas a cada paso, con lo que no consiguió avanzar mucho. Grité una vez para hacerme oír. Nada, fue imposible. La gente hablaba a voz en grito. Algunos decían que habían reventado el wifi, y que lo iban a dejar abierto para que lo pudiera usar todo el mundo. Me llevé un par de dedos a los labios y silbé como un pastor a sus ovejas. Algunas cabezas se giraron y aproveche el momento para descubrirme.

—Yo soy el que os ha traído aquí —grité.

— ¿Mandaste tú el *email*? —Preguntó un chico con unos gigantescos auriculares puestos—. ¿Eres MegaMind? —Preguntó otro desde la esquina contraria a este.

—Exacto.

—¿Cuándo empieza el torneo?

—No hay ningún torneo —dije.

Se armó un enorme revuelo. El hombre de la coleta fue arrollado por un montón de muchachos que lo dejaron apuntalado al sitio.

—Pero tranquilos —dije—. Sí que hay un premio, tal y como os prometí —volví a gritar.

—Explícate —exigieron algunos.

Metí la mano en mi bolsillo. Me apoyé en el hombro de un chico cercano para no perder el equilibrio mientras seguía subido al casco, y saqué un papel blanco doblado de la trasera de mi pantalón. Lo alcé en alto con el mismo brazo con el que la Estatua de la Libertad muestra su llama al mundo.

—Aquí está todo lo que soy en la web. Ya no lo necesito, es cierto. Y si os he traído aquí a todos es porque quiero regalároslo. ¿Quién mejor que mis compañeros de juego con los que he compartido mi tiempo aún sin conocernos, para dejar el legado que he construido en los últimos dos años?

Un murmullo ininteligible se levantó desde distintos puntos del hall. Algunos asentían sonriendo y otros escuchaban con gesto y apariencia grave. Debía confiar en que al menos hubiera tocado algo de la fibra sensible de esos locos del juego.

—Voy a esconder este papel en un punto cualquiera del hotel —continué—. El primero que lo encuentre se queda con todo.

—¿Cuándo empieza la búsqueda? —Preguntó la voz de alguien que no pude distinguir.

—En cuanto se cierren las puertas del ascensor.

—Yo he venido a jugar un torneo —dijo otro desde la lejanía del hall—. ¿Por qué no jugamos al póquer?

—Me hubiese gustado hacerlo. Una última vez, todos juntos —contesté—. Pero no podemos, no es seguro.

La gente guardó un instante de silencio. Alguien dijo que la red estaba limpia. —Es segura —aseguró tecleando frenéticamente en su ordenador.

—No lo es. ¿Veis al hombre de la coleta y al matón que ha traído a sueldo? —Dije señalando hacia el punto en donde estaban, y del que no habían podido moverse desde hacía rato—. El de las gafas es un hacker muy poderoso. Me consta que ya ha reventado varios torneos haciéndose con los fondos de todos los participantes.

La gente empezó a ponerse nerviosa. El hombre de la coleta palideció de pronto, y el hooligan amenazó con el puño en alto para que nadie se les acercara. Cosa bastante imposible, ya que apenas había un alfiler entre ninguno de los presentes.

—¿Quién está siempre en el top de la web? —Continué para calentar más el ambiente.

—American_Dream —contestaron muchos.

Exacto. El usuario número uno del casino era un ente tan desconocido como deseado. Sus cifras eran demoledoras, inalcanzables para cualquiera de los presentes congregados allí. Solo unos pocos imaginábamos la verdad que había oculta tras ese *nick* de usuario, y es que American_Dream no era nadie en particular, sino que eran los números que el propio casino acumulaba tras ganar una y otra vez a cada uno de los usuarios de la web. Era la banca, una figura maldecida con la frustración de todo el que no ha conseguido ganarla. Y ya se sabe lo que dicen de ella: la banca nunca pierde.

—Pues ahí lo tenéis —me inventé—. Son ellos. Roban en la web y en cada torneo al que acuden. ¡Y hoy han venido a robaros a vosotros! —Grité.

Dicho esto se evaporó la poca cordura que quedaba en el hall. La violencia estalló en el fondo de la sala y corrió como la pólvora entre los presentes. Salté del casco al suelo y lo dejé tirado entre la gente mientras una maraña humana me empujaba en todas direcciones. Intenté recuperarlo antes de que me arrollaran los cientos de personas que se peleaban por intentar colarse en el ascensor. Una mano me cogió por el cuello y me elevó del suelo en el momento en que mis dedos rozaban la suave superficie de plástico. Samuel me sostenía dejando mis pies bailando a un palmo de distancia del suelo. Busqué asustado a Antonio, pero no vi sus gruesos brazos por ninguna parte. Me empujó hacia el ascensor usándome de ariete para apartar a la gente. Golpeé sus costillas con mis puños cerrados. Mis rodillas buscando fallidamente su entrepierna, pero no la encontré debido a los bruscos movimientos que hacía para intentar zafarme de él y seguir respirando. Aunque hubo alguien que sí acertó de lleno en el centro de su arco de Tito. Mónica salió del interior del ascensor y levantó su pierna hasta lo imposible, haciéndola impactar contra lo que justo antes del golpe, habían sido sus fértiles huevos. El gigante se dobló sobre sí mismo emitiendo un quejido sordo, doloroso, y fugazmente afeminado. Nos metimos corriendo en el ascensor. Pulsé el botón del piso uno y el de la azotea. Cuando las puertas empezaron a cerrarse, varios coches patrulla de la Policía Nacional acorralaban el perímetro del hotel. Las chicas se bajaron en la primera planta. La cara de Elena reflejaba una expresión asustada, aunque modestamente tranquila. Mónica lucía con el gesto triunfador de un boxeador tras volver a casa con el oro de unos juegos olímpicos. Buscadla en la habitación 106, o en la 108, seguro que tiene que estar allí encerrada —dije con urgencia antes de que bajaran del ascensor.

—¿A dónde vas tú?

—Voy a arriba, tengo que cumplir una promesa que hice hace mucho

tiempo.

El gimnasio lucía con la misma neutralidad de aromas que la última vez que estuve en él. Recorrí el espacio entre las máquinas. No había nadie entrenado en ellas. Apagué las luces para quedarme en penumbra, reviviendo con mayor realismo cada una de las sensaciones que me acompañaron en la noche en que descubrí por primera vez este sitio. Mis dedos recorrieron el frío tacto de algunas pesas, y de los discos metálicos que servían para aumentar la carga de peso. Los espejos me brindaron una familiar perspectiva de la azotea. Busqué el ángulo en el que meses antes había descubierto la belleza perfecta de Mayca, aguardando segundos antes de que me reuniera con ella. Su pelo acariciado por la ternura de una suave brisa nocturna, mientras se lo mesaba esperándome sobre una hamaca. Entonces no había sido consciente de la suerte que tenía porque alguien como ella deseara compartir un solo instante de su vida con alguien como yo. Deseé que aún no fuera tarde para recuperar las riendas que me dieran la oportunidad de retomar el control de mi vida, y que no lo fuera para recuperarla a ella. Hice lo que había ido a hacer allí, y me fui. El ascensor de bajada se detuvo en la quinta planta. Alguien había pulsado el botón de llamada. Al abrirse las puertas vi a un hombre y a una mujer esperando a algunos metros de mí. El hombre sacó un arma sin mencionar palabra, negra y brillante, con el cañón corto como la que utiliza el villano de una película de serie B.

—Acompáñenos —dijo este.

Anduve durante varios metros por delante de ellos. La mirada que me dedicó la mujer al sobrepasar su altura me dio escalofríos. Pude sentir sus ojos asesinos destrozando jirones de piel en mi espalda. Vestía un modelo corto, blanco y negro con elegantes romboides de arlequín. Sobre la cabeza llevaba una pamelita con una pequeña rosa seca, finamente atada con cinta dorada al ala. Los labios rojos, gruesos e incitantes, seguramente operados,

pero no por ello menos apetecibles. Era alta, a pesar de los interminables tacones que clavaba en el suelo con la seguridad de una modelo en la pasarela. Su figura era estrecha, de caderas curvas y bien contorneadas. Su hija era la viva imagen de ella. Me detuvo a la altura de un despacho. Dio unas pequeñas instrucciones al hombre que le acompañaba, su cara se contrajo y después se expandió en una desagradable sonrisa quirúrgica. Salió corriendo por el pasillo de vuelta al ascensor, y se perdió tras las puertas de este. Me invitó a pasar y me indicó que me sentara. Había una gran mesa en forma de rombo, con un total de dieciséis sillas en sus aristas. La habitación era algún tipo de sala de reuniones que debía alquilarse a las empresas.

—Me imagino que a estas alturas ya debes de tener alguna idea sobre quién soy —constató. Su voz era un torrente de feromonas. Modulada a su antojo con los múltiples acentos que había adquirido en los países en los que había vivido. Tenía el toque exótico de los años pasados en Brasil más el deje castizo y chulesco de la que es madrileña de nacimiento.

—Sí —admití—. Sois prácticamente igual de espectaculares.

—No me vengas con halagos, niño.

—No he venido a halagarla, es cierto.

—¿Eres tú el culpable del revuelo de ahí abajo?

—Supongo que sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me dijeron que me impediría ver a Mayca y yo tenía muchas ganas de ello. No pensé que se formaría semejante desastre. —dije al encogerme de hombros.

—No me vengas con chulerías. Llevo muchos años de mi vida tratando con mocosos como tú —dijo tras levantarse de la mesa y girar alrededor de

ésta hasta mi posición. Su dedo índice no se levantó en ningún momento del tablero de madera. Lo arrastró sobre la superficie como si fuera el cuerpo de su último amante. Me cogió del pelo y me echó la cabeza hacia atrás. Sus pechos estaban descaradamente cerca de mi cuerpo—. Otro niño imbécil — dijo agitando mi cabeza por el manojito de pelo. Agarró mis labios entre su dedo índice y el pulgar y los apretó entre estos.

—No me extraña que la mosquita muerta de mi hija se haya vuelto loca contigo. ¿Sabes? Siempre ha sido una gatita tímida. No tiene mano para lo que yo hago. Pero ahora, la necesitaba —dijo como si aquello no tuviera remedio—. Y has aparecido tú para estropearlo todo.

—La Policía está rodeando el edificio. Después de la batalla que ha habido abajo, no creo que nos dejen salir a ninguno hasta que hayamos aclarado el asunto. Deberíamos tener cuidado, ¿no cree? Suegra...

Dicho esto me abofeteó la cara. Un aroma dulce y florido salió despedido de su cuerpo.

—Lo sé. Me lo han dicho mis hombres ¿Y quién puede aclararlo ahora?

—Yo puedo —dije tocándome la mejilla. Me dolió su golpe de guante blanco porque me golpeó en el punto exacto en donde había caído sobre mi rostro el eslabón de la cadena.

—¡Bah! —Desechó volviendo a su sitio—. Es lo mismo de siempre. Tendré que pagar una extraordinaria suma de dinero para que alguien se olvide de esto. La justicia funciona igual en todas partes. No tardaré en llevármela cuando quiera, para eso es y siempre ha sido mi hija.

—¿Por qué no la deja vivir tranquila?

—Porque soy su madre, y llevo toda la vida trabajando para que

prosperare. ¿Para qué crees que la mandé a vivir aquí? ¿Para qué me venga con una loca historia de amor junto a ti? El amor no existe —juró.

—Y una mierda, yo la amo.

—Mmmm, qué tierno, Mario. Casi se me salta una lágrima, ¿pero sabes? A tu edad no se tiene noción de la vida. No se ha sufrido lo suficiente para saber lo que valen las cosas.

—Me temo que te estás equivocando conmigo —dije levantándome de la silla.

—¿A dónde crees que vas?

—A buscarla, por supuesto. Ya la he hecho esperar demasiado —dije sonriendo.

—Ven aquí maldito estúpido o te arrepentirás de esto.

—No. No voy a arrepentirme —dije tranquilamente—. Es más, de lo único que me arrepiento ahora es de no haberla tenido antes en mis brazos.

La seguridad de cada uno de los recuerdos vividos franqueó cada palabra que salió por mi boca. No pude verla, pero sé que Laura estuvo ahí de pie conmigo. Apoyándome, sosteniéndome para que nunca más me hundiera en el revuelo maravilloso y demente que significaba estar vivo. Abrí la puerta y salí al pasillo. Antonio deambulaba por este buscándonos. El hombre del revólver yacía inconsciente en el suelo, desarmado, y neutralizado. Su sonrisa quirúrgica se había esfumado.

—Ahí dentro hay alguien que te conoce —dije señalando hacia la puerta.

Tal y como había previsto Mayca estaba en la habitación 108. Elena y Mónica la encontraron hecha un ovillo bajo las sábanas. La voz temblorosa y el rostro lleno de lágrimas como cuando era pequeña y la dejaban sola en la

oscuridad de otra habitación en otro hotel no muy distinto de ese. ¿Hay algo que haga sentir más soledad que una habitación doble que ocupa una sola persona? Dos camas con sus dos almohadas, dos mesillas con sus dos lámparas, doble armario guardando un doble juego de toallas, dos vasos de cristal en el baño, y dos cepillos de dientes dispuestos para ser usados por dos personas frente a un espejo en el que pueden verse reflejadas fácilmente dos personas.

Cuando entré en la habitación, pedí a Elena y a Mónica que nos dejaran. Asintió una a la otra y salieron en silencio por la puerta. Acaricié su pelo rojo pegado por las lágrimas en su mejilla. Tenía los ojos hinchados y unas marcas rojas de haber forcejeado alrededor de las muñecas. Acaricié su frente, un pequeño arañazo rojo inflamaba su piel en ese punto, sus manos, alrededor de los pómulos, y del contorno de la fresca fresa que eran sus labios. Tardé mucho tiempo en hablar. Fuera en el pasillo se oía un murmullo de continuas órdenes, gritos sin sentido, y quejas de una multitud de personas.

—Lo siento —dije entre lágrimas sin dejar de acariciar el refugio de su cabello—. No quiero perderte, pero yo...

—Lo sé —dijo poniéndome un dedo en los labios para que me callara—, me lo han contado todo.

—Lo siento —volví a decir—. No importa lo que te hayan dicho. Quiero contártelo yo. Todo Mayca, hasta lo último.

—Lo harás —me prometió—, tenemos todo el tiempo que queramos. El mundo es nuestro, recuerda, tú y yo lo salvamos.

—Tú me has salvado a mí, Mayca.

—Y tú a mí.

Una voz masculina habló desde la puerta de la habitación. La

autoridad irradiaba en cada una de sus sílabas.

—¿Mario? —Preguntó.

—¿Sí? —Dije antes de darme la vuelta.

—Tiene que acompañarnos —dijo mostrándome el brillo plateado de unas esposas.

Capítulo 30

El verdadero poder de La Reina Efímera.

El inspector Lourdes, que era un hombre a pesar de la guasa de su apellido, lucía un bigote neutro. Los pelos gruesos, toscos y recios, no

apuntaban en ninguna dirección. Crecía hacia el ancho de la cara inundándole los carrillos. Era un hombre rechoncho, cuyo chaleco amarillo de policía nacional, le hacía parecer más grueso y fornido. Se movía entre las distintas mesas de los agentes administrativos con soltura. Soltando petulantes órdenes a las que los propios contestaban profusamente con un “Sí, mi inspector”. Estuve sentado en al menos tres sillas soltando declaración hasta que el propio inspector Lourdes decidió interrogarme él mismo. El numerito en el hotel Princess Pink Ana había llegado hasta la prensa, y los periodistas se agolpaban a la entrada de la comisaría, intentando sonsacar alguna declaración furtiva, o conseguir una imagen del que se decía había sido el cerebro de la operación.

—¿Le apetece un café? —Dijo soltando sobre la mesa una carpeta marrón en cuya etiqueta blanca de clasificación podía leerse:

Operación Rosa Dorada.

¿Quién pone los nombres a los casos? —Estuve a punto de preguntarle.

—No, gracias —contesté.

El inspector cerró la puerta y accionó un mecanismo que cerró las lamas de una persiana veneciana. Se sentó frente a mí en la mesa, y se pasó un pañuelo de tela blanca por la cara. El hombre sudaba copiosamente, leía el expediente y emitía un sonido de conformidad cada vez que bebía un sorbo del café caliente. Leyó durante al menos diez minutos la versión oficial de mi declaración, parándose repetidas veces, y subrayando con un lápiz afilado en la parte inferior o el lateral de algunos párrafos.

—Intentemos hacer esto rápido, Señor Mario —dijo el hombre convencido de que mi caso se lo iba a ventilar con la facilidad de un juego de niños—. Su declaración es desternillante, y perdóneme por la expresión, pero los hechos apuntan a todo lo contrario de lo que usted ha declarado.

No hice ni un solo movimiento, al contrario que su nuez, que no dejaba de empujar arriba y abajo su prominente papada. Me fijé en que no llevaba anillo, cosa que no me extrañó. La máxima autoridad del distrito de aquella comisaría era un hombre por lo poco, desagradable. Nada apto para las mieles del matrimonio.

—Seamos claros —continuó—. Se le acusa de hurto sin violencia, organización de timba ilegal, invasión de estancias privadas, e incitación a la violencia. ¿Puede explicarme estos hechos?

—Claro —contesté.

—Mejor uno por uno, si es tan amable.

Aquellas aclaraciones me hacían pensar que o bien el inspector Lourdes me consideraba un gilipollas, o bien es que no trataba con otro tipo de gente a lo largo del día. En cualquier caso, intenté explicarme lo mejor que pude.

—Yo no robé el teléfono. Bueno, ni siquiera es un robo, ¿no es así?

—El valor del objeto lo tipifica como un hurto. Cuestiones burocráticas —aclaró tragando un sorbo de café—. Usted no lo robó, o hurtó, creo que en este aspecto nos entendemos, pero bien, ¿cómo llegó hasta usted el teléfono? Esta misma mañana una señora bastante mayor que casualmente, es su vecina de arriba, ha denunciado su desaparición.

—La señora Martínez tiene un grave problema de alcoholismo.

—¿Está usted hablando en serio?

—Todas las noches sale a beber y vuelve a casa muy tarde. Puede usted comprobarlo hablando con los dueños de bares y comercios en donde vendan bebidas alcohólicas por la zona. Es bastante conocida entre los residentes del barrio —añadí no sin cierta sorna.

Tomó unas notas en una esquina en blanco de una de las hojas del expediente, y continuó:

—Entonces, ¿cómo explica que usted tuviera su teléfono? —Preguntó el inspector.

—Todas las noches escucho sus pasos en la escalera. A veces vuelve tan tarde que ya está saliendo el sol. No duermo bien, ya sabe, y comprobar el estado en el que llega a casa según el estruendo que va armando por la escalera, se ha convertido para mí en un pasatiempo.

—Ya —asintió.

—Anoche esperé, y cuando escuché que subía por las escaleras, salí de casa para hablar con ella. Le pedí amablemente el teléfono móvil tras pocos minutos de charla, y ella me lo prestó. Dijo conocerme y sentir mucha pena por mi historia. Algún otro vecino o el propio casero debió habérselo contado, —aseguré a un hombre que no sabía de lo que le estaba hablando—. De hecho, insistió en que podía devolvérselo cuando quisiera. Estaba... —No sabía si quería decir aquello, ya que tampoco creía que me conviniera pasarme de listo— de muy buen rollo, usted ya me entiende.

—De muy buen rollo —murmuró anotando de nuevo entre las hojas.

—Si ella me prestó el teléfono no puede considerarse un robo o hurto, ¿no? Otra cosa es que debido a su adicción no recuerde exactamente los hechos.

—Ya, claro. Tendremos que comprobar esa información. ¿Y para qué quería el teléfono de la anciana?

—Necesitaba un número desconocido desde el que enviar un mensaje y un correo electrónico, ya que mi ordenador anoche, misteriosamente, dejó de funcionar.

—¿Qué mensaje? —Preguntó. Su bigote se movía arriba y abajo como si fuera presa de espasmos eléctricos.

— ¿Quiere que se lo diga tal cual?

—Claro, aunque lo tengo por aquí mismo, espere.

Rebuscó entre las numerosas hojas de la declaración. Sus dedos como morcillas se desenvolvían con dificultad entre los folios.

—Aquí lo tengo —dijo señalando una frase con el dedo índice—. Vente hoy al hotel Pink Ana si quieres ver cómo me follo a tu novia. Esto es una auténtica grosería —añadió.

—Lo es —dije convencido—. De hecho, necesitaba enviar un mensaje muy grosero.

—Ya, ¿sabe? No entiendo nada.

—¿Es un delito enviar un mensaje grosero?

—No, no lo es. Pero quiero encontrar una relación entre todos estos hechos, y no lo veo nada fácil. ¿Sabe? Hoy es el cumpleaños de mi madre, es muy mayor, y quería cenar con ella en la residencia.

—Entiendo.

¿Ves, Mario?, pensé. El gordito no está casado.

—Ayúdeme, Mario. ¿Por qué enviar un mensaje así desde el teléfono de una anciana?

—Verá, inspector Lourdes. Mi amiga Elena sufre constantes palizas de un simio de casi dos metros, que espero, y deseo, tengan por aquí. Ella, que no sabría decir si en este aspecto, ha sido cauta, o simplemente idiota, se niega a denunciarle por algún tipo de truco psicológico que el cerebro lleva a cabo, para que además de recibir hostias, encima te sientas culpable de ellas.

—Ya, ¿sabe? Este tipo de comportamientos, se dan con demasiada frecuencia —se lamentó.

—¿Sí? Pues espero que se lo pueda resolver un profesional. Yo por lo poco, creo que voy a conseguir que lo metan en la cárcel.

—Tuvo suerte. Si mis agentes no llegan a intervenir, probablemente lo hubiera matado. Hicieron falta seis hombres para reducirlo.

—¿En serio? Pues una sola de mis chicas bastó para dejarlo en el suelo. En defensa propia, claro —aclaré corriendo.

—Ya. ¿Entonces cuál era su intención exactamente?

—Yo sabía que en algún momento iba a haber presencia policial en el hotel, y se me ocurrió, que ya que quizá yo podría acabar en la cárcel por lo que iba hacer, mejor aprovechaba y me llevaba al gorila conmigo. Mandé ese mensaje para que se volviera loco nada más verme.

—Puso usted en peligro la seguridad de su amiga Elena haciendo que estuviera allí.

—La seguridad de ella lleva demasiado tiempo en peligro. Además, ella era consciente de que Samuel estaba allí, y aun así, decidió acompañarme al interior del hotel.

Volvió a anotar algo en letra minúscula.

—Ha dicho usted, que tenía cierta certeza sobre que los hechos por los que se le denuncia, pueden conducirle a la cárcel.

—Sí.

—¿Por qué organizar una partida ilegal a la vista de todo el mundo?

—Bueno, en realidad yo no quería organizar una partida. Es absurdo pretender utilizar las instalaciones de un hotel sin el permiso del mismo, ¿no

cree?

—Explíquese.

—Necesitaba formar un caos en el hotel. Armar tal revuelo que pudiera moverme libremente por los pasillos y que su madre no pudiera localizarme. Además de impedir que figuras amenazantes, como Samuel, pudieran llegar hasta mí.

—¿La madre de quién?

—De Mayca, mi chica —dije con un regusto dulce en la boca.

¡Qué bien había sonado! ¡Joder!

—Sí, aquí lo tengo —dijo revolviendo las páginas.

—Dice que la madre es la cabecilla de algún tipo de organización criminal de ámbito internacional. Son acusaciones muy graves. ¿Está dispuesto a denunciarlo oficialmente?

—¿Yo? ¿Ese no es su trabajo?

—Sí, pero necesitamos una acusación formal para poder investigarlo.

—¿Van a mover a varios agentes para aclarar el supuesto hurto del teléfono móvil de mi vecina alcohólica, y no van a mover un solo dedo para destapar la que probablemente es la mayor narcotraficante de Brasil, y que además, pretende afincarse en España?

—Visto así, suena como si debiéramos ponernos con ello ahora mismo, de hecho, aunque usted no debería saberlo, hemos encontrado una cantidad sustancial de dinero en su despacho que curiosamente, casi coincide con el premio que usted decía dar al ganador de torneo.

—Yo no dije que iba a dar ningún dinero a nadie, además de que ya le he explicado que en realidad no tenía intención de celebrar ningún torneo.

—Perfil valorado en cuatrocientos mil euros —leyó.

—Eso es. Perfil de la web *pokeronline777.com* —aclaré. Tengo miles de seguidores en esa web que sabía de antemano que se volverían locos por hacerse con las estadísticas de mi perfil. De hecho, estoy dispuesto a perderlo llegado el caso, estoy harto del póquer *online* y del rollo de los últimos años.

—Pero entonces, ¿no hay dinero?

—Es un dinero virtual, sin posibilidad de hacerse efectivo, salvo que lo inviertas en la web y lo conviertas en premios.

—Tendremos que comprobar esta información con los responsables de la web.

Se atusó de nuevo el bigote, y bebió el último sorbo de café, que debía estar ya frío.

—Entonces, ¿de dónde salió el dinero?

—Yo no lo sé, comprueben mis últimas transferencias. Además, ya le he dicho, que ese hotel es la sede de negocios muy turbios. No creo que tengan que atar demasiados cabos para dar con la procedencia del dinero.

—Entonces, usted solo quiso utilizar los miles de seguidores de su perfil para saturar el hotel de gente y así poder llegar hasta su chica. ¿No?

—Eso es.

—Quizá los seguidores de su perfil quieran denunciarle por estafa. Ellos creían que se iba a celebrar un torneo.

—No creo. Hacer esa denuncia sería reconocer que iban a participar en una partida ilegal, ¿no? Además en el fondo sí que hubo un premio, que es el fin de cualquier torneo.

—Explíquese.

—Otra organización criminal estuvo allí. Unos tipos que contactaron conmigo y que intentaron obligarme a que transfiriera dinero a sus cuentas. Supongo que el *email* masivo que envié desde el teléfono de la anciana a todos los seguidores de mi cuenta, también llegó hasta ellos. Tenía un video de uno cuando intentó que sucumbiera a la estafa: un tipo muy desagradable con coleta. Pero lo perdí —tuve que admitir—. El caso es que lo único que se me ocurrió para deshacerme de ellos es regalar lo que querían de mí.

—¿Y lo hizo?

—Claro, pero no se lo regalé a ellos, aunque lo cierto es que también tuvieron la opción de participar y hacerse con ello. Antes de desaparecer en el interior del ascensor para buscar a mi chica por las habitaciones del hotel. Les enseñé un papel doblado en el que está escrito el usuario y contraseña de mi perfil *online*. Les reté a todos a una especie de juego del escondite, diciéndoles que el primero que encontrara ese papel, sería el dueño de todo cuanto implicaba mi usuario. Creo que ahí fue cuando la situación se desbordó, y las buenas formas de la gente se fueron un poco a la mierda.

—¿Encontraron el papel?

—No lo sé. No he vuelto a tener acceso a un ordenador y no he podido comprobar la situación de mi usuario.

—¿Dónde lo escondió?

—En el gimnasio, debajo de una torre de discos de 20 kilos.

El inspector Lourdes me miró con ojos suspicaces. Se palpó la parte baja de la espalda como si le doliese, y continuó:

—¿Sabe? Esta declaración, no creo que pueda sostenerla con facilidad en un juzgado.

En ese momento las lamas de las persianas se abrieron con el lento

ritmo del motorcillo eléctrico.

—¿Pero qué coño? —Maldijo el inspector.

Se levantó del asiento y accionó de nuevo el mecanismo de cierre.

—Qué cosa tan rara —dijo—. Parece un fantasma.

Las lamas volvieron a abrirse y la cara se le puso morada de rabia. Al otro lado del cristal había una mujer alta, morena, moderadamente canosa, y bien vestida. Llevaba un vestido fresco corto y gris, el pelo recogido en una coleta, y la cara pintada con naturalidad. Sujetaba en su mano una tableta no demasiado grande. Tacleó algunas pulsaciones más, y vi cómo el testigo rojo de la cámara de vigilancia que grababa el interior de la sala de interrogatorios, se apagaba. Me miró directamente a los ojos y pude leer en sus labios la palabra “Mario”.

—Pero ¿quién cojones está ahí mirando?

El inspector Lourdes abrió la puerta blasfemando cual adorador satánico, y se fue de frente hacia ella. No pude oír la conversación porque la sala estaba perfectamente insonorizada. Solo pude comprobar, cómo según iban pasando los minutos, el inspector Lourdes parecía hacerse más pequeño, hasta el punto de que tuve el convencimiento de que no le llegaba a aquella mujer, ni a la altura del zapato.

Transcurridos veinte minutos de idas, venidas, y comprobaciones telefónicas, el inspector Lourdes entró de nuevo en la habitación, recogió la carpeta de la mesa, y me dijo:

—Tiene usted visita.

—Disfrute de la cena con su madre —le deseé.

Salió llevándose su pestilente olor a sobaco. La mujer entró en la sala.

Cerró manualmente las levas, y se sentó frente a mí.

Yo no entendía nada. No tenía ni idea de quién podría ser aquella persona, ni si en esos momentos, estaba en un lío de mayor calado que el de antes.

La mujer era joven, cuarenta o cuarenta y cinco años. Pero tenía signos de llevar años sometida a un estrés brutal. Sacó una cartera de su chaqueta del tamaño de una billetera y me la entregó para que la abriese. Al hacerlo, el brillo dorado de una placa de policía me iluminó como un sol de buenos días. “Agente especial 659-3”, “Departamento de Policía Internacional”, “Interpol”.

—¿Esto es por Ana Rosa? ¿La dueña del hotel? —Pregunté—. Ya le he dicho a su compañero que no pienso denunciar a nadie, es mejor que ustedes inicien las pesquisas necesarias —dije devolviéndole su placa.

—Nunca entiendes nada, Mario. Esto siempre ha sido única y exclusivamente entre ambos —dijo señalándonos.

— ¿Cómo dice? No la conozco de nada.

La mujer torció la boca en una sonrisa que pareció contener toda la sabiduría del mundo. Sacó un papel doblado de uno de los bolsillos de la chaqueta, y me lo dio.

Lo desdoblé y las manos me temblaron al leerlo.

Tenía razón, me dije al mirarla, tenía el porte de una auténtica reina.

“Queen_Aremife” ponía en el papel.

—¿Eres tú? —Dije sin poder creérmelo.

Asintió levemente, como si no quisiera hablar más de lo necesario.

—Tengo poco tiempo.

—Siempre me dices lo mismo. ¿Por qué has venido?

—Intercepté el *email* y el mensaje que mandaste la otra noche. Sabía que ibas a meterte en un buen lío y me vi en la obligación de pinchar entero el edificio.

—¿Eso qué es lo que significa? Aparte de que tienes un problema de *marujismo* claro.

—Significa que solo tendrás que pagar lo que sea tu responsabilidad. Lo demás déjalo en mis manos.

—¿Y cuánto es mío?

—Siempre me ha encantado tu manera de acertar con las preguntas. En realidad muy poco —aclaró.

—¿Me has usado como un cebo?

—Sí, tuve que hacerlo.

—¿Por qué?

—Esa gente se llevó a alguien muy cercano a mí.

Recordé una de sus frases que dijo cuando yo parecía estar enfadado con el planeta entero: “Todo el mundo pierde a alguien, Mario”.

—El único modo de dar con ellos era preparar un señuelo lo suficientemente apetecible.

—¿Por qué yo?

—Chico solo, sin nada que perder en la vida. Aficionado a los casinos *online*, y que además no se gasta el dinero que gana. Por un lado eras perfecto para mí, ya que tu cuenta no hacía más que subir y subir, y por otro lado también lo eras para ellos por lo vulnerable que aparentabas ser. Siempre

solo, moviéndote por los mismos sitios una y otra vez. Eso te convirtió en alguien predecible y rastreable. Claro que no se imaginaron la que serías capaz de preparar en el hotel —dijo sonriendo—. Tengo que darte las gracias por eso. Fue peligroso, pero todo ha salido bien.

—¿Has conseguido lo que querías? —pregunté.

—Algunas de las cosas que he hecho están fuera de la ley, y podrían llegar a denunciarme por ello —dijo—, pero era el único modo para mí. Ahora todos están detenidos. Tienen numerosos antecedentes penales, y será fácil hacer que regresen a la cárcel en cuanto empecemos a indagar en el caso. En lo que confié a mí, me has dado sus nombres, sus identidades, no habría podido obtenerlo mejor por mí misma. Si he de pagar un precio, estoy dispuesta a hacerlo. Debemos afrontar con gusto el pago de nuestros crímenes, más si ello significa haber podido acercarme más hasta donde esté.

—¿Quién?

—Ella —dijo lacónicamente.

—¿Tu hija? —Me atreví a preguntar.

—Sí. Le perdí la pista cuando tenía diecisiete años y se fue con uno de los cabecillas de la banda. Ahora tendrá veinte años... —Añadió tristemente.

—Espero que la encuentres.

—Tengo que irme —dijo como si de pronto se hubiera acordado de algo.

—No tienes remedio. Nunca dejarás de hacerme lo mismo —bromeé.

Levantó un dedo hacia la esquina que cuadraba sobre su hombro derecho, y añadió: —esa videocámara está a punto de sobrepasar el límite de tiempo establecido, para un fallo de seguridad que sea fácil hacer desaparecer

de su registro.

—¿Qué pasará ahora? —Pregunté.

—Yo volveré a mi vida. Afrontaré las consecuencias de asuntos internos, si es que llegan a producirse. Pero ¿quién sabe? No tengo miedo. Todo lo que hemos hecho ha sido en beneficio de la propia justicia. Luego, ya veré... Ahora tendré mucho trabajo. Pienso volcarme en encerrar a toda la gente que se lo merece, y que tú congregaste en el Pink Ana.

—¿A toda?

Asintió.

—Puedes estar tranquilo. Nada de lo que te llevó a ese hotel volverá a causarte problemas. Salvo ella, claro —dijo refiriéndose a Mayca—. Supongo que de ella sí que estás dispuesto a soportar unos cuantos quebraderos de cabeza.

—Sí —tuve que admitir.

El tiempo entre nosotros pareció llegar a su fin. Recogió su placa de la mesa y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Esta conversación no ha existido.

—¿No lo ha hecho? —Pregunté.

—Eso es. Por eso sé que todo nos va a ir bien.

—¡Mola! —Tuve que admitir.

—Adiós, Mario —dijo tras levantarse y abrir lentamente la puerta.

— ¡Espera! Una última cosa —rogué.

—Dime.

—¿Cómo supiste lo de la noche que Mayca y yo pasamos rompiendo

farolas?

—¿Qué? —se extrañó.

—Dijiste que te había gustado lo que habíamos hecho, que había sido algo gamberro, pero bonito. Me lo dijiste una noche en el chat.

Su cara siguió sin mostrar ningún síntoma de reconocer algo de lo que le decía, y lo único que reflejó su rostro fue una expresión de completo desconcierto.

—¿Y lo de las palabras en mi ordenador?

—¿Qué palabras? —Preguntó ella. Sus manos estilizadas afianzando la puerta. Su figura gris casi desapareciendo tras ella.

—Sus palabras, las que siempre oigo en mi cabeza.

—¿Cuáles son?

—Mario, despierta. —Repetí con la solemnidad de un rezo.

—Qué palabras más bonitas. Quizás algún día entiendas todo su significado. Pero lo siento, no sé de qué estás hablando.

Su mano cerró la puerta desde el otro extremo del picaporte. Lo hizo con una suavidad ensayada, como si hubiera salido de una sala cerrando tras de sí una puerta como esa durante un millar de veces. El olor de un perfume se mantuvo firme en el ambiente, aunque no sabría decir si era el del suyo. La videocámara volvió a emitir el testigo rojo intermitente que indicaba el encendido y grabación del habitáculo. Sus ojos aparecieron al otro lado del cristal. La mirada felina acorralada entre las levas de la persiana veneciana entreabierta. Pude ver cómo abrió su boca. Iba a decirme algo a pesar de que la videocámara estaba grabando. Leí sus labios también secuestrados en otro segmento de la persiana.

—Mario, ¿despertaste?

Asentí. Una lágrima de transparente cristal rodó por mi mejilla. Ella sonrió iluminando su rostro de vida, y por primera en mucho tiempo, me sentí simplemente feliz.

FIN

Epílogo

14 años después...

El sol matutino arrancó una colección de fulgurantes destellos del capó del todoterreno alquilado, cuando este halló la quietud tras la última maniobra. Ella siempre sonreía cuando él, con el semblante sumamente concentrado, ejecutaba un acto como ese. Las ruedas y la suave silueta del potente vehículo perfectamente paralelas a las líneas blancas que delimitaban la plaza de aparcamiento. Aún le gustaba conservar pequeñas manías como esa, y perderse a veces, durante pocos segundos, en la ejecución de las mismas. O como en su oficina al dirigir siempre la mesa hacia la pared de la ventana, o forzar a su superior para que los jovencísimos talentos de informática, renovasen con innecesaria frecuencia, el portátil blanco con el que tan diestramente trabajaba. Alguna vez, de cuando en cuando, había vuelto a ingresar en la sala de un chat, para ver qué se cocía en el ambiente a esas alturas de la vida, y como entonces, durante contadas veces, había vuelto a coincidir con gente de aquellos años. Nada parecía haber cambiado dentro de ese mundo virtual, salvo que los que antaño ingresaban en salas para un público de veinte años, ahora lo hacían en las de treinta, o incluso cuarenta. Después trabajaba más o menos duro, para que los mismos que por contrato le instalaban el PC y los periféricos, no pudieran rastrear sus pasos. Algunas veces al llegar a casa, cansado, después de la dura jornada de trabajo, decía a su mujer:

—Hoy la he visto. Han sido solo tres minutos, uno más que de costumbre —bromeaba él—. Me ha pedido que le ayude con algo.

—¿Vas a hacerlo?

—Ya sabes que no me cuesta nada.

—Lo sé —suspiraba ella.

—Además, le debo mucho. Si no fuera por ella, no tendríamos el dinero

de Andorra —comentó él bajando la voz.

—También lo sé —volvía a suspirar ella—. Dile que se pase un día a vernos. Hace mucho que no cenamos juntos, y seguro que Elena también tiene ganas de verla.

Bajó el parasol del vehículo para ver su imagen en el espejo del mismo. Los labios perfectos, gruesos y bien perfilados, ligeramente secos por la sobredosis de sol que llevaba en los quince días de vacaciones en un rincón del otro lado del mundo. Los ojos verdes colmados de temprana sapiencia, como los de una mirada que le dedicaron a él, a través del cristal antibalas de una comisaría. Desde hacía tiempo, sonreír demasiado, había sembrado su rostro de diminutas arrugas de expresión alrededor de la boca y ojos. El pelo negro rebelde e indómito, resistía tenaz el paso de los años. Las primeras canas aún estaban por llegar —reconoció ante su imagen, orgulloso. Un sonido parecido a un cuerno de guerra orco, indicó que el mundial Parque de Atracciones por excelencia, iba a abrir sus puertas. De cientos de vehículos bajaron la misma cantidad de familias. Los niños corrieron descompuestos de emoción y alegría, tirando de las mangas de las camisas de sus soñolientos padres. Algunas parejas, rezagadas, montaban los cochecitos portabebés a la sombra de la parte trasera de sus vehículos, para que sus pequeños descansaran, mientras los hermanos mayores se sumergían una y otra vez en la magia Disney.

—Dentro de poco me las veré como ese pobre, otra vez —dijo señalando hacia una mujer que aguardaba con su bebe en brazos, mientras su marido, al lado, disputaba una cruenta batalla contra el sistema de apertura fácil de la sillita del bebé. Su mano dejó de señalar a la pareja y fue a colocar algunos cabellos rojos de la mujer, que habían escapado de su coleta. Después bajó suavemente por su mejilla hasta el cuello, giró la mano, para solo rozarla con el envés, y la dejó apoyada, tranquila, sobre la voluminosa tripa—.

¿Verdad cariño? —Volvió a repetir.

—Sí —sonrió ella, haciendo que las cientos de pequitas que cubrían parte de su rostro, dibujaran una constelación, de sobra conocida, que se le antojaba más hermosa que cualquier cúmulo de estrellas.

—Mario —dijo de pronto asustada y con la mirada clavada en el espejo retrovisor del vehículo—. ¿Dónde está la niña?

Ambos progenitores se giraron para encarar la parte trasera, vacía. El cinturón de seguridad estaba desabrochado. El peluche blanquinegro de una cebra del que nunca se separaba, tirado sobre el asiento, y la puerta de su lado, ligeramente abierta.

—Tranquila Mayca, he jugado a esto con la niña cientos de veces en el garaje de casa, y ha debido pensar que estábamos esperando para darle tiempo a salir y esconderse.

Bajó del coche. Estiró las piernas algo entumecidas por la panzada de kilómetros. Desde hacía un tiempo no podía correr tanto porque una rodilla rebelde, le estaba dando guerra. Recorrió despacio el voluminoso perfil del vehículo, intentando ser sigiloso como un tigre en la jungla, decía siempre a su pequeña. Al llegar a la parte trasera del coche y girar para pillarla infraganti, se asustó. Estaba convencido de que iba a encontrarla allí, y que al igual que en casa, aquella pequeña versión del escondite, acabaría ahí. Giró raudo por el lado del copiloto. Mayca había bajado del vehículo y su esbelta figura, a pesar de lo avanzado del embarazo, se situaba entre el sol naciente y él. Su cabello, iluminado por la furia de la estrella, parecía estar en llamas. Las manos tranquilas, sin rastro del paso del tiempo, descansaban sobre la voluminosa tripa. La sonrisa amplia, sincera, incluso compasiva al reconocer en el rostro de su marido, la profunda expresión de desconcierto. Una mano diminuta asomó tras ella. Poco a poco fue rodeando su pierna a la altura del

muslo, y los dedos tamborilearon divertidos el pantalón sobre la piel de su madre. Después, como una película pausada a cada fotograma, surgió la cabecita de ella. Primero el pelo, rizado y rojizo como el de la madre, después los ojos, verdes, intensos, llenos de infantil inteligencia como los que un día, muchos años atrás, habían sido los del padre.

—Papi —chilló la niña al abandonar el escondite que había encontrado en la complicidad de la madre, y correr hacia él con los brazos abiertos en cruz. Mario la rescató del suelo y la atrajo hacia sí, volcándola en su pecho.

—¿Podemos entrar ya Papá?

—Ahora vamos, sí —respondió él, algo más tranquilo—. Me la has jugado bien esta vez ¿eh? —Preguntó el padre, apartándole un mechón rojo de pelo, que la niña había empezado a chupar en la punta.

—He ganado —contestó la pequeña con gran alegría.

—Papá —se le ocurrió de pronto a la niña.

—Dime Laura.

—¿Crees que vamos a ver al ratón?

—Seguro que sí —contestó el padre convencido.

—Los gatos comen ratones —dijo su voz infantil con la tenacidad del que enuncia una constante universal. Sus ojos pequeños, clavados en el claro cielo azulado.

—¿Pues sabes una cosa? —Preguntó Mario seguro de que con su respuesta iba a sorprenderla.

—¿Qué? —Quiso saber impaciente la pequeña Laura.

—Yo una vez, tuve un gato.

NOTA DEL AUTOR.

Dedico este libro a mi familia, especialmente a mi mujer y mis hijos, por permitirme robar de su tiempo el mío, para dar vida a esta historia, y a estos personajes, a los que tanto me cuesta despedir. También agradezco a mis lectores su tiempo, su paciencia ante esta, mi primera novela. Sé que se me ha podido escapar algún gazapo, algún error que no conseguí pescar a tiempo para llegar dentro del plazo del concurso Indie 2016, en el que participó, pero también sé que este libro está cargado de ilusión y de sueños. Una primera novela no puede ser un trabajo serio. Debería ser siempre una ilusión, y como tal construí a Mario.

Mario, mi dulce Mario. Ve, crece, márchate, llega lejos, vive en otros, acompaña sus vidas, y después, en el devenir de los años... Vuelve, y cuéntame.

Para contactar con el autor pueden hacerlo en:

sebastiane.lunafictionauthor@hotmail.com

www.sebastianelunafict.wixsite.com/author

Hasta siempre.

Sebastián E. Luna.